





**Mil y una noches**  
Antología



Moneda emitida por el  
califa Harún Arrashid  
en Bagdad, año 803.

# Mil y una noches

## Antología

Selección, traducción del árabe y notas  
Salvador Peña Martín

Ilustraciones  
Mar García

Nombre: Peña Martín, Salvador, antologista, traductor. | García, Mar, ilustradora.

Título: Mil y una noches : antología / Selección, traducción del árabe y notas

Salvador Peña Martín; Ilustraciones Mar García.

Descripción: Bogotá : Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes, 2025. | viii, 520 páginas: ilustraciones; 14 x 21 cm. | Tándem narrativa

Identificadores: ISBN 978-958-798-822-2 (rústica) | 978-958-798-821-5 (e-book) | 978-958-798-823-9 (e-pub)

Materias: Cuentos árabes – Traducciones al español | Folclor - Países árabes

Clasificación: CDD 892.733–dc23

SBUA

Esta edición: abril del 2025

Primera edición en español:

Editorial Verbum, 2016

© Salvador Peña Martín, por la introducción, la traducción y las notas

© Mar García, por las ilustraciones

© Universidad de los Andes,

Vicerrectoría de Investigación y

Creación, Ediciones Uniandes

Ediciones Uniandes

Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque Tm

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: 601 3394949, ext. 2133

<https://ediciones.uniandes.edu.co>

[ediciones@uniandes.edu.co](mailto:ediciones@uniandes.edu.co)

ISBN: 978-958-798-822-2

ISBN e-book: 978-958-798-821-5

ISBN epub: 978-958-798-823-9

DOI: <http://doi.org/10.51573/>

Andes.9789587988222.9789587988215

Corrección: María Paula Méndez

Diagramación: Angélica Ramos

Diseño de cubierta: La Central de Diseño

Ilustraciones: Mar García

Agradecemos a la editorial española Verbum por permitirnos reproducir los textos que componen la presente antología y que proceden de su edición completa de *Mil y una noches*.

Impresión:

Editorial Nomos S. A.

Diagonal 18 Bis n.º 41-17

Teléfono: 601 208 6500

Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Universidad de los Andes | Vigilada

Mineducación. Reconocimiento como

universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de

1964. Reconocimiento de personería jurídica:

Resolución 28 del 23 de febrero de 1949,

Minjusticia. Acreditación institucional de alta

calidad, 10 años: Resolución 000194 del 16 de

enero del 2025, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

## Contenido



1— Shahrazad, el todo y las partes

*Salvador Peña Martín*

97— En el Nombre de Dios,  
Clemente y Misericordioso

98— El rey Shahriar y  
su hermano Shah Zamán

104— El *yinn* y la joven

113— El mercader y el *ifrit*

118— El primer anciano

125— El segundo anciano

131— El tercer anciano

- 135— El ganapán y las tres jóvenes
- 167— El segundo mendigo
- 203— Zubeida, primera de las tres jóvenes
- 218— Amina, segunda  
de las tres jóvenes
- 236— Las tres manzanas
- 250— El mujeriego arruinado  
o El comedor de hachís
- 255— De aves y otros animales
- 275— El matrimonio de Almamún
- 286— El falso califa
- 316— Ali el Persa
- 323— La ruina de cierto bagdadí
- 326— Tres amores desgraciados
- 329— Lo que Abu l-Ainá refrió de las  
dos mujeres y sus amantes
- 331— Sindbad de los mares
- 399— Isaac de Mosul, la dama y el ciego



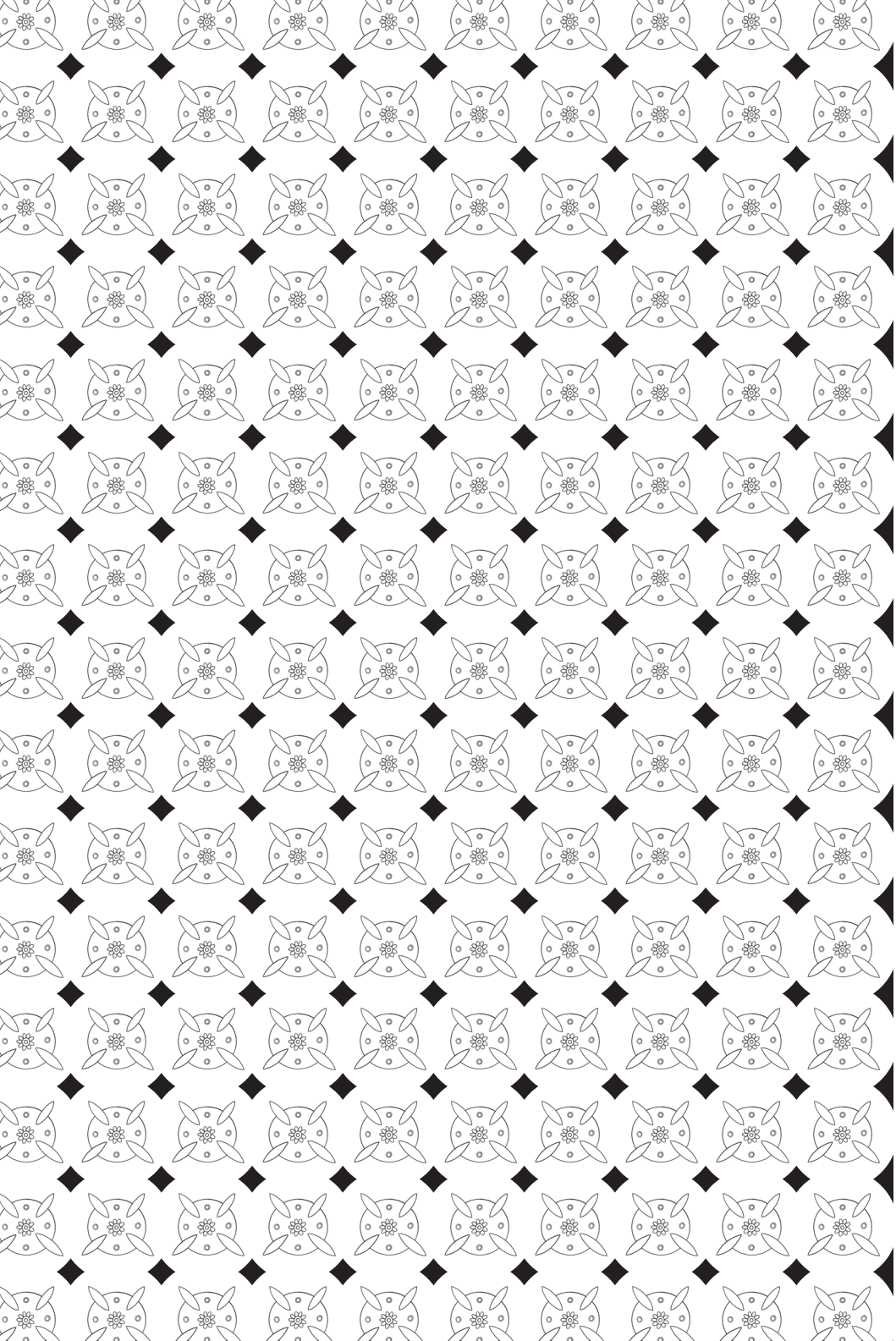
405— Dalila la Bribona

458— El comendador Shuyaaddín  
y la mujer franca

466— El bagdadí y la esclava

479— Harún Arrashid y  
Abu l-Hasan de Omán

514— Final de la historia  
de Shahrazad y Shahriar





## Shahrazad, el todo y las partes<sup>1</sup>

### La multiplicidad del libro

Rubén Darío, tras visitar la Exposición Universal de París de 1900, dio cuenta de sus impresiones con las siguientes palabras<sup>2</sup>:

Yo hacía mis obligatorias visitas a la Exposición. Fue para mí un deslumbramiento miliunanochesco, y me

<sup>1</sup> El estudio que sigue es una reelaboración y adaptación de otro, titulado «Lo múltiple y lo uno en las *Mil y una noches*», que hacía de introducción a mi versión completa del libro de las *Mil y una noches* que publicó en el 2016 la editorial Verbum de Madrid, del cual también proceden los textos vertidos que se han utilizado como punto de partida para la presente antología. Agradezco vivamente a la editorial Verbum y a su director, Luis Rafael, que hayan autorizado que se publique esta nueva selección de textos, revisados, mejorados y aumentados en notas. Y, asimismo, a Ediciones Uniandes, la gentileza de que permitan llegar versiones más de las *Mil y una noches* a lectores y lectoras en América Latina.

<sup>2</sup> *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, Barcelona: Maucci, 1915 [referencia tomada de la versión electrónica, en *Biblioteca virtual Cervantes* (última consulta: 19-02-2025)].

sentí más de una vez en una pieza, Simbad y Marco Polo, Aladino y Salomón, mandarín y daimio, siamés y cowboy, gitano y mujick; y en ciertas noches contemplaba en las cercanías de la torre Eiffel, con mis ojos despiertos, panoramas que solo había visto en las misteriosas regiones de los sueños.

El párrafo no solo nos transmite cómo vivió el gran poeta nicaragüense el acontecimiento parisino, sino asimismo su visión de la obra que nos ocupa, *Mil y una noches* (*Noches*, en adelante), en la cual, además del elemento onírico, encuentra Darío una multiplicidad de experiencias de los más diversos personajes reales y ficticios, de muy distintas procedencias geográficas y extracción social. Acaso lo más llamativo sea el que, para hablar de lo «miliunanochesco», Darío tenga que recurrir al recurso literario que se ha llamado, desde Leo Spitzer, «enumeración caótica»<sup>3</sup>, esa suerte de lluvia de referentes heterogéneos, propia de las poesías europeas de vanguardia, pero también de las *Noches*, esa narración de narraciones que ha pasado de la tradición literaria árabe al corpus indiscutido de los clásicos universales.

Más adelante, avanzado ya el siglo xx, Jorge Luis Borges recurre también a lo que él mismo prefería llamar

<sup>3</sup> Leo Spitzer, *La enumeración caótica en la poesía moderna*, trad. Raimundo Lida, Buenos Aires: Coni, 1945.

«enumeración dispar» para hablar de las *Noches*, en su poema «Metáforas de *Las mil y una noches*»<sup>4</sup>:

La primera metáfora es el río.  
Las grandes aguas. El cristal viviente  
Que guarda esas queridas maravillas  
Que fueron del islam y que son tuyas  
Y mías hoy. El todo poderoso  
Talismán que también es un esclavo;  
El genio confinado en la vasija  
De cobre por el sello salomónico;  
El juramento de aquel rey que entrega  
Su reina de una noche a la justicia  
De la espada, la luna, que está sola;  
Las manos que se lavan con ceniza;  
Los viajes de Simbad, ese Odiseo  
Urgido por la sed de su aventura,  
No castigado por un dios; la lámpara [...].<sup>5</sup>

La imagen de la multiplicidad la proporciona, y llevada hasta extremos difícilmente superables, la propia obra, las *Noches*, en una de las también múltiples historias que contiene, en la que, por motivos que el lector

<sup>4</sup> Jorge Luis Borges, *Historia de la noche* [1977], *Obras completas, 1976-1985*, Barcelona: Círculo de lectores, 1993, págs. 63-64.

<sup>5</sup> Sobre la significación de este poema en una lectura contemporánea de las *Mil y una noches*, puede verse Salvador Peña Martín, «Et Shéhérazade te contera ton histoire. Lectures hispaniques des *Mille et une nuits*», *Europe. Revue Littéraire Mensuelle*, números 1089-1090 (enero-febrero, 2020), págs. 181-194.

descubrirá más adelante, en esta antología, se ofrece una enumeración mucho más dispar o caótica que las anteriores, y de la que adelantamos aquí un solo fragmento:

En esta talega, que es mía y de nadie más, guardo una loriga, espadas de ancha hoja, varios arsenales y un millar de carneros de retorcidos cuernos; así como un aprisco para el ganado y más de mil perros ladrones; junto con huertos y viñas, arboledas en flor y aromático monte bajo, higueras y manzanos, imágenes y espectros, redomas y vasijas; amén de novias y bellas cantantes, bodas, bullicio y algazara; amplios territorios, partidas de triunfantes guerreros, que muy de mañana salen armados de espadas y vistosas lanzas, de arcos y flechas, y llevo asimismo a los amigos y camaradas, a los seres más queridos y a los compinches; pero también celdas de castigo y cuadrillas de bebedores, un *tanbur* y varios *neys*<sup>6</sup>, banderas y estandartes, rapaces, mozuelas y recién casadas, y, además, buen número de esclavas dotadas para la música, a saber: cinco abisinias, tres indias, cuatro medinenses, veinte rumíes, cincuenta turcas, setenta persas, ochenta curdas y noventa georgianas; pero también llevo el Tigris y el Éufrates, una red de pescador, el mechero y la mecha, la antiquísima ciudad de Íram de las Columnas, pescadores, establos, mezquitas y casas de baños, un albañil, un carpintero con su tablones y sus clavos, un esclavo negro con su flauta, un comandante de caballería

<sup>6</sup> Instrumentos musicales muy conocidos en la tradición musical de Oriente Medio; el *tanbur*, de percusión, y el *ney*, de viento.

con sus hombres, ciudades y metrópolis, cien mil dinares, la ciudad de Cufa y la provincia de Alanbar, veinte arcones llenos de telas, cincuenta almacenes rebosantes de víveres, Gaza y Ascalón, el espacio que media entre Damietta y Asuán, los palacios de Cosroes Anushirwán y del rey Salomón, el terreno comprendido entre Wadi Numán y la región del Jorasán, así como Balj e Ispahán y las tierras que van desde la India hasta Níger y el Sudán; a más de lo anterior, y así Dios alargue la vida de su señoría, en la talega llevo unas cuantas almillas, telas para turbantes, amén de mil afiladas navajas de afeitar [...].

La anterior enumeración aparece en la historia de «Ali el Persa», que se desarrolla entre las noches 295 y 296, y bien podría servir como metáfora de las *Noches* generada en la misma obra. Una suerte de *mise en abîme*<sup>7</sup>, en la cual el propio libro, del que es trasunto la mencionada «talega», deja constancia de la multiplicidad que encierra. Y es que la obra no solo se divide en un millar de noches y una más, precedidas de unos antecedentes, sino que contiene más de dos centenares de historias, en las que aparece un millar largo de poemas, que alternan con heteróclitos géneros prosísticos, y componen una selección de textos árabes escritos a lo largo de varios siglos o, mejor dicho,

<sup>7</sup> Se llama *mise en abîme* (puesta en abismo), en francés, a la técnica de la heráldica que consiste en reproducir dentro del escudo la propia figura del escudo. La técnica ha pasado a la narrativa, en la cual, dentro de una historia mayor, se incluye otra más breve que resume a la anterior.

durante más de un milenio. Por las *Noches* desfilan innumerables personajes y se abordan diversos asuntos desde cambiantes perspectivas ideológicas y artísticas, y también —hay que reconocerlo— con no siempre pareja calidad literaria. De las *Noches* puede afirmarse, al mismo tiempo y sin faltar a la verdad, que es una obra árabe o bien con profundas raíces en otras tradiciones literarias, que es un ejemplo de literatura culta pero también popular, que ofrece diversos grados de imbricación entre la lengua hablada y la lengua escrita, que es una obra literaria genuina o una suerte de «plagio», en el que se hace uso de otros libros anteriores sin nombrarlos. Y podríamos seguir adelante en el recuento de multiplicidades, de heterogeneidades. Pero no es necesario. Las señaladas bastan para ponernos frente a otro aspecto de la paradoja que plantean las *Noches*. Pues, a pesar de todo, y como veremos con cierto detenimiento, hemos de considerarlas una obra, una unidad, un todo. No se trata de una mera acumulación de «cuentos árabes», tal como sugería el primer traductor de la obra, Antoine Galland (1646-1715), al llamar a esta *Les mille et une nuits, contes arabes*. O, mejor dicho, no se trata solo de una acumulación de relatos. Durante las últimas décadas literatos, artistas y estudiosos han ido concediendo cada vez más importancia a la que Mario Vargas Llosa llama «la historia principal» (término preferible al más usual de «historia marco»),



la de Shahriar (Šahriyār<sup>8</sup>) y Shahrazad (Šahrazād), que confiere su unidad al libro («una estructura de cajas chinas, historias que brotan de historias y se descomponen en historias», según el propio Vargas Llosa<sup>9</sup>), junto con otra serie de artificios, como, para empezar, y por encima de todos, la propia división en noches.

Aunque este no sea el lugar adecuado para dilucidar con precisión la naturaleza narratológica de las *Noches*, sí que debemos afrontar el asunto, como mínimo en la medida en que el modo en que se conciba la obra puede que tenga (como así ocurre, en efecto) consecuencias en ciertas decisiones relativas a su traducción. También volveremos a ello más abajo. De cualquier modo, dilucidar, al menos hasta cierto punto, la naturaleza de las *Noches* como obra, como unidad, es un paso previo obligado antes de entrar a considerar ciertos aspectos fundamentales del libro, tales como su origen y desarrollo, su contenido y mensaje, y su impacto y pervivencia. Con ese fin podemos recurrir de nuevo a Vargas Llosa, un gran conocedor y admirador del fenómeno de las *Noches*, que ofrece el siguiente

<sup>8</sup> Para facilitar que los lectores interesados reconstruyan la grafía árabe original, se ofrecen romanizaciones académicas de nombres y términos de acuerdo con el sistema que apoyó inicialmente la revista académica *Arabica* (Leiden, Holanda) y que ha adoptado como propia la norma DIN.

<sup>9</sup> Mario Vargas Llosa, *La verdad de las mentiras*, Barcelona: Penguin Random House (Debolsillo), 2015 [edición original de 2002], pág. 166.

resumen de estas<sup>10</sup> (del que se ha omitido, en la siguiente cita, el relato de lo que ocurre al final, para no desvelar el desenlace de la trama):

Permítame que le refresque la memoria sobre la articulación de las historias entre sí. Para librarse de ser degollada como les ocurre a las esposas del terrible Sultán, Scheherezade le cuenta historias y se las arregla para que, cada noche, la historia se interrumpa de tal modo que la curiosidad de aquél por lo que va a suceder —el suspenso— le prolongue la vida un día más [...]. ¿Cómo se las ingenia la hábil Schererazade para contar de manera enlazada, sin cesuras, esa interminable historia hecha de historias de la que pende su vida? Mediante el recurso de la caja china: insertando historias dentro de historias [...].

Es probable que, si no supiéramos que hablamos de un clásico de la literatura premoderna, calificásemos una historia como la que el gran escritor peruano acaba de sintetizar (una mujer utiliza una estrategia de orden psicológico para librarse de una muerte violenta) como novela de suspense (o «suspenso»), como un «*thriller* psicológico». No lo hacemos para no incurrir en anacronismo, y porque hay otros aspectos de la obra que resultarían eclipsados si nos limitamos a una tal caracterización. Sea como

<sup>10</sup> Mario Vargas Llosa, *Cartas a un joven novelista*, Barcelona: Penguin Random House (Debolsillo), 2015 [edición original de 1997], pág. 106.

sea, lo que importa subrayar ahora es que la obra compuesta con los elementos descritos por Vargas Llosa existía ya durante la segunda mitad del siglo x d. C. y que dicha obra, a pesar de sus transformaciones y enriquecimientos, siguió siendo la misma, en lo esencial, hasta que se constituyó la recensión decimonónica en que se basa la versión castellana de la antología que a continuación se ofrece.

### **Génesis y formación de *Mil y una noches***

Entre noviembre del 2012 y abril del 2013, el Instituto del Mundo Árabe de París mantuvo una formidable exposición sobre las *Noches*, en la que, además de proyecciones filmicas y archivos sonoros, se ofrecían a la curiosidad de los visitantes libros, pinturas, fotografías y carteles de versiones o reflejos de la obra, y una variada multitud de objetos relacionados con el mundo referencial de esta: monedas, armas, instrumentos de música, joyas, lámparas, vasijas, diversas piezas de mobiliario (entre ellas, un lecho acaso parecido al lecho volador, que no alfombra, que se describe en una de las historias)<sup>11</sup>. Una de las piezas más interesantes de la exposición, era sin duda, un grupo de hojas, muy maltratadas, en papel de lino, cuyo

<sup>11</sup> Élodie Bouffard y Anne-Alexandra Joyard (dir.), *Les mille et une nuits* [catálogo de la exposición], París: Hazan-Institut du Monde Arabe, 2012.

contenido escrito correspondía al comienzo de las *Noches* en una versión inicial de la historia que antes hemos oído resumir a Vargas Llosa, si bien con ciertas variantes, por ejemplo, en los nombres propios de los personajes principales; así, Shahrazad (Šahrazād) se llamaba inicialmente Shirazad (Šīrāzād), y en el de la propia historia, cuyo título en aquel entonces era *Mil noches* (una menos, pues, que en la versión «definitiva»). Lo más importante es la datación de aquellas breves páginas manuscritas, afortunadamente salvadas, pues parece aceptable que su escritura se sitúe en el siglo ix d. C. La noticia del maravilloso hallazgo la dio, en 1949, Nabia Abbott, una arabista de la Universidad de Chicago<sup>12</sup>. Ello venía a confirmar la antigüedad de la obra. Ya contábamos con dos testimonios, en fuentes escritas fiables, de la existencia de una versión, llamada asimismo *Mil noches*, a la que hacían referencias sendos autores bagdadíes del siglo x: Ibn al-Nadīm y al-Mas‘ūdī, el segundo de los cuales, además, no deja lugar a dudas acerca de otro importante hecho: la obra llamada *Mil noches*, con el contenido que conocemos, se gestó en Iraq, sí, pero era en realidad una traducción del persa, de una obra llamada *Hazār Afsāna*, esto es, *Mil historias*, cuyo original se ha perdido, y que dio lugar a una

<sup>12</sup> Nabia Abbott, «A ninth-century fragment of the “Thousand Nights”: new light on the early history of the *Arabian Nights*», *Journal of Near Eastern Studies* 8 (1949), págs. 129-164.

primera versión árabe llamada *Alf ḥurāfa*, o sea, *Mil ficciones*. Este es, pues, el origen de las *Noches*: una serie de relatos persas a la que vinieron a unirse posteriormente otras historias o ciclos de historias asimismo traducidas del persa, tales como la historia de «Sindbad de los Mares» (noches 536 y siguientes en nuestra versión) y la de «El rey Yaliad, su hijo Ward Jan y su ministro Shimás» (noches 899 y siguientes; que no se incluye en esta antología)<sup>13</sup>; junto con otras colecciones árabes de origen, como veremos enseguida.

De *Mil ficciones*, libro compuesto en torno a los siglos VIII-IX, en el cual se ofrecía una traducción de una obra persa anterior, pasamos, pues, a un libro en árabe, elaborado en Iraq, que se llama inicialmente *Mil noches*, pero que, ya a mediados del siglo XII<sup>14</sup>, lleva el nombre con que se conoce en la actualidad: *Alf layla wa-layla*, traducido tradicionalmente al castellano como *Las mil y una noches* o *Las mil noches y una noche*, pero que aquí estamos simplificando, con afán de fidelidad al original, en *Mil y una noches*. La obra siguió engrosándose con diversas historias árabes. A un primer bloque iraquí, el más antiguo, vinieron a sumarse historias egipcias de en

<sup>13</sup> Véase Abū l-Ḥasan ‘Alī al-Mas‘ūdī, *Murūğ al-dahab wa-ma‘ādin al-ğawhar*, ed. Yūsuf As‘ad Dāğir, Beirut: Dar al-Andalus, 1981, vol. II, pág. 251.

<sup>14</sup> Salomon Goitein, «The oldest documentary evidence for the title *Alf layla wa-layla*», *Journal of the American Oriental Society* 78 (1958), págs. 301-302.

torno a los siglos XIII-XIV, al menos. A todo ello hay que unir una fuente muy destacada y bastante tardía, entre los árabes: un libro compuesto en el siglo XVI por el egipcio al-Itlīdī, en el cual se ofrecen relatos (de base más o menos histórica) acerca de los primeros tiempos del islam y los califas abasíes. Del libro, llamado *I'lām al-nās* (Sepa la gente), procede un quinto de las historias de las *Noches*, varias de ellas incluidas en la presente antología, en concreto las referentes al visir Ġa'far (Yáafa o Jafar) y su familia. Todo ello se completa, por último, con una serie de elementos de redacción posterior, hasta, de nuevo como mínimo, el siglo XVIII, de cuando data uno de los poemas incluidos en la presente antología. De lo tardío de algunas historias es indicio la mención de inventos «modernos», como determinadas piezas de artillería, o instituciones sociales, tales como los cafés, que aparecen en la historia de «Luna del Tiempo y la esposa del joyero» (noche 966, no incluida en este volumen); lo cual nos sitúa en un ambiente más propio del imperio otomano que de la época dorada de la Bagdad abasí<sup>15</sup>:

Sabed, señor, que soy un derviche de los que van recorriendo el mundo y que, en cierta ocasión, entré en Basora. Era viernes por la mañana. Enseguida me llamó la

<sup>15</sup> Las citas de historias no recogidas en la presente antología proceden de *Mil y una noches*, traducción de Salvador Peña Martín, Madrid: Verbum, 2018 (2.ª ed.); en este caso, vol. IV, págs. 391-392.

atención el que, aun estando todas las tiendas abiertas y repletas de las más diversas mercancías, así como de comida y bebida, no hubiese nadie en ninguna de ellas, ni hombre ni mujer, ni zagal ni muchacha. Recorrí las calles y los mercados, y nada, ni un solo ser vivo, ni aun perros o gatos, y no se oía el menor ruido. Admirado por ello, me dije: «¿A dónde habrán ido los habitantes de esta ciudad, con sus perros y sus gatos? ¿Qué habrá hecho Dios de ellos?». Como tenía hambre, me serví un pan, que aún estaba caliente, en una tahona; entré luego en la tienda de un aceitero, y me comí el pan bien untado en grasa y miel. De allí fui a un puesto de bebidas, de las que me serví a mi antojo. Luego, al ver un café abierto, entré y vi unas cuantas cafeteras en la lumbre, llenas de café, pero, de nuevo, ni un alma.

Sin embargo, con la mera constatación de la génesis persa-árabe de las *Noches* estamos muy lejos de dar cuenta cabal de un fenómeno que ha sido mucho más complejo. Desde el siglo XIX se sabe de elementos de origen indio presentes entre los relatos de Shahrazad, y se han señalado muy llamativas coincidencias con obras romanas, bizantinas y babilónicas<sup>16</sup>. Se han observado, por otra parte,

<sup>16</sup> Véase Robert Irwin, *The Arabian nights: a companion*, Londres: Tauris Parke, 1994, *passim*, quien indica que, para la historia principal de Shahrazad se han sugerido antecedentes tanto jainíes como bizantinos; que algún elemento de «Sindbad de los Mares» deriva de Luciano, y que hay influencias de Plauto en la también mencionada historia de «El joven Luna del Tiempo y la esposa del joyero», y subraya que son evidentes los ecos de la

similitudes entre la historia de Sindbad (o Simbad) de los Mares y la *Odisea*, en especial por el hecho de que tanto en el caso de Sindbad como en el de Odiseo, «sus travesías azarosas no arrancan de ningún accidente fatal», sino que buscan alejarse de su patria chica<sup>17</sup>. Junto a estas posibles influencias extraárabes en la génesis de algunas historias o elementos de estas, que, al fin y al cabo, son hechos de importancia relativa; en la historia de las *Noches* es necesario registrar otra intervención foránea, más reciente. Fatema Mernissi, la brillante escritora marroquí, fallecida no hace mucho, escribió un libro llamado, en castellano, *El harén en Occidente*, en el cual se abordan tanto el impacto de las *Noches* en Europa como una comparación entre la situación de las mujeres en las sociedades islámicas y las occidentales, y escribe lo siguiente<sup>18</sup>:

No es de extrañar que las elites árabes, a menudo financiadas por el gobernante despótico, condenaran *Las mil y una noches* a permanecer inmersas en la tradición oral durante siglos y evitaran que obtuviera los méritos necesarios para convertirse en herencia escrita hasta el siglo XIX, ¡cien años después que los europeos, que lo

---

epopeya de Gilgamesh en la historia de Buluquías, que se desarrolla a partir de la noche 486, dentro del ciclo «Aventuras de Háseb Karimeddín».

<sup>17</sup> Vicente Fernández González, «Prólogo» a C. P. Cavafis, *Ítaca*, trad. V. Fernández, Madrid: Nórdica, 2015, pág. 15.

<sup>18</sup> Fatema Mernissi, *El harén en Occidente*, trad. Inés Belaustegui Trías, Madrid: Espasa, 2003 (2.ª ed.), pág. 70.



habían puesto por escrito allá por 1704 (fecha de la primera traducción)! ¡Ninguno de los primeros editores era árabe!

La fecha mencionada, 1704, corresponde a la publicación de la primera entrega de *Les mille et une nuits*, la versión francesa de la obra por Antoine Galland, de quien ya hemos hablado. Galland, un orientalista y anticuario de la Picardía, vinculado a la presencia diplomática francesa en el imperio otomano, fue, en efecto, el «descubridor» de las *Noches* para los públicos lectores de lenguas europeas (solo dos años más tarde se publicaba en inglés una versión de la suya del árabe, iniciando una larga serie de traducciones y adaptaciones que ha seguido hasta nuestros días), pero, curiosamente, de algún modo también para los árabes. En su trabajo contó Galland con un manuscrito, de los siglos XIV o XV<sup>19</sup>, en el que se cuenta la historia de Shahrazad y Shahriar, en las líneas que conocemos, pero con mucha menor extensión de la que alcanza en las ediciones derivadas de las extensas recensiones del XIX (de las que deriva la presente versión)<sup>20</sup>. Galland, que

<sup>19</sup> *The thousand and one nights from the earliest known sources*, ed. Muhsin Mahdi, Leiden: Brill, 1984; Heinz Grotzfeld, «The age of the Galland manuscript of the *Nights*: numismatic evidence for dating a manuscript?», *Journal of Arabic and Islamic Studies* 1 (1996-1997), págs. 50-64.

<sup>20</sup> Del manuscrito que sirvió de punto de partida a Galland hay una cuidada versión castellana: *Las mil y una noches, según el manuscrito más antiguo*

significativamente subtituló su versión *Contes arabes*, como hemos dicho, obtuvo un gran éxito en la sociedad francesa del momento, tanto que, cuando se quedó sin manuscritos árabes de los que obtener más «cuentos árabes»<sup>21</sup>, recurrió a un llamativo expediente. En 1709 conoció a un sacerdote maronita sirio, Hanna Diab (Ḥannā Diyāb), quien, según Galland, le relató más de una decena de cuentos tradicionales, que el orientalista francés anotó resumidamente<sup>22</sup>. Aquellas notas, muy amplificadas y con los recursos literarios de la hora, le sirvieron para redactar nuevos materiales, entre los que se hallaban algunas de las más célebres historias de las *Noches*. Borges refiere así el caso<sup>23</sup>:

A este oscuro asesor —de cuyo nombre no quiero olvidarme, y dicen que es Hanna— debemos ciertos cuentos

---

*conocido*, trad. Dolors Cinca Pinós y Margarita Castells Criballés, Barcelona: Destino, 1998.

<sup>21</sup> Existe una útil versión contemporánea, preparada por Jean-Paul Sermain y Aboubakr Chraïbi, *Les mille et une nuits, contes arabes*, París: Flammarion, 2004.

<sup>22</sup> Sylvette Larzul, «Further considerations on Galland's *Mille et une nuits*: a study of the tales told by Hannā», en Ulrich Marzolph (ed.), *The Arabian nights in transnational perspective*, Detroit: Wayne State U. P., 2007, págs. 17-31.

<sup>23</sup> Jorge Luis Borges, «Los traductores de *Las mil y una noches*», *Historia de la eternidad* [1936], *Obras completas, 1923-1936, op. cit.*, pág. 431. La sugestión literaria de este Hanna Diab no ha pasado desapercibida a otro de los grandes especialistas en las *Noches*, Abdelfattah Kilito, *La curiosidad prohibida: leyendo 'Las mil y una noches'*, trad. Marta Cerezales Laforet, Madrid: Turner, 2011, pág. 81.

fundamentales, que el original no conoce: el de Aladino, el de los Cuarenta Ladrones, el del príncipe Ahmed y el hada Peri Banú, el de Abulhasán el dormido despierto, el de la aventura nocturna de Harún Arrashid, el de las dos hermanas envidiosas de la hermana menor. Basta la sola enumeración de esos nombres para evidenciar que Galland establece un canon, incorporando historias que hará indispensables el tiempo, y que los traductores venideros —sus enemigos— no se atreverían a omitir.

Este, el de la colaboración entre Galland y Diab, fue el primer episodio en una larga serie de recursos inesperados, supercherías, manipulaciones y falsificaciones que, durante los siglos XVIII y XIX, sobre todo, han acompañado a las *Noches*. El siguiente jalón en esta complicada historia es el de las primeras publicaciones «orientales» y en imprenta de las *Noches*: las dos de Calcuta (1814 y 1839) y la de Būlāq (1835), que constituyen la base de lo que modernamente se identifica como versión completa, tanto en árabe como en las lenguas de las distintas traducciones. Más avanzado el siglo XIX, en 1887, Hermann Zotenberg publicó los resultados de su examen de las ediciones Calcuta II (la de 1839) y Būlāq. Su conclusión fue que ambas provenían de una misma recensión, que él llamó, en francés, «la redaction moderne d’Egypte» y que los especialistas en las *Noches* designan, en inglés «Zotenberg’s Egyptian Recension» (ZER). Para nosotros tiene una

especial importancia aquí, ya que es la base a partir de la cual se ha elaborado la traducción que a continuación se ofrece, tanto por su amplitud y fidelidad como porque ZER, acaso elaborada a partir de un solo manuscrito egipcio hoy perdido<sup>24</sup>, es asimismo la base de lo que se entiende en las sociedades árabes contemporáneas como texto íntegro de las *Noches*. La recensión árabe puesta en imprenta en el siglo XIX constituye, pues, el original de las *Noches* como fenómeno literario en su marco árabe. De ZER derivan, en efecto, las dos ediciones comerciales, libanesas ambas, más extendidas en la actualidad<sup>25</sup>. Aunque es preciso recordar que también en el siglo XIX, a partir de 1825, Maximilian Habicht publicó en Breslavia otra versión árabe en extenso a partir de un manuscrito supuestamente tunecino de cuya autenticidad han dudado los especialistas<sup>26</sup>.

Tras haber tratado de resumir la complicada historia textual de las *Noches*, parece desprenderse una conclusión

<sup>24</sup> Según R. Irwin, *The Arabian nights companion*, op. cit., pos. 870-877 (versión digital).

<sup>25</sup> Me refiero a la de Dār al-Kutub al-‘Ilmiyya (Beirut, 2005, 4.ª ed.), derivada, a lo que parece, de Calcuta II, y la de Dār Ṣādir (Beirut, 1999), más cercana a la de Būlāq, y que me ha resultado de mucha utilidad para elaborar mi versión completa y para esta antología.

<sup>26</sup> La historia textual de las *Noches*, incluido el episodio del «Handschrift aus Tunis» en el que Habicht afirmó haberse basado, la expone con gran precisión y admirable economía de palabras Dwight F. Reynolds, «*A thousand and one nights: a history of the text and its reception*», en Roger Allen &

con toda nitidez: la multiplicidad de capas, artífices, procedencias y actuaciones que es menester tener presentes. Estamos hablando de un original múltiple, cuya acogida en las sociedades que lo vieron nacer fue también dispar: rápidamente puesto en forma de libro de papel y tenido en cuenta por los intelectuales de la época clásica de la literatura árabe, como lo es en la actualidad, ha tenido que sufrir (y sufre) también la displicencia, el desprecio y la censura de determinados grupos sociales. Por otra parte, si bien es cierto que ha persistido la idea preconcebida de que en las *Noches* hallamos cuentos de tradición oral, lo que en cierta medida debe de ser cierto, también lo es que algunos de los datos considerados hasta aquí apuntan, con mucha más contundencia, a la literatura escrita y transmitida por el libro y el papel. La multiplicidad de épocas y de artífices (no siempre fiables) implicados en la elaboración de la obra hace de las *Noches* un caso único en la historia de la literatura universal.

### Contenidos de *Mil y una noches*

Volvamos a la autobiografía de Rubén Darío, ahora para recordar cómo relata el comienzo de un episodio amoroso

---

D. S. Richards (eds.), *Arabic literature in the post-classical period*, Cambridge University Press, 2006, págs. 270-291 y 445-446.

suyo, pues de nuevo recurre el poeta centroamericano a la obra que nos ocupa<sup>27</sup>:

Una noche oí cantar a una niña. Era una adolescente de ojos verdes, de cabello castaño, de tez levemente acaramelada, con esa suave palidez que tienen las mujeres de Oriente y de los Trópicos. Un cuerpo flexible y delicadamente voluptuoso, que traía al andar ilusiones de canéfora [...]. Me enamoré desde luego; fue el «rayo» como dicen los franceses. Nos amamos. [...] Entonces, en la hora tibia, dos manos se juntan, dos cabezas se van acercando, se hablan con voz queda, se compenetran mutuas voliciones, no se quiere pensar, no se quiere saber si se existe, y una *voluptuosidad miliunanochesca* perfuma de esencias tropicales el triunfo de la atracción y del instinto.

Aunque no sea fácil precisar qué significa en las anteriores líneas «miliunanochesca» como adjetivo de «voluptuosidad», y tal vez haya que entenderlo como un epíteto informativamente redundante de la idea del placer carnal (¿no sería, según esto, y para Rubén Darío, la voluptuosidad casi necesariamente «miliunanochesca»?), el hecho es que el relato está lleno de referencias a las *Noches*. La misma descripción del objeto del deseo, que es

<sup>27</sup> *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo, op. cit.* [referencia tomada de la versión electrónica, en *Biblioteca virtual universal* (última consulta: 14-05-2015)]. (Énfasis añadido.)

una persona muy joven (como muy jóvenes habrían de ser muchos de los participantes en las ensoñaciones eróticas que ofreció, en su adaptación cinematográfica, Pier Paolo Pasolini en *Il fiore delle Mille e una notte*, de 1974), no es ajena a las convenciones de las *Noches*, que están presentes en todo el párrafo, tanto en sí mismas como a través del filtro de la recepción orientalista. Y es que las *Noches*, según indica acertadamente D. F. Reynolds<sup>28</sup>, acabaron convirtiéndose a finales del siglo XIX —el texto de Darío es de comienzos del XX— en «un vehículo en que podían inscribirse las fantasías eróticas occidentales». Y de ahí deriva uno de los riesgos que podemos correr de simplificación de la obra, de reducción indebida a lo uno de lo que es múltiple. Apenas es necesario acudir a más ilustraciones, pero acaso valga la pena traer a la memoria una más. En el largometraje *La naranja mecánica* (1971), de Stanley Kubrick, cuando el protagonista tiene una ensoñación erótica, y a pesar de que la ambientación y el contenido anecdóticos son bíblicos, la música que se oye (a todo volumen, como en todo el film) es la melodía que se repite una y otra vez en la celeberrima suite sinfónica *Scheherazade* (1888), de Nicolái Rimski-Kórsakov, evidentemente derivada de las *Noches*, pero pasada por el filtro orientalista del momento.

<sup>28</sup> D. F. Reynolds, «*A thousand and one nights*», *op. cit.*, pág. 291.

Aunque sea preciso no dejarnos apabullar por el contenido erótico, abiertamente carnal, de la obra, que es uno entre otros muchos elementos, y solo aflora en determinados momentos de un número limitado de historias, lo cierto es que ha ejercido un poderoso influjo y sigue teniendo su peso en la edición, traducción y recepción de la obra, tanto en las sociedades árabes como fuera de ellas. Comenzando con la propia versión árabe del texto, un examen atento de las ediciones comerciales que están actualmente en circulación revela enseguida que la censura ha ejercido su influencia en fragmentos de referencia abiertamente sexual. Así, en la historia de «Ibrahím y Hermosa», que se desarrolla entre las noches 952 y 959 y no se incluye en la presente antología, la primera vez en que el joven protagonista consigue ver a su amada, esta ejecuta una sugestiva danza. Una de las versiones árabes contemporáneas, la que nos ha servido como principal fuente en este punto, relata, en la noche 957, lo ocurrido del siguiente modo<sup>29</sup>, haciendo explícitas las alusiones carnales, que marcamos con cursivas<sup>30</sup>:

Luego, cuando las diez doncellas concluyeron su danza, fueron a su ama y, rodeándola, le rogaron: «¡Ay, señora, cuánto nos gustaría que danzaseis antes de que acabe la

<sup>29</sup> *Alf layla wa-layla*, ed. Dār Ṣādir, *op. cit.*, vol. II, pág. 592.

<sup>30</sup> *Mil y una noches*, trad. S. Peña, *op. cit.*, vol. IV, pág. 369.



reunión! Solo así será cabal nuestra alegría y podremos afirmar que no hemos conocido día mejor que este». Ibrahím se dijo para sí: «Sin duda las puertas del cielo se han abierto y Dios ha atendido a mi plegaria». Las esclavas le besaron los pies a su ama e insistieron: «Nunca os hemos visto, señora, tan distendida como en esta ocasión...». Y así siguieron, rogándole y suplicándole con machaconería, *hasta que la joven Hermosa se fue quitando cuanto encima llevaba, salvo una camisa tejida en oro y ornada de piedras preciosas. Sus senos sobresalían como dos granadas; su rostro resplandecía, descubierto, como la luna llena en la noche catorcena del mes.* Ibrahím la vio realizar unos pasos que le eran desconocidos, acompañándolos de movimientos originales, que hacían olvidar el baile de las burbujas en las copas de vino, recordando más bien el ondear de turbantes.

Mientras que en otra de las versiones contemporáneas más extendidas se elimina sin más el fragmento sobre el cuerpo de la joven<sup>31</sup>:

[...] hasta que la joven Hermosa se fue quitando cuanto encima llevaba, salvo una camisa tejida en oro y ornada de piedras preciosas. Sus senos sobresalían como dos granadas; su rostro resplandecía, descubierto, como la luna llena en la noche catorcena del mes.

No es un hecho singular. Si bien la técnica utilizada no es siempre la mera eliminación de lo carnal. Así,

<sup>31</sup> *Alf layla wa-layla*, ed. Dār al-Kutub al-‘Ilmiyya, *op. cit.*, vol. iv, pág. 613.

en la historia de «Hasan el orfebre», que Shahrazad relata entre las noches 778 y 831 (no incluida en la antología), volvemos a encontrarnos con una escena parecida. Un personaje masculino, el protagonista, tiene ocasión de contemplar, sin ser visto, a un grupo de atractivas muchachas (que le habían parecido aves, pues venían volando), y en la noche 786, según la versión sin censurar, leemos<sup>32</sup>:

Las aves se posaron sobre un copudo y vistoso árbol, en torno al cual comenzaron a revolotear. Hasan no tardó en advertir que una de ellas era más hermosa que las demás y que estas la rodeaban como si quisieran servirla. Y no solo eso, pues, para su sorpresa, vio el orfebre desde su escondite que el ave más distinguida picoteaba a las otras, como si su dueña y señora fuese. Poco después fueron las aves a acomodarse en el estrado de palo álloe. Todas y cada una se abrieron la piel con las garras y salieron de los que resultaron ser unos trajes de plumas en que venían envueltas no diez aves, sino diez doncellas, tan hermosas que a la misma luna dejaban en ridículo. Tras despojarse de sus trajes, las virginales damiselas se metieron en el estanque y se bañaron entre juegos y bromas. La principal les arrojaba agua a las demás y hacía como si quisiera ahogarlas, lo cual llevaba a las otras

<sup>32</sup> Esta es la versión que hallamos en *Alf layla wa-layla*, Calcuta II, vol. iv, pág. 29, que coincide con la que hallamos en una de las versiones comerciales vigentes: *Alf layla wa-layla*, ed. Dār Ṣādir, *op. cit.*, vol. II, pág. 332. En español, *Mil y una noches*, trad. S. Peña, *op. cit.*, vol. iv, pág. 24.

nueve a huir de ella sin atreverse nunca a pagarle con la misma moneda. Cuando Hasan miró con atención a la que llevaba la voz cantante, perdió del dominio de su entendimiento y comprendió que la joven dama era el motivo por el cual las princesas *yinns*<sup>33</sup> le habían prohibido abrir aquella puerta. Rendido cayó, pues, de amor el joven orfebre al contemplar aquel dechado de hermosura y garbo, cumplida talla y proporción, que ante sus ojos se desplegaba mientras la muchacha jugaba en el agua y salpicaba a las demás. Hasan se lamentaba de no hallarse entre ellas.

El problema, lógicamente, lo plantea el pasaje de la desnudez. En este fragmento, el que acabamos de leer, no solo no se oculta el hecho, sino que se detalla. Por el contrario, en la otra versión, en la cual ha actuado alguna forma de censura, se ha rebajado mucho la carnalidad con ciertas transformaciones. Veamos los dos pasajes consecutivamente, para compararlos mejor<sup>34</sup>, tras la aparición en el segundo de unos trajes que eclipsan la desnudez que el primero hace imaginar:

Tras despojarse de sus trajes, las virginales damiselas se metieron en el estanque y se bañaron entre juegos y bromas.

<sup>33</sup> Sobre los *yinns* (o genios) hablaremos por extenso un poco más adelante.

<sup>34</sup> *Loc. cit.*, y *Alflayla wa-layla*, ed. Dār al-Kutub al-‘ilmiyya, *op. cit.*, vol. iv, pág. 381.

Tras quitarse los trajes de plumas, quedaron las virginales damiselas revestidas de unos trajes con abalorios, y se sentaron en la hierba fresca.

Es necesario puntualizar que, si bien las *Noches* es obra que podía resultar inmoral a los ojos de los sectores «biempensantes» de Europa y América, no destaca de manera particular, en su contexto de producción, por su contenido erótico. Todo lo contrario. Robert Irwin subraya la existencia de obras como *Nuzhat al-albāb fī-mā lā yūğad fī kitāb*, del cairota de origen tunecino Aḥmad ibn Yūsuf al-Tīfāšī —de la que hay versión castellana, de Ignacio Gutiérrez de Terán<sup>35</sup>—, compuesta durante la primera mitad del siglo XIII, y en la que se acumulan anécdotas de orden sexual relatadas con escasas restricciones morales<sup>36</sup>. Tengamos esto en cuenta junto con el hecho de que, si atendemos a las *Noches* en general, no cabe duda de que los relatos bélicos abundan mucho más que los auténticamente carnales. Así puede observarse, por ejemplo, en un texto que acabó incorporándose a las *Noches*, por más que su origen fuese ajeno a estas, según, de nuevo, Irwin<sup>37</sup>, la larga historia de «Garib y Ayib», que comienza a relatarse

<sup>35</sup> Al-Tifasi, *Esparcimiento de Corazones*, Madrid: Gredos, 2003.

<sup>36</sup> R. Irwin, *The Arabian nights companion*, *op. cit.*, pos. 2897 (versión digital).

<sup>37</sup> *Op. cit.*, pos. 1606-1626 (versión digital).

en la noche 624<sup>[38]</sup>. La carnalidad, desde luego, no es el asunto principal de las *Noches*, ni por su frecuencia ni por su trascendencia. Pero aún hay más. Y es que la obra entra a veces en el asunto desde una perspectiva que bien podía calificarse de moralizante o incluso pacata. Baste recordar las loas a la castidad recogidas en varios relatos breves, abiertamente ejemplarizantes, que se recogen en las noches 465 y siguientes. O como incluso en la poesía, en la que no es difícil toparse con pasajes eróticos exentos de tapujos o hasta obscenos, nos hallamos con ciertas composiciones, como la que aparece en la noche 733, en el curso de la historia de «Ardashir y Vida de Almas» (no recogida en estas páginas), en la que se contempla una visión casta del erotismo. Es así, en efecto, como hay que entender los dos últimos versos del poema, en los cuales se alaba de manera indirecta un amor apasionado que no se «mancha» de carnalidad<sup>39</sup>:

Avanzada la noche me visita mi amigo;  
hasta que toma asiento, puesta en pie lo recibo.  
«Amor mío —le digo—, colmo de mi esperanza,  
¿a estas horas me vienes?, ¿no te da miedo nada?».

<sup>38</sup> Los relatos bélicos han quedado fuera de la presente antología debido a su extensión, exceptuando la breve historia de «El comendador Suyaaddín y la mujer franca», que sí refleja y describe el contexto bélico de las Cruzadas, pero sin entrar en las batallas propiamente dichas.

<sup>39</sup> *Mil y una noches*, trad. S. Peña, *op. cit.*, vol. III, pág. 425.

«No estoy libre de miedos, mas Amor —me contesta—  
es el señor de mi alma, todo mi ser domeña».  
Largo rato pasamos entre abrazos y besos;  
nos sabemos seguros: nadie va a sorprendernos.  
Con las cabezas altas luego nos levantamos,  
y, aunque nos sacudimos, no es por estar manchados.

En contraposición a lo erótico como supuesto eje central de las *Noches*, varios especialistas han optado por señalar la importancia del Sino o el Destino («Fate», ya que se trata de estudiosos de lengua inglesa). Tal es la opinión de los dos tratadistas que acabamos de mencionar: Irwin afirma que «el Destino, aunque invisible, es un personaje principal en las *Noches*»<sup>40</sup>; mientras que, para Reynolds<sup>41</sup>, los temas fundamentales de la obra son las relaciones entre hombres y mujeres, el poder de la narración en sí misma, esto es, del propio contar historias, y las «vicisitudes del destino». Ciertamente la importancia del Sino (con mayúscula, pues se trata de una entidad sacralizada) y la posibilidad o imposibilidad de volverse contra él, difícilmente se exagerarán entre los elementos más destacados de las *Noches*, y, desde luego, están muy por encima de la carnalidad, vista desde cualquier perspectiva. La lectura de la obra confirma, no cabe duda, que la tensión entre lo

<sup>40</sup> *Op. cit.*, pos. 34289 (versión digital).

<sup>41</sup> D. F. Reynolds, «*A thousand and one nights*», *op. cit.*, pág. 274.

dado y la posibilidad de cambio está siempre en un primer plano desde el mismo planteamiento de la historia y del meollo de la trama: Shahrazad lucha por acabar con la costumbre asesina de Shahriar. En cierto modo, vistas desde esta perspectiva, las *Noches* se plantean (*mutatis mutandis*) como una respuesta narrativa a la cuestión de si es cierto, como afirmaba el optimista lema florentino, que «Virtú vince Fortuna». Precisamente hablando de los humanistas europeos del Renacimiento<sup>42</sup>, el historiador británico Allan Bullock destaca que uno de los principales temas por ellos discutidos era<sup>43</sup>:

[...] el conflicto entre los caprichos de la fortuna (que ya no se veía en términos de la Providencia cristiana) y la *virtú* humana (que tampoco era vista en términos de virtud cristiana), que se negaba a someterse a aquélla. Humanistas como Alberti insisten en que los hombres pueden vencer los caprichos de la fortuna.

<sup>42</sup> Numerosos son los estudios que se han dedicado a las confluencias entre el humanismo que surge en Europa a finales de la Edad Media y las corrientes paralelas que alcanzan su máximo esplendor en la Bagdad del siglo x, coincidiendo, pues, con la primera difusión de las *Noches* como libro. Véanse, entre otros, los trabajos de Mohammed Arkoun, *L'humanisme arabe au IV<sup>e</sup>/X<sup>e</sup> siècle*, París: Vrin, 1982; Lenn E. Goodman, *Islamic humanism*, Oxford University Press, 2003; Joel L. Kraemer, *Humanism in the renaissance of Islam*, Leiden: Brill, 1992.

<sup>43</sup> Allan Bullock, *La tradición humanista en Occidente*, trad. Enrique Fernández-Barros, Madrid: Alianza, 1989, pág. 32.

En este aspecto, la utopía de los libros, por así decirlo, que plantea la obra, pues Shahrazad es una apasionada de los libros que trata de utilizar sus lecturas para cambiar la realidad, supone también la adopción del optimismo que nos permitiría cambiar la realidad para mejor. En cualquier caso, la carnalidad presente en las *Noches* y el que hayamos vinculado a estas, hasta cierto punto, con las tradiciones humanistas no debe, ni mucho menos, hacer creer que la obra es ni antirreligiosa, ni inmoral o incluso amoral. Todo lo contrario. Estamos ante un libro de hondas preocupaciones éticas vistas desde una perspectiva islámica. La cuestión es, de nuevo, que se hace necesario entrar en la dinámica de lo uno y lo múltiple, del todo y sus partes. La moral islámica está presente en casi toda la obra, siempre que entendamos que dentro de la moralidad islámica han cabido distintas perspectivas. Y algunas de estas, a veces muy discordantes entre sí, están presentes en la obra. El lector debe prepararse a leer un libro en el que se despliegan distintas actitudes ante la religión, la moral, la relación entre los distintos grupos confesionales, y, desde luego, el modo en que el ser humano se acerca a la posibilidad del placer. La obra es una unidad, pero al mismo título que lo es, por ejemplo, una gran ciudad, donde es posible encontrar de todo, por decirlo de manera coloquial. La religiosidad de las *Noches*, que recorre casi todas sus páginas, y muy a menudo de



manera más que explícita, desde el preámbulo al colofón, es obvia para todo aquel que se acerque al texto. Y, sin embargo, no creo que esa sea la imagen imperante de las *Noches* ni un aspecto que la crítica especializada haya destacado, con alguna excepción, muy relevante, como el libro de Muhsin J. al-Musawi, *The Islamic context of the Thousand and one nights*, un excelente ensayo, pero sorprendentemente tardío en el panorama de estudios sobre las *Noches*, ya que se publicó en el 2009<sup>[44]</sup>.

Muy en conexión con el tratamiento de la moralidad y con las transformaciones de las circunstancias de una persona, sobre todo con el cambio social, está la importancia del personaje que podríamos asimilar al arquetipo del *trickster*, el embaucador, pícaro o malandro<sup>45</sup> (*naṣṣāb*, por lo general, en árabe) que es, sin duda, y de modo manifiesto, una de las figuras clave en las *Noches*. Dado que se trata de personajes muy diestros, no solo en lo que a la acción se refiere, sino también y principalmente a la palabra, conviene que comencemos preguntándonos si no es la misma Shahrazad una representante

<sup>44</sup> Muhsin Jasim al-Musawi, *The Islamic context of the Thousand and one nights*, Nueva York: Columbia University Press, 2009.

<sup>45</sup> Sobre el *trickster* desde una perspectiva no solamente literaria, véase Carl Gustav Jung, «Acerca de la psicología de la figura del *trickster*», en *Los arquetipos y lo inconsciente colectivo*, trad. Carmen Gauger, Madrid: Trotta, 2010, págs. 239-256.

destacada de *trickster* literario. Tanto si es así como si no, lo que resulta obvio es que abundan en la obra personajes que los especialistas han asimilado a los pícaros y que, en consecuencia, el lector de las *Noches* tiene asegurada cierta inmersión en el mundo del malevaje árabe-islámico premoderno. Este mundo o submundo de embaucadores y forajidos ha cautivado la atención de R. Irwin, el tratadista de las *Noches* de quien hemos recogido varias opiniones. Y creo que el interés está justificado, ya que la «picaresca» o el malevaje que da su inconfundible sello a varias de las historias que relata Shahrazad ofrecen claves para la interpretación de la obra y para cualquier reflexión acerca de los asuntos principales: el cambio social, la fuerza de la palabra como forma (o arma) de persuasión o engaño, la crítica de lo establecido. Entre estas historias se cuentan algunas de las más singulares como «El Breas y el Salmueras», que se desarrolla entre las noches 930 a 940 (y no incluida aquí) o la última del libro, «El remendón Maaruf»; pero, en especial, el ciclo de la inefable «Dalila la Bribona», que comienza en la noche 698, al parecer inspirada por un personaje acaso real, conocido en la Bagdad del siglo x<sup>46</sup>. En la presente antología se incluye el primer episodio, de dos, de dicho ciclo.

<sup>46</sup> R. Irwin, *The Arabian nights companion*, *op. cit.*, pos. 2564-2565 (versión digital).

También en este caso (como en las narraciones bélicas) la extensión de las historias y la necesidad de seleccionar justifican que casi falten en esta selección, excepción hecha del ya mencionado relato de «Ali el Persa».

La presencia de historias de malevaje, de personajes que pueden situarse en los bajos fondos de su sociedad, remite a la contraposición entre el mundo de la penuria y la necesidad, por un lado, y el de la molicie y la abundancia, por otro. Las *Noches* ofrecen, a este respecto, la figura arquetípica del pescador que depende, para alimentar a su familia, de la captura del día y que, en consecuencia, sufre los embates del sino, y acaso es favorecido por este. Muy pronto, en la noche 3, comienza la historia de «El pescador», quien, antes de tener un contacto con un *yinn* que cambiará su suerte, declama<sup>47</sup>:

Tú, que la ruina buscas, de tinieblas rodeado:  
si de nada te sirve, ¿por qué te afanas tanto?  
¿No ves que el pescador, por buscarse sustento,  
se aventura en el mar con los astros por techo,  
y con valor afronta los golpes de las aguas  
con los ojos clavados de la red en la panza;  
por que acaso la noche le ilumine un pescado,  
cuya boca el mortal gancho haya atravesado,  
para que se lo compre quien, guardado del frío,

<sup>47</sup> *Mil y una noches*, trad. S. Peña, *op. cit.*, vol. I, pág. 425; desafortunadamente no incluida en la antología.

de noche duerme en casa, bien comido y tranquilo;  
quien, tras sereno sueño, descansado despierta,  
habiendo disfrutado de una hermosa gacela...?  
Unos viven felices mientras que otros sufren;  
lo que pescan los pobres les da a los ricos lustre.

La contraposición entre los estratos sociales, de entre los libres (esto es, el mundo ajeno a los esclavos), más o menos favorecidos por sus circunstancias, determina muchos aspectos de las *Noches*. En primer lugar, es menester que nos respondamos acerca del origen social de la obra en su conjunto y de las historias que la componen. El punto de partida de las *Noches* hay que situarlo sin duda en estratos favorecidos: letrados, para empezar, y con acceso a la traducción del acervo persa. No es casual que en algunos de los componentes del total se aprecien los rasgos inequívocos del género llamado *espejo de príncipes*, tal como ocurre, en especial, en el ciclo de «El rey Yaliad, su hijo Ward Jan y su ministro Shimás», que comienza en la noche 899. Pero las *Noches*, se sabe desde hace siglos, pueden haberse nutrido asimismo de variedades populares de la literatura, o, como mínimo, han estado en contacto con formas de entretenimiento dirigidas a grupos desposeídos de la fortuna y el poder. La narración de historias en estos casos puede considerarse una forma de evasión, la facilitación de ensueños de riqueza, poder y placer que compensan una situación difícil. Esto sirve para explicar

parte de las incoherencias e incluso errores contenidos en algunas historias. A menudo se describen viajes, objetos, costumbres que el narrador ha podido desear, que constituyen la materia de su soñar despierto, pero de los que no tiene conocimiento directo ni indirecto fiable.

La repetida intervención de *yinns* o «genios» (según se ha dicho tradicionalmente en la tradición hispana del cuento oriental, a partir del francés *génies*), facilita, por un lado, la contraposición entre ricos e indigentes y, por otro, el acceso a un mundo de fantasía desbordada, que ha sido, además del erotismo, una de las reducciones a lo singular de la multiplicidad de las *Noches*, desde que Galland las puso en circulación en Europa. Los *yinns*, originados en el Corán, en el cual aparecen como hecho de fe, constituyen uno de los rasgos «miliunanochescos» por excelencia. Y de las *Noches* han pasado a la narrativa contemporánea universal, y no solo a la literatura juvenil, como ocurre en la trilogía histórico-fantástica de Ana Alonso y Javier Pelegrín, titulada precisamente *Yinn*<sup>48</sup>, sino asimismo a la novela para público adulto, por así decir, con casos notables y tan recientes que el trasvase de las *Noches* a la literatura universal contemporánea parece asegurado para el futuro inmediato, gracias a novelas recientes como las de

<sup>48</sup> Las tres entregas son: Ana Alonso y Javier Pelegrín, *Fuego azul*, *Luna roja* y *Estrella dorada*, Madrid: Anaya, 2011, 2012 y 2013.

Helene Wecker y Salman Rushdie<sup>49</sup>. Creados del fuego y no del barro como los humanos, dotados de raciocinio y lenguaje, capaces de volar o transformarse a voluntad en otros seres, pero sometidos a la voluntad del profeta y rey Salomón, quien, para castigarlos, los encerraba en vasijas que arrojaba al fondo del mar, se conoce como *yinns* o «genios» a ciertos seres, a veces indistinguibles de los ángeles (caídos o no), que constituyen —hay que remarcarlo— un hecho de fe en las representaciones islámicas del universo, pues su existencia deriva de la revelación coránica; por más que desde perspectivas ajenas se los considere meras entidades fantásticas. En la presente traducción hemos optado por verter el término valiéndonos de una adaptación de la palabra árabe original: *yinn* (*ǧinn*), para soslayar las asociaciones con tres conceptos que ha venido cubriendo el término «genio» en castellano: (1) los *genii* de la religión romana, que son presencias divinas<sup>50</sup>;

<sup>49</sup> La primera obra, la de Helene Wecker, *The Golem and the Jinni*, Harper Collins, 2013 (versión castellana: *Los viajeros de la noche*, trad. Isabel Margelí, Barcelona: Tusquets, 2014), sigue las trayectorias, en la Nueva York de finales del xix, de una *gólem* y un *yinn*, lo que permite poner en contigüidad las tradiciones judía e islámica; la novela de Salman Rushdie, *Two years, eight months and twenty-eight days*, Penguin Random House, 2015, retoma no solo a los *yinns*, sino otras diversas referencias a las *Noches*, en el usual tráfico de historias y personajes del literato británico.

<sup>50</sup> Véase Jörg Rüpke (ed.), *A companion to Roman religion*, Chichester: Blackwell, 2007, pág. 182. Así considerados, es decir, como presencias divinas, los *genii* romanos estarían mucho más cerca de la noción de *hadra* en teología islámica que de la de *yinn*.

(2) los genios de nuestro teatro barroco: figuras alegóricas del bien y el mal enfrentadas dialécticamente<sup>51</sup>, y (3) en diversas tradiciones simbólicas (y muy cerca de la noción en el teatro barroco), el genio entendido como el acompañante de cada ser humano, «su doble, su demonio, su ángel guardián, su consejero, su intuición o la voz de una conciencia suprarrazional»<sup>52</sup>. Y es evidente que los *yinns* de las *Noches* nada tienen que ver con estas tres nociones. Por otra parte, el uso del término árabe *yinn* está en consonancia con la fidelidad a los términos árabes que suele guardarse, en la presente versión, respecto a los otros dos sinónimos, no muy claramente diferenciados, con que se designa en la presente obra a los *yinns*: *ifrits*, *márids* (insurgentes), *shayatín* (satanes), *abálisa* (*iblis*es, diablos) y *auns* (lugartenientes)<sup>53</sup>. Mientras que por *ifrit*, *satán* e *iblis*<sup>54</sup> se suele entender un *yinn* particularmente poderoso y acaso agresivo, con *márid* se alude a la condición de rebelde a

<sup>51</sup> Véase Melchora Romanos, «Teatro histórico y evangelización en *El gran Príncipe de Fez* de Calderón de la Barca», en AISO, *Actas V*, Madrid: Iberoamericana, 1999, págs. 1142-1150.

<sup>52</sup> Jean Chevalier y Alain Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos*, trad. M. Silvar y C. Bado, Barcelona: Herder, 2007, s. v.

<sup>53</sup> Los términos árabes, con sus correspondientes plurales, son: *'ifrīt*, plural *'afārīt*; *mārid*, pl. *marada*; *šayṭān*, pl. *šayāṭīn*; *iblis*, pl. *abālisa*, y *'awn*, pl. *a'wān*. Todos estos términos pueden hallarse con facilidad en la versión completa del libro.

<sup>54</sup> Tanto *satán* como *iblis*, en sus usos comunes, derivan de términos que designan al ser maligno por excelencia en el islam (*Šayṭān*, *Iblīs*).

la voluntad divina; *aun*, por último, es un término menos frecuente y apenas diferenciado de los anteriores.

Los *yinns*, desde luego, nos conectan directamente con el bloque de la tradición mágica salomónica<sup>55</sup>, con toda la riqueza que supone en materia de símbolos (la estrella de seis o cinco puntas), creencias (poder de un humano sobre los demás seres vivos) y objetos maravillosos (anillos, esteras que vuelan gracias al impulso de los vientos). Las prácticas mágicas son frecuentes en las *Noches*, a veces con la denuncia por el narrador de impostura hacia quienes las llevan a cabo. Entre todas ellas seguramente destaca la geomancia, método de adivinación derivado de milenarias creencias chinas y donde la arena o trazos que la recuerdan tienen un papel principal. La presencia de estas actividades en la obra se debe no solo a que posibilitan, en el registro de la fantasía, la transformación deseada de las circunstancias, sino a que se han venido, de hecho, practicando con no escasa frecuencia en las sociedades árabes premodernas. También en la literatura realista contemporánea procedente del Norte de África u Oriente Medio, o incluso de los territorios que en su día pertenecieron al imperio otomano<sup>56</sup>, se reflejan prácticas

<sup>55</sup> La relación entre Salomón y los *yinns* se aborda expresamente en *Mil y una noches* varias veces, especialmente en la noche 567.

<sup>56</sup> Prácticas mágicas pueden hallarse, por señalar solo un solo ejemplo, en Tahar Ben Jelloun, *El retorno*, trad. Malika Embarek López, Madrid: Alianza, 2011.



mágicas similares a las que aparecen en las *Noches*. Pero hay una diferencia: en Bagdad, El Cairo, Alejandría, Basora, entre otros, o sea en los escenarios de la obra que nos ocupa, entre los siglos IX y XVIII, la magia y sus prácticas (elaboración de talismanes, celebración de ceremonias propiciatorias, actividades de adivinación...) no eran ni mucho menos marginales, sino que estaban amparadas por los círculos del poder y muchos letrados, gozaban de amplia credibilidad y se basaban en un corpus elaborado de doctrinas, fundamentos filosóficos y protocolos. Y, aunque tal vez se eche de menos en las *Noches* un tratamiento algo más ilustrado de este ámbito del conocimiento y la creencia, de vez en cuando hallamos reflejo sugestivo de todo ello, como cuando leemos, en la noche 951, en la historia de «Harún Arrashid y Abu l-Hasan de Omán:

[...] y emprendí viaje hacia *Bábel*, la antigua Babilonia. Al llegar, pregunté por el venerable Saadállah y me guiaron hasta él. Así que hubo él aceptado y recibido los cien mil dinares y los obsequios, le entregué la pieza de cornalina. El sabio anciano hizo venir a un lapidario, y este le dio forma de amuleto que ya conocéis. Pero aún hubieron de transcurrir siete largos meses, que el venerable Saadállah pasó en acecho de los astros, en espera del momento propicio para realizar su labor, la cual consistió en trazar sobre la cornalina, ya trabajada, los signos mágicos que habéis tenido ocasión de ver. Cuando el amuleto estuvo listo, se lo llevé a nuestro rey.

## Estilos, géneros, textos

Junto con los artífices de historias en idioma persa u otros, distintos del árabe, las *Noches* son sin duda el resultado de las dotes literarias de un número indeterminado de autores, de distintas épocas y zonas geográficas (es de suponer que la mayoría de Oriente Medio). Lamentablemente hemos de considerar que dichos autores de historias o ciclos de historias, así como el principal responsable, si es que lo hubo como tal, de la armazón de la obra en su conjunto unitario siguen siendo desconocidos, aunque la literatura especializada ha venido señalando la intervención de varias figuras sobresalientes en la elaboración del libro. Para empezar, el sabio, judío de origen, especialista en el Corán y las tradiciones coránicas, Wahb ibn Munabbih (muerto antes del 737), que habría sido, según señaló en el siglo XIX el rabino alemán Joseph Perles<sup>57</sup>, la fuente o transmisor de las historias de israelitas que aparecen en la obra<sup>58</sup>. En segundo lugar, el gran filólogo ‘Abd al-Malik al-Aṣma‘ī (m. 828), de cuya labor como transmisor de historias se da fe en las *Noches*<sup>59</sup>, a quien volveremos enseguida. Y, por último, Abū ‘Abd Allāh al-Ġahšiyārī (m. 942),

<sup>57</sup> En su libro *Zur Rabbinischen Sprach- und Sagenkunde*, publicado en Breslavia, en 1873.

<sup>58</sup> Véanse las noches 348 y siguientes.

<sup>59</sup> Véanse las noches 686-687, 693 y 822.

un reputado practicante del *adab*<sup>60</sup> o buenas letras, que habría compilado una gran parte de las historias<sup>61</sup>. Con todo, hemos de seguir afirmando que las *Noches* es una obra anónima y de autoría múltiple. Entre los autores o transmisores de lo que nos disponemos a leer hubo individuos de variada formación y, al parecer, de heterogénea posición social.

Pero conviene subrayar que, junto a autores de extracción popular, que proveyesen a cuentacuentos profesionales, la autoría de una parte de las historias corresponde a auténticos profesionales de las letras, como los que acabamos de mencionar. Centrémonos en el mencionado Abū Saʿīd ʿAbd al-Malik al-Aṣmaʿī, uno de los principales impulsores de la filología y lexicografía árabes, que vivió entre los siglos VIII y IX, y que aparece como personaje principal en el relato que comienza en la noche 686 («El Asmaí y las tres muchachas», excluida de la presente selección). No sería en absoluto descabellado pensar que algunas de las historias provengan de él, o, como mínimo, que

<sup>60</sup> El *adab* era el género literario que englobaba obras en las que cabía casi cualquier tipo de saber, gracias a una estructura relativamente endeble y abierta que permitía digresiones y yuxtaposiciones, sagrado o profano, pero siempre —conviene recalcarlo una vez más— dentro del horizonte islámico y muy en relación con la exégesis racional de las Escrituras. El término y su uso, al menos en una de sus vertientes (la más tradicional), aparece en la noche 61.

<sup>61</sup> Véase, al respecto, y entre otros trabajos, al-Ṭāhir Aḥmad Makki, *Al-qisṣa al-qaṣīra: dirāsa wa-muḥtārāt*, El Cairo: Dār al-Maʿārif, 1977, pág. 41.

fue en los círculos de los que el gran arabista francés Régis Blachère llamaba «logógrafos»<sup>62</sup> («logographes», en francés, refiriéndose a antólogos de poesía, recopiladores de anécdotas y lexicógrafos) en los cuales se generó una parte de los materiales de las *Noches*. En los últimos versos de un poema citado en la propia obra, en la noche 822, se habla de al-Aṣmaʿī como contador de historias por excelencia<sup>63</sup>:

Escucha como debes de mi pasión las nuevas;  
no te impidan seguir las prisas o la pereza.  
Te trufaré el relato de leyendas e historias:  
creerás que el Asmaí te lo cuenta en persona.

El mero hecho de que el nombre de Abū Saʿīd al-Aṣmaʿī se mencione debe ponernos en guardia ante la extendida —y no muy precisa— idea de que las *Noches* pertenecen a la cultura popular, y más en concreto, a las manifestaciones orales de esta. La afirmación es aceptable solo en medida poco importante. En este breve recorrido hemos tenido ya ocasión de comprobar que nos hallamos

<sup>62</sup> Régis Blachère, «Les savants irakiens et leurs informateurs bédouins aux 11<sup>e</sup>-1<sup>re</sup> siècles de l'hégire», en *Mélanges offerts à William Marçais*, París: Maisonneuve, 1950, págs. 37-48; «Problème de la transfiguration du poète tribal en héros de roman "courtois" chez les "logographes" arabes du 11<sup>e</sup>/1<sup>re</sup> siècle», *Arabica* 8 (1961), págs. 131-136; «Influences héréditaires et problèmes posés par la recension de la poésie archaïque», en George Makdisi (ed.), *Arabic and Islamic studies in honor of Hamilton A. R. Gibb*, Leiden: Brill, 1965, págs. 141-146.

<sup>63</sup> *Mil y una noches*, trad. S. Peña, *op. cit.*, vol. iv, pág. 91.

ante una manifestación de la cultura libresca, de literatura en papel y traducida. Más aún, la simple lectura de la obra revela la presencia evidente de discursos teológicos y antropológicos que emergen, sin asomo de parodia, en algunas de las historias, por ejemplo, en el ciclo ya mencionado de «El rey Yaliad, su hijo Ward Jan y su ministro Shimás» o, alternativamente, «El soberano, sus ministros y su grey», que se desarrolla entre las noches 899 y 930. Se trata de un conjunto de historias (*exemplum*), discursos y debates que comparte el modelo narrativo de las *Noches* (una historia principal en la que se van encadenando relatos contados con un fin determinado), y en las que hallamos razonamientos como el siguiente, de la noche 914<sup>[64]</sup>:

Cuando Dios creó al ser humano con la verdad, lo hizo amante de esta, y no había necesidad de arrepentimiento ni castigo. Y así siguieron las criaturas humanas hasta que el Altísimo los dotó del alma, gracias a la cual se perfeccionaba la condición humana, aun a riesgo de que quedase esta a expensas de los diversos deseos y apetitos; esa es la razón de que hablemos de alma concupiscente. Fue así como se produjo la irrupción de la mentira y su entremezclamiento con la verdad, si bien el Todopoderoso infundió al ser humano el amor a esta, o sea, a la verdad. Pero el ser humano, tras alcanzar tan alto grado

<sup>64</sup> *Mil y una noches*, trad. S. Peña, *op. cit.*, vol. iv, pág. 274.

de perfección, se apartó, al desobedecer, de la verdad, y quien de la verdad se aparta cae, sin más remedio, en la falsedad y la mentira.

Y, sin embargo, en contraposición con los elementos librescos e ilustrados, la misma obra parece dar testimonio del destino oral y popular de algunos de los relatos. Considérese el final de la noche 878, en la cual leemos<sup>65</sup>:

Y la cosa era que la muchacha, María de los Cíngulos, la esclava, era en realidad hija del rey de los francos, señor de dominios vastos, donde abundan las industrias, las maravillas y las arboledas tanto como en la misma Constantinopla. Y los hechos que llevaron a la princesa a salir de la corte de su padre son tan extraordinarios que requieren un relato ordenado, de modo que quien lo oiga no solo se solace, y mucho, sino que se vea llevado de la más intensa emoción.

Pero importa dejar claro que, incluso cuando se trate, en algunos casos, de relatos destinados a su ejecución oral pública, y aunque el germen de algunos de ellos sea una historia inicialmente oral, lo que en la obra se encuentra a menudo son una suerte de guiones preparados para que los cuentacuentos los utilizaran como punto de partida para sus *performances*, dejando, pues, lugar a adiciones improvisadas y a adornos por medio del gesto u otros

<sup>65</sup> *Mil y una noches*, trad. S. Peña, *op. cit.*, vol. iv, pág. 207.

recursos<sup>66</sup>. A esto, al teatro de un solo actor, parece apuntar, en la noche 960, el comienzo del relato que le hace Abu l-Hasan del Jorasán al califa Harún Arrashid; pues se diría que el primero adopta fórmulas propias de los cuentacuentos para solicitar la atención de sus espectadores, que van a recibir la información no solo por el oído sino también por la vista:

Sepa el Comendador de los Fieles, a quien Dios sustente con Su Socorro y rodee con las mejores muestras de Su Disposición, que no ha habido en toda Bagdad nadie que haya llevado vida más desahogada y muelle que mi padre y yo mismo. Y mucho me gustaría que nuestro señor el califa me prestase su entendimiento, su oído y su vista, de modo que pueda yo explicar el motivo de lo que ha suscitado su cólera.

Un buen ejemplo de guion preparado (o, al menos, muy apto) para que el cuentacuentos improvise e imposte las voces de los personajes, haga gestos para imitar actitudes o acompañar los movimientos del personaje de que se trate, podría ser la historia del maleante «Ali el Azogue de El Cairo», que constituye el segundo episodio del ciclo de «Dalila la Bribona» y que comienza en la noche

<sup>66</sup> Esta, que es la conclusión que parece derivarse sola de un examen detenido del texto, es la opinión asimismo de D. F. Reynolds, «*A thousand and one nights*», *op. cit.*, pág. 273.

708, y del que podemos citar un expresivo fragmento, del principio de la historia<sup>67</sup>:

Se levantó Ali, salió a la calle y emprendió una larga caminata por El Cairo, que no le valió sino para redoblarle el malestar y la inquietud. Pasó por delante de una taberna y se dijo: «Entra y emborráchate». Entró, pues, vio que había hasta siete filas de bebedores, y exclamó: «¡Yo bebo solo, tabernero!». El dueño lo condujo a una habitación vacía. Allí le sirvió el vino y Ali bebió hasta olvidarse de sí mismo. Salió luego de la taberna y reemprendió su caminata por la ciudad. Una calle lo condujo a otra y así al que llaman Camino Bermejo. Todo el mundo se iba apartando a su paso, tal era el temor que inspiraba. De pronto vio Ali el Azogue a un aguador, que iba ofreciendo su preciado líquido sirviéndose de un cantarillo y voceando: «¡Válgame Quien todo lo restituye! De la pasa se saca el mejor vino... En tu ser amado busca el cariño... Al sabio corresponde el mejor sitio...». El Azogue le dijo: «¡Eh, tú! Ven y dame de beber». El aguador se lo quedó mirando y le tendió el cantarillo. El Azogue se mojó los labios, agitó el recipiente y arrojó el contenido al suelo. El aguador le preguntó: «¿No tenías sed?». El Azogue dijo: «Dame agua». El hombre le llenó el recipiente. El Azogue lo tomó, lo agitó y tiró el contenido al suelo. Por tercera vez ocurrió lo mismo y el aguador le dijo: «Si no quieres beber, vete». El Azogue le ordenó: «Dame agua».

<sup>67</sup> *Mil y una noches*, trad. S. Peña, *op. cit.*, vol. III, págs. 368-369.



El azacán le llenó el cantarillo y se lo tendió. El *espabilao* se lo bebió entero y le entregó un dinar al aguador. Este lo miró con desdén y dijo: «¡En buena hora, en buena hora, jovenzuelo! Unos son poca cosa y otros, grandes personas...».

R. Irwin señala<sup>68</sup>, con gran acierto, que el término árabe equivalente al castellano «historia» o «relato» (o al inglés *story* o *tell*, etc.), tanto en la lengua contemporánea como en las *Noches*, esto es, *ḥikāya*, significaba originalmente mímica, y el investigador inglés recuerda el ejemplo de los *meddāhlar* o cuentacuentos turcos, que actuaban en la Estambul otomana sentados en un café y provistos de un pañuelo que les servía para acondicionar su voz a las necesidades de la historia contada. El carácter de guiones pensados para *performances* basadas tanto en lo oído como en lo visto determina sin duda ciertos rasgos estilísticos de al menos una parte de las historias de las *Noches*. Esto podría explicar la presencia de párrafos en los cuales se introducen datos de escaso interés, pero que podían permitir al *ḥakawātī* o narrador oral hacer determinados gestos o acompañarse de sonidos que él mismo emitía, con el fin de ambientar convenientemente

<sup>68</sup> R. Irwin, *The Arabian nights companion*, *op. cit.*, pos. 1904-1905 (versión digital). Véase también Serafín Fanjul, *Literatura popular árabe*, Madrid: Editora Nacional, 1977, pág. 173, donde se señala que, en origen, el término significa «imitar».

el relato. Eso podría explicar asimismo el estilo caracterizado «por el ritmo rápido y los bruscos cambios» que recuerdan al cómic, según la afortunada idea de A. Kilito<sup>69</sup>; ya que el cuentacuentos podía siempre valerse de su inventiva para suplir lo que el guion dejaba en mero esquema. Pero, por encima de todo, ello podría dar razón de las repeticiones (a veces un tanto enojosas) que se observan en muchas historias. Ocurre, por ejemplo, en la de «El Breas y el Salmueras», que comienza en la noche 930. Ya muy avanzado el relato, en la noche 939, uno de los protagonistas hace en voz alta un resumen detenido de lo que ha pasado hasta entonces. Esto podría deberse a la previsión de que algunos asistentes a la *performance* puedan haber perdido el hilo de la historia, que acaso se prolonga durante varias sesiones, por falta de memoria o por no haber estado presentes en algún momento previo.

Pero hay otro aspecto de las *Noches* que destaca a poco que se ojee la obra. Me refiero al continuo engaste o incrustación de piezas propio de lo que se conoce con un arabismo, la *taracea*, que designa esa labor de marquetería que recurre al uso de piezas que en algunos casos podrían tener vida por sí mismas. Se incluyen, así, dentro de muchas de las historias textos tales como cartas, inscripciones de todo tipo, pero, sobre todo, poemas o

<sup>69</sup> A. Kilito, *La curiosidad prohibida*, op. cit., pág. 64.

fragmentos poéticos. Nótese, con todo, que la noción de texto poético puede cubrir a las otras dos, o sea las cartas y las inscripciones, ya que no es inusual que las misivas y asimismo los epígrafes, de las modalidades más diversas, vayan en verso. Las cartas que se ofrecen como parte de la narración son tantas que bien puede decirse que hay historias en las que se desarrolla con gran cuidado el género narrativo epistolar. El caso más destacado lo ofrece la de «Ardashir y Vida de Almas», que comienza en la noche 719, y en la cual el joven protagonista intercambia con su amada una larga serie de epístolas en verso. Pero lo más frecuente es que los poemas aparezcan en el curso de la narración de las historias, para describir a algún personaje o dar cuenta de la situación, o bien que se los ponga en boca de los personajes que se expresan con versos (y a menudo los cantan). De este modo, en la obra se ofrecen en torno a 1300 poemas o fragmentos poéticos, bien compuestos expresamente para la narración en que aparecen, bien procedentes de la obra de poetas ajenos a las *Noches*. El resultado es un corpus cuantitativamente muy considerable de poesía árabe, en el que se recogen textos de entre los siglos VII y XVIII, y en los que dominan dos temas, a menudo combinados: la inevitabilidad del Sino y los anhelos amorosos, en gran medida infelices (nostalgia, rechazo...). Veamos algunos ejemplos. Los poemas sobre lo prescrito por el Sino, o bien por los Días o las

Noches, suelen adoptar un aire sapiencial, y transmiten casi siempre un mismo mensaje de aceptación absoluta de las vicisitudes, que no siempre está en consonancia con la actitud de los personajes principales de las historias, los cuales sí se esfuerzan por cambiar sus circunstancias. Los dos breves poemas que siguen aparecen en las noches 11 y 824<sup>[70]</sup>:

Deja que el viento sople como quiera,  
acepta lo que el Sino haya prescrito.  
Nada te alegre y nada te entristezca,  
pues todo en este mundo es fugitivo.

Los Días no temías pues que te eran propicios;  
inconsciente vivías de la maldad del Sino.  
Ileso de las Noches, te confiaste en exceso,  
mas la desgracia acecha de la noche en lo quieto.

En cuanto a los versos en que se combinan la acción del Sino y los males de amor, baste como ilustración el siguiente, extraído de la noche 377<sup>[71]</sup>:

Apartada me tienen de mi amor a la fuerza,  
y he gustado en la cárcel, del dolor el acíbar.  
El pecho me quemaron con lacerantes llamas  
el día en que a mi amado quitaron de mi vista.  
Mi cárcel es alcázar de inexpugnables muros

<sup>70</sup> *Mil y una noches*, trad. S. Peña, *op. cit.*, vol. I, pág. 105; y vol. IV, pág. 95.

<sup>71</sup> *Mil y una noches*, trad. S. Peña, *op. cit.*, vol. III, pág. 383.

en la escarpada roca de una remota isla.  
Si lo que pretendían era que lo olvidase,  
lo cierto es que más lo amo desde que estoy reclusa.  
¿Cómo voy a olvidarlo, si el amor que le tengo  
en su radiante rostro comienza y se origina?  
Las jornadas transcurren de dolor en angustia,  
y no ha habido una noche que no pase en vigilia.  
En echarlo de menos paso mi soledad,  
y solo su recuerdo me ofrece compañía.  
Me pregunto si el Sino, después de mis pesares,  
querrá a mi corazón devolverle la dicha.

Pero, como queda dicho, el tema central y reiterado es el de los anhelos amorosos contrariados, tal como puede observarse en un solo ejemplo de los muchos posibles, unos versos extraídos de la noche 798<sup>[72]</sup>:

¿Os habréis rebajado como yo ante el amor?  
¿Será vuestro cariño como el que os tengo yo?  
¡Dios la pasión destruya! No hay nada más amargo;  
con toda el alma espero del amor el rechazo.  
Por más lejos que estemos, en una u otra parte,  
siempre tengo a la vista vuestro hermoso semblante;  
y sin cesar me acuerdo de vuestro paradero...  
De la tórtola el canto me conmueve por dentro;  
de zurear no descansa, llamando a su pareja,  
y con ello acrecienta mi nostalgia y mi pena.  
Mis ojos continúan anegados de lágrimas

<sup>72</sup> *Mil y una noches*, trad. S. Peña, *op. cit.*, vol. iv, pág. 50.

por quienes me han dejado sin su vista y confianza.  
No hay momento del día en que no los añore,  
y acordándome de ellos se me llega la noche.

Textos semejantes al anterior, de contenido e imágenes rutinarios, se repiten una y otra vez a lo largo de las *Noches*, donde no siempre encontramos ejemplos destacados de la labor de los grandes poetas árabes, como sí ocurre con los siguientes versos, del bagdadí del siglo ix, conocido como el Hijo del Rumí (Ibn al-Rūmī), o sea, del Bizantino, citados anónimamente en la noche 963<sup>[73]</sup>:

Lo abrazo y no consigo que se calmen mis ansias;  
más cerca quiero estar que en un sencillo abrazo.  
Busco en sus frescos labios agua para este fuego,  
pero con cada beso noto que más me abraso.  
Hasta que no se fundan en una las dos almas,  
nadie podrá decir que me ha visto curado.

Llegados a este punto, es necesario precisar que las *Noches* no ofrecen, ni por su calidad ni por su representatividad, una auténtica selección de la poesía árabe, comparable a las que podemos encontrar en compilaciones de la poesía española tal como se han ofrecido en varias obras célebres. No era eso lo que se pretendía, si bien el corpus reunido es abundante y en muchos aspectos significativo. Se trata, por el contrario, de poesía incidental,

<sup>73</sup> *Mil y una noches*, trad. S. Peña, *op. cit.*, vol. III, pág. 383.

compuesta o traída a colación en la medida en que contribuye a los fines narrativos de la obra. Sin embargo, muchos de los poemas recogidos son obra de algunos grandes poetas de diversa procedencia dentro del ámbito árabe. En la presente antología se ha hecho un esfuerzo por atribuir estos poemas a sus autores originales y a dar los datos mínimos en notas al pie. De este modo, quien se acerque al libro puede apreciar esa labor de taracea o incrustado que caracteriza a la obra.

Ahora bien, el que las *Noches* no ofrezcan una verdadera antología de la poesía árabe, pero sí un corpus abundantísimo de esta, idea que no hemos visto plasmada en ningún sitio, debería hacer que nos preguntásemos si la obra es una colección de cuentos o historias, o algo diferente. Es hora ya de que nos preguntemos por la verdadera naturaleza del libro cuya versión condensada se ofrece a continuación.

### ¿Qué es *Mil y una noches*?

La técnica de la caja china, noción de la que, como veíamos al principio, se vale Vargas Llosa para describir la estructura de la obra, dificulta un recuento preciso de los relatos que esta contiene<sup>74</sup>. Con todo, puede afirmarse

<sup>74</sup> Un solo ejemplo ayudará a que se entienda mejor el problema. Dentro de «Sindbad de los Mares», el propio protagonista relata siete viajes. No está

que en las *Noches* se suceden no menos de doscientas cincuentas historias. Una vez más, pues, hemos de enfrentarnos al problema del todo y sus partes. También vimos al principio cómo Galland, al subtitular su versión «contes arabes», estaba de algún modo dando a entender que las *Noches* son una colección de cuentos que, en su marco de recepción francés y luego europeo, acabaron por asimilarse a la categoría de cuentos de hadas o infantiles o, más tarde, fantásticos o eróticos. Y es posible que, al menos por lo que hace a la recepción «occidental» de la obra, esa percepción se viera favorecida por las corrientes folkloristas del siglo XIX. Pero es claro que la obra no es plenamente comparable con las compilaciones de cuentos populares, al modo de las realizadas por los hermanos Grimm en su momento o las que siguen apareciendo con una u otra finalidad<sup>75</sup>, y ello, a pesar de que esta visión siga reforzándose desde los medios más autorizados. La revista francesa de las «artes de la palabra», *La grande oreille*, dedicó un excelente monográfico a la obra, en el

---

claro si hemos de considerar todo el ciclo una sola historia o siete, si, además de las correspondientes a cada viaje, enumeramos también la historia principal de Sindbad, el «hombre-relato», por emplear el afortunado término de Tzvetan Todorov, *Poétique de la prose (choix), suivi de Nouvelles recherches sur le récit*, París: Seuil, 1980.

<sup>75</sup> Piénsese, por mencionar solo dos casos en Italo Calvino, *Cuentos populares italianos*, trad. Carlos Gardini, Madrid: Siruela, 1990; o Kevin Crossley-Holland, *Cuentos populares británicos*, trad. Menchu Gutiérrez, León (España): Gaviota, 1991.



2012, y lo hacía bajo el título general de *Les mille et une nuits, contes de l'Orient rêvé*, describiendo, pues la obra como una pluralidad de «cuentos del Oriente soñado»<sup>76</sup>. De ese modo, si bien parece haber habido un «aggiornamento», por haberse incorporado la visión crítica hacia el orientalismo (no es el Oriente real, sino solo el soñado), permanece inalterada la percepción heredada de A. Galland. Y esto no es privativo del ámbito francés. Dos de las obras colectivas más sobresalientes sobre las *Noches*, aparecidas en los últimos años, fueron publicadas por la Wayne University, en Detroit (Michigan, Estados Unidos), dentro de su colección Series in Fairy-Tale Studies<sup>77</sup> (Serie Estudios sobre Cuentos de Hadas). El hecho puede que sea meramente anecdótico. Es acaso indiferente que estudios novedosos o compilaciones de escritos destacados sobre las *Noches* aparezcan bajo el sello de una asociación dedicada a la cultura oral o en una serie académica sobre los cuentos de hadas. Indiferente, siempre que ello no afecte a nuestra percepción de la obra. Y es esto lo que podría estar en juego.

<sup>76</sup> *La grande oreille, la revue des arts de la parole* (Malakoff: D'Une Parole à l'Autre), 52 (diciembre del 2012): *Les Mille et une nuits, contes de l'Orient rêvé*.

<sup>77</sup> Ulrich Marzolph (ed.), *The Arabian nights reader*, Detroit: Wayne State University Press, 2006; y Ulrich Marzolph (ed.), *The Arabian nights in transnational perspective*, Detroit: Wayne State University Press, 2006.

Los estudiosos llevan décadas ofreciendo definiciones de la obra que no se apartan demasiado de la idea de Galland. S. D. Goitein hablaba así de un «fabuloso almacén de cuentos populares de diversos países, pueblos y estratos sociales»<sup>78</sup>. Más adelante, R. Irwin se expresaba en términos no muy lejanos: «la antigua colección oriental de historias», si bien, en la misma obra, afina un poco más y sostiene que las *Noches* son «como mucho, solo parcialmente una colección de cuentos populares. En gran medida, se trata de una composición literaria deliberada»<sup>79</sup>. Se diría que cierta insatisfacción en cuanto a la naturaleza de las *Noches* está presente entre los estudiosos desde hace décadas, o, al menos, la necesidad de expresar que la obra es algo más de lo que viene diciéndose. Otro de los principales especialistas actuales en las *Noches*, el alemán Ulrich Marzolph, se refería a estas con las siguientes palabras, que traduzco<sup>80</sup>:

<sup>78</sup> Solomon D. Goitein, «The oldest documentary evidence for the title *Alf layla wa-layla*», *Journal of the American Oriental Society* 78 (1958), págs. 301-302 [reproducido en U. Marzolph (ed.) *The Arabian nights reader*, *op. cit.*, págs. 83-86, véase pág. 83: «the Arabian nights, that fabulous storehouse of folktales from many countries, peoples, and social layers»].

<sup>79</sup> R. Irwin, *The Arabian nights companion*, *op. cit.*, pos. 4922, y 3764-3766 (versión digital); respectivamente, «the ancient oriental story collection»; «the *Nights* is, as best, only partly a collection of folktales. It is to a significant extent a deliberate literary composition».

<sup>80</sup> Ulrich Marzolph, «Preface», en U. Marzolph (ed.), *The Arabian nights in transnational perspective*, *op. cit.*, pág. ix.

El más ingenioso mecanismo puesto en práctica por la humanidad para integrar los más diversos materiales narrativos en un conjunto coherente; una colección con el potencial suficiente para combinar cuentos e historias de orígenes, fuentes y géneros dispares; una miscelánea, un auténtico mutante en lo que atañe al contenido narrativo.

Una y otra vez tenemos la impresión de que los «contes» (cuentos) de Galland o los «Erzählungen» (cuentos, también) de Enno Littmann, el gran traductor alemán de la obra, no bastan, como conceptos meramente agregados, para dar la medida de la obra. Si se tratara de una simple colección serían difíciles de explicar las repeticiones de anécdotas (relatadas con variantes) o ciertas irregularidades en el nivel de calidad. Para dar cuenta de lo que podríamos denominar «el secreto» de la obra<sup>81</sup>, se han hecho recientemente varias propuestas. Peter Heath sostiene<sup>82</sup> que, aunque las *Noches* constituyen una obra individual, «también podemos verlas como un microcosmos de la literatura popular árabe y, hasta cierto punto

<sup>81</sup> La inquietud sobre cuál sea «el secreto» de las *Noches* se la debo al editor libanés Suleiman Bakhti, quien me dirigió la pregunta en comunicación personal (Toledo, septiembre del 2014); le quedo agradecido por su lucidez al plantearme tan fecunda cuestión.

<sup>82</sup> Peter Heath, «Romance as genre in *The Thousand and one nights*», *Journal of Arabic Literature*, 18 (1987), págs. 1-21, y 19 (1988), págs. 3-26 [reproducido en U. Marzolph (ed.) *The Arabian Nights Reader*, op. cit., págs. 170-225, véase pág. 171; traducción propia].

islámica, durante la Edad Media», razonamiento que parece integrarse en una corriente que ha venido considerando, desde hace siglos, la obra como la más adecuada puerta de acceso al Oriente islámico. Pero es preciso reconocer que ni la clave orientalista ni la erótica ni la feérica, a las que nos hemos referido antes, bastan para desvelar el secreto ni para explicar a qué se debe la honda admiración que por las *Noches* han asegurado sentir grandes artistas y literatos. Otra vía para solucionar el problema puede ser tratar de verla desde los ojos de estos. En 1999 el *New York Times* puso en marcha una suerte de encuesta entre destacados nombres de distintas especialidades para preguntarles cuál había sido la mejor manifestación o hecho de su campo de especialidad durante el milenio que estaba a punto de acabar. La autora británica A. S. Byatt<sup>83</sup> respondió que, para ella, la mejor historia del milenio era la de Shahriar y Shahrazad, es decir, la «historia principal» de las *Noches*, por recurrir de nuevo al término de Vargas Llosa. Elogios mayúsculos como este solamente se entienden si de algún modo se ha percibido que las *Noches* no son simplemente una compilación de relatos.

Todo indica que el término «novela» podría resultar desajustado, por aparentemente anacrónico, para las

<sup>83</sup> A. S. Byatt, «Narrate or die: why Scheherazade keeps on talking», *The New York Times Magazine*, 1999 [versión electrónica, en [nytimes.com/library](http://nytimes.com/library) (última consulta: 20-02-2025)].

*Noches* entendida como obra única, pero lo cierto es, en mi opinión, que no hay otro que le convenga mejor, incluso aunque desde la perspectiva narratológica y de la historia de la literatura pueda resultar extraño hablar de novela para un texto que ya estaba en lo fundamental gestado y desarrollado en el siglo XII. Entre las muchas definiciones posibles de novela, tomemos una de un novelista, la de Michel Houellebecq, en una de las suyas<sup>84</sup>: «Las páginas que siguen constituyen una novela; es decir, una sucesión de anécdotas en las que yo soy el héroe». Hemos de hacer dos salvedades: (1) que las anécdotas que se suceden en las *Noches* no son vividas, sino referidas, o sea, contadas por Shahrazad, y (2) que habría que discutir si el héroe (bueno, heroína) es la propia Shahrazad, o si no será más bien Shahriar, el destinatario de las historias, que cambia gracias a estas. Precisamente hablando de las *Noches*, el gran orientalista y helenista austríaco Gustave E. von Grunebaum establecía una diferencia fundamental entre la novela griega de la Antigüedad y la novela moderna<sup>85</sup>: según él, la primera se ocupaba de sucesos, mientras que

<sup>84</sup> Michel Houellebecq, *Ampliación del campo de batalla*, trad. Encarna Castrejón, Barcelona: Anagrama, 1999, pos. 130 (versión digital).

<sup>85</sup> Gustave E. von Grunebaum, «Greek form elements in the *Arabian nights*», *Journal of the American Oriental Society* 62 (1942), págs. 277-292 [reproducido en U. Marzolph (ed.) *The Arabian nights reader*, op. cit., págs. 137-169, véase pág. 144; traducción propia].

la moderna se interesa principalmente por los desarrollos humanos, por las transformaciones que pueden experimentar. Precisamente la idea del movimiento (tanto espacio-temporal como psicológico) es la clave que señala, para las *Noches*, Richard van Leeuwen, el especialista en literatura árabe y traductor al neerlandés de la obra, en uno de los ensayos contemporáneos más innovadores de las últimas décadas<sup>86</sup>. ¿Es, pues, descabellado concluir que estamos ante algo muy cercano a una novela de suspense psicológico, pero, eso sí, elaborada en un contexto islámico<sup>87</sup> premoderno?

Dejando el terreno movedizo de los tecnicismos narratológicos, hay otro modo de enfocar el asunto. Puede sostenerse que las *Noches* son una obra como tal, esto es, una colección de historias, sí, pero dispuestas en una unidad superior y eficiente, habida cuenta de que a la unidad se le ha atribuido algún mensaje general de cierta trascendencia. Según Vargas Llosa<sup>88</sup>, «la pasión más universalmente compartida por los personajes [de las *Noches*] es, junto a la de disfrazarse y cambiar de identidad, la de escuchar y

<sup>86</sup> Richard van Leeuwen, *The thousand and one nights: space, travel and transformation*, Londres-Nueva York: Routledge, 2007.

<sup>87</sup> Recuerdese que la idea del «contexto islámico» de las *Noches* es el punto de partida del ensayo de M. J. al-Musawi, *The Islamic context of the Thousand and one nights*, *op. cit.*

<sup>88</sup> M. Vargas Llosa, *La verdad de las mentiras*, *op. cit.*, pág. 166.

decir historias, evadirse de la realidad en un espejismo de ficciones». El consuelo del entretenimiento en sí mismo queda varias veces reflejado en el libro. Así, en la noche 767, el protagonista de la historia que se está desarrollando, Sable de Reyes (Sayf al-Mulūk), después de haber pasado por varias y graves calamidades, ve un espectáculo de unos monos que danzan para su anfitrión, y el narrador nos dice: «Admirado quedó con todo ello Sable de Reyes, al punto que llegó a olvidarse de todos sus pesares»<sup>89</sup>. Otras vías posibles de evasión se exploran en las *Noches*. Es memorable en este aspecto la historia, incluida en la presente antología, de «El mujeriego arruinado», que se desarrolla a partir de la noche 142, en la que se narra la efectividad evasiva del hachís. Pero, desde luego, la obra que nos ocupa se muestra como un entusiasta halago de las virtudes vicarias y transformadoras del lenguaje. Uno de los motivos por los que las *Noches* han llegado a ser tan fascinantes para nuestros contemporáneos, más en concreto, para quienes se muestran sensibles a la estética y las preocupaciones posmodernas (Naguib Mahfuz, Orhan Pamuk, Salman Rushdie, Amélie Nothomb, Héctor Abad Faciolince) ha sido el que la propia obra incluya entre sus elementos explícitos la metaficción, esto es, cierta reflexión acerca del sentido que tiene

<sup>89</sup> *Mil y una noches*, trad. S. Peña, *op. cit.*, vol. III, pág. 486.

el narrar historias. Ello, en efecto, forma parte de la imagen que la obra ofrece de sí misma, como puede comprobarse en las líneas finales de la noche 106, en el curso de la historia de hechos peregrinos que se desarrolla a partir de las aventuras del rey Ómar Ennumán ('Umar al-Nu'mān) y sus descendientes<sup>90</sup>:

Varios días pasaron con sus noches, y Fulgor del Orbe, que no había dejado de dolerse de sus muchos pesares, dijo: «Me gustaría oír noticias de otras gentes, relatos de la vida de reyes, historias de enamorados. Acaso con ello quiera Dios aliviarme las penas, y acaben mi llanto y mi duelo». El ministro Dandán repuso: «Si lo que necesitáis, majestad, para aliviar vuestro pesar es oír relatos de reyes, sucesos extraordinarios de tiempos remotos e historias de enamorados y demás, nada más fácil que ello, pues en vida de vuestro difunto padre no tenía yo otra ocupación más continuada que la de contar historias y recitar poemas. De modo que esta noche os voy a referir una historia de amor apasionado». No bien hubo oído Fulgor del Orbe estas palabras quedó su corazón pendiente de la promesa, y no pudo ocuparse en otra cosa más que en esperar que se hiciera de noche. Cayeron por fin las sombras y el joven rey, sin apenas creérselo, de lo impaciente que estaba, ordenó que encendieran lámparas y velas, y dispusiesen la comida, la bebida y los pebeteros que la ocasión requería. Todo estuvo listo

<sup>90</sup> *Mil y una noches*, trad. S. Peña, *op. cit.*, vol. I, pág. 420.



de inmediato. Mandó entonces llamar a ministro Dandán, quien respondió a la llamada sin demora, y luego a Bahram, Rostam, Tarkash y al Gran Chambelán, que acudieron también de inmediato. Y, cuando todos estuvieron en su presencia, Fulgor del Orbe dijo al ministro Dandán: «La noche se ha cernido ya sobre nosotros y nos ha cubierto con sus espesos ropajes. Cuéntanos, pues, las prometidas historias». «De mil amores, majestad», replicó el ministro.

Y la confianza en el lenguaje, en el discurso, en el ejercicio de las dotes persuasivas, ha formado parte del imaginario compartido por autores clásicos árabes, cuya pertenencia al canon nadie discute. Recordemos un solo caso, suficientemente explícito, plasmado en unos versos del gran poeta sirio del siglo XI, Abū l-‘Alā’ al-Ma‘arrī, quien, en una de las elegías de su primer diván, dejó una secuencia en la que nos interesan los dos últimos versos (puestos en cursivas)<sup>91</sup>:

Al difunto Abu Hamza, al pío, al moderado,  
al hombre de intelecto, le ha dado alcance el Tiempo;  
al alfaquí cuya obra concedió a Numán  
la gloria que escapó de Nábiga a los versos;  
muy poco, después de él, objeta al iraquí

<sup>91</sup> Se trata de la casida n.º 43 de la edición comentada de *Saqṭ al-zand*, ed. Taha Huséin *et alii*, El Cairo: *Alhai’a almisria*, 1945; traducción, de quien firma estas páginas, en Abū l-Alā al-Maarri, *Chispa de encendedor*, Madrid: Verbum, 2016, pág. 150.

el hiyazí, que queda a su arbitrio sujeto;  
a un orador locuaz, que, entre lobos y leones,  
transmitiese a la fiera la bondad del cordero; [...].

El hecho de que ese género de preocupaciones (los efectos del discurso, la integración de materiales dispersos en una unidad superior, de coherencia engañosamente endeble) domine algunas notables obras<sup>92</sup> de lo que en la literatura árabe medieval se conoce como el ya mencionado *adab*, bajo el que se clasifican auténticos clásicos reconocidos, nos devuelve a la cuestión de si las *Noches* han podido ser marginadas por quienes mantenían las fronteras del canon literario árabe. Del asunto, del que oímos hablar más arriba a Fatema Mernissi, se ha ocupado R. Irwin, quien justifica el desdén con que la obra ha sido tratada por su contenido fantástico y porque su lengua no coincide siempre con el árabe estándar, por estar contaminada de rasgos «vulgares»<sup>93</sup>. El propio Irwin y asimismo Teresa Garulo<sup>94</sup> apuntan otra posible razón: las *Noches* podrían haber visto su prestigio comprometido porque el género de historias que ofrecen era muy del gusto de

<sup>92</sup> Pienso especialmente en el *Kitāb al-aḡānī*, de Abu l-Faraḡ de Ispahán y en *Muḥāḍarat al-abrār* de Ibn ʿArabī de Murcia.

<sup>93</sup> R. Irwin, *The Arabian nights companion*, *op. cit.*, pos. 1485-1486 y 1836-1837 (versión digital).

<sup>94</sup> Teresa Garulo, «Las mil y una noches», en Francisco Lafarga y Luis Pegenaute (eds.), *Diccionario histórico de la traducción en España*, Madrid: Gredos, 2009, págs. 786-789 (véase pág. 786).

grupos sociales marginales o marginalizados, como mujeres y niños. A esto mismo parece apuntar la propia obra, de manera humorística, en la historia de «Sable de Reyes y Bella sin Par», que comienza en la noche 756, y que desarrolla una historia dentro de una historia. El esclavo de un gran señor consigue para este el manuscrito de una maravillosa narración, pero el hombre de letras que se la vende lo hace con ciertos requisitos, pues le dice<sup>95</sup>:

Has de saber, hijo mío, que las condiciones que te pongo son: que no la leas nunca en plena calle, que no sean tus oyentes mujeres ni doncellas de servicio, pero tampoco esclavos ni gente simple ni chiquillos; debes, por el contrario, darla a conocer a personas tales como reyes, ministros o comendadores, y asimismo a quienes tengan sólidos conocimientos, exegetas de la Sagrada Escritura, etc.

Lógicamente estas palabras pueden (y deben, con toda probabilidad) entenderse en sentido irónico y contrario a lo que se está afirmando. Habrá que concluir que el destino de al menos una parte de esas historias es, como ya dijimos, la *performance* por algún narrador profesional, al que, según parece, atendían esclavos, mujeres y niños. De cualquier modo, hemos visto ya indicios de que la obra no ha sido siempre despreciada por los

<sup>95</sup> *Mil y una noches*, trad. S. Peña, *op. cit.*, vol. III, págs. 466-467.

letrados árabes medievales. Y lo cierto es que la valoración efectiva de un libro no es nunca unánime en el seno de una sociedad, o ni siquiera en la misma sociedad a lo largo de los tiempos. El hecho de que autores árabes contemporáneos de primera talla sean fervientes admiradores de las *Noches* indica que, como no podía ser de otro modo, ha habido y hay distintos grados de aceptación de la obra. De hecho, los tres grandes escritores egipcios del siglo xx, Taha Hussein, Tawfiq Al-Hakim y Naguib Mahfuz, han dejado reescrituras muy pensadas de la obra. Pero otro tanto ha ocurrido y sigue ocurriendo fuera de las sociedades árabes. Limitémonos a recordar solo otros dos ejemplos, que añadir a los que ya hemos ido viendo, de cómo las *Noches* forman parte indudable del horizonte de la «gran» literatura árabe contemporánea. El primero nos lo ofrece el iraquí de origen palestino Jabra Ibrahim Jabra (1919-1994), quien, en su autobiografía, *El primer pozo*, deja testimonio de la importancia que las *Noches* tuvieron en su desarrollo intelectual, mencionando y citando por extenso algunas de las historias de Shahrazad<sup>96</sup>. Por otro lado, prueba fehaciente de lo que decimos es que la iraquí Nazik al-Malaika (1923-2007), una de las principales renovadoras de la poesía árabe contemporánea,

<sup>96</sup> Yabra Ibrahim Yabra, *El primer pozo: capítulos de una autobiografía*, traducción de María Luz Comendador y Luis Miguel Cañada, Guadarrama: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 1998, págs. 220 y ss.

cuyo poema «Utopía perdida», según la versión de Manuel Jiménez Lucena, comienza con una equiparación virtual entre la mitología griega y el mito de Shahrazad y sus narraciones<sup>97</sup>:

Allí donde Shahrazad recordaba  
historias que cantó mil noches  
donde envió la luz Diana  
y Narciso al sol veneró su sombra  
allí está la Utopía en la niebla  
de un crepúsculo sin parecido [...]

Una vez establecido que autores árabes contemporáneos de mucho relieve respetan y admiran las *Noches* como gran literatura, por así decirlo, hemos de preguntarnos si realmente podemos considerar la obra un auténtico clásico, un elemento del canon indiscutible de la literatura universal. A favor de una respuesta afirmativa tenemos opiniones explícitas, de las que nos limitaremos a recoger algunas. En primer lugar, contamos con la opinión del cubano José Lezama Lima (1910-1976), quien propuso, en la publicación periódica de su país *Lunes de Revolución* (20 de junio de 1960) una lista con las diez obras más importantes de la literatura universal. Eran las siguientes:

<sup>97</sup> Nazik al Malaika, *Astillas y ceniza*, ed. de Manuel Jiménez Lucena, Madrid: Alfalfa, 2010, pág. 21.

la Biblia; la *Odisea*, de Homero; los *Diálogos*, de Platón; la *Metafísica*, de Aristóteles; la *Summa Theologica*, de Tomás de Aquino; *La divina comedia*, del Dante; el *Quijote*, de Cervantes; *La tempestad* y *El Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare; las *Mil y una noches*, y el *Diario* de José Martí<sup>98</sup>. Más recientemente, el colombiano William Ospina se diría que ha ido un paso más allá. Partiendo seguramente de su buen conocimiento de Borges, habla de las enciclopedias, menciona una lista de obras que tienen tanto o más prestigio que estas («la Biblia, el *Tao te King*, los Upanishads, *La divina comedia*, El Corán, *El Quijote*, *Las mil y una noches*, las obras de Shakespeare, de Hölderlin o de Emily Dickinson») y afirma tajantemente que estas obras ofrecen no solo «un catálogo cósmico», «sino la idea de una condensación, de una síntesis. Nos acercamos a esos libros clásicos con una mezcla de temor reverencial y de expectativa mágica, y siempre encontramos en ellos más de lo que esperábamos»<sup>99</sup>. Si del castellano pasamos al portugués, nos encontramos con las siguientes palabras de José Saramago<sup>100</sup>, contenidas en su discurso de

<sup>98</sup> Araceli García Carranza, «Toda una biblioteca implícita en la obra de José Lezama Lima», *Revista de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí* 1-2 (2006), págs. 19-23.

<sup>99</sup> William Ospina, *La escuela de la noche*. Bogotá: Norma, 2008 (cito por la versión digital, Bogotá: Mondadori, 2013, posiciones 662-666).

<sup>100</sup> José Saramago, «Discurso do escritor», con motivo de su nombramiento como doctor *honoris causa* en la Universidade de Brasília; en el sitio web

investidura como doctor *honoris causa* por la Universidade de Brasília, en las cuales vuelve a quedar patente que las *Noches* forman parte del patrimonio universal:

He hablado de canciones, he hablado de relatos, de un viaje, de un periplo a través de espacios, mundos y tiempos. Desde los poemas homéricos hasta Marcel Proust o James Joyce, pasando por las *Mil y una noches*, las epopeyas indias, las parábolas de los libros sagrados, el Cantar de los Cantares, las fábulas milesias, el Asno de Oro, los cantos de guerra [...], hasta nuestros días, con *Guerra y paz* [...]. Se trata de un viaje que comenzó un día a voz en grito, al resguardo de un árbol, en el interior de una cueva, en un campamento nómada a la luz de las estrellas, en la plaza pública, en el mercado, y que más tarde alguien acabó poniéndolo por escrito.

Acabamos de ver que William Ospina concede a las *Noches* un rango que debemos considerar superior entre la producción escrita de la humanidad. En esa línea,

---

de esta: <http://www.unb.br/unb/titulos/saramago.php> (última consulta: 30-4-2016). «Disse canto, disse romance, e essa relação, esse percurso, essa viagem por espaços, mundos e tempos, desde os poemas homéricos a Marcel Proust ou James Joyce, passando pelas *Mil e Uma Noites*, pelas epopeias indianas, pelas parábolas dos livros sagrados, pelo Cântico dos Cânticos, pelas fábulas milésicas, pelo Asno de Ouro, pelas canções de gesta [...], pela *Guerra e Paz* [...], até agora, até aqui - essa viagem começou um dia, em voz e em grito, à sombra de uma árvore, ou no interior de uma gruta, ou num acampamento de nômadas à luz das estrelas, ou na praça pública, ou no mercado, e depois houve alguém que escreveu [...], escrevendo sempre, dispondo palavras em silêncio, infinitamente repetindo, infinitamente variando» (traducción propia).

conviene recalcar las opiniones de Fernando Pessoa sobre la obra que nos ocupa, en su *Libro del desasosiego*, pues, además de reflexionar —un poco al modo de Vargas Llosa— sobre su estructura narrativa, va también un paso más allá y plantea la posibilidad de que las *Noches* sea un modelo apropiado para comprender lo esencial de la existencia humana<sup>101</sup>:

Estoy casi convencido de que nunca estoy despierto. No sé si sueño cuando vivo o si vivo cuando sueño, o si el sueño y la vida no son para mí sino cosas mezcladas [...]. He reparado muchas veces que ciertos personajes novelescos gozan para nosotros de una importancia que nunca podrían alcanzar los conocidos y amigos [...]. Y tal cosa me hace soñar la pregunta de si no será todo en este mundo un entremezclado de sueños y novelas, como cajas dentro de otras cajas mayores [...], siendo todo una historia de historias, como *Las mil y una noches*, recorriendo ficticiamente la noche eterna.

Tales actitudes admiradas hacia las *Noches* no son, desde luego, privativas de escritores iberoamericanos como los que acabamos de mencionar y citar. Vamos a seguir comprobándolo.

<sup>101</sup> Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*, trad. Manuel Moya, Tegueste (Tenerife): Baile del Sol, 2014, § 360.



## Impacto e influencias múltiples

Transcurrido más de un siglo desde que se publicase la versión de Galland, en 1832, Stendhal registró en su autobiografía, *Souvenirs d'égotisme*, una afirmación rotunda sobre la obra: «Las *Mil y una noches*, que tanto me gustan, ocupan la cuarta parte de mi cabeza». Es difícil hacerse una idea cabal de lo que quería decir el gran escritor francés<sup>102</sup>. Pero, se interprete como se interprete, el que las *Noches* «ocupasen más de una cuarta parte de su cabeza» significa, al menos, que Stendhal tenía el libro que nos ocupa muy presente y que, de algún modo, juzgaba que sus eventuales lectores lo conocerían de sobra, lo que nos consta por otros medios. No intento, pues, mostrar que, para las letras decimonónicas (u occidentales o universales) las *Noches* constituían un hecho dado y relevante, sino plantear hasta qué punto esa evidente presencia ha ejercido un influjo efectivo en el horizonte artístico. Muy poco después de que Stendhal se expresara con esa contundencia, en la década siguiente, dos narradores destacados, Théophile Gautier y Edgar Allan Poe, se embarcan ambos, cada uno por su lado y con solo tres años de

<sup>102</sup> «Les Mille et une nuits que j'adore occupent plus d'un quart de ma tête» (traducción propia). Sobre el sentido de la afirmación, véase Dominique Jullien, «Stendhal en morceaux», *Nineteenth-Century French Studies* 21 (1992-1993), págs. 27-41.

diferencia, en una misma labor: escribir una continuación de la historia de Shahriar y Shahrazad, dándole un final distinto del que tenía en la obra original<sup>103</sup>. Ahora bien, ¿no debemos entender que en ambos casos se trata de parodias de las *Noches*, poco más que un juego libresco, que por su propia existencia da muestras de que el impacto del libro que nos ocupa podría haber llegado ya a cierto anquilosamiento? Dicho de otro modo: la admiración que han sentido, según hemos visto, hacia las *Noches* autores de la talla de Borges o Vargas Llosa ¿se debe a recuerdos de infancia, a afanes eruditos y caprichosos de escritor profesional, a alguna forma indefinida de fingimiento o emulación o esnobismo? Debería bastarnos recordar que, mucho después de clausurado el paisaje de la cultura europea decimonónica, en 1974, Pier Paolo Pasolini realizó su film, ya nombrado, *Il fiore delle Mille e una notte*, que supone, aun en ausencia de Shahrazad, por cierto<sup>104</sup>, una

<sup>103</sup> Los relatos llevaban casi el mismo título, si bien en lenguas distintas: «La mille et deuxième nuit» (1842) y «The thousand-and-second tale of Scheherazade» (1845). Ese concepto, el de «la noche 1002», no es, con todo, privativo de Gautier y de Poe. Joseph Roth fue autor de una novela llamada *Die Geschichte von der 1002 Nacht* (1939), y Fernando Sánchez Dragó ha utilizado la expresión «La noche 1002» con sarcasmo, para hablar de la situación bélica en la Siria de hace unos años (*El Mundo*, 30 de julio del 2012).

<sup>104</sup> En este caso, la unidad de las varias historias que se ofrecen (que, recordémoslo, se presenta en italiano como *Il fiore delle Mille e una notte*) la garantiza una determinada visión política de la sexualidad.

contribución decisiva para hacer de las *Noches* un clásico con plena vigencia en la modernidad.

Pero no es necesario que abandonemos la literatura propiamente dicha. A lo largo de la que, sin duda, es una de las últimas grandes novelas por ahora escritas, *En busca del tiempo perdido*, o *A la busca del tiempo perdido*, Marcel Proust (1871-1922) multiplica las referencias, más o menos anecdóticas, a las *Noches*. Pero, cuando la obra se aproxima a su fin, en el séptimo y último volumen, *El tiempo recobrado* (1927, póstumo), la gran obra árabe que nos ocupa adopta unas proporciones mayores de las que corresponderían a un mero repositorio de anécdotas y figuras. Proust, sin duda, se tomaba las *Noches* muy en serio. Recordemos el fragmento del discurso final del narrador de *El tiempo recobrado*, en el cual se hace referencia a la propia obra que llega a su fin, en la versión de Mauro Armíño<sup>105</sup>:

En cuanto a mí, era algo muy distinto lo que tenía que escribir, más largo, y para más de una persona. Largo de escribir. De día, a lo sumo podría intentar dormir. Si trabajaba sería solo de noche. Pero necesitaría muchas noches, quizá cien, quizá mil. Y viviría en la ansiedad de no saber si el Amo de mi destino, menos indulgente que

<sup>105</sup> Marcel Proust, *A la busca del tiempo perdido*, trad. Mauro Armíño, Madrid: Valdemar, 2017, vol. III, pág. 903.

el sultán Sheriar<sup>106</sup>, cuando por la mañana interrumpiera yo mi relato, querría sobreseer mi sentencia de muerte y me permitiría reanudar su hilo la noche siguiente.

Esta cuasiidentificación (o parangón) del narrador proustiano con Shahrazad casa bien con la mitificación de esta en el arte y la literatura universales contemporáneos. Mitificación que, en lo que afecta a nuestro razonamiento aquí, supone el haber hallado un claro elemento unificador de la multiplicidad de las *Noches*. Shahrazad retoma su lugar de símbolo literario árabe, a todos los efectos, incluidos los del canon, cuando, como se acaba de apuntar, en 1934 el gran escritor egipcio Tawfiq al-Hakim publica su pieza dramática del mismo nombre que la contadora de las *Noches*<sup>107</sup>. Y, por su parte, el surrealista belga, René Magritte (1898-1967) le dedica al personaje una serie de pinturas (1947-1950) tituladas «Schéhérazade», con elementos que parecen sugerir el poder evocador del discurso hablado, junto con una femineidad artificial. Si damos un paso adelante y pasamos de la fábula principal a los elementos de las fábulas dentro de la fábula, podemos recordar otro personaje que, junto con su anécdota, ha fascinado a varios autores. Me refiero al ficticio Harún

<sup>106</sup> «Shahriar» en la presente antología.

<sup>107</sup> Hay versión castellana: Tawfiq al-Hakim, *Sherezada, poema dramático en siete cuadros*, trad. Pedro Martínez Montávez, Madrid: Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, 1977.

Arrashid (basado en el verdadero califa abasí de ese nombre, como se sabe<sup>108</sup>), que aparece una y otra vez en las *Noches*, formando trío con su ministro, Yáafar el Barmekí (Ġaʿfar ibn Yaḥyà al-Barmakī), y su «guardaespaldas», Masrur (Masrūr), y que, para combatir el insomnio y la ansiedad, tiene la costumbre de salir, con estos, disfrazados todos de mercaderes, a recorrer por la noche las calles de Bagdad, tal como se relata muy pronto por primera vez, en la noche 10, en una historia recogida en la presente selección:

Y en esto llamaron de nuevo a la puerta, y la dama portera se levantó para ver quién era. El hecho era, majestad —siguió contando Shahrazad—, que el califa Harún Arrashid había salido aquella noche de su palacio, deseoso de ver y oír lo que hubiese de nuevo, y acompañado, como solía, de Yáafar el Barmekí, su ministro, y de Masrur, el sirviente que ejecutaba las venganzas del califa, o sea, su verdugo y guardaespaldas. El califa y su compañía tenían la costumbre de disfrazarse con ropa de mercaderes, y, en su recorrido por la ciudad, sus pasos los habían llevado hasta aquella casa. Oyeron los sonos de la música y el califa dijo a Yáafar, su ministro: «Quiero que entremos en esa casa y veamos a los que cantan y tocan». «Esos —respondió Yáafar— están ya

<sup>108</sup> Esto puede ampliarse en Salvador Peña Martín, «Bagdad, Harún Arrashid, Oriente y Occidente», *Las Mil y una noches, contar o morir*, Madrid: Graphiclassic, 2020, págs. 36-41.

borrachos, Comendador de los fieles, y podrían ocasionarnos algún perjuicio». «Tenemos que entrar —insistió el califa—, de modo que ya puedes estar inventándote algo para que nos sea posible». «Por supuesto», contestó Yáafar, que se adelantó y llamó a la puerta.

Harún Arrashid, el califa que recorre disfrazado las calles de su ciudad, es elemento destacado en dos novelas mayúsculas: la ya nombrada *En busca del tiempo perdido*, de M. Proust, y, más recientemente, *El libro negro*, de Orhan Pamuk, obra esta en la que los elementos tomados de las *Noches* son variados y seguramente esenciales<sup>109</sup>. J. L. Borges, por su parte, utiliza al Harún Arrashid de las *Noches* como imagen para nada menos que el misterio cristiano de la Encarnación, en su poema «Juan I: 14»<sup>110</sup>:

Reflejan las historias orientales  
La de aquel rey del tiempo, que sujeto  
A tedio y esplendor, sale en secreto  
Y solo, a recorrer los arrabales

<sup>109</sup> Véase la reseña, titulada «Tales of the city», que en su día le dedicó a la versión inglesa de la novela Robert Irwin, en *Times Literary Supplement*, 7 de julio de 1995.

<sup>110</sup> Jorge Luis Borges, *El otro, el mismo* [1964], *Obras completas, 1964-1975*, Barcelona: Círculo de lectores, 1993, pág. 51. (En el fragmento citado, por cierto, creo distinguir, además de la anécdota del recorrido nocturno, otros tres elementos que podrían estar emparentados con las *Noches*: la secuencia «rey del tiempo»; la referencia a «los linajes que en polvo se deshacen», que evocan los desarrollos del tema *Ubi sunt* en las *Noches*, y la enumeración dispar del último verso recogido.)

Y a perderse en la turba de las gentes  
De rudas manos y de oscuros nombres;  
Hoy, como aquel Emir de los Creyentes,  
Harún, Dios quiere andar entre los hombres  
Y nace de una madre, como nacen  
Los linajes que en polvo se deshacen,  
Y le será entregado el orbe entero,  
Aire, agua, pan, mañanas, piedra y lirio [...].

No menos memorable es la historia gráfica «Ramadán», de Neil Gaiman<sup>111</sup>, en la que se ofrece una anécdota, directamente inspirada por las *Noches*, con Harún Arrashid como personaje principal, pero cuyo recorrido alternativo sirve para ofrecer una sugestiva explicación a la disyuntiva entre la realidad y la fantasía. Otros muchos personajes, anécdotas o seres han pasado de las *Noches* a la ficción universal. Sería prolijo y acaso ocioso tratar de hacer un recuento ni meramente representativo. Ya hemos observado cómo en novelas muy recientes, las de H. Wecker y S. Rushdie, se perpetúa la vigencia literaria de los *jinn*s. Aunque, sobre todo en la segunda de estas obras, abundan los recursos humorísticos, ninguna puede considerarse una parodia. Sí que lo era, por el contrario, la serie de televisión *I Dream of Jeannie* (1965-1970,

<sup>111</sup> Forma parte de la serie *The Sandman*, con textos de Neil Gaiman, e ilustraciones de P. Craig Russell *et alii*, vol. 5: *Desesperación*, sin mención de traductor, Barcelona: Planeta D'Agnostini, 2010, págs. 9-39.

traducida al español como *Mi bella genio*<sup>112</sup>), en la que, como ocurre también en las dos novelas a las que acabo de aludir, se sitúa a un individuo de la clase de los *yinns* en un ambiente contemporáneo y occidental. Menos relevantes que estos, que los *yinns* o genios, pero no menos interesantes, son los *guls*, seres caracterizados por su fortaleza y fiereza, por su tendencia a vivir en lugares solitarios y, sobre todo, por su costumbre de consumir carne humana, que han seguido un curioso recorrido en la fantasía universal. Antes incluso del advenimiento del islam, la figura del *gul* (*ġūl*) aparece en la poesía de Arabia, asociada a los horrores que encuentran quienes viajan por el desierto. El poeta apodado Ta'abbat Šarra (El del mal bajo el brazo), ya en el siglo vi, habla en más de una ocasión de *guls*, como puede comprobarse en la versión de la siguiente pieza por parte de Mahmud Sobh, que traduce *gul* como «ogro»<sup>113</sup>:

Me encontré con un ogro que iba deprisa transitando  
por un páramo tan plano que parecía una clara página  
en blanco

y le dije: «Tú y yo tenemos mucho en común: ambos so-  
mos fatigados viajeros. Déjame, pues, libre el camino».

<sup>112</sup> Hay versión comercial, accesible, de la primera temporada, al menos: *Mi bella genio*, Cinema International Media, 2014.

<sup>113</sup> Mahmud Sobh, *El diván de la poesía árabe oriental y andalusí*, Madrid: Visor, 2012, pág. 29.



Él, sin embargo, se lanzó contra mí con toda su fuerza y yo me apresuré a herirle fiero con mi afilada espada yemení.

Los *guls* aparecen con frecuencia en las *Noches*, en un contexto ya totalmente islamizado. El más notable de todos es Saadán, el *Gul* de la Montaña, que tiene un papel importante en «Garib y Ayib», la larga historia en la que se mezclan las guerras religiosas con la más desbordada fantasía, que se desarrolla entre las noches 624 y 650. Su primera mención tiene lugar en la noche 628<sup>[114]</sup>:

[...] cuando Garib le hubo referido toda su historia al anciano de la cueva, este le dijo: «Loco debes de estar, Garib, para haber venido tú solo en busca del *Gul* de la Montaña». «Mirad, señor, que me acompañan no menos de doscientos jinetes». «Aunque trajeses diez millares, nada podrías contra él. ¿No sabes que, cuando lo nombran dicen: “el *Gul* Antropófago, librenos Dios de él”? Es descendiente de Cam e hijo de Hindi, el que pobló la India y le dio nombre. Hindi fue precisamente quien comenzó a llamarlo Saadán el *Gul*. Desde su mocedad, hijo mío, fue un bravucón impenitente, un satanás insurrecto que no comía otra cosa que hijos de Adán. Su padre le prohibió que continuase con tan execrable costumbre, pero él, lejos de obedecer, se mostró aún más recalcitrante. Hindi, su padre, acabó, después de muchas fatigas y batallas, desterrándolo de la India, y el

<sup>114</sup> *Mil y una noches*, trad. S. Peña, *op. cit.*, vol. III, pág. 233.

*Gul* de la Montaña vino a esta tierra, donde se fortificó y ha vivido como salteador de caminos, pero buscando siempre el refugio de su alcázar en esta torrencera. Ha tenido cinco hijos, todos descomunales y violentos, capaces todos de habérselas con mil paladines, y, con la riqueza que ha acumulado, en metal, botines, ovejas, caballos, camellos y vacas, podría, si quisiera, taponar el torrente. Mucho temo por ti, Garib... Le pido, pues, a Dios que te ayude con la sagrada fórmula de la Unidad. Recuérdalo, hijo: cuando acometas a infieles no olvides decir: “¡Dios es más grande!”, ya que estas palabras los debilitan».

De su contexto árabe original el *gul* pasó a *Vathek*, la novela gótica que William Beckford publicó en 1786<sup>[115]</sup>. Y, antes de influir decisivamente en la creación del *zombie* cinematográfico moderno a partir de *La noche de los muertos vivientes* (*Night of the living dead*, 1968), de George A. Romero, los *guls* habían aparecido, parcialmente desvirtuados, en dos films británicos de calidad discutible: *El resucitado* (*The ghoul*, 1933), de T. Hayes Hunter, y la norteamericana *The mad ghoul* (1943), de James P. Hogan<sup>116</sup>. Mucho más recientemente la serie japonesa de *manga* (desde el 2011) y posteriormente de *anime* (desde

<sup>115</sup> William Beckford, *Vathek y sus episodios*, trad. Mauro Armiño, Madrid: Valdemar, 2025.

<sup>116</sup> Ambas, conjuntamente, las ha puesto en circulación L'Atelier 13 Pictures, 2014.

el 2014), conocida como *Tokyo ghoul*, ideada por Sui Ishida, se centra en un adolescente metamorfoseado en *gul* que ha de afrontar su condición de antropófago. La relación de las *Noches* con la ficción (literaria o cinematográfica) se va afianzando, pues, por medio de los aspectos fantásticos de la obra, descubiertos para la pantalla ya en el notable film mudo *El ladrón de Bagdad* (*The thief of Baghdad*, 1924), de Raoul Walsh, uno de los más notables «cuentos orientales» basados en las *Noches* y convertidos en sueño hecho realidad, gracias al teatro o al cine, y que, en algunos casos (no, desde luego, en el citado), derivan de la parodia o adolecen de consistencia artística e incluso de interés. Mención aparte merece la pieza teatral *Kismet* (1911), de Alfred Knobloch (o Knoblauch), un «cuento oriental», tan influido por las *Noches*, mediante la versión inglesa de Richard Burton, que incluso toma de esta el empleo de la prosa rimada. *Kismet* acabó convirtiéndose en un notable musical, con ese mismo título (1953) y enseguida en un film, *Un extraño en el paraíso* (1955), de Vincente Minnelli y Stanley Donen, a partir de un libro de Charles Lederer y Luther Davis, y música de Robert Wright y George Forrest a partir de partituras de Alexander P. Borodín (1833-1887). Las *Noches* han sido, bien en su totalidad, bien por medio de algunos de sus personajes o motivos, genuinos o derivados, una fuente fecunda para el cine comercial contemporáneo. Baste pensar en

las múltiples adaptaciones de Aladino, y de Sindbad de los Mares, varias de ellas muy conocidas.

### **En conclusión: las *Mil y una noches* entre nosotros**

No creo incurrir en exageración interesada si afirmo que la lengua castellana y el presente siglo XXI ofrecen a las *Noches* un ámbito que de ningún modo le es ajeno a la obra. Acabamos de hablar de la historia de Sindbad de los Mares (parcialmente recogida en la presente selección). Otro personaje llamado Sindbad en las *Noches*, ahora un sabio de corte, es personaje principal de un ciclo de historias enmarcadas o «textos integrados»<sup>117</sup> que se conocen como «El rey, su hijo, la concubina y los siete ministros» o «Sobre las muchas argucias de las mujeres». Dicho ciclo constituye, como se sabe, la fuente del *Sendebar* o *Libro de los engaños e los asayamientos de las mugeres* de la literatura castellana. Se trata de una colección de *exempla*, de origen indio, que se tradujo al castellano a mediados del siglo XIII<sup>118</sup>. Este fue uno de los primeros y más notables

<sup>117</sup> La segunda denominación, «textos integrados», para las historias dentro de historias, la tomo de Pablo Brescia y Evelia Romano (eds.), *El ojo en el caleidoscopio*, México: Universidad Nacional Autónoma de México (Textos de Difusión Cultural), 2006.

<sup>118</sup> La obra es bien conocida en el panorama de las letras castellanas; véase A. D. Deyermond, *Historia de la literatura española 1*, trad. Luis Alonso

episodios de lo que podemos llamar «mudejarismo literario», retomando el término que brillantemente acuñó Américo Castro, en su clásico *España en su historia*<sup>119</sup> y ha difundido Francisco Márquez Villanueva en más de un escrito fundacional<sup>120</sup>. Por otra parte, lo que llevamos dicho, sobre todo en los dos puntos anteriores, nos permite concluir que las visiones contemporáneas de las *Noches* han supuesto un sustancial paso adelante respecto a las que estaban extendidas durante los siglos XVIII, XIX y buena parte del XX. Proust, Borges, Vargas Llosa, Byatt, Pamuk y otros muchos nos han ayudado a entender lo que las *Noches* representa o puede llegar a representar. Y lo interesante es que esas visiones renovadas no anulan del todo las anteriores. Un ejemplo evidente lo proporcionan las reescrituras concebidas como adaptaciones infantiles de la obra, de las que me limitaré a mencionar una, a título

---

López, Barcelona: Ariel, 1976, págs. 178-181, y, para las complejidades de la transmisión y parentesco de los textos implicados, María Jesús Lacarra, «Entre el *Libro de los engaños* y los *Siete visires*: las mil y una caras del *Sendebâr* árabe», en Aboubakr Chraïbi y Carmen Ramírez, *Les mille et une nuits et le récit oriental en Espagne et en Occident*, París: L'Harmattan, 2009, págs. 51-74.

<sup>119</sup> Américo Castro, *España en su historia*, Buenos Aires: Losada, 1948.

<sup>120</sup> Francisco Márquez Villanueva, Francisco, *Orígenes y sociología del tema celestinesco*, Barcelona: Anthropos 1993; y «On the concept of *mudejarismo*», trad. Nicola Stapleton, en Ingram, Kevin (ed.), *The conversos and moriscos in Late Medieval Spain and beyond*, Leiden-Boston: Brill, 2009, págs. 23-49.

de ejemplo, la que reunía las adaptaciones de textos por parte de Núria Ochoa, con vistosas ilustraciones de Inés González & Radu, para una colección de libros infantiles muy difundida. Se trata de una breve selección que incluye dos de las llamadas historias huérfanas que añadió Galland: «Alí Babá y los cuarenta ladrones» y «Aladino y la lámpara maravillosa», junto con «El caballo de ébano», para la que sí existe un original árabe en ZER); pero curiosamente enmarcadas en la historia principal, la de Shahrzad y Shahriar, con leves indeterminaciones en cuanto al detonante de la locura de este, pero sin grave trastorno de lo relatado para aminorar lo violento de lo narrado<sup>121</sup>:

Hace mucho tiempo, el sultán de Bagdad descubrió que su esposa le había traicionado. A partir de entonces no volvió a confiar en ninguna otra mujer y decidió que todas las noches se casaría con una distinta y al amanecer la condenaría a morir.

El rememorar, mediante una de sus múltiples versiones, el comienzo de las *Noches* es acaso el modo más apropiado para ir cerrando estas páginas. Lo cual no me evita reconocer que las cierro en falso, pues ni mucho menos está todo dicho o hecho al respecto. Se multiplican los indicios de que estamos ante una verdadera y renovada

<sup>121</sup> *Las mil y una noches*, adaptación de Núria Ochoa, Madrid: Santillana, 2007, pág. 3.

eclosión del interés por las *Noches*, cuyo impacto se hace cada vez más extenso y profundo. Hace pocos años, en el 2015, el premio Goncourt, el más prestigioso de la literatura francesa, recayó en la novela de Mathias Énard publicada ese mismo año, *Boussole*<sup>122</sup>. A juzgar por la proliferación de importantes obras influidas por las *Noches*, o derivadas de estas, durante las últimas décadas, no creo que sea descabellado afirmar que la «novela de Shahriar», si se me permite llamar así a la obra, está hallando su verdadero *kairós* en este comienzo del tercer milenio. Me limitaré a mencionar cuatro libros. El francés J. M. Le Clézio retoma parte de la trama de las *Noches* para abordar tanto la violencia contra la mujer como los efectos salu-  
tíferos del contar en una novela ambientada en Corea<sup>123</sup>. En cuanto al ámbito hispano recuérdese los casos, todos recientes, del colombiano Héctor Abad Faciolince y su reescritura de las *Noches* en la historia de los encuentros eróticos, con relato de sucesivas historias, entre una pareja en el Medellín actual<sup>124</sup>; del español Gustavo Martín

<sup>122</sup> Mathias Énard, *Boussole*, París: Actes Sud, 2015, en la que precisamente el impacto de *Mil y una noches* en las letras y artes francesas tiene su importancia en la trama. Hay versión española: *Brújula*, trad. Robert Juan-Cantavella, Barcelona: Penguin Random House, 2016.

<sup>123</sup> J. M. Le Clézio, *Bitna bajo el cielo de Seúl*, trad. Maite Gallego y Amaya García, Barcelona: Penguin Random House, 2019.

<sup>124</sup> Héctor Abad Faciolince, *Fragments de amor furtivo*, Bogotá: Alfaguara, 1998.

Garzo y su colección de cuentos enmarcados<sup>125</sup>, y del peruano Gustavo Faverón Patriau y su novela compuesta de una miríada de relatos<sup>126</sup>. De nuevo el todo y las partes, lo múltiple y lo uno.

El mito de Shahrazad no ha perdido nada de su fuerza, como tampoco los valores simbólicos de la noche. La transcendencia de la narración (la acción de narrar) como creadora de realidades, la tensión entre lo vivido y lo imaginado, los problemas derivados del reconocimiento de la alteridad son todas cuestiones palpitantes en la actualidad, signos de nuestro tiempo, sobre los que se asienta asimismo *Mil y una noches*.

### Sobre la presente versión en castellano

El texto español de la traducción<sup>127</sup> que da lugar a la presente antología fue resultado de más de siete años de persistente e intenso trabajo consagrado a elaborar una versión completa y directa del árabe que cumpliera con una serie de requisitos, caracterizados, en conjunto, por el respeto que merece una obra literaria clásica que se toma

<sup>125</sup> Gustavo Martín Garzo, *El árbol de los sueños*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2021.

<sup>126</sup> Gustavo Faverón Patriau, *Minimosca*, Barcelona: Candaya, 2024.

<sup>127</sup> Me refiero a la traducción completa de la que proceden varios de los pasajes antes citados: *Mil y una noches*, trad. Salvador Peña Martín, *op. cit.*



en serio como tal, y por el deseo de equilibrio. Equilibrio entre los textos genuinos y el impacto que han alcanzado; equilibrio entre el rigor y la legibilidad de un texto en buena medida concebido desde su origen para el disfrute, y equilibrio entre la necesidad de restituirle al lector la información necesaria, y la erudición gratuita. Pretendía ser, además, una versión a la altura de estas primeras décadas del siglo xxi<sup>128</sup>, en la medida en que toma en cuenta los progresos registrados en la traducción de esta obra, así como los avances en investigación al respecto y los nuevos horizontes en contacto entre sociedades muy diversas por medio de los textos de una y los lectores de otra.

La primera dificultad que afronta un traductor de las *Noches* es la elección del original del que ha de partir. Dado que se trata de una obra que, como hemos visto, se generó, en parte, en traducciones de otras lenguas y se estuvo elaborando durante siglos, y a falta de manuscritos que ofrezcan versiones no cercenadas o fragmentarias del texto original (si es que puede hablarse de tal cosa, tratándose de una obra que estuvo abierta hasta el siglo

<sup>128</sup> Obsérvese que las versiones previas y completas del árabe al castellano aparecieron a mediados del siglo xx: *Libro de las mil y una noches*, trad. Rafael Cansinos Assens, México: Aguilar, 1954-1955; *Las mil y una noches*, trad. Juan Vernet, Barcelona: Planeta, 1964, y *Las mil y una noches*, trad. Juan A. G. Larraya y Leonor Martínez Martín, Barcelona: Vergara, 1965.

xviii), lo más próximo que tenemos a un texto fiable es la recensión egipcia, de la que hemos hablado.

Las dos ediciones decimonónicas, en lengua árabe, que de ella dependen, la de Būlāq (1835) y las de Calcuta (1814 y 1839), ofrecen, cada una por su lado, razones para que se las tenga en cuenta. La segunda, la de Calcuta (en su segunda edición), es sin duda más completa y fiable, pero la de Būlāq es la que más alcance e impacto ha encontrado entre los lectores de árabe contemporáneos, un dato que no hay que desdeñar. La solución ha sido, en la busca del equilibrio deseado, partir de la recensión de Būlāq, pero enmendando o completando el texto, cuando ha sido necesario, con el texto de Calcuta<sup>129</sup>.

<sup>129</sup> A falta de una edición crítica rigurosa de la recensión egipcia, he contado con una edición antigua del texto de Būlāq: la de al-Maṭbaʿa al-ʿĀmira, en El Cairo, 2.<sup>a</sup> edición, 1308 de la hégira / 1890-1891 después de Cristo, que he confrontado a veces con la de al-Maṭbaʿa al-Saʿīdiyya, también de El Cairo, seguramente en 1935. Ambas son accesibles en la Red (en Internet Archive), a diferencia de lo que ocurre con la edición original de Būlāq, propiamente dicha, a la que no he tenido acceso. El texto se ha confrontado de manera sistemática con la edición comercial que publicó en el 2008 Dār Ṣādir, de Beirut, la más extendida (de entre las no censuradas), entre los lectores árabes actuales. Pero he tenido que completar el original, de manera muy significativa, con el texto de Calcuta II, esto es, la edición de W. H. MacNaghten de 1839, que se halla asimismo en la Red (el mismo sitio mencionado). Como, de cualquier modo, el original seguía presentando lecturas dudosas, amén de frecuentes erratas, he recurrido, para solventar algunos pasajes, a otras dos versiones comerciales recientes: la de Dār al-Kutub al-ʿIlmiyya, de Beirut, fechada en el 2005, que procede de la edición de Calcuta, pero en la que faltan numerosos pasajes, cerceñados; y la de Dār Maktabat al-Ḥayāt, de Beirut una vez más, sin fechar,

Como ya se ha dicho, una gran parte de los elementos que componen la obra son versos. Un millar largo de poemas o fragmentos poéticos, heterogéneos, constituyen uno de los más notables rasgos de la obra. Junto a la poesía, que, como es lógico, se atiene a las normas de la métrica árabe clásica, el texto incluye un número no desdeñable de pasajes en prosa rimada, así como refranes, en los que los juegos con las semejanzas y reiteraciones de sonidos y secuencias formales son la norma.

El uso de la rima no es un mero pretexto en la literatura árabe premoderna. Basta con examinar dichos refranes para llegar a la conclusión de que se ha mantenido la creencia de que algún tipo de sabiduría se abre camino a través de las coincidencias acústicas de la paronomasia y la rima. Únase a ello el hecho de que muchos de los poemas recogidos son letras de canciones y, más aún, el que algunas historias se basan en la facilidad de ciertos personajes para habérselas con la rima.

La presente versión, en consecuencia, trata de ofrecer, en primer lugar, pero solo cuando el pasaje lo requiere, asonancias en breves pasajes prosísticos, ya sean refranes

---

en la que, a pesar de que está gravemente dañada por la censura, sí que se encuentran originales relativamente cuidados de los poemas. Las demás ediciones árabes consultadas (como la de al-Anīs, de Argel, fechada en el 2005; o la electrónica, de Kutub ‘Arabiyya, sin data ni localización) apenas han servido para comprobar que el atractivo comercial que la obra sigue ejerciendo no tiene que implicar, ni mucho menos, rigor textual.

o fórmulas narrativas. Y, en segundo lugar, y esto siempre, poemas que, también en castellano, se atengan a los requerimientos de la métrica. Se ha imitado el pertinaz patrón bímembre de la poesía árabe premoderna (versos casi siempre divididos en dos hemistiquios), y ello, por uno de dos procedimientos: o bien recurriendo a pareados, o bien reproduciendo el patrón original de secuencias monorrimas alternas.

El texto árabe, por otra parte, solo ofrece dos tipos de grandes divisiones internas, las que marcan la transición entre la prosa y la poesía, a causa de la especial disposición de los versos (junto con alguna otra posible marca), y las que indican el paso de una noche a la siguiente. Es cierto que con frecuencia aparecen titulillos al comienzo de las historias o ciclos de historias, pero —y esto es importante— no siempre.

La división en historias resulta en extremo problemática, ya que muy a menudo la inclusión de los titulillos entraña alguna violencia al texto. Pero no es solo eso. Hay, además, contradicciones entre el modo en que los personajes principales se refieren a las historias que cuentan y los titulillos que se ofrecen. En tercer lugar, si bien es posible saber dónde comienza un relato, no sabemos siempre dónde habría que situar su fin. Y, como queda indicado, no son excepcionales las historias cuyo comienzo no se marca de ningún modo en el original.

Dicho de otro modo, la verdadera unidad de división de las *Noches* son precisamente las noches, y a ellas nos atenemos en el cuerpo del texto. Sin embargo, dado que lo que aquí se ofrece es una selección de historias, los comienzos de cada una de ellas se marcan por medio de cambios de página y los correspondientes titulillos. Estos, a veces incompletos e inexactos, resultan artificiales y seguramente fueron añadidos por los editores. La técnica narrativa miliunanochesca y el proceso de formación del libro árabe da lugar a que sea difícil separar algunas historias entre sí y a que se repitan elementos. Ello se refleja en la presente selección.

En el texto árabe de las *Noches* no hay párrafos como tales. Algunas traducciones, como la alemana de E. Littmann y la italiana que coordinó F. Gabrieli, se atienen a ello y es muy limitado el uso que hacen del punto y aparte. Dado que la falta de esas pausas responde solo a una costumbre generalizada en los textos árabes premodernos, y, que, en consecuencia, no se trata de una opción estilística o una consciente técnica narrativa, en la presente versión se ha optado por pautar la narración con puntos y aparte, si bien limitándolos en número a las exigencias mínimas del castellano.

Relacionado con los valores simbólicos del lenguaje está el uso que se hace de los nombres propios de persona a lo largo de la obra. La regla general ha sido mantener

(romanizados y con pronunciación figurada desde la perspectiva del castellano) aquellos nombres que han sido y siguen siendo usuales en árabe, como es el caso de «Ómar» (‘Umar), pero traducir aquellos que, compuestos usualmente por más de una palabra, resultan ajenos al catálogo de antropónimos y que, además, pueden llevar una carga simbólica que debe tener presente el lector durante la historia de que se trate; por ejemplo, «Bienquerer», para Tawaddud (la «doncella Teodor» de la literatura medieval española) o «Luz de la Senda» para Nūr al-Hudà). Esto último ocurre, sobre todo, en historias que han quedado fuera de la presente antología.

Por motivos más pegados a la realidad de las tramas que se relatan, se han traducido también los apodos, a menudo humorísticos, o todas las denominaciones, casi siempre ofensivas, que se aplicaban a los esclavos (por ejemplo, «Alcanfor» para un esclavo de raza negra). Las sociedades retratadas, o a veces distorsionadas, estaban extremadamente jerarquizadas. A ello se debe el que hayamos recurrido al uso de «vos» o a la tercera persona, como fórmula de tratamiento, cuando ha sido necesario. Para los gustos actuales resulta difícil de aceptar que un esclavo tutee al califa tal como ocurre en algunas traducciones. Cierta tendencia arcaizante parecía imponerse a estos textos; de ahí que haya rasgos más propios del español ibérico que el de variantes latinoamericanas.

También en un intento de reflejar la visión del mundo de las sociedades en que se generó el original se ha hecho un uso generoso —seguramente abusivo desde nuestra perspectiva actual y desde las estrictas normas ortográficas— de las mayúsculas para iniciar términos cuyos conceptos se entienden de un modo u otro sacralizados por sus valores religiosos.

El título original de la obra, *Alf layla wa-layla*, indica, con toda sencillez un número preciso de noches, en un sintagma indeterminado. Esto, en castellano actual, se expresa «mil una noches», sin artículo previo, «las», dado que en árabe no se ha expresado la determinación. Pero, asimismo, sin la conjunción copulativa «y», ya que, aunque sí está presente en el árabe (*wa-*), ello se debe a que, en dicha lengua sí es necesaria la conjunción después de los millares, del mismo modo que lo es en otras lenguas como el portugués, pero no en castellano contemporáneo (decimos «dos mil dieciséis», y no «\*dos mil y dieciséis»). En el título de la obra la persistencia de «las» e «y» solo se explica por influencia del francés por la traducción de A. Galland: *Les mille et une nuits*.

Considero, pues, que *Las mil y una noches* es un calco del francés que habría convenido esquivar, si la versión se adaptase a los usos actuales de la lengua, ya que la secuencia «mil y una» o «una y mil», que podemos emplear en expresiones como «mil y un viajes» o «una y mil veces»,

perfectamente válidas por supuesto, no significan un número preciso, sino, más bien, una cantidad subjetivamente elevada. Así, «mil y una noches» no significa exactamente 1001 noches, sino muchísimas noches.

Y es el caso que el número de noches en que se desarrolla la acción de la obra sí es, con precisión, de 1001. Un primer argumento en contra de una versión «mil una noches» sería que el título *Las mil y una noches* está asentado en castellano. Eso es solo en parte cierto, ya que, junto a esa alternativa, la tradición nos ofrece otra: la seguida tanto por V. Blasco Ibáñez en su traducción, como por M. Vargas Llosa en su reescritura de la obra para el teatro: *Las mil noches y una noche*<sup>130</sup>. Creo, pues, que sería lícito y hasta adecuado llamarla, en consonancia con el original, y sin más, «Mil una noches».

Pero estos asuntos no son nunca sencillos. Si bien parece indiscutible que el artículo «las» no responde a ningún motivo, y no tiene sustento en el original, lo cierto es que a favor del mantenimiento de la conjunción «y» hay dos buenos argumentos. Por un lado, tenemos el adjetivo, bastante extendido en castellano a ambos lados del Atlántico, «miliunanochesco». Y por otro, el hecho de que la

<sup>130</sup> Por cierto, también calcada del francés, del título por el que optó J.-C. Mardrus: *Les mille nuits et une nuit*.



secuencia «mil y» se ha empleado en estadios anteriores de esta lengua para numerales precisos, por ejemplo, en «año de mil y setecientos», como puede leerse en documentos de la época; el sabor arcaizante de la expresión está en consonancia con la obra original y con la versión por la que aquí se ha optado. Traduzco, en consecuencia, *Mil y una noches*.

### Sobre la presente selección de historias

Imaginemos un valioso trabajo de marquetería, de taracea: un tablero de buena madera, un marco y una labor que cubre todo el espacio dejando espacios libres en los que se han enchapado labores más pequeñas, algunas de las cuales dejan, a su vez, vanos para incrustaciones más pequeñas. Ese trabajo de marquetería sería el libro de las *Mil y una noches*, obra anónima en la que, a partir del tablero con el marco y la labor principal, probablemente traducida del persa al árabe, se fueron incluyendo incrustaciones de diversos tamaños y estéticas desde el siglo VI hasta el XVIII. Esto ya se ha explicado en páginas anteriores. Pero conviene recordarlo para aclarar que lo que en esta antología se ofrece es una parte de esa taracea: la historia de la sabia Shahrazad y el violento monarca Shahriar, que enmarca todo lo demás, y un muestrario variado de las incrustaciones más destacables, todo ello manteniendo las

proporciones de un libro manejable<sup>131</sup>. En la reducción, casi a la vigésima parte, se han perdido historias valiosas e interesantes, no podía ser de otro modo. Las que sí figuran proceden todas —y esto es importante remarcarlo— del original en lengua árabe de la llamada recensión egipcia, con sendas ediciones decimonónicas en El Cairo y Calcuta. Faltan, pues, historias, algunas muy populares, que podemos considerar apócrifas, por ejemplo, las de Aladino o Alí Babá, ya que carecen de originales árabes y fueron al menos en parte fruto de la imaginación y la puesta por escrito del primer traductor del libro a una lengua occidental, el francés Antoine Galland, que comenzó a dar a conocer la obra en 1704. Por extraño que parezca, la labor de taracea continuó fuera del ámbito original árabe.

Salvador Peña Martín

Málaga, febrero-mayo del 2016 y febrero del 2025

<sup>131</sup> No es esta, desde luego, la primera antología de las *Mil y una noches* en castellano. Podemos recordar, como mínimo y sin entrar en el ámbito de la literatura infantil, en el que han abundado sobremedida, las siguientes: *Las mil y una noches. Antología*, selección y trad. Juan Vernet, Madrid: Salvat, 1970; *Antología de Las mil y una noches*, selección y trad. Julio Samsó, Madrid: Alianza, 1975; *Las mil y una noches*, [Lima:] Biblioteca Básica, 2002; *Las mil y una noches*, selección y trad. María Elvira Sagartzazu, Buenos Aires: Colihue, 2006; *Noches de Oriente, selección de Las mil y una noches*, Bogotá: Norma, 2009; *Mil una noches*, selección y trad. Salvador Peña Martín, Barcelona: Karwán, 2020 (antología que solo coincide en parte con la presente).



## En el Nombre de Dios, Clemente y Misericordioso

Loado sea Dios, Sustentador de los mundos, y descien-  
dan sobre el mejor de Sus enviados, nuestro señor y maes-  
tro Muhámmad, así como sobre la familia de este y sus  
primeros adeptos, bendición y paz perennes y constantes  
hasta el Día de la Retribución.

El proceder de los antiguos se torna lección para los  
modernos, pues, cuando un ser humano conoce las ex-  
periencias de los demás, puede aplicárselas a sí mismo, y,  
por tanto, escarmentar con las tradiciones y sucesos de  
las naciones pretéritas. Alabado sea Quien ha hecho de la  
tradición de los antiguos lección para otros pueblos.

Entre dichas lecciones se hallan las historias titu-  
ladas *Mil y una noches*, que abundan en hechos peregrin-  
nos y ejemplos.



## **El rey Shahriar y su hermano Shah Zamán**

Cuentan (aunque Dios lo sabe mejor, siendo, como es, omnisciente y en extremo santo y noble) que hace ya mucho, en tiempos pretéritos, hubo un grandioso soberano de la dinastía irania de Sasán, que contaba con un nutrido ejército y una muchedumbre de pajes, siervos y escoltas, y cuyo imperio se extendía hasta la India, la China y sus confines. Dicho rey tenía dos hijos, ambos esforzados campeones, pero más el primogénito, quien llegó a reinar en su territorio con irreprochable equidad, lo que le granjeó el cariño de todos sus súbditos. Lo llamaban rey Shahriar, y al benjamín, Shah Zamán, señor de Samarcanda de los Persas. Durante veinte años todo fue según la recta Disposición de Dios. Ambos permanecieron en sus países y dominios, cada uno en el suyo, gobernando con justicia en la mayor placidez, hasta el día en que Shahriar, como sintiera nostalgia de su hermano menor, ordenó a

su ministro que partiera hacia la corte de este y lo convocase a su presencia. Así hizo el ministro, que alcanzó sin contratiempo su destino y entró donde el benjamín. Le transmitió el saludo de su hermano y le hizo saber que este lo echaba de menos y deseaba que lo visitase. Shah Zamán respondió que lo haría de muy buen grado. Se aprestó para el viaje; mandó que sacaran sus tiendas, sus camellos y sus mulos, convocó a sus escuderos y mozos, encargó a su ministro el gobierno del país durante su ausencia, y partió hacia el de su hermano mayor. Pero, ya mediada la noche, al recordar que había olvidado algo, dio media vuelta y regresó a palacio, donde encontró a su esposa tendida en su propia cama, o sea, la del rey, y abrazada a uno de los esclavos negros. Al ver esto, el mundo entero ennegreció ante él, y se dijo: «Si esto ha ocurrido nada más salir yo de la ciudad, ¿qué no habría llegado a hacer esta malnacida cuando me hubiese ausentado largo tiempo donde mi hermano?». Desenvainó la espada, los acometió a ambos y los mató en la misma cama. Al poco volvió a su ser, dio nueva orden de partir y ya no detuvo su marcha hasta que llegó a la corte de Shahriar. Este, que había engalanado la ciudad en honor de su hermano menor, salió a su encuentro y lo recibió lleno de júbilo. Hechos los honores, se sentaron ambos a departir a su gusto; pero el recién llegado Shah Zamán se acordó de lo ocurrido con su esposa, y fue tal su pesar que le mudó el

color y se abatió. Su hermano, al verlo tan desanimado, pensó que ello se debería a la lejanía de su país y su reino, y lo dejó estar sin preguntarle nada. Luego, al cabo de unos días, Shahriar, el mayor, le dijo:

—Veo, hermano, que estás abatido y con el color demudado.

—Tengo, he de reconocerlo —le repuso Shah Zamán—, el alma herida.

Pero nada más añadió; no le contó lo que había visto hacer a su esposa. Y Shahriar añadió:

—Quiero, hermano, que salgas conmigo de caza, y acaso se te alegre el corazón.

Pero Shah Zamán no quiso acompañar a su hermano mayor, y este, Shahriar, salió, él solo, a cazar. En el palacio había unas celosías que daban al huerto, y estaba el hermano menor mirando a través de ellas cuando se abrió la puerta de la residencia, por donde salieron veinte siervas y veinte esclavos, entre quienes venía la esposa de Shahriar, mujer de singular belleza. Fueron caminando hasta un surtidor y, después de desnudarse, se sentaron todos juntos. Entonces la mujer del rey llamó:

—¡Masud!

Y un esclavo negro se le acercó, se abrazaron ambos y yacieron juntos. Lo mismo hicieron los demás esclavos con las doncellas, y así siguieron, entre besos y abrazos, copulaciones y trasegar de vino, hasta el final de la jornada.

Al hermano del monarca, con cuanto había visto, se le aliviaron la humillación y el pesar, y se dijo: «Verdaderamente, lo que a mí me ha pasado no es tan grave... ¡Esto es mucho peor que lo mío!». Y volvió a comer y a beber como antes. Poco después volvió su hermano de la cacería; se saludaron ambos, y al rey Shahriar no le pasó inadvertido que por las mejillas de su hermano Shah Zamán volvía a correr la sangre y se le había pasado la desgana, pues ya comía con apetito. Sorprendido por ello, le dijo:

—Estabas pálido, con el color perdido, y ahora veo que lo has recobrado. Dime a qué se debe.

—El porqué de mi palidez te lo declararé ahora, pero te ruego que me dispenses de contarte cómo he recuperado el color.

—Empieza —lo apremió Shahriar— contándome por qué estabas tan pálido y abatido, para que lo oiga.

—Cuando enviaste, hermano —respondió Shah Zamán—, a tu ministro con el mensaje de que me echabas en falta, hice los preparativos del caso y salí de mi ciudad, pero de pronto me di cuenta de que había olvidado en palacio la alhaja que te he regalado. Volví, pues, y me encontré a mi esposa con un esclavo negro yaciendo en mi cama. Los maté a los dos y acudí a tu lado, sin dejar de pensar en lo ocurrido. A eso se debía que estuviese yo demudado y débil. En cuanto al motivo de que haya recobrado el color, te ruego que me dispenses de decírtelo.

Pero, cuando su hermano hubo oído estas palabras, lo conminó:

—¡Juro por Dios que me has de declarar por qué te ha vuelto el color!

Shah Zamán le contó entonces cuanto había presenciado, y Shahriar exclamó:

—¡Quiero verlo con mis propios ojos!

—Pues haz —le aconsejó Shah Zamán— como si volvieras a irte de caza, y, tras ocultarte conmigo, podrás verlo todo y cerciorarte por ti mismo.

Y al punto dio el rey la orden de partida. Salieron los soldados y plantaron las tiendas extramuros. Shahriar se unió a ellos, pero, después de esperar un poco en su tienda y decirles a sus mozos que nadie debía molestarlo, se disfrazó y regresó sin ser visto a palacio, donde lo esperaba su hermano. Y con este se sentó ante la celosía que daba al huerto. Allí estuvieron un rato hasta que las siervas, encabezadas por su señora, entraron con los esclavos, hicieron como su hermano le había contado y así siguieron hasta la oración de la tarde. El rey Shahriar, a quien le voló la razón de la cabeza al ver lo que vio, dijo a su hermano:

—Vamos, emprendamos el camino. De nada nos sirve el reinar mientras no comprobemos si otros han pasado por lo mismo que nosotros. Acaso fuera mejor morir que vivir con este pesar.



A lo que Shah Zamán accedió. Salieron ambos por una puerta secreta y no detuvieron su marcha, durante días y noches, hasta llegar a un árbol que había en medio de una pradera, junto al cual, muy cerca del mar salado, brotaba una fuente. Bebieron ambos de esta y se sentaron a descansar.



## El *yinn* y la joven

Transcurrido que hubo una hora de las claras del día, el mar empezó de pronto a alterarse y de él surgió una columna negra que llegaba hasta el cielo y se movía hacia la pradera. En cuanto los dos hermanos, según cuenta el transmisor de esta historia, vieron aquello, treparon asustados a la copa del árbol, que era muy alto, y desde allí divisaron lo que ocurría. Y era que un *yinn*<sup>1</sup> de prominente estatura, fuerte complexión, pecho ancho y buena cabeza, sobre la que traía un arca, salía a tierra firme e iba derecho hacia el árbol al que habían trepado Shahriar y Shah Zamán. El *yinn* se sentó debajo, abrió el arca y sacó de ella un cofre, que también abrió. Del cofre salió una muchacha más graciosa que el sol luciente, según las palabras del poeta:

<sup>1</sup> Sobre los *yinns*, véase la introducción (*todas las notas son del traductor*).

Si de noche la veis, el día empieza,  
y con su luz se alumbra la arboleda.  
El sol, de su belleza al alba nace,  
y la luna por ella sola sale.  
A sus pies se prosterna el universo,  
cuando se deja ver, rasgado el velo.  
Y, si en su predio fulgen los relámpagos,  
los párpados derraman lluvia a cántaros<sup>2</sup>.

Y el transmisor de esta historia afirma que el *yinn*, tras contemplarla unos instantes, le dirigió la palabra:

—Quisiera, señora de las bien nacidas, a quien rapté la noche misma de su boda, dormir un poco.

Y, apoyando la cabeza en las rodillas de la muchacha, el *yinn* se quedó dormido. La joven entonces alzó la vista hacia la copa del árbol y vio a los dos reyes, que allí seguían. Retiró la cabeza del *yinn* de sus rodillas, la colocó en el suelo, se puso en pie bajo el árbol y les dijo a los dos hermanos haciéndoles señas:

—Bajad, no tengáis miedo de este *ifrit*.

—Por Dios os rogamos, señora —dijo uno de los dos hermanos—, que nos eximáis de ello.

<sup>2</sup> Esta última doble imagen se asienta sobre un lugar común en la poesía árabe arcaica y clásica: el poeta, que recuerda con nostalgia a su amada, se emociona al ver, de noche en el desierto, los relámpagos que alumbran el cielo por la parte donde ella debe hallarse, y se echa a llorar. El poema es anónimo, por lo que debió de componerse exprofeso para las *Mil y una noches*. En lo sucesivo se indicará solo la autoría de las composiciones poéticas de las que se conoce autoría ajena a los desconocidos autores de este libro.

—Pues yo por Dios os insisto —contestó ella— en que bajéis ahora mismo, ya que, si no lo hacéis, despertaré a este *ifrit*, quien a buen seguro os dará la peor de las muertes.

Movidos por el miedo, bajaron los dos soberanos hasta donde estaba la joven, quien, aún de pie, les dijo:

—Metédmelas los dos ahora mismo, ¡y bien metidas!, que, si no, despertaré a este y veréis de lo que es bueno...

Tan asustado estaba el rey Shahriar que le dijo a su hermano Shah Zamán:

—Haz, querido, lo que te ha ordenado esta joven dama.

—Tú primero, hermano —respondió el benjamín, al tiempo que comenzaban ambos a lanzarse significativas miradas.

—¿A qué viene —dijo la muchacha— tanta mirada? Os digo que, si no os acercáis a mí y me obedecéis, despertaré a este *ifrit*<sup>3</sup> y os las veréis con él.

De manera que, impulsados por el miedo que el temible *yinn* les infundía, los dos reyes hicieron lo que la joven quería de ellos. Y, cuando hubieron terminado, esta les dijo:

<sup>3</sup> Los *ifrits* son una clase de *yinns*, se entiende que la más fiera y malvada.

—¡Eh, ustedes, despabilen! —y de su faltriquera sacó una bolsa de la que, a su vez, sacó un atado con quinientos setenta anillos. Y les preguntó:

—¿Sabéis lo que es esto?

—No —repusieron ellos.

—Todos los dueños de cada uno de estos anillos han holgado conmigo sin que este cornudo de *ifrit* se enterase. Denme, pues, también ustedes los anillos.

Los dos monarcas y hermanos le dieron los anillos que llevaban puestos, y ella añadió:

—Este *ifrit* me raptó la noche misma de mi boda y me puso en un cofre, luego metió el cofre en un arca sobre la que echó siete cerrojos y me depositó en el fondo del estrepitoso mar, donde las olas no cesan de chocar<sup>4</sup>; sin saber que, si una mujer quiere algo, no hay fuerza capaz de detenerla. Ya lo dijo el poeta:

A las mujeres no creas,  
ni te afecten sus promesas,  
que sus contentos y enfados  
proviene de entre sus piernas.  
Maldad esconden sus sayas,  
falso es el amor que muestran;  
de José<sup>5</sup> el cuento previene

<sup>4</sup> El uso de frases hechas en prosa rimada es característico del estilo de las *Mil y una noches* y de la literatura árabe clásica en general.

<sup>5</sup> Según el Corán, XII (José), 21-34, el profeta José (o Yūsuf, en árabe) se resistió a los intentos de seducción de la esposa de Putifar, quien lo había



contra femeninas tretas,  
¿y no engañó el diablo a Adán  
valiéndose de una de ellas?

»O —prosiguió la joven dama— como dijo otro:

A quien ama no le echés en cara su pasión,  
pues no más lograrías avivar el amor.  
Si yo algún día quedo de una mujer prendado,  
sin duda aguantaré lo que han sufrido tantos.  
De admiración es digno todo aquel que, siendo hombre,  
de redes de mujer haya salido incólume.

Todas estas palabras dejaron admirados a los dos  
hermanos, que se dijeron uno a otro:

—Si este, aun siendo *ifrit*, tiene que sufrir una des-  
gracia peor que la nuestra, bien podemos consolarnos.

Y regresaron los dos a la ciudad del rey Shahriar y  
entraron en palacio, donde este mandó que les cortaran  
el cuello a su esposa y a las siervas y esclavos. Y desde en-  
tonces Shahriar tomaba cada día como esposa a una jo-  
ven doncella; le tocaba, como suele decirse, la cara, o sea,

---

comprado como esclavo; la mujer, desairada, trató de hacer creer a su  
marido que José había querido forzarla. El relato coránico ha dado lugar  
a una leyenda, retomada una y otra vez en las literaturas islámicas, en la  
cual se subraya la belleza atribuida a José y la conducta apasionada de  
la mujer, a quien se llama Zuleica, tanto en reelaboraciones islámicas como  
en versiones judías extracanónicas.

que la desvirgaba, y la mataba esa misma noche. Tal fue el arreglo que ideó y mantuvo durante tres años. Los padres de familia, incapaces de seguir aguantando aquello, huyeron con sus hijas, de modo que no quedó en la ciudad una sola muchacha que pudiese soportar aquel atropello. Así las cosas, el rey ordenó a su ministro que le trajera a una joven, tal como era su costumbre. El ministro salió y buscó, pero no encontró a ninguna. Volvió, pues, a su casa, contrariado, afligido y temeroso de lo que el soberano haría con él. El ministro tenía dos hijas, la mayor de las cuales se llamaba Shahrazad, y la menor, Duniazad. La primera, Shahrazad, que tenía leídos tratados, crónicas, vidas de reyes antiguos y noticias de naciones del pasado —mil volúmenes afirmaban que había reunido, acerca de pueblos desaparecidos, de reinos pretéritos y de poetas—, preguntó al ministro:

—¿Cómo es que os veo, padre, demudado, vencido por el desasosiego y los pesares? Recordad las sabias palabras del que dijo:

Que no se pena por siempre  
el que sufre ha de saber:  
igual que acaban las dichas,  
pasan las penas también.

El ministro, al oír a su hija hablar de ese modo, le contó, de principio a fin, cuanto le había pasado.



—Padre mío —dijo ella—, os ruego encarecidamente que me caséis con el rey; pues, o bien me salvaré o bien seré rescate de las hijas de los fieles de Dios, a quienes tengo el propósito de librar de la muerte.

—No debes, por Dios te lo pido, arriesgar tu vida —dijo el padre.

—No hay más remedio —respondió ella.

El ministro entonces preparó a su hija a toda prisa y la llevó a palacio. Shahrazad, por su parte, le había ya recomendado a su hermana Duniazad lo siguiente:

—Cuando vaya adonde el rey, te mandaré llamar. Una vez que estés a mi lado y veas que el soberano ha satisfecho su necesidad conmigo, dime: «Hermana, cuéntanos una historia maravillosa de las tuyas, que nos ayude a velar esta noche». Y yo te contaré una que, si Dios quiere, será nuestra salvación.

Se presentó, pues, el ministro con su hija ante el rey. Este, al verla, se alegró y dijo:

—Veo que me has traído lo que me hace falta.

—Sí —repuso el padre de la joven.

Más tarde, cuando el rey quiso satisfacerse, Shahrazad se echó a llorar, y él le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Sepa vuestra majestad —contestó— que tengo una hermana pequeña de quien me gustaría despedirme.

El rey mandó entonces por la hermana. Acudió esta, abrazó a Shahrazad y se sentó en el suelo, junto al lecho. Shahriar entonces desvirgó a la mayor. Cumplido lo cual, se sentaron los tres juntos, a conversar, y Duniazad le dijo a Shahrazad:

—¿Por qué no nos cuentas, hermana, haznos el favor, una historia que nos ayude a velar esta noche?

—De mil amores lo haría, si el rey me lo permitiera —respondió ella.

Cuando el rey, que estaba inquieto, oyó estas palabras, se alegró ante la perspectiva de oír una historia.



## El mercader y el *ifrit*

Y había caído ya la **noche 1** cuando Shahrazad dijo:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que hubo un mercader a quien no faltaban capital ni negocios por todo el país. Un día tomó su montura y se puso en camino para cerrar un trato. Cuando el calor apretó, se sentó debajo de un árbol, echó mano de su avío y sacó un mendrugo y un dátil porque tenía hambre. Cuando acabó de comerse el dátil, tiró el hueso, y de repente apareció un *ifrit* de gran estatura, que, espada en mano, se le acercó y le dijo: «Levántate para que te mate como tú has matado a mi hijo». El mercader le preguntó: «¿Cómo he podido yo matar a vuestro hijo?». «El hueso del dátil que te has comido le ha dado en el pecho, ocasionándole la muerte en ese mismo instante», repuso el *ifrit*. El mercader exclamó: «¡De Dios somos y a Él volvemos! ¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso! Si lo he matado, habrá sido por causa de una distracción mía, y os ruego que me perdonéis». El *yinn* repuso: «Pues te

tengo que matar». Lo atrajo hacia sí, lo derribó y alzó la espada para matarlo. El mercader entonces se echó a llorar, exclamó: «¡A Dios confío mi destino!» y recitó:

«Tiempos hay arriesgados y seguros,  
y días, ora claros, ora oscuros.  
A quien se queja, di, de lo imprevisto:  
“No hagas nunca de menos al peligro”.  
Si el viento, desatado un día sopla,  
bosques enteros con su furia asola,  
y, si mugre cubre la faz marina,  
perlas hay esparcidas por sus simas.  
Si el Tiempo de tu suerte se ha burlado  
y del largo penar sufres los daños,  
recuerda que al sol solo y a la luna,  
de entre los astros, los eclipses nublan,  
y, de las plantas, verdes sean o secas,  
solo a las que dan frutos apedrean.  
¡Bien hiciste al gozar de tus momentos  
sin dejarte vencer por el recelo!<sup>6</sup>».

Mientras el mercader acababa de recitar estos versos, el *yinn* le dijo: «Abrevia, pues voy a matarte de cualquier modo». «Habéis de saber, mi señor *ifrit* —dijo el mercader—, que soy hombre endeudado, tengo propiedades y

<sup>6</sup> El poema podría ser una reelaboración de otro previo, más breve, atribuido al imam Shaféi (al-Šāfi‘ī, m. 820 d. C.), uno de los iniciadores del derecho islámico, reputado por su sabiduría y santidad. Sus poemas y decisiones pueblan el libro de las *Mil y una noches*, que, por ello, podemos considerar adscrito a la escuela shaféi.

capital, a más de hijos, esposa y obligaciones de las que responder. Os ruego, pues, que me permitáis ir a mi casa; yo le daré a cada uno lo suyo y luego me comprometo solemnemente a volver a vos a primeros de año, para que hagáis conmigo lo que os plazca. Y sea Dios garante de lo que digo». El *yinn*, con la certeza de que podía fiarse de él, le dejó marchar. Volvió entonces el mercader a su lugar, donde concluyó cuanto tenía pendiente y cumplió con sus compromisos. Les contó a su esposa e hijos lo que le había pasado; ellos lloraron, y lo mismo hicieron todos sus parientes, así como sus otras mujeres y retoños. El mercader les dio consejos para el futuro y pasó con ellos lo que quedaba del año. Al cabo del cual, tomó su mortaja bajo el brazo y se dispuso a partir, muy a su pesar; no sin antes despedirse de su esposa, de sus vecinos y de toda su gente, que formaron gran griterío y alboroto a su alrededor. Se puso, pues, en camino y no paró hasta llegar al huerto donde había tenido lugar su encuentro con el *yinn*. Era el primer día del año nuevo. Y estaba el mercader allí sentado, llorando por su desgracia, cuando llegó a él un venerable anciano que traía una gacela encadenada. El recién llegado le dirigió al mercader el saludo de la paz, esto es, el *salam*<sup>7</sup>; le deseó larga vida y le preguntó: «¿Por

<sup>7</sup> A lo largo de toda la obra son muy frecuentes las referencias a la fórmula árabe islámica de salutación o *salam*: *assalamu aléikum* (*al-salām* 'alay-kum),

qué estáis aquí sentado, solo, en este lugar que es refugio de *yinns*?». El mercader le contó su historia con el *ifrit*, y el de la gacela, muy admirado, le dijo: «No hay duda, amigo, de que sois hombre de sólidos principios religiosos, y vuestra historia, tan extraordinaria que, si a cada cual se la grabasen con agujas en los lagrimales, buena enseñanza le procuraría<sup>8</sup>. Estoy resuelto a quedarme con vos —añadió, sentándose a su lado— hasta ver en qué acaba todo». Y con él se quedó el anciano de la gacela, depariendo. A pesar de ello, el mercader, abrumado por su situación, se dejó llevar del miedo, la pena y la zozobra.

En esto se acercó a ellos un segundo anciano, que venía con dos galgos de color negro, y, después de saludarlos, les preguntó por el motivo de que estuvieran sentados en aquel lugar, siendo como era refugio de *yinns*. Ellos le contaron todo, y apenas se les había unido el de los galgos cuando se les acercó un tercer caminante, también de proveya edad como los anteriores, que traía una mula torda.

---

esto es, «la paz sea con ustedes/vos», cuyo uso u omisión puede ser muy significativo en determinadas ocasiones, pues indica buena voluntad por parte de quien la emplea y aquiescencia con los principios de ética.

<sup>8</sup> Esta peculiar idea de grabar en el ojo una historia para que sirva de escarmiento, repetida en varias ocasiones a lo largo del libro, es una de las claves de este. A estas palabras alude el título de uno de los principales estudios contemporáneos sobre la obra: Abdelfattah Kilito, *El ojo y la aguja: ensayo sobre Las mil y una noches*, trad. Marta Cerezales Laforet, Madrid: Menoscuarto, 2015.

Los saludó, les preguntó por qué estaban allí sentados y ellos le contaron toda la historia, que sería ocioso repetir ahora. Y en esto se levantó, en medio de aquel terreno, un gran torbellino, que comenzó a moverse hacia ellos. No tardó el polvo en disiparse, dejando al descubierto al mismo *yinn*, que volvía con la espada desnuda en la mano y echando chispas por los ojos. Llegó hasta donde ellos, se acercó al mercader y le ordenó: «Levántate para que te mate como tú mataste a mi hijo, la prenda de mis entrañas». Atribulado por esas palabras, el mercader se echó a llorar, y, con él, dejaron también oír sus lamentos y sollozos los tres ancianos. Pero el primero de ellos —prosiguió Shahrazad—, el que venía con la gacela, recuperó la compostura, le besó la mano al *ifrit* y le dijo: «Escuchadme, mi señor *yinn*, qué digo, corona de los reyes de los *yinns*: si yo os contase mi historia con esta gacela, y os pareciese maravillosa, ¿me concederíais un tercio de la sangre de este mercader?». «Así se hará —repuso el *yinn*—: si me cuentas la historia y me parece maravillosa, te concederé un tercio de la sangre del mercader».



## El primer anciano

Pues sabed, señor *ifrit* —dijo entonces el primer anciano—, que esta gacela es prima mía, hija del hermano de mi padre, de mi carne y sangre, pues; que la desposé siendo ella de tierna edad, y con ella viví unos treinta años sin que me hiciera padre. Tomé, por ello, una concubina, quien sí me dio un hijo varón, que más parecía la luna llena, pues eran hermosos sus ojos, finas sus cejas y proporcionados todos sus miembros. El muchacho fue medrando hasta que cumplió los quince años. Un día me surgió, por causa de cierto trato comercial, un viaje a otra ciudad, y hacia allá partí. Mi prima, o sea, esta gacela, que había aprendido la magia y la hechicería desde niña, convirtió a mi hijo en un becerro y a su madre, la sierva, en una vaca, y se los entregó al pastor. Cuando volví, al cabo de la larga temporada que pasé viajando, pregunté por mi hijo y por la madre de este, y mi esposa me dijo: «Tu concubina ha muerto, y tu hijo ha huido, no sé a dónde».



Durante un año —prosiguió el anciano de la gacela— estuve en mi casa, sin salir, con el corazón triste y los ojos llorosos, hasta que llegó la sagrada Fiesta del Sacrificio, y, con esa ocasión, mandé llamar al pastor y le encargué una vaca cebada. Él me la trajo, es decir, me trajo una vaca que era en realidad mi concubina, hechizada por esta gacela que aquí veis. Me arremangué, tomé el cuchillo y me apresté a degollarla, pero la vaca comenzó a chillar y a llorar con gran angustia. La solté, movido por la compasión, me levanté y ordené al pastor que la sacrificara por mí. Él entonces la degolló y desolló, pero no encontró en ella grasa ni carne, sino solo piel y hueso. Me arrepentí entonces, ya demasiado tarde, de haberla matado, se la di al pastor y le dije que me trajese un ternero cebado. Él me trajo a mi hijo, convertido en ternero por encantamiento, el cual, nada más verme, rompió la cuerda, se frotó contra mí y se echó a llorar. Como aquello me conmovió, le dije al pastor: «Tráeme otra vaca y deja vivo a este ternero». Entonces mi prima, o sea, esta gacela, me dijo a voces: «¡Cómo! ¡Tienes que degollarlo! Por fuerza has de matarlo este día tan señalado. ¿Es que no sabes que en la Fiesta Grande hay que sacrificar lo mejor? Y, este ternero es el más cebado y lustroso». «Pero piensa —repuse yo— en la vaca que acabo de degollar porque tú me lo dijiste... ¡Buena decepción nos hemos llevado! ¿Qué provecho hemos sacado de ella? Nada en

absoluto, ¿verdad? ¡Ojalá no la hubiese degollado! Ahora no voy a consentir que me obligues a matar a este ternero». A lo que ella repuso: «¡Como que hay un solo Dios y como que es Clemente y Misericordioso, que has de degollarlo hoy, y, si no lo haces, dejaré de ser tu mujer, y tú mi marido!». Al oír estas palabras, cuyo verdadero propósito se me ocultaba, me volví hacia el ternero y empuñé el cuchillo.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras, y su hermana exclamó:

—¡Qué ameno es lo que cuentas, qué sugestivo y grato!

—No tanto —repuso ella—, ni mucho menos, como lo que os contaría la noche que viene si el rey me dejase vivir.

A lo que el rey, dirigiéndose a sí mismo, dijo:

—De ningún modo pienso matarla, pues quiero oír lo que falta de la historia.

Se quedaron los tres dormidos y pasaron la noche abrazados. Ya de mañana, Shahriar fue a la sede de su gobierno, adonde acudió el ministro, con la mortaja para su hija bajo el brazo. El rey pasó el día resolviendo litigios, nombrando a unos y deponiendo a otros de sus cargos, sin informar de nada de lo ocurrido a su ministro, quien, al cabo, se llevó una gran sorpresa. El consejo de gobierno,

más tarde, concluyó su jornada cotidiana y el rey Shahriar volvió a palacio.

Y, cuando ya caía la **noche 2**, Duniazad le dijo a su hermana Shahrazad:

—Acaba, hermana, la historia que nos estabas contando, la del mercader y el *yinn*.

—De mil amores la acabaré, si su majestad me concede su permiso —respondió ella.

—Puedes hablar —le dijo el rey.

—Tengo noticia —prosiguió, pues, Shahrazad—, rey bienaventurado y juicioso soberano, de que al mercader se le ablandó tanto el corazón al ver llorar al ternero que dijo al pastor: «Vuelve a dejar a este ternero con los animales». El *yinn* seguía expectante la maravillosa historia; de modo que el anciano de la gacela avanzó en su relación:

Todo esto ocurría, mi señor y rey de reyes entre los *yinns*, en presencia de mi prima y esposa, que miraba y me seguía instigando: «¡Degüella a ese ternero, que está bien cebado!». Pero, como a mí no me resultó posible hacerlo, le ordené al pastor que se lo llevara, y así lo hizo él. Al día siguiente estaba yo tranquilamente en mi casa cuando el pastor vino a mí y me dijo: «Señor, mucho me honraría daros una noticia que sin duda ha de alegraros». «Adelante», dije yo. «Ilustre mercader y señor mío —dijo

él—, soy padre de una hija que, siendo aún niña, aprendió magia de una anciana que teníamos en casa. Pues bien, ayer, cuando me disteis el ternero, entré con él donde mi hija, quien se cubrió el rostro y se echó a llorar; aunque luego, riéndose, me preguntó: “¿En tan poco me tenéis, padre, que entráis con varones extraños donde yo me hallo?” Yo le pregunté: “¿Dónde están esos varones, y por qué has llorado primero y luego te has reído?”. Ella me contestó: “Ese ternero que traéis es el hijo de nuestro patrono, pero bajo el encantamiento de su esposa, que los ha hechizado a él y a su madre, la concubina. Por eso me he reído. Y, si he llorado, ha sido por la madre del muchacho, a quien el patrono ha degollado”. Mucho me admiraron sus palabras —prosiguió el pastor—, y, no bien he visto que clareaba el día, he venido a vos para contároslo».

Cuando oí, mi señor *yinn*, las palabras del pastor, salí con él, embriagado sin haber catado vino, por la mucha alegría que me dio, y así seguí hasta que llegué a su casa. La hija del pastor me dio la bienvenida, me besó la mano, y, a continuación, el ternero se me acercó y se frotó de nuevo contra mí. Entonces le pregunté a la hija del pastor: «¿Es verdad lo que dices de este ternero?». Ella repuso: «Sí, mi señor, es vuestro hijo, la prenda más preciada de vuestras entrañas». Le dije: «Muchacha, si lo liberas, tuyas son todas las bestias y demás propiedades mías que están al cuidado de tu padre». Ella sonrió: «No es, señor,

riqueza lo que deseo. Pongo, sin embargo, dos condiciones: la primera, que me caséis con él, y la segunda, que me permitáis encantar y retener en su nueva condición a quien lo hechizó a él, pues, de lo contrario, nunca estaréis a salvo de su perfidia». Cuando oí, mi señor *yinn*, las palabras de la hija del pastor, le prometí: «Te daré ciertamente a mi hijo, además de todos los bienes que están al cuidado de tu padre. En cuanto a la sangre de mi prima, lícito es que dispongas asimismo de ella». Cuando la hija del pastor hubo oído mis palabras, tomó una taza, la llenó de agua, pronunció un conjuro y asperjó con ella al ternero, diciendo: «Si Dios te creó ternero, mantén tus atributos y no cambies; pero, si te han encantado, vuelve a tu primera naturaleza». Y el ternero al punto se sacudió y se tornó humano. Me eché entonces —prosiguió el anciano de la gacela— en brazos de mi hijo: «Cuéntame, por Dios te lo pido, todo lo que mi prima hizo contigo y con tu madre». Él me relató lo que les había sucedido y yo le dije: «Hijo mío, Dios te ha enviado a la persona que podía liberarte y restituir tu derecho». Al poco, mi señor *yinn*, casé, en efecto, a mi hijo con la hija del pastor; quien convirtió, por encantamiento, a mi prima en esta gacela y me explicó: «Mirad, señor, que ha adoptado una forma y apariencia vistosas, que no suscitarán rechazo ni repugnancia». Después de eso la hija del pastor permaneció con nosotros días y noches, noches y días, hasta que

el Altísimo la tomó para Sí. Mi hijo, al verse viudo, emprendió viaje a la India, que es precisamente el país de este pobre hombre con quien habéis tenido, señor *yinn*, vuestros más y vuestros menos. Yo entonces tomé conmigo a esta gacela, mi prima, y me puse en camino, en busca de noticias de mi hijo. Y mis pasos me han traído hasta este lugar, donde me he encontrado con estos buenos hombres. Les he preguntado, y, al saber lo ocurrido a este mercader, me he sentado a ver en qué paraba la cosa. Y esa es mi historia. El *yinn* no tuvo más remedio que reconocer: «Una historia maravillosa. Te concedo un tercio de su sangre». Entonces —continuó Shahrazad— se adelantó el segundo anciano, el de los dos galgos, y dijo lo que sigue.



## El segundo anciano

Sabed, señor entre los soberanos de los *yinns*, que estos perros son mis dos únicos hermanos. Que cómo puede ser, os preguntaréis. Pues yo os lo voy a contar. Murió mi padre y nos dejó en herencia propiedades por el monto de tres mil dinares. Abrí tienda y me dediqué a comprar y vender, y lo mismo hicieron mis hermanos. Uno de ellos, el mayor, vendió cuanto poseía por mil dinares, adquirió género para lanzarse al comercio y partió de viaje. Un año entero pasó lejos de nosotros, con las caravanas. Y un día estaba yo en mi tienda cuando ante mí se detuvo un mendigo. Le dije: «Dios te ayude, buen hombre», a lo que él respondió entre lágrimas: «Veo que no me reconoces». Al darme cuenta de que era mi hermano, me levanté, lo recibí con los brazos abiertos y lo invité a pasar al interior de la tienda, donde le pregunté cómo había llegado a aquella situación. Él me contestó: «No me preguntes, hermano, pues los negocios son como son, y las

circunstancias no las elige uno». Lo acompañé entonces a los baños, le di un traje completo mío para que se vistiera y lo alojé en mi casa. Saqué luego cuentas de lo que yo había vendido y me encontré con que había ganado mil dinares, que, sumados a lo que al principio tenía, suponían dos mil. Dividí aquella suma a partes iguales con mi hermano y le dije: «Hazte cuenta de que no te marchaste ni tuviste que estar lejos de tu tierra». Él aceptó gustoso lo que yo le entregaba y abrió tienda.

Pasado que hubo un tiempo, mi segundo hermano, que es este otro perro, vendió cuanto tenía con la intención de emprender asimismo viaje de negocios. Tratamos de impedirselo, pero él hizo oídos sordos y se marchó con una cuadrilla de mercaderes. Un año entero estuvo ausente, hasta que un día vino a mí reducido también a la condición de pordiosero, como el otro. Yo le dije: «¿No te aconsejé, hermano, que no debías emprender viaje?». Él se echó a llorar: «Ay, hermano, era lo que Dios, el Santo, el Excelso, me tenía reservado. De nada sirvieron aquellas sabias palabras tuyas, y ahora estoy arruinado; no me queda ni un solo dírham en la bolsa y, como puedes ver, carezco hasta de una decente camisa con que cubrir mi desnudez». Pues sepa mi señor *yinn* que yo entonces lo tomé del brazo, lo acompañé a los baños, le ofrecí un traje nuevo de los míos y lo llevé a mi tienda. Después de haber comido y bebido juntos, le dije: «Voy a calcular las



ganancias que haya hecho estos años, y todo lo que exceda del capital inicial lo repartiré contigo». Ajusté la cuenta y hallé que disponía de un total de dos mil dinares; loé, por ello, al Altísimo y, muy satisfecho, repartí aquella suma a medias con mi hermano, quien también abrió tienda.

Pero pasado un tiempo —prosiguió el de los galgos— mis dos hermanos quisieron emprender un nuevo viaje y que yo los acompañara. Yo, que no quería, les pregunté: «¿Qué han ganado en sus viajes para que deseen unirme a ustedes?». Ellos insistieron, pero no me avine. Y, en lugar de viajar, mantuvimos nuestros negocios durante un año, sin que ellos dejaran de proponerme que partiéramos, a lo que yo siempre me negaba. Transcurrido que hubieron otros cinco, accedí a irme con ellos, pero les propuse: «Vamos a contar el dinero que tenemos entre los tres». Para mi sorpresa ellos no disponían de nada; se lo habían gastado todo por su mucha afición a la comida, la bebida y los placeres. En lugar de decirles nada ni hacerles reproche alguno, me dispuse a calcular cuál era el monto total del dinero y bienes con los que podía contar. Y, como quiera que dispusiese yo a la sazón de seis mil dinares, les dije: «Con tres mil dinares contamos para mercadear». Y enterré los otros tres mil, para que no me pasara a mí como antes a ellos, sino que pudiéramos, aun en el peor de los casos, abrir de nuevo las tiendas. A ellos les pareció bien, y yo repartí entre nosotros los tres

mil que no enterré, mil para cada uno. Hicimos acopio de género y de los pertrechos necesarios para el viaje, fletamos una embarcación y partimos. Un mes entero estuvimos navegando hasta que llegamos a cierta ciudad donde vendimos nuestra mercancía con una ganancia del diez por uno. Cuando ya íbamos a reemprender la travesía, nos encontramos, a la orilla del mar, a una doncella con la ropa hecha jirones, quien me besó la mano y me dijo: «Señor, ¿me haríais una merced por la que, a buen seguro, recibiríais recompensa?». «Sí —le dije yo—, podéis contar con mi favor y merced, incluso aunque queden sin retribuir». «Casaos conmigo, señor —repuso la joven—, y llevadme a vuestro país, pues a vos me entrego; hacedme esa merced, que bien sabré yo pagárosla, y tened por seguro que no os defraudaré». Al oír sus palabras, se me ablandó el corazón ante lo que era un Decreto de Dios, el Santo, el Excelso. De manera que la tomé a mi cargo, la vestí, la alojé lo mejor que pude a bordo, puse a su disposición cuanto era menester y la honré. Al hacernos a la mar, mi corazón le había tomado tanto afecto que no la dejaba ni a sol ni a sombra. Tan absorto estaba que me olvidé de mis hermanos, quienes, envidiosos de mi suerte, codiciaban mis ganancias con tal ardor que ni pegaban ojo por las noches. Lo cierto es que mis mercancías se habían multiplicado, y ellos, al ver mi riqueza, ansiaban quedarse con todo. Hablaron, pues, de acabar conmigo y adueñarse de

lo mío: «Matemos a nuestro hermano, y toda la riqueza será nuestra». Satanás les embelleció lo que planeaban, y una noche vinieron a mí mientras dormía junto a mi esposa y me arrojaron al mar. Despertó ella, se sacudió y resultó ser una *ifrit*. Me rescató del agua y me llevó a un lugar en la costa; me dejó y se ausentó por poco tiempo.

A la mañana siguiente —prosiguió el anciano de los galgos— volvió la joven y me dijo: «Soy yo, vuestra mujer, quien os ha traído aquí salvándoos de una muerte cierta con la venia del Altísimo. La verdad es que mi condición es la de *yinn*, y nada más veros, mi corazón se enamoró de vos en Dios; porque habéis de saber que creo en Él y en Su Enviado, a quien Dios bendiga y dé la paz. Me acerqué, pues, a vos con la apariencia bajo la que me visteis y me desposasteis. Ahora os he salvado de morir ahogado, y estoy furiosa con vuestros hermanos, a quienes voy a matar». Cuando oí su historia, me quedé admirado, le di las gracias por lo que había hecho y le dije: «Quitarles la vida a mis hermanos no me parece bien». Le conté lo que me había pasado con ellos, de principio a fin, y, después de oír mis palabras, dijo: «Esta misma noche volaré hasta donde estén, hundiré su embarcación y los haré morir». «¡No, por Dios —exclamé—, no hagáis eso! ¿No dice el refrán: “sé compasivo con quien te hizo mal; bastante tiene ya con su maldad”? Además, de todas maneras, hermanos míos son». «Tengo que matarlos»,

insistió la *yinn*, y yo seguí intentando aplacarla. Al cabo de un rato salió volando, llevándome con ella, y me dejó en la terraza de mi casa. Abrí las puertas y desenterré las monedas que había ocultado. Presenté luego mis respetos a unos y otros, compré género nuevo y volví a abrir la tienda. Cuando, ya de noche, volví a mi casa, me encontré con estos dos perros, allí atados. Nada más verme, se levantaron ambos, vinieron a mí y se echaron a llorar. Entonces oí a mi esposa decir: «Son vuestros hermanos». «¿Y quién les ha hecho eso?», pregunté. Ella repuso: «Les mandé a mi hermana, que los dejó como veis. Y así seguirán hasta dentro de diez años». Pues bien, mi señor *yinn*, venía yo de camino en busca de mi cuñada, para que libere a mis hermanos, que llevan ya diez años en este estado, cuando vi a este honrado mercader, que me contó lo que le había ocurrido. Y no he querido dejar de presenciar la suerte que corría. Esa es mi historia.

—El *yinn* —prosiguió Shahrazad— no tuvo más remedio que reconocer que la historia era maravillosa y dijo, por tanto: «Te concedo un tercio de su sangre». Y tengo noticia de que entonces se adelantó el tercer anciano, el de la mula, y le dijo al *yinn*: «Voy a contaros, mi señor *ifrit*, una historia aún más maravillosa que las anteriores, y, si quedáis conforme, habréis de otorgarme el resto de la sangre del mercader, con lo que habrá satisfecho el precio de su delito». «En eso quedamos», contestó el *yinn*.



## El tercer anciano

Pues sabed, señor y caudillo de los *yinns* —comenzó a contar el anciano—, que esta mula era antes mi esposa. Hace ya tiempo, y por motivos que no vienen al caso, hube de emprender un viaje que me tuvo fuera un año entero, al cabo del cual regresé a ella de noche, y me la encontré en la cama con un esclavo negro: ambos se dirigían palabras galantes, se hacían arrumacos, reían, se besaban y se entregaban a la querella de cuerpos. Cuando mi mujer me vio, se levantó a toda prisa, se me acercó con un cantarillo de agua sobre la que pronunció ciertas palabras, y me asperjó diciendo: «Sal de esa forma y toma la de un perro», y, en efecto, al punto me convertí en perro. Ella me echó entonces de la casa, salí por la puerta y anduve vagando hasta que llegué a la tienda de un carnicero. Me acerqué y empecé a comer de los huesos que allí había. El hombre luego me llevó a su casa. Cuando la hija del carnicero me vio, se cubrió el rostro y le dijo: «¿Venís, padre, con

un varón y lo metéis en casa?». «¿Dónde está ese varón?», preguntó el padre. «A ese perro —respondió ella— lo ha encantado su mujer y yo puedo liberarlo». El carnicero dijo: «Debes hacerlo, hija mía». La muchacha tomó un cantarillo con agua, pronunció sobre ella ciertas palabras y me asperjó diciendo: «Sal de esa forma y torna a la tuya propia». Volví, pues, a mi primera condición, la humana, le besé la mano a mi benefactora y le dije: «Quiero que encantés a mi esposa como ella me encantó a mí». La muchacha me dio un poco de aquella agua y me dijo: «Cuando la veas dormida, aspérgjala con esta agua y se convertirá en lo que a ti mejor te parezca». Y así lo hice. La encontré dormida, y la asperjé diciendo: «Sal de esa forma y toma la de una mula», y es, desde entonces, esta que veis con vuestros propios ojos, sultán y caudillo de los reyes de los *yinns*». El anciano se volvió entonces hacia la mula y le preguntó: «¿Es cierto lo que he contado?». La mula movió la cabeza asintiendo.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras. Su hermana Duniazad exclamó:

—¡Qué ameno es lo que cuentas, qué sugestivo y grato!

—No tanto —repuso ella—, ni mucho menos, como lo que os contaría la noche que viene si el rey me dejase vivir.

—No pienso, desde luego —se dijo el rey para sí—, matarla, pues deseo seguir oyendo lo que cuenta, que es maravilloso.

Y durmieron, abrazados, hasta la mañana siguiente. El rey salió hacia la sede de su gobierno, adonde acudieron también el primer ministro y los mandos del ejército. Se abrió la sesión, y el soberano resolvió, puso, depuso, prohibió y ordenó hasta el final de la jornada. Se disolvió entonces el consejo y el rey Shahriar regresó a sus estancias.

Y, cuando ya caía la **noche 3**, y el rey hubo satisfecho su necesidad con Shahrazad, la hermana de esta, Dunia-zad, dijo:

—Acaba, hermana, la historia que nos estabas contando.

—De mil amores —repuso Shahrazad, retomando su relato—. Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando el anciano de la mula terminó su historia, que resultó ser aún más maravillosa que las dos anteriores, el *yinn*, muy emocionado, le concedió el tercio que quedaba de la sangre del mercader, a quien dejó libre. El hombre se acercó entonces a los tres ancianos y les dio las gracias, a lo que ellos respondieron deseándole la paz y dándole sus parabienes por que hubiera salido indemne de aquel trance, y cada uno de ellos se marchó a su país.

Y, cuando ya caía la **noche 9**, dijo Shahrazad:

—Pero, desde luego, lo anterior no es tan maravilloso, dónde va a parar, como lo que le ocurrió al ganapán.

—¿Y qué fue —preguntó Duniyazad— lo que le ocurrió al ganapán?





## El ganapán y las tres jóvenes

—Hubo en Bagdad —comenzó a contar Shahrazad— un hombre que era soltero y se ganaba la vida llevando bultos de un sitio a otro. Y estaba el tal cierto día en el mercado, apoyado en su capacho, cuando ante él se paró una mujer que venía ataviada con un manto a la usanza de Mosul, en seda y con doble orla de canutillo dorado. La mujer se descubrió la cara dejando ver sus ojos negros, y unas pestañas y cejas suaves y de perfectos contornos. La dama dejó pasar unos segundos y dijo con toda la dulzura de su timbre y en lengua árabe culta: «Toma tu capacho y sígueme». Sin apenas poder creérselo, el ganapán agarró el capacho; exclamó: «¡Día venturoso, día señalado!», y la siguió hasta que llegaron a la puerta de una casa. La dama llamó y salió un cristiano. Ella le entregó un dinar y recibió a cambio una orza aceitunera del mejor vino, que colocó en el capacho, diciendo: «Carga esto y sígueme». El porteador volvió a exclamar: «¡Este sí que es un día

bendito!», se puso el capacho en la cabeza y la siguió. La mujer se paró luego en una frutería donde compró manzanas sirias, membrillos *osmaníes*, melocotones de Ammán, jazmines de Alepo, nenúfares de Damasco, pepinos del Nilo, limones egipcios, toronjas *sultaníes*, dátiles, albahaca, orégano, alheña, manzanilla, amapolas, violetas, flor de granado y rosas silvestres, y lo colocó todo en el capacho del porteador diciendo: «Carga esto también». Así lo hizo él, y la siguió hasta que la joven dama se detuvo donde el carnicero: «Córtame diez libras de carne», le dijo. El hombre cortó la carne. La dama pagó y, después de envolver la carne en hojas de plátano, la colocó en el capacho diciendo: «Carga esto también». Así lo hizo él y la siguió hasta que ella se paró en el puesto de los aperitivos y golosinas. Compró alfóncigos bastantes para una larga velada, uvas pasas de Tihama y almendras, y le dijo al ganapán: «Carga esto y sígueme». Él volvió a ponerse el capacho en la cabeza y la siguió hasta que la dama se detuvo en la confitería, donde compró una plancha entera de dulces de todas las variedades: masa frita con miel, tanto en lazos como en triángulos, con semillas de abelmosco, bien rellenos estos y recubiertos de gelatina de almendras; pastillas de limón y «de Maimón», «peines de Zéinab», «dedos» y «bocaditos de juez», y lo colocó todo en el capacho. El ganapán le dijo: «Si me hubieseis advertido, habría traído un mulo en que llevar todo esto».

Ella sonrió, le dio una palmada en el hombro y le dijo: «Camina a buen paso, habla lo menos que puedas, y, si Dios quiere, serás bien recompensado». A continuación, se detuvo en el droguero, al que compró diez frascos de aguas perfumadas: de rosas, de azahar, de nenúfar, de sauce egipcio, etc.; también apartó dos panes de azúcar, un hisopo de abelmosco para el agua de rosas, romero macho, palo áloe, ámbar gris y almizcle, así como velas de Alejandría, y lo colocó todo en el capacho diciendo: «Sígueme». Así lo hizo el ganapán, y ambos emprendieron el camino que los condujo a una casa muy vistosa, de excelente fábrica y considerable altura, con un portón de dos batientes, en ébano reforzado con planchas de oro bermejo.

La joven dama se detuvo ante el portón, se apartó el velo de la cara y llamó con suavidad. Al poco se abrieron los dos batientes. El porteador miró con curiosidad a quien había acudido a abrir y vio a una dama también joven, de talla media y busto generoso; bella, garbosa y bien proporcionada; con la frente tan clara como la mañana, ojos propios de una gacela y cejas cual medialunas de ramadán; mejillas de amapola y una boca que más parecía el Sello de Salomón; el óvalo de su cara nada tenía que envidiarle, en esplendor, al mismísimo plenilunio; sus senos eran como dos granadas bien avenidas, y sobre su vientre se plegaba, cual impronta de escribano, la fina tela de su vestido, dejando adivinar un ombligo en que

habría podido verterse una onza entera de aceite de moringa. No exageró, pues, el poeta que la cantó:

¡Es el luciente sol, la luna llena,  
el azahar del alcázar, la alhucema!  
Jamás como en sus rasgos y cabello  
nácares y azabaches se fundieron.  
Aunque le envidie el esplendor del pómulo,  
la Belleza se suma a mis elogios.  
Si camina, me hacen feliz sus nalgas,  
mas su cintura me suscita lágrimas<sup>9</sup>.

Esta segunda dama dejó, según afirma el transmisor de esta historia, al ganapán tan estupefacto, que a punto estuvo de caérsele al mozo el capacho de la cabeza. Y exclamó: «¡No he tenido en mi vida un día más colmado de bendiciones!». «¡Bienvenidos!», les dijo, desde el otro lado del dintel, la dama portera a la intendente, o sea, la recién llegada, y al ganapán que acompañaba a esta. Y los tres fueron hasta un amplio salón, de admirable plano y ornato, con pequeñas estructuras y surtidores, asientos corridos, tapices y cámaras ocultas por cortinajes. En medio de todo había un lecho de sabina con perlas y gemas engastadas, donde, bajo un mosquitero sin desplegar, en raso rojo, con perlas del tamaño de avellanas a modo de

<sup>9</sup> El poema se atribuye al poeta sirio Dik al-Ġinn (m. 850).

botones, reposaba una joven dama de ojos babilonios<sup>10</sup> y talante filosófico, esbelta cual letra *álif*, perfumada de ámbar gris, con unos labios de cornalina más dulces que el azúcar, y un rostro que avergonzaría al mismo sol luciente, pues emulaba a los perlados astros o al aljófar de Arabia. Esta tercera dama descendió del lecho y avanzó, cimbreándose, hasta el centro de la sala, donde estaban las otras dos, a quienes preguntó: «¿Qué hacéis ahí paradas? Venga, aliviad la cabeza de ese pobre porteador». Se acercaron entonces la intendente por delante y la portera por detrás y, con la ayuda de la tercera, la que del lecho acababa de levantarse y era a todas luces la principal de la

<sup>10</sup> Esta adjetivación de los ojos ha dado lugar a problemas de lectura, y por tanto de traducción, del texto de *Mil y una noches*. Si nos atenemos a la letra árabe, se trata de una calificación derivada del nombre de *Bábel* (con acentuación grave, en árabe), la ciudad iraquí, que se corresponde con la Babel bíblica y la Babilonia de la Antigüedad. Dado que Bábel, o tal vez sería mejor decir Babilonia, se asocia con el ejercicio de la magia, habría que concluir que «babilonios» significa aquí mágicos, fascinantes. Pero el problema no es tan sencillo. En otros pasajes de la obra los ojos de cierto personaje reciben una calificación muy particular, si nos atenemos a la letra, ya que, en esos lugares, se habla no de «ojos babilonios», sino de «ojos de bulbul», en referencia, si no se trata de una mera confusión, al bulbul o ruiseñor arábigo (a menudo mencionado en la obra, por cierto). Esa confusión posible provendría de la gran similitud de las grafías árabes para babilonio (*bābīlī*) y «bulbulí» (*bulbulī*) o propio del bulbul, que, sobre todo en la letra manuscrita, pueden pasar por la misma palabra. Pero, por más que pueda parecer más razonable evocar los ojos de un ave que la alusión a las prácticas de una ciudad de la Antigüedad, el hecho es que la calificación «mirada babilonia» (*ʿarf bābīlī*) se registra en la gran literatura árabe, fuera de las *Mil y una noches*, por ejemplo, en el poeta andalusí del siglo x, Ibn Hānī (véase *Dīwān*, ed. Karam al-Bustānī, Beirut, 1964, pág. 165).

casa, aliviaron en efecto al porteador vaciando su capacho y poniéndolo todo en su lugar. Hecho lo cual, le entregaron nada menos que dos dinares de reluciente oro al mozo. «Vete en paz, porteador», le dijeron. Él se quedó mirando a las jóvenes damas, a quien tantas prendas físicas y morales adornaban, y no recordó haber visto nada mejor, sin que le pasara, además, por alto que no había entre ellas varón alguno. Miró a continuación la bebida, las frutas, los ramilletes de olor y cuanto habían acopiado para una buena velada, y, admirado por todo ello, se resistía a marcharse. La joven le preguntó: «¿Qué te pasa? ¿Es que te parece poco lo que te hemos pagado?», y, dirigiéndose a su hermana, añadió: «Anda, dale otro dinar». El porteador exclamó: «¡Nada de eso, mi señora! ¿Cómo va a parecerme poco lo que me habéis dado? Si yo, aun con suerte, no gano más de dos monedillas de plata... Son vuestras señorías quienes me preocupan: cómo vivís aquí solas, sin varones que os hagan compañía y os entretengan. Bien sabéis que un minarete no se tiene más que sobre cuatro ángulos, o, como también suele decirse, que el número mínimo para un banquete son cuatro comensales, y a ustedes les falta el cuarto. Además, el bienestar de las mujeres no es completo más que con los hombres. Y ya lo dijo el poeta:

La armonía requiere que haya cuatro instrumentos:  
un címbalo, un laúd, un flautín y un salterio.  
Alhelíes y mirto, coronarias y rosas:

ramillete perfecto que te alegra las horas.  
Amantes y buen vino, riquezas y un vergel:  
con eso se conforme quien feliz quiera ser.

»Ustedes —continuó el ganapán— son solo tres, de manera que os falta un cuarto, que ha de ser hombre juicioso e inteligente, hábil y discreto». Las tres jóvenes quedaron muy impresionadas con la perorata del ganapán, y una de ellas contestó, con el asentimiento de las otras: «¿Y dónde vamos a encontrar a ese mirlo blanco? Como jóvenes damas que somos, nos da miedo confiar nuestros secretos a quien no pueda guardarlos. En alguna antología hemos leído que Abu Tammam<sup>11</sup> dijo en cierta ocasión:

Preserva bien tus secretos:  
declararlos es perderlos.  
Si ni en el pecho te caben,  
¿cómo va a guardarlos nadie?

»Por su parte —siguió la dama—, al célebre Abu Nuwás<sup>12</sup> se le atribuye este dístico:

A quien sus pensamientos divulga entre la gente  
habría que quemarle con un hierro la frente».

<sup>11</sup> La atribución de estos versos a Abū Tammām (m. 845), uno de los grandes poetas árabes clásicos, es dudosa.

<sup>12</sup> Tampoco parece que estas palabras fueran de Abu Nuwás (m. 815), de nuevo una de las luminarias de la poesía árabe, a quien en las *Mil y una noches* se atribuyen con frecuencia poemas que no son suyos.

Oídas las palabras de las jóvenes, dijo el porteador:  
«Pues en mí, por vuestras vidas lo juro, tenéis a un hombre juicioso y leal, lector de sesudos tratados y muy versado en crónicas y anales, que en todo momento sabe poner de manifiesto lo hermoso y ocultar lo feo. Actúo, en fin, como dice el poeta:

Personas hay discretas y amantes del silencio:  
con quienes son cabales no corres ningún riesgo.  
Conmigo los secretos viven en una casa  
donde llaves perdidas no abren puertas cerradas».

Las muchachas oyeron con atención los versos y el argumento que ilustraban y contestaron: «Como bien puedes ver, hemos hecho grandes gastos en este lugar. ¿Con qué puedes tú compensarnos? Desde luego, no vamos a consentir que te quedes con nosotras a pasar la velada, contemplar nuestros radiantes rostros y amanecer feliz a nuestro lado, que es sin duda lo que a ti te gustaría, si no contribuyes con algo tangible». Y la que mandaba sentenció, a modo de resumen: «Razón tenía quien acuñó el refrán: “amor sin convite no vale un ardite”». A lo que añadió la portera: «Si la bolsa traes llena, únete a la compañía; mas, si la traes vacía, vete ahuecando el ala». Pero entonces terció la intendente: «¡Dejadlo tranquilo, hermanas! Bastante noble ha sido. Cualquier otro ya nos habría incomodado de una u otra forma. Y lo que pueda



él gastar lo pagaré yo gustosa». El ganapán se alegró con estas palabras, besó el suelo y reconoció: «La verdad es que las primeras monedas que me he ganado hoy han sido las vuestras». La dueña de la casa, o sea, la que estaba hacía poco recostada, le dijo: «Solo podrás quedarte con una condición: que seas educado y serio, y no hagas preguntas sobre lo que no te concierne, pues, de lo contrario, te apalearemos y te echaremos». «Acepto con mucho gusto —dijo el porteador—: a partir de este instante ya no tengo lengua». Ellas respondieron: «Bienvenido seas, entonces; puedes quedarte». La intendente se ciñó la cintura, alineó los frascos, filtró el vino, dispuso los manjares junto al estanque y trajo cuanto podían necesitar. Sirvió luego el vino y se sentó junto a las otras dos; y lo mismo hizo el huésped, que se creía en un sueño. La misma dama, la del mercado y las compras, se sirvió una copa de un cuenco de madera y se la bebió, operación que repitió dos veces más. A continuación les sirvió a sus hermanas, y, por último, llenó la copa y se la entregó al ganapán, al tiempo que declamaba:

«Bebe y goza de venturas,  
que el vino los males cura<sup>13</sup>».

<sup>13</sup> Primer poema de alabanza al vino que aparece en la obra. Hay una larga tradición vínica (mejor que «báquica», palabra conectada con la mitología

El ganapán tomó la copa y, después de dar las gracias, recitó también:

«Vino beben los contentos,  
y su dicha llega al cielo».

A lo que añadió:

«Bebe solo con gente de confianza,  
de casta conocida y raíz sólida.  
Que el vino, como el viento, por do pasa  
olor recoge, a flores o a carroña».

El huésped volvió a besarles las manos a sus anfitrionas, siguió dándole sorbos a su copa, y, cuando ya se tambaleaba por efecto de la bebida, recitó:

«Beber sangre la Ley tiene prohibido,  
salvo que sea la sangre del racimo.  
No dejéis de servirme de esa sangre,  
que yo daré por vos mi alma en rescate<sup>14</sup>».

---

pagana europea) en la literatura árabe, sustentada no solo por el tópico poético, sino también en costumbres efectivas y convicciones. No de otro modo puede explicarse el razonamiento etimológico, común entre los filólogos árabes medievales, que vincula a la viña (*karm*) con la generosidad (*karam*).

<sup>14</sup> El pasaje, que hace alusión a la prohibición coránica de consumir sangre de animales, es del iraquí al-Mutanabbī (m. 965), para muchos el mayor poeta árabe.

La joven volvió a llenar la copa y se la tendió, primero, a la mediana, quien la tomó de sus manos, le dio las gracias y bebió; y luego a la dama que había estado recostada en el lecho. Y, cuando esta hubo bebido, volvió la intendente a servirle vino al ganapán. Este hizo como antes: besó el suelo ante su benefactora, le dio las gracias y dijo:

«Llenadme otra vez la copa,  
no escatiméis en bebida:  
¡otra copa rebosante  
del agua que da la vida!».

El porteador se arrimó a la dueña de la casa, le dijo: «Propiedad vuestra soy, señora, vuestro vasallo, vuestro siervo», y volvió a recitar:

«De pie al lado de tu puerta  
han visto a un esclavo tuyo,  
que a tu bondad y largueza  
quisiera rendir saludo».

A lo que ella respondió diciendo: «Bebe, y que el vino te siente bien y te ayude a transitar por los senderos de la salud». Él tomó la copa, le besó la mano a la dama y entonó estos versos:

«Algo tan rojo y vivo le di cual sus mejillas,  
que ardía y crepitaba cual si fuese una tea.  
Cuando le robé un beso, me preguntó entre risas:  
“¿Mejilla es la bebida que das a quien cortejas?”.

“Tomad y bebed —dije—, que solo son mis lágrimas, con mi alma y unas gotas de mi sangre mezcladas”<sup>15</sup>».

Ella le respondió:

«Si sangre por mi causa tus párpados derraman,  
dámela, compañero, que no me faltan ganas».

La dama tomó la copa, la apuró y fue a echarse junto a sus hermanas. Y así siguieron las tres, entre bailes, risas, cantos y poemas, en compañía del ganapán; y así siguió este con ellas, entre arrumacos y dulces besos, mordiscos y roces, apretujones, palpamientos y languideces. Que si le daban a probar un bocado, que si una de ellas lo atraía hacia sí, que si la otra le propinaba un pescozón, que si la tercera le tendía un ramillete de olor... Hasta que la bebida les arrebató el buen sentido y se adueñó de ellos. Entonces se levantó la portera, se quitó la ropa y, cubriéndose solo con la mata de cabello que a propósito se soltó, se metió en el estanque para jugar. Tomó un poco de agua en la boca y salpicó con ella al invitado. Se lavó bien los distintos miembros y entre los muslos, y salió del agua para echarse en el regazo del ganapán, a quien preguntó: «Amigo mío, ¿cómo se llama esto?», señalándose sus partes. El porteador respondió: «¿Vuestra

<sup>15</sup> Los versos se atribuyen al príncipe Tamīm (m. 985), hijo del califa fatimí al-Mu‘izz.

vagina?». Ella dijo: «¡Pero qué oigo...! Vergüenza debería darte», y, agarrándolo del cuello, comenzó a golpearlo. Él se quejó: «¡Bueno está ya! Se llama vulva». «No, no es ese su nombre», dijo ella. Él probó de nuevo: «¿Vuestro conejo?». «No, tampoco», dijo ella. «¿Vuestro almejita?», preguntó él, y volvió a recibir una lluvia de golpes que le molieron la nuca y el cuello. De modo que decidió preguntarle: «¿Y entonces cómo se llama?». A lo que ella repuso: «Albahaca de los puentes». El porteador exclamó: «¡Bendita sea la albahaca de los puentes!», e hicieron circular el cuenco y la copa. Se levantó luego la segunda, se quitó la ropa, se metió en el agua e hizo como la primera. Al salir se echó también en el regazo del porteador y, señalándose sus partes, le preguntó: «Dime, luz de mis ojos, ¿cómo se llama esto?». «Vuestro coñito», dijo él. «¿No tienes reparo en emplear ese lenguaje?», lo reprendió la joven, y le dio tal palmada que resonó en toda la estancia. El porteador se aventuró: «¿Será entonces albahaca de los puentes?». «No», dijo ella, mientras los golpes y pescozones arreciaban. «¿Pues cómo se llama?», preguntó el joven. «Alfóncigo turgente», repuso ella. La joven dama se echó una tela por encima y se sentaron todos, juntos de nuevo, a conversar y seguir bebiendo. Al ganapán le dolían la nuca y los hombros de tantos golpes como le habían propinado. Un buen rato estuvo la copa circulando hasta que la mayor de las tres damas, la dueña de la casa,

que era la más hermosa, se despojó de cuanto encima llevaba. El ganapán se echó la mano a la nuca y, al tiempo que él se la frotaba para aliviarse, la dama se lanzó al estanque para darse un baño. Mientras buceaba y se lavaba, el huésped no podía dejar de mirarla pues la tenía ante sí en todo su esplendor. Desnuda como la parió su madre, parecía el creciente; mientras que su rostro relucía más que el plenilunio o una soleada mañana. El ganapán, pues, le miró el talle y los senos, así como aquellas pesadas nalgas que se ondulaban bajo el agua y, después de lanzar algunas exclamaciones, recitó:

«Quien tu figura con la rama tierna  
compare, yerra el símil y difama;  
las ramas gustan solo engalanadas,  
y tu belleza, si desnuda, aumenta».

Salió luego la dama del estanque y se echó en el regazo del porteador, a quien igualmente preguntó: «Dime, jovenzuelo, ¿esto cómo se llama?», señalándose sus partes. «¿Albahaca de los puentes?», preguntó el mozo. «Frío, frío», dijo la dama. «¿Vuestra vagina?». «¡Uy, uy!», exclamó la bella al tiempo que le daba un buen coscorrón al joven, que siguió probando con otros nombres sin mejores resultados. Hasta que el porteador preguntó: «Bueno, ¿y entonces cómo se llama?». La mayor de las tres repuso: «Se llama la fonda de Almanzor». Él exclamó: «¡Bendita

seas, fonda de Almanzor!». La dama se vistió de nuevo y volvieron a beber. Al cabo de un rato se levantó el porteador, se desnudó y bajó al estanque, donde su miembro viril se deslizaba por la superficie del agua. Después de lavarse, tal como habían hecho las tres damas, salió y se tendió en el regazo de la señora de la casa, dejando descansar los brazos sobre los muslos de la portera, y las piernas en los de la intendente, y, señalándose sus partes, preguntó: «¿Cómo se llama esto, mis señoras?». Las damas se echaron a reír de tan buena gana que rodaron por el suelo, y respondieron: «¡El penel!». «¡No!», exclamó él, y le dio a cada una un mordisco. «¡El rabo!», dijeron las muchachas entonces. «¡No!», volvió a contestar él, robándole a cada cual una caricia en los senos.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 10**, Duniyazad le dijo a Shahrazad:

—Acaba, hermana, lo que nos estabas contando.

—De mil amores —respondió Shahrazad, y prosiguió su relato—. Tengo noticia, bienaventurado rey, de que las muchachas siguieron probando: que si «tu verga», que si «tu falo»..., mientras él las besaba, mordía y abrazaba, y ellas no paraban de reír. Hasta que le preguntaron: «Bueno, ¿pues cómo se llama?». Él repuso: «Es el mulillo

valiente, que pasta la albahaca de los puentes, es dado a los alfóncigos turgentes, y de la fonda de Almanzor cliente». Ellas se tiraron por el suelo de la risa, y, cuando se recuperaron, volvieron a beber y a disfrutar de la mesa puesta en tan buena compañía.

Y así siguieron hasta que se les hizo de noche. Entonces le dijeron al porteador: «Bueno, ya puedes irte en paz, amigo: date la vuelta y muéstranos la anchura de tu espalda». Él suplicó: «Por Dios juro que más me cuesta salir de vuestra casa que del mundo de los vivos. Vamos a unir la noche con el día, y vuelva luego cada uno a sus asuntos». La intendente lo apoyó: «Hacedme ese favor, hermanas: dejémosle pasar la noche con nosotras y divirtámonos con él, pues quién sabe cuándo volveremos a toparnos con otro mozo que tenga tanto desparpajo y donaire». Entonces le dijeron al porteador: «Podrás pasar la noche entre nosotras si te sometes a rajatabla a la norma siguiente: por más que te sorprenda lo que llegues a ver, no preguntes por ello ni por su causa». «Acepto», contestó él. «Levántate —añadieron las muchachas— y lee en voz alta lo que está escrito sobre esa puerta». El ganapán se acercó a la puerta indicada, y sobre ella encontró escrito con pan de oro: «Si no quieres oír lo que no te conviene, en lo que no te importa procura no meterte». El porteador aseguró: «Podéis dar fe de que yo nunca me meto donde no me llaman». Dicho esto, se levantó la intendente a



preparar algo de comer, encendieron velas en las que clavarón píldoras de ámbar gris y palo áloe, y se sentaron a seguir disfrutando de su mutua compañía y del recuerdo de los ausentes, ante una mesa puesta donde no faltaba la fruta más fresca y apetecible ni, por supuesto, la bebida. Comieron, pues, de nuevo y bebieron, se contaron anécdotas y se gastaron bromas, engañaron con sus risas al tiempo que pasaba, y en esto oyeron llamar a la puerta. Sin inmutarse ni dejar lo que entre manos se traían, la dama portera se levantó y fue a ver quién era. Y enseguida volvió diciendo: «¡Ya está completa nuestra dicha para la noche! En la puerta hay tres forasteros, persas diría yo, de alguna cofradía de mendigos, todos bien rasurados y los tres tuertos del ojo izquierdo. ¡Una coincidencia portentosa! Vienen, según me han aclarado, de paso, desde tierras bizantinas, lo que debe de ser cierto, pues salta a la vista que han estado de viaje. Acaban de llegar a Bagdad por primera vez en su vida y han llamado a la puerta porque, al no encontrar sitio alguno donde pasar la noche, han decidido solicitarle al amo de esta casa que les preste la llave del establo o de algún cobertizo, por ruinoso que esté, pues se les ha hecho tarde y, según su expresión, “no conocen a nadie que les dé cobijo”. Y os aseguro, hermanas, que tienen los tres unas hechuras tan cómicas que, si los dejamos pasar, nos hartaremos de reír». No tuvo que granjearse mucho más la simpatía de sus dos hermanas,

pues estas le dijeron enseguida: «Déjales entrar, pero ponles la condición de que no hablen de lo que no les concierne y así no habrán de oír lo que no les conviene». La joven se retiró satisfecha y al poco volvió acompañada de los tres tuertos, que traían, en efecto, los mentones y los bigotes rasurados. Los tres hombres saludaron y se quedaron donde estaban, con la expresión mohína, arredrados por la timidez. De manera que las jóvenes anfitrionas se levantaron, les dispensaron una calurosa bienvenida y los invitaron a sentarse.

Los mendigos miraron a su alrededor y se hallaron en una mansión distinguida, donde todo estaba pulcro y bien dispuesto, y abundaba el verdor. Observaron asimismo las velas encendidas, el humo de los inciensos que por el aire ascendía, los alfóncigos y las pasas, la fruta fresca, así como a las tres doncellas, y exclamaron de común acuerdo: «¡Qué maravilla, Dios mío!». Repararon luego en el ganapán y se dieron cuenta enseguida de que estaba borracho; después de mirarlo unos segundos pensaron que sería uno de ellos y así lo expresaron: «Será un mendigo como nosotros, persa o quién sabe si árabe beduino, que nos hará compañía». Cuando el porteador oyó estas palabras, se levantó y, mirándolos de hito en hito, les dijo a los recién llegados: «Participad de la reunión sin tanta curiosidad. ¿Es que no habéis leído lo que hay escrito encima de la puerta? Bonita cosa es que se deje entrar

en casa a unos pobres de solemnidad como ustedes y no tarden ni un instante en sacar a pasear a la sin hueso...». A lo que los rasurados contestaron: «Dios nos perdone nuestra falta; a vuestra entera disposición quedamos». Las muchachas rompieron a reír, se dijeron quedamente: «Ahora nos vamos a divertir de lo lindo con todos estos» y les trajeron de comer a los recién llegados, que dieron buena cuenta de todo y se unieron después al grupo. La portera se encargó de darles de beber. Circuló la copa y el ganapán les dijo a los mendigos: «Hermanos, ¿tenéis alguna historia o chascarrillo que nos divierta a todos?». Ya más entonados, los tres forasteros pidieron instrumentos de música. La portera les trajo entonces un pandero de Mosul, un laúd iraquí y un címbalo persa. Los mendigos se pusieron de pie; uno tomó el pandero, otro el laúd y el tercero el címbalo, y comenzaron a tocar, y, como quiera que las muchachas se les uniesen cantando, formaron entre todos una buena batahola.

En esto llamaron de nuevo a la puerta, y la encargada de abrir se levantó para ver quién era. El hecho era, majestad —siguió contando Shahrazad—, que el califa Harún Arrashid había salido aquella noche de su palacio, deseoso de ver y oír lo que hubiese de nuevo, y acompañado, como solía, de Yáafar el Barmekí, su ministro, y de Masrur, el sirviente que ejecutaba las venganzas del califa, o sea, su verdugo y escolta. El califa y sus acompañantes

tenían la costumbre de disfrazarse de mercaderes, y, dejándose llevar por sus pasos en su recorrido por la ciudad habían llegado a aquella casa. Oyeron los sones de la música y el califa dijo a Yáafar, su ministro: «Quiero que entremos en esa casa y veamos a los que cantan y tocan». «Esos —contestó Yáafar— están ya borrachos, Comendador de los Fieles, y podrían ocasionarnos algún perjuicio». «Tenemos que entrar —insistió el califa—, de modo que ya puedes estar inventándote algo». «¡Oigo y obedezco!», contestó Yáafar, que se adelantó y llamó a la puerta. Acudió la portera, abrió, y el ministro, tras inclinar la cabeza, le dijo: «Señora, somos mercaderes, de Tiberiádes, llevamos en Bagdad diez días por negocios nuestros y paramos en un *jan*<sup>16</sup>. Pero esta noche nos ha invitado un amigo nuestro, hombre de negocios también, y hemos estado en su casa; nos ha dado de cenar y luego hemos disfrutado de su compañía. Acabada la reunión, nos hemos despedido y salido, bien entrada la noche, a una ciudad en la que somos forasteros, por lo que no hemos sido capaces de dar con la posada. De vuestra noble generosidad esperamos que nos permitáis pernoctar en vuestra casa. Dios os lo pagará». La portera los miró atentamente y le

<sup>16</sup> Un *jan* (*hān*) era una posada, con dependencias adecuadas para alojar a mercaderes, cuadras para sus monturas y almacenes para sus mercaderías; el equivalente oriental a las alhóndigas del medievo ibérico.

pareció que, en efecto, eran respetables mercaderes. Entró, pues, donde sus dos hermanas, intercambió con ellas pareceres, y las otras dos le dijeron que los hiciese pasar. Volvió la dama a la puerta y les franqueó el paso a los supuestos mercaderes. Estos le preguntaron, con gran corrección: «¿Entramos, pues, con vuestro permiso?». «Sí, adelante», dijo la joven.

Y en la casa entraron el califa, Yáafar y Masrur. Al verlos, se levantaron las otras dos damas para acogerlos y servirlos: «¡Muy bienvenidos sean nuestros huéspedes! Solo os ponemos una condición: que no habléis de lo que no os concierne para no tener que oír lo que no os conviene». «Conformes», dijeron ellos, y se sentaron a beber y a disfrutar de la compañía. El califa miró a los mendigos y reparó, con asombro, en que los tres eran tuertos del ojo izquierdo, y luego observó a sus jóvenes anfitrionas, cuya belleza y donosura lo dejaron en suspenso. Reanudada, pues, la convival charla, las muchachas se acercaron al califa para servirle bebida, pero él se excusó: «Estoy resuelto a emprender la sagrada Peregrinación, de modo que no me uniré a vuestras libaciones». Entonces se levantó la dama portera y le trajo, en una vistosa bandeja de latón decorada, un cuenco de porcelana fina; vertió un poco de agua de sauce y en ella dejó que se disolviera nieve mezclada con azúcar. El califa le dio las gracias y pensó: «Mañana sin más remedio tengo que recompensarla por

haberme tratado tan bien». Y todos se enfrascaron en la animada charla.

Cuando la bebida hubo hecho su efecto, se levantó el ama de la casa para servir a sus huéspedes. Luego tomó de la mano a la intendente y le dijo: «Hermana, vamos a satisfacer nuestra deuda». «Muy bien», respondió la otra. En esto se levantó también la portera y, después de tirar las cáscaras de los frutos secos y renovar los aromas e inciensos, dejó libre el centro de la sala. Invitó luego a los tres mendigos a que se acomodaran a un lado del patio porticado, en un asiento corrido; mientras que se llevó al califa y a los acompañantes de este a un extremo de la estancia, los sentó en otro banco y allí los dejó. La dama se dirigió luego al porteador: «A ti te hemos tomado cariño; tú ya no eres un extraño, sino alguien de la casa». El porteador se levantó, se ciñó bien la túnica<sup>17</sup> y preguntó: «¿Qué queréis?». «Quédate donde estás», fue la respuesta de la joven. Entonces la intendente colocó con gran diligencia una tarima en medio de la sala, abrió una cámara y dijo al ganapán: «Ayúdame». El porteador entonces vio a dos perras negras con sendas correas en los cuellos. A instancias de su anfitriona, el ganapán condujo a los dos animales al centro de la sala. La dueña de la casa se

<sup>17</sup> El gesto indica que se pone a disposición de la joven para realizar la tarea que le encargue.

remangó un poco, tomó un látigo y le dijo al porteador: «Tráeme a una de las dos». El ganapán arrastró de la cadena a una de las perras, que lloraba y movía la cabeza mirando a la joven dama. Esta comenzó a golpear en la cabeza al animal, que aullaba lastimosamente. La joven siguió azotándola hasta que se le cansaron los brazos; tiró luego el látigo y atrajo hacia su pecho a la perra, cuyas lágrimas enjugó y cuya cabeza besó. Luego volvió a decirle al porteador: «Llévatela y tráeme a la otra». Él se la trajo, y la joven hizo como con la primera. El califa, cada vez más inquieto, y con el corazón partido de la pena, le hizo visajes a Yáafar, queriendo indicarle que preguntase qué ocurría. Pero el ministro le contestó, también con gestos, que mejor sería guardar silencio. Poco después la dueña de la casa se dirigió a la portera: «Haz lo que tienes que hacer», a lo que esta repuso: «Muy bien». Entonces la dueña de la casa se subió a la tarima, que era de sabelina recubierta de planchas de oro y plata, y les dijo a las otras dos: «A ver qué tenéis para mí». La portera subió asimismo a la tarima, mientras que la intendente entró en una habitación de la que salió con una bolsa de raso ornada de cintas verdes y dos solecillos de oro. Se detuvo ante la dueña de la casa, abrió la bolsa, extrajo un laúd, y así que hubo afinado sus cuerdas, entonó:

«Devolved a mis ojos su perdido descanso  
y decidme dó para mi extraviado sentido.

Cuando del amor hice mi domicilio fijo,  
al sueño desterré muy lejos de mis párpados.

“La sensatez —me dicen— ha tiempo que has perdido”.  
“En sus ojos buscad —les contesto— la causa”.  
Yo ya le he perdonado mi sangre derramada,  
puesto que yo le impuse de verterla el fastidio.

En mi alma se reflejan los soles de su cara,  
que en mi pecho alimentan el crepitante fuego.  
Del agua de la vida que en él gastó el Eterno  
se aprecian los destellos en sus sonrisas albas.

Si ante mí lo mencionan, al punto recupero  
la añoranza y el llanto, la pasión y las quejas.  
Cuando al agua me acerco, vislumbro su silueta,  
y aun sin beber se ahítan mis frustrados anhelos<sup>18</sup>».

A los que añadió:

«Los sentidos me embota su mirar, que no el vino,  
y el sueño de los ojos me arrancan sus desvíos;  
de su cuello el perfil me entona, que no el néctar,  
y no me alegra el mosto, sino sus buenas prendas.  
Los rizos de sus sienes la entereza me usurpan  
y me hace hervir la sangre lo que esconde su túnica<sup>19</sup>».

<sup>18</sup> La composición es de un poeta andalusí o hispanoárabe, Ibn Sahl de Sevilla (m. 1251).

<sup>19</sup> El poema es del sirio Abu Firās al-Ḥamdānī (m. 968), otra de las grandes figuras de la poesía árabe clásica.



Cuando la joven dama, la dueña de la casa, hubo oído esto, exclamó: «¡Dios sea tu médico!», se rasgó los vestidos y cayó al suelo desmayada. Y, al descubrirse el cuerpo, el califa notó las marcas que en este había de golpes y latigazos, y quedó pasmado. La portera le roció el rostro de agua a la desvanecida y la cubrió con una suntuosa túnica que trajo a ese efecto. Los presentes, tras haber visto todo aquello, se preguntaron, con el ánimo alterado, a qué se debería lo que acababan de presenciar, y cuál sería la historia. El califa le preguntó a Yáafar, su ministro: «¿Has visto las marcas de golpes que tiene esa mujer? Ante algo así no puedo callarme. No descansaré hasta que no averigüe qué le ha pasado a esa joven y qué ocurre con las dos perras negras». «Mi señor —respondió Yáafar—, nos han puesto una condición: que no hablemos de lo que no nos concierne si no queremos oír lo que no nos conviene». La dueña de la casa se dirigió de nuevo a la intendente y le dijo: «Vuelve a cumplir, hermana, con lo que se me debe». Entonces se levantó la intendente, tomó el laúd, se lo apoyó en el seno y comenzó a pulsarlo con las yemas de los dedos, al tiempo que entonaba:

«¿De qué razonamientos me serviré en mis quejas?  
¿Quién, si de Amor me pierdo, con tiento me guiará?  
¿Quién será el mensajero, dado que yo no puedo,  
que mis penosas cuitas consiga trasladar?  
Después de haber perdido de mi pecho al amado,

el mundo no me ofrece sino duelo y pesar.  
Cuando a término llega la presencia de ánimo,  
no queda más salida que el pecho desahogar.  
De mis dolientes ojos podéis estar ausente,  
pero en mi corazón tendréis siempre un hogar.  
¿Mantendréis con firmeza la promesa que hicisteis  
a quien nunca, y os consta, incurrió en deslealtad?  
Mientras yo me consumo, de nostalgia transida,  
acaso a vos os lleva la distancia a olvidar.  
Del Hacedor espero que nos exija cuentas  
el día en que nos junte para el Juicio Final».

Cuando la otra dama oyó estos versos, se rasgó el vestido como hizo la vez primera, lanzó un grito y cayó al suelo desmayada. La tañedora de laúd se levantó y fue a traerle una túnica nueva no sin antes rociarle la cara con agua. La joven se levantó, se acomodó en la tarima y dijo a la intendente: «Haz lo que debes, sigue cantando, que ya solo queda una voz que oír». La intendente afinó el laúd y entonó:

«Me mata vuestra frialdad;  
¿cuánto más he de llorar?  
Mucho dura ya el desvío:  
si me odiáis, estáis cumplido...  
Hágale el Sino justicia  
a quienes reciben críticas.  
Nadie sabe que matasteis,  
vos, tan letal con los leales...

¿Cómo no os voy a temer,  
si al pacto no os atenéis?  
Venguen a quien desamor  
el descanso le robó.  
Es ley de amor: sufro afrenta,  
y él alcanza recompensa.  
Yo os he amado con delirio;  
mi rival ha de fingirlo».

Y afirma el transmisor de la historia que, cuando la dama portera hubo oído cantar el poema, lanzó un grito, se rasgó el vestido hasta los bajos y cayó al suelo desmayada; y, al descubrirse el cuerpo, se le vieron marcas de azotes, como a su hermana. Los mendigos dijeron: «Ojalá no hubiésemos entrado nunca en esta casa. Más nos habría valido pasar la noche al raso, junto a los vertederos, pues no habríamos de vernos ante un cuadro de los que parten el corazón...». El califa se dirigió a ellos: «¿Cómo es eso?». «Lo que está ocurriendo, señor —le respondieron ellos—, nos tiene con el alma en vilo». El califa preguntó: «¿Es que no sois de la casa?». Respondieron: «¡Qué va! Creemos que el único que vive aquí es el joven que está con ustedes». El porteador aseguró: «¡Juro por Dios que, aunque he crecido en Bagdad, no he entrado en esta casa antes de esta misma noche! El que aquí me veáis se debe a asombrosas razones que no son del caso». Los otros contestaron: «Pues convencidos estábamos de que pertenecías

a la casa, pero ahora vemos que estás en la misma posición que nosotros». El califa dijo entonces: «Somos siete hombres, y ellas, tres mujeres solas. Les preguntaremos qué es lo que ocurre, y, si no nos responden de grado, les haremos hablar a la fuerza». Todos estuvieron de acuerdo, excepto Yáafar, el ministro: «No me parece bien. Lo mejor será dejarlas en paz, ya que somos huéspedes en su casa y nos han puesto una condición a la que debemos atenernos. Dentro de poco amanecerá y cada uno de nosotros tomará su camino». Luego, haciéndole visajes con los ojos al califa, añadió: «No falta ni una hora, y, con el nuevo día, podréis hacer que comparezcan las tres ante vos y obligarlas a que os cuenten su historia». Pero el califa no se conformó: «A mí ya no me queda más paciencia, y ellas no cesan de añadir despropósito al desatino». Poco después se preguntaron: «¿Y quién va a hablar con ellas?», a lo que uno de los mendigos contestó: «Pues este joven», refiriéndose al ganapán.

En ese momento la dueña de la casa les preguntó: «Eh, ustedes, ¿qué están tramando?». El ganapán se puso en pie y dijo: «Por Dios os conjuro, señora, que nos aclaréis lo que pasa con las dos perras, cuál sea el motivo de que primero las castigaseis para luego besarlas entre lágrimas, y asimismo nos digáis por qué ha recibido azotes vuestra hermana. Esa es nuestra pregunta, para la que solicitamos respuesta que agradeceremos. Sin más por

el momento, a vuestros pies queda vuestro humilde servidor». La dueña de la casa les preguntó a todos: «¿Ha hablado este en nombre de todos ustedes?». «Sí», respondieron todos, salvo Yáafar, que guardó silencio. La muchacha entonces añadió: «Dios es testigo de que nos habéis causado, a pesar de la hospitalidad que os hemos dispensado, un innegable perjuicio. Bien os hemos recalcado la condición de que no debíais meteros en lo que no os importa... ¿No os ha bastado con que os abramos la puerta de nuestra casa y con nuestras espléndidas atenciones? Pero la culpa no es vuestra, sino de quien os ha traído a nosotras». Dicho esto, se arremangó, dio tres patadas en el suelo y exclamó: «¡Deprisa!», y en esto se abrió la puerta de uno de los aposentos, de donde salieron siete esclavos, altos y fuertes como torres, con las espadas desenvainadas. La muchacha les ordenó: «¡Maniatad a estos lenguaraces y luego amarradlos a unos con otros!». En cuanto lo hubieron hecho, los esclavos le dijeron a la iracunda joven: «Dadnos, recatada dama, permiso para que les corremos el cuello», a lo que ella repuso: «Dejadles vivir un poco más, para que pueda preguntarles por sus circunstancias antes de que los degolléis». El ganapán suplicó: «¡Por Dios os lo ruego, señora, no me matéis por una culpa que no he cometido yo! Ellos todos son los que han faltado a su palabra y errado, pero no un servidor. ¡Qué feliz habría sido nuestra noche si no hubiesen aparecido esos

mendigos, capaces de reducir a escombros la ciudad más populosa...!». Y recitó:

«El mostrarse clemente honra al patricio,  
y más si el perdonado es un plebeyo  
¡Tened, por Dios, piedad, por nuestro afecto,  
que merecen buen fin buenos principios!<sup>20</sup>».

Cuando el ganapán acabó sus versos, la joven dama se echó a reír.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 11**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la joven, después de haberse reído a sus anchas en pleno acceso de ira, se acercó al grupo y dijo: «Id dándome noticia, cada uno de lo suyo, pues solo os queda una hora de vida, y, a no ser que seáis personas principales, por vuestra noble alcurnia o por tener mando y gobierno, dad por cierta vuestra muerte inminente». El califa saltó: «¡Ay de ti, Yáafar! Dile quiénes somos, o, de lo contrario, nos matará». «Ese sería solo uno de los premios que nos merecemos», contestó Yáafar. «La ironía —observó el califa— está fuera de lugar en los momentos difíciles. Cada cosa a su tiempo».

<sup>20</sup> El fragmento es del poeta iraquí ‘Ali ibn al-Ġahm (m. 863).

La muchacha se dirigió a los mendigos: «¿Ustedes tres son hermanos?». «No, nada de eso —dijeron ellos—. Lo que nos une es nuestra condición de menesterosos y extranjeros». Ahora la muchacha se dirigió a uno de ellos: «¿Naciste tuerto?». «No —repuso—, pero me ocurrió un suceso peregrino a resultas del cual perdí el ojo, y la historia de ese revés mío es tal que, si a cada cual se la grabasen con agujas en los lagrimales, buena enseñanza le procuraría». La muchacha preguntó luego al segundo y tercer mendigos, que le respondieron de manera semejante, y entre los tres añadieron: «Cada uno de nosotros es de un lugar y, siendo como somos todos de sangre regia, hemos tenido mando sobre nuestros súbditos y siervos; lo que podríamos contaros es, por ende, admirable, y nuestro destino, fuera de lo común». El transmisor de la historia afirma que la dama, dirigiéndose ahora a los siete, les indicó: «Bien, pues contad uno por uno vuestra historia, poniendo de manifiesto el motivo de que hayáis llegado hasta aquí. Hecho esto, que cada cual se alise el cabello y tome su camino». El primero en hacer uso de la palabra fue el ganapán: «Yo, señora, soy porteador de oficio, y la dama intendente me ha traído, *portándome*, por así decirlo, de un lugar a otro, pues del vinatero me llevó a la carnicería, luego al verdulero, luego al puesto de los aperitivos y golosinas, luego a la confitería, luego al droguero, y, por último, a esta dignísima casa, donde he vivido con

mis señoras lo que hemos vivido, ni más ni menos. Con eso concluyo mi historia, y, sin nada más que añadir por el momento, os besa los pies vuestro seguro servidor». La dueña de la casa, sin poder contener la risa, le ordenó: «Pues lo dicho: alísate el cabello y márchate». «De ningún modo pienso marcharme sin haber oído antes las historias de mis compañeros», contestó él.





## El segundo mendigo

Tampoco yo soy, señora, tuerto de nacimiento, y mi historia es tan extraordinaria que, si a cada cual se la grabasen con agujas en los lagrimales, buena enseñanza le procuraría. Sabed que soy rey e hijo de rey, que me aprendí el Corán en sus siete recensiones canónicas, que estudié diversos libros de la boca de sus propios autores, maestros de Ciencia Sagrada todos ellos, y me instruí asimismo en el saber de las estrellas y en los dichos de los poetas. Adquirí, en suma, tales conocimientos en el conjunto de las disciplinas del intelecto que aventajé a mis coetáneos, y mis escritos alcanzaron tal preponderancia entre los más doctos que mi nombre traspasó los límites de mi patria. Las noticias de mi saber se propalaron, así, entre los soberanos de otros reinos, y llegaron a oídos del rey de la India, quien, a través de mi padre, me convocó a su presencia. Su mensaje me llegó acompañado de generosos regalos, dignos solo de reyes. En respuesta a ello, mi padre puso a mi

disposición seis embarcaciones y nos hicimos a la mar. Un mes enteró duró nuestra travesía. Así que arribamos a tierra, sacamos los caballos que venían con nosotros a bordo, cargamos diez camellos con otros tantos fardos de presentes e iniciamos la marcha. Pero, de pronto, se alzó una espesa polvareda que cubrió todos aquellos lugares y permaneció durante largo rato, oscureciendo el cielo por los cuatro puntos cardinales. La polvareda al cabo se disipó dejando al descubierto a sesenta jinetes, bravos, amenazadores, armados hasta los dientes. Al mirarlos con atención nos dimos cuenta de que se trataba de árabes<sup>21</sup> salteadores de caminos, y, cuando ellos vieron que éramos un grupo reducido y traíamos aquellos fardos, cuyo contenido había de ser por fuerza valioso, se nos vinieron encima enarbolando sus armas. Les hicimos gestos con las manos y les dijimos: «Formamos una delegación que se dirige al emperador de la India; no nos hagáis daño». «Ni estamos en sus territorios —contestaron ellos— ni bajo su jurisdicción». Mataron entonces a algunos de los nuestros; mientras que otros huyeron, yo entre ellos, después de recibir heridas no leves, aprovechando que los árabes

<sup>21</sup> Esta es la vez primera en que aparecen, en *Mil y una noches*, salteadores de caminos que reciben la calificación de *árab*, o sea, literalmente «árabes», gentilicio que tal vez pudiera precisarse más, de modo que se entienda como «árabes beduinos». El asunto no está del todo claro, pues, lógicamente, el idioma árabe dispone de términos específicos para designar a los beduinos.

estaban muy ocupados con las riquezas y regalos. Seguí, pues, adelante, sin saber a dónde dirigirme. Yo, que había llevado una vida de gloria y esplendor, me veía ahora hasta tal punto humillado. Mis pasos me llevaron a la cima de un monte y me metí en una cueva de la que no salí hasta el día siguiente. Reemprendí entonces la marcha y no me detuve hasta llegar a una ciudad fortificada y bien provista, por la que el frío invierno ya había pasado y donde a la sazón se asentaba la primavera. Todo estaba florecido, las corrientes de agua corrían pletóricas y las aves canoras dejaban oír sus voces. Era, pues, tal como la pintó el poeta:

Ciudad que nada teme, por la calma regida;  
adornado refugio, pleno de maravillas.

Mucho me alegré por ello, agotado como estaba después de tanto caminar, vencido por la zozobra y consumido por el miedo. Mi suerte había cambiado, y, sin saber cómo había de conducirme, recurrí a un sastre por delante de cuya tienda pasé. Le dirigí el *salam*, él me contestó, me recibió con naturalidad y me preguntó cuál era la causa de mi extrañamiento. Yo le conté cuanto me había pasado, de principio a fin. Él, pesaroso por mí, me aconsejó: «No le reveléis a nadie quién sois, pues temo que el rey de esta ciudad, el mayor enemigo de vuestro padre, quiera vengarse de él en vuestra persona». Me trajo luego alimento y bebida, de los que dimos buena cuenta juntos;

pasamos un buen rato de charla, y, ya bien entrada la noche, me señaló un sitio en un lado de la tienda y, tras ofrecerme lecho y cobertor, me brindó el cobijo que tanta falta me hacía. Al cabo de tres días me preguntó: «¿Conocéis algún oficio con el que podáis ganáros la vida?». «Soy —le repuse— erudito, sabio, hombre de letras, calígrafo y aritmético». «Pues la vuestra es industria sin mercado en nuestro país; en la ciudad no encontraréis a quien sepa de ciencias ni de letras, sino solo de dineros», dijo él. «La verdad —reconocí yo— es que no sé hacer otra cosa.» Él entonces me recomendó: «Pues ceñíos la cintura, tomad un hacha y una soga y dedicaos a buscar por el campo leña con la que os podáis sustentar hasta que Dios os procure mejor salida. Pero, sobre todo, no le digáis a nadie quién sois, si no queréis morir». Me procuró, pues, un hacha y una soga, y me envió a unos leñadores con su recomendación. Salí con ellos y recogí cierta cantidad de leña, me la cargué en la cabeza y la vendí por medio dinar. Gasté una parte en comida y lo demás lo guardé.

Así seguí durante cosa de un año, hasta que cierto día fui, como tenía por costumbre, al campo y me interné por una arboleda donde vi que abundaba la leña. Me acerqué a un árbol y comencé a cavar en derredor para descubrir sus raíces. De pronto el hacha dio contra una anilla de cobre, limpié la tierra y me encontré con una plataforma de madera. La levanté y vi que debajo había

una escalera, que, a su vez, me condujo hasta una puerta. Al traspasarla me adentré en un palacio de buena fábrica donde encontré a una dama cual esa perla reluciente de la que suele hablarse; por cuyo influjo se borran del corazón las cuitas, la zozobra y la desgracia; cuyas palabras bastan para curar las heridas, y que es capaz de sorberle el seso al hombre más juicioso y avezado. De talla media, con los senos prominentes, cutis suave, perlada tez y agraciado porte... El sol de su rostro relucía contra la noche de sus guedejas, y el brillo de sus dientes reverberaba en las láminas límpidas de sus hombros. Se le ajustaban, pues, las palabras del poeta:

Mechones de azabache, cintura recogida,  
nalgas como dos dunas, finura de moringa.

O, asimismo:

Para acabar con mi vida  
han hecho los cuatro alianza:  
frente clara, pelo negro,  
cuerpo fino y tez rosada.

Fue verla y prosternarme, en mi fuero interno, ante su Creador por la cumplida hermosura con que solo Él la había formado. La dama me miró y preguntó: «¿Sois humano o *yinn*?». «Humano», le repuse. «¿Y quién —volvió a preguntar— os ha traído a este lugar donde llevo veinticinco años sin haber visto a un solo descendiente

de Adán?». Sus palabras me supieron a agua dulce, y le repuse: «Mi buena estrella ha guiado mis pasos para que acaso me libre de mis cuitas y zozobra», y le conté de principio a fin cuanto me había pasado. A ella le pesó mi situación, derramó unas lágrimas y dijo: «Yo también os voy a contar mi historia. Sabed que soy hija de Efitamos, rey de la India Ulterior y señor de las Ínsulas del Ébano, quien me desposó con el hijo de su hermano. Pero la misma noche de mi boda me secuestró un *ifrit*, llamado Yiryís, hijo de Rajmós, sobrino por vía materna del mismísimo diablo, el señor Iblís<sup>22</sup>. El tal *ifrit*, Yiryís, me trajo volando a este lugar y me proveyó luego de cuanto pudiera yo necesitar, a saber, joyas, túnicas, paños, utensilios, comida, bebida y lo demás. Desde entonces viene a verme cada diez días. Duerme aquí conmigo esa noche y se va por donde ha venido, ya que me raptó contra la voluntad de su clan. Pero me tiene dicho que, si alguna vez me sobreviene, a la hora que sea, de día o de noche, cualquier imprevisto o dificultad, basta con que pase mi mano por esas dos líneas que hay escritas en este nicho que aquí veis. Y cierto es, pues basta con que alce la mano en esa dirección y ante mí tengo ipso facto a mi temible raptor. Como hace cuatro días que estuvo de visita y faltan otros seis para que

<sup>22</sup> Iblís (Iblīs) es un ángel que se rebeló contra la divinidad y, tras ser rebajado en su rango, incita al ser humano a la desobediencia.

vuelva, ¿qué os parecería quedaros a mi lado cinco días y marcharos la víspera de su llegada?». «Bien me parece», le dije yo. Muy contenta, se puso en pie, me tomó de la mano y me condujo, a través de una puerta abovedada, a unos agradables y vistosos baños. Me quité la ropa, y lo mismo hizo ella. Después de haberse aseado, salió mi bella anfitriona de los baños, tomó asiento en un estrado y me invitó a acomodarme junto a ella. Luego me trajo un licor almizclado, que me dio a probar, así como diversos alimentos. Tras la comida y la conversación me dijo: «Dormid y descansad, que estaréis agotado». Y así lo hice yo, señora mía: me quedé dormido olvidándome de cuanto me había pasado, y muy agradecido por cierto a aquella dama. Al despertar me la encontré dándome friegas en los pies, y le pedí a Dios por ella. Al cabo de un buen rato de charla me dijo: «No sabéis la opresión que en el pecho he sentido aquí sola, bajo tierra, sin nadie a quien dirigir la palabra durante veinticinco años. ¡Alabado sea Quien os ha enviado a mí!». Y recitó:

«Si con tiempo os hubieseis anunciado,  
el corazón habríamos dispuesto,  
el ojo y la mejilla ante el encuentro,  
por que marchar pudieseis sobre párpados...».

Cuando oí aquellos versos, le di las gracias, conmovido. El amor se había abierto paso hacia mi corazón, y

mis cuitas y zozobra habían volado. Estuvimos luego departiendo junto a la mesa puesta hasta que oscureció, y a su lado pasé una noche como no había conocido en toda mi vida. Amanecemos muy felices, y nuevas dichas estuvimos uniendo a las anteriores hasta el mediodía. Entonces, tan ebrio ya que no sabía lo que me hacía, al punto de que me tambaleaba, le pregunté: «¿Quieres, salada, que te saque de aquí abajo y te libre de ese *yinn*?». Ella se echó a reír y dijo: «Confórmate y no digas nada más. El *ifrit* tendrá su día de cada diez y tú, los nueve restantes». A lo que yo, más borracho que una cuba, repuse: «¡En este mismo punto y hora voy a destrozar ese nicho en que están las letras grabadas para que acuda el *ifrit* y darle muerte, pues estoy resuelto a matarlos a todos!». Al oír mis palabras, ella palideció, me rogó que no hiciera tal cosa, sentenció: «De sabios es protegerse de lo que lleva a la muerte», y recitó:

«Quisieras retrasar la despedida...  
¡De nada sirven quejas ni reproches!  
Decepcionar es propio de la vida,  
y de las amistades, los adioses».

Sus palabras, con todo, cayeron en saco roto y, dicho que hubo los anteriores versos, le propiné un fuerte puntapié al nicho.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.



Y, cuando ya caía la **noche 13**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el segundo mendigo tuerto siguió relatándole su historia a la joven dama:

Al propinarle la patada al nicho, todo fueron tinieblas, truenos y rayos. Hubo una gran sacudida y el mundo entero pareció cerrarse sobre sí mismo. La embriaguez se me fue de golpe y le pregunté a mi anfitriona: «¿Qué pasa?». Ella exclamó: «¡El *ifrit*, que ya está aquí! ¿Es que no te lo advertí? Bien sabe Dios que con esto me haces mucho daño... ¡Pero ahora sálvate, vete por donde entraste!». Tan asustado estaba yo que olvidé recoger mi calzado y mi hacha. Y, cuando aún en el segundo escalón me volví para localizarlos, vi que la tierra se abría dando paso a un *ifrit* de temible aspecto, que bramó: «¿A qué viene esa sacudida con la me has dado un susto de muerte? ¿Puede saberse qué te ha pasado?». «Nada —repuso ella—; es solo que me ha dado por beber algo que me aliviase la desazón, y, al ir a levantarme para terminar lo que estaba haciendo, era tal la pesadez de mi cabeza, que me he dado de bruces con el nicho». «¡Mientes, mujerzuela!», exclamó el *ifrit*, quien, al mirar a un lado y otro, había visto mi calzado y mi hacha. Entonces dijo: «Esos son los enseres del humano que habrá estado visitándote...». La mujer lo negó: «¿Cómo? Ahora mismo estoy viendo esos objetos por primera vez. Lo más seguro es que los hayas traído

colgados tú mismo». «¡Eso es una soberana estupidez —prorrumpió el *ifrit*—, con la que no lograrás engañarme, furcia!». La desnudó, la amarró a cuatro estacas y comenzó a torturarla para que reconociese la verdad. Y, como no podía yo soportar el oír su llanto, acabé de subir los peldaños temblando de miedo. Cuando llegué arriba del todo, volví a colocar la plataforma como estaba, la cubrí de tierra y lamenté haber hecho cuanto hice. Me acordé de la mujer y de su belleza, de cómo la estaría entonces castigando aquel malnacido, de los veinticinco años que la pobre llevaba encerrada, de que yo era el culpable de lo ocurrido... Me acordé también de cómo, aun siendo hijo de rey, me había tenido que hacer leñador. Mi vida, pues, había vuelto a ensombrecerse tras un breve lapso de claridad, y recité:

«Hasta que a tu sepulcro te conduzca el Destino,  
días conocerás ya indulgentes ya rígidos».

Eché a andar y no paré hasta que llegué adonde mi benefactor, el sastre, a quien encontré esperándome como sobre ascuas: «He pasado la noche inquieto por vos, temiendo que os hubiese atacado una fiera o Dios sabe qué... ¡Cómo me alegro de veros a salvo!», me dijo. Después de agradecerle sus desvelos por mí, me fui a mi rincón y comencé a meditar sobre cuanto había ocurrido, reprochándome mi poco seso, que me había llevado a

golpear el nicho. Y pensando en ello seguía cuando entró el sastre y me dijo: «En la tienda hay un hombre de cierta edad, persa a lo que parece, que os busca. Trae vuestra hacha y vuestro calzado; se los ha enseñado a los sastres diciéndoles: “He salido al oír la llamada a la oración del alba y me he encontrado con estos objetos; como no sé a quién pertenecen, espero que me llevéis hasta él”, y así lo han hecho ellos, que han reconocido vuestra hacha. El persa está ahora sentado en la tienda; salid, pues, dadle las gracias y recuperad lo que es vuestro». Al oír aquello fue tal mi zozobra que a buen seguro se me mudó el color. No tuve, sin embargo, tiempo para nada más, ya que de pronto se abrió el suelo y emergió el anunciado forastero. Era, desde luego, el *ifrit*, quien, después de torturar inútilmente a la mujer, pues nada había esta reconocido, tomó mis enseres y le dijo: «Como que me llamo Yiryís y soy de la estirpe de Iblís, que he de encontrar al dueño de esta hacha y este calzado». Luego, valiéndose de engaños, había ido a preguntarles a los sastres y así me encontró. Pues bien, sin esperar ni un instante más, me raptó y echó a volar llevándome consigo; luego descendió y se metió en la tierra, todo sin que yo pudiera ni tentarme la ropa. Volvió de nuevo a subir, siempre conmigo en su poder, hasta la morada que ya conocía yo, y allí vi a la mujer, desnuda, estaquillada y chorreando sangre. Mientras los ojos se me anegaban de lágrimas, el *ifrit* la agarró, la

incorporó y le dijo: «¡Aquí tienes, ramera, a tu enamorado!». Ella, después de mirarme, aseguró: «No lo conozco, es la primera vez que lo veo». «¿No ha bastado —le preguntó el *ifrit*— con el castigo que ya has recibido para hacerte confesar?». «No lo he visto en mi vida, y Dios manda que no digamos mentiras para perjudicar a otro», contestó ella. El *ifrit* entonces le propuso: «Pues si no lo conoces, toma esta espada y córtale el cuello». La mujer tomó la espada, vino hacia mí y se plantó muy cerca de mi cabeza. Yo entonces le hice un significativo gesto con las cejas, mientras las lágrimas no cesaban de rodarme por las mejillas. Ella se puso en pie, me hizo a su vez un gesto casi imperceptible y dijo en voz muy queda: «Todo esto es culpa tuya». Yo quise hacerle entender que era tiempo de perdonar. Tal era mi mensaje, expresado no con palabras, sino por mi circunstancia:

«Sin que la lengua actúe, traducen mis miradas,  
 lo que mi corazón bien escondido guarda.  
 En el mismo momento que, llorando, la vi  
 mis ojos declararon, locuaces, mi sentir.  
 Con los ojos transmite mi amada lo que quiere,  
 y, apenas muevo un dedo, al vuelo me comprende.  
 De nuestras cejas solas nos valem los dos:  
 aun estando en silencio, sabe expresarse Amor»<sup>23</sup>.

<sup>23</sup> Este y el siguiente poema reflejan lo que podríamos llamar *semiótica del amor*, esto es, el tratado de los signos que se asocian con las relaciones

Ella, señora, comprendiendo mis gestos, arrojó al suelo la espada y dijo, dando un paso atrás: «¿Cómo voy a cortarle el cuello a quien no me ha hecho mal alguno, a quien ni siquiera conozco? La sagrada Ley que profeso me impide actuar de ese modo». El *yinn* le espetó: «No puedes matar a tu amante por el simple hecho de que has pasado con él la noche, y veo que eso es bastante para que no te importe afrontar el castigo que te impondré. Te niegas a confesar, ¿eh, ramera? Bien dicen que la compasión solo se da entre seres de la misma especie...». El *ifrit* se volvió entonces hacia mí y me preguntó: «Con certeza, humano, que tú tampoco conoces a esta mujer, ¿o me equivoco?». Dije: «No, no la había visto hasta ahora mismo». El *ifrit* me tendió la espada y me dijo: «Si le cortas el cuello, te liberaré y no volveré a molestarte, pues me habré asegurado de que, en efecto, no la conoces». «De acuerdo», le dije. Tomé la espada en mis manos, avancé con determinación y, cuando ya la alzaba, la dama, valiéndose, de nuevo, de sus solos gestos y miradas, vino a decirme: «Si yo en nada te he fallado, ¿cómo me das tú tan mal pago?». Y yo, también sin pronunciar palabra, le repuse: «Dispuesto estoy a entregar por ti la vida». Éramos, en suma, la viva representación de lo que dijo el poeta:

---

eróticas. Un ejemplo notable es el capítulo «Señales del amor» en el libro del sabio y poeta hispanoárabe Ibn Ḥazm, *El collar de la paloma*, trad. Jaime Sánchez Ratia, Madrid: Hiperión, 2009, págs. 40-61.

Los amantes se dicen, tan solo con los ojos,  
cuanto en sus corazones de bueno o malo pasa.  
Lo que afirman los párpados a menudo es sabroso,  
y en extremo locuaces pueden ser las miradas.  
Cuanto este con las cejas, y nada más, escribe  
aquella lo interpreta solo con las pestañas.

Los ojos —continuó el segundo mendigo tuerto— se me llenaron de lágrimas; solté la espada y dije: «Enérgico *ifrit* y esforzado paladín, si esta mujer ha faltado a la razón y a la Ley de Dios, no es lícito cortarme a mí la cabeza. Pero ¿cómo voy a cortársela yo a ella si no la he visto en mi vida? No haré tal ni aunque la Muerte me tienda su devastadora copa». El *ifrit* repuso: «Bien sabéis los dos apoyaros el uno al otro..., pero yo os lo voy a cobrar, y no os saldrá barato». Tomó la espada y le asestó a la muchacha, en una mano, un tajo tal que se la cortó, y luego hizo lo mismo con la otra mano, el pie derecho y, por último, el izquierdo; de manera que acabó cercenándole los cuatro miembros de otros tantos golpes, mientras yo lo presenciaba todo con la certidumbre de que iba a morir. En esto, vino ella a lanzarme una mirada que no se le escapó al *ifrit*: «¡Acabas de serme infiel con los ojos!», le gritó a la mujer, y le cortó la cabeza. Hecho lo cual, se volvió a mí y me explicó: «Según nuestra ley, matar a la esposa adúltera es lícito. A esta mujer la rapté, a sus doce años, la noche misma de su boda, y no ha conocido a otro hombre que

a mí. Desde entonces he venido a visitarla, ataviado con ropas de persa, una noche de cada diez. Y nada más cerciorarme de que me ha traicionado le he dado muerte. En cuanto a ti, aún no estoy seguro de que seas el amante con quien me ha traicionado. Pero, como no puedo dejar que te vayas sin más, te doy a dar a elegir el castigo que prefieras». Yo, señora, respiré al oír esto, ansioso como estaba de salir sano y salvo; de modo que le pregunté: «¿Y qué es lo que puedo elegir?». «Te permito —me contestó— que elijas en qué te vas a convertir cuando te encante; en otras palabras, si prefieres transformarte en perro, en burro, en mono...». «Lo que yo ansío —le dije— es que me concedáis vuestro perdón. Si lo hacéis, Dios os recompensará el no haber maltratado a un hombre piadoso y buen cumplidor de la Ley, que ningún daño os ha hecho»<sup>24</sup>.

### *El mono calígrafo*

Luego —continuó el segundo mendigo— me deshice, señora, ante el *ifrit* en incesante llanto y recité:

«Con quienes se equivocan muestra benevolencia,  
que el conceder perdón es propio del sensato.

<sup>24</sup> A continuación, según una de las recensiones de las *Mil y una noches*, la de Calcuta, el segundo mendigo le cuenta al *ifrit* la historia moral de «El envidiado que perdonó al envidioso», de la que puede prescindirse para seguir el hilo de la historia.

Haz gala sin medida de tu talante noble,  
dado que yo mis culpas todas he confesado.  
Quien quiera recibir de lo Alto remisión  
ha de ser, con los débiles, generoso y magnánimo».

Y añadí: «¡Pobre de mí, qué gran injusticia...!». Pero el *ifrit*, insensible a mis razones, dijo: «No vale la pena que te extiendas más. Que vaya a matarte descártalo, no tengas miedo; que te perdone es algo que no debes ansiar, y que te hechice es inevitable». Entonces se rajó la tierra y el *yinn* echó a volar llevándome consigo; alcanzó tal altura que pude ver el mundo, allá abajo, como si fuese un charco, y así seguimos hasta que me posó en la cima de un monte. Tomó entonces un poco de tierra, sobre la que musitó unas palabras y me roció con ella diciendo: «¡Abandona tu forma y conviértete en mono!», y en ese mismo instante me transformé en un mono de cien años. Cuando me vi bajo aquella espantosa forma, lloré por mi alma, me lamenté de la tiranía del Tiempo y comprendí que el curso de los acontecimientos no está en manos de nadie. Descendí por la ladera del monte, hasta la llanura, y, durante un mes entero, caminé y caminé hasta llegar a orillas del mar salado, donde decidí procurarme descanso. De pronto vi que, mar adentro, había una embarcación que se dirigía hacia tierra con el viento a favor. Me escondí detrás de una roca, muy cerca del agua, y, llegado el momento, subí a bordo. Oí que uno decía: «¡Echadlo de aquí,



que es de mal agüero!»; otro añadió: «¡Vamos a matarlo!», y un tercero: «Con esta espada voy a dar cuenta de él», al tiempo que empuñaba su arma. Yo entonces me eché a llorar derramando abundantes lágrimas, lo que movió al capitán a compadecerse de mí: «Mercaderes, ese mono ha buscado asilo en mi barco, y yo se lo doy. Ahora está bajo mi protección, que nadie se atreva a tocarle un solo pelo». A partir de ese momento el capitán se hizo cargo de mí, y yo, que comprendía sus palabras cuando hablaba, me puse a su servicio, resolviéndole cuantas necesidades se le iban presentando, con lo que no tardé en granjearme su afecto. Nos fueron propicios los vientos, y, al cabo de cincuenta días, atracamos en una enorme ciudad, tan populosa que solo el Altísimo habría sido capaz de calcular el número de quienes la habitaban. Nada más arribar y echar el ancla recibimos la visita de unos siervos que bajo sí tenía el monarca de aquella ciudad. Subieron, pues, a bordo, saludaron a los mercaderes y dijeron: «Nuestro rey, el cual os da la bienvenida y sus parabienes, os envía este rollo de papel con el encargo de que cada uno de ustedes escriba en él una línea. Habéis de saber que nuestro soberano tenía un ministro calígrafo que pasó a mejor vida, y su majestad tiene prometido y jurado que le dará el cargo a quien muestre el mismo dominio del arte de la caligrafía que el difunto». Uno de los siervos les entregó a los mercaderes el rollo, cuyas dimensiones no bajarían de las diez brazas

de largo por una de ancho, y todos cuantos sabían escribir fueron uno tras otro trazando una línea de escritura. En ese momento yo, que seguía bajo forma de mono, me levanté y les quité el rollo de las manos. Ellos, temiendo que lo hiciera pedazos y lo arrojase al agua, se vinieron hacia mí con la intención de matarme, pero les di a entender por gestos que yo también quería pasar la prueba. El capitán les dijo: «Dejadle escribir: si hace garabatos, ya le daremos alcance y el merecido castigo, pero, si de verdad resulta que puede escribir, lo adoptaré como hijo, pues nunca he visto a un mono mejor dotado de entendimiento, y, además, calígrafo». Yo me hice entonces con el cálamo, lo mojé en tinta y empecé a trazar, sirviéndome de la letra cursiva *riqá*, que doté de todos sus diacríticos, los siguientes versos:

Si escritas tiene el Tiempo las virtudes,  
sin registrar están sus muchos méritos.  
¡No quiera Dios dejarnos nunca huérfanos  
de quien ha apadrinado a muchedumbres!

Luego escribí en estilo *rihaní*, estilizado y cuidadoso:

Su cálamo a los climas<sup>25</sup> abastece  
para colmar de dones a los mundos.

<sup>25</sup> En la literatura árabe premoderna de geografía y viajes el término «climas» hace referencia a las partes del mundo.

Ni el caudaloso Nilo emula el rumbo  
con que sus dedos por doquier extiende<sup>26</sup>.

Y a continuación en el sinuoso estilo *thúluth*, como  
si del título de un libro se tratase:

Todos nosotros somos mortales escribanos  
cuyas composiciones sabrá guardar el Tiempo.  
En el papel no dejes ni el más mínimo trazo  
que, cuando resucites, te conduzca al lamento<sup>27</sup>.

Y luego, en el curvado *nasjí*, como si fuese el texto  
de un manuscrito:

El temido presagio de alejarnos  
un día nos lo impuso, fiero, el Tiempo.  
A la boca acudí, pues, del tintero,  
para que hablase con su lengua el cálamo.

Y luego en el preciso e imponente estilo *tumar*, pro-  
pio de la más alta cancillería:

Nadie llega a califa para siempre;  
pregunta, si lo dudas, al primero.  
Planta los brotes que de bien posees,  
y, cuando mueras, seguirán viviendo.

<sup>26</sup> Este poema, que es anónimo, se reproduce en una caja mameluca para cálamos de finales del siglo XIII, conservada en el Museo del Louvre (Véase Doris Behrens-Abouseif, «Poetic inscription on a pen box at the Louvre», *Muqarnas Online*, 2022).

<sup>27</sup> Estos versos se atribuyen al célebre místico Dū l-Nūn al-Miṣrī (m. 862).



ما من كاتب إلا سبق

دقيق الدهر ما كتب بداه

فلا تكتب بطوك غير شيء

لأن في القاموس ان تراه

Y, por último, en el vertical estilo *muháqqaq*:

Del liberal tintero de la gloria,  
servíos solo para dar contento;  
escribid con la tinta del benévolo,  
a quien procura el cálamo la honra.

Y les entregué el rollo de papel. Escribieron su línea de escritura quienes aún no lo habían hecho, y los visitantes se lo llevaron de inmediato al rey. Cuando este hubo examinado lo que allí había escrito, le gustaron tanto mis trazos que dejó de apreciar toda letra que no fuese la mía. Dijo por ello a sus próximos: «Id ahora mismo en busca de tan excelente calígrafo, ponedle esta suntuosa túnica, montadlo en una mula y traedlo a mi presencia a los sones de una banda de música». Ellos sonrieron al oír las palabras del soberano, quien exclamó muy irritado: «¡Malditos seáis! ¿Os doy una orden y ustedes se chancan de mí?». «No nos reímos —dijeron ellos— de las palabras de vuestra majestad, sino por cierto motivo». El rey: «¿Qué?». Los siervos: «Lo que ocurre, nuestro señor, es que eso no lo ha escrito un ser humano, sino un mono que pertenece al capitán de la embarcación que acaba de llegar». El rey: «¿Es cierto lo que decís?». Los siervos: «¡Sí! Por la gloria de vuestra majestad lo juramos». Muy admirado con lo que oía y llevado de su impulso, dijo el rey: «¡Pues quiero comprar ese mono!», y envió al barco a unos

emisarios con la mula, el traje completo y la banda de música, y las siguientes instrucciones: «Ponedle esta ropa, subidlo a lomos de una mula y traédmelo». Fueron, pues, al barco, donde el capitán les dejó hacerse cargo de mí, me revistieron y me subieron a lomos de la mula. La ciudad se puso patas arriba, del asombro que les causó verme... Cuando, al cabo de un rato, me llevaron ante el rey y lo vi, besé tres veces la tierra ante sus pies. Me mandó sentarme y yo me senté sobre mis tobillos. Todos los presentes, pero aún más el rey, se admiraron de mis buenos modales. Entonces el soberano ordenó que se marchasen todos, de manera que solo quedamos, además de su majestad y yo mismo, el eunuco y un siervo de corta edad. Luego el rey ordenó que trajeran de comer, y pusieron una mesa en la que dispusieron cuanto el capricho pueda apetecer y los ojos apreciar: no solo carnes de criaturas que de pasto se alimentan, sino de los que han volado por el cielo y se han apareado en nidos, como perdices, codornices y toda clase de volatería. El rey me indicó que me sirviera. Yo me levanté, besé siete veces el suelo ante sus pies y me senté a comer junto a él. Terminamos, y, después de lavarme las manos, tomé tintero y cálamo, y escribí estos versos:

Detente ante los pollos que en el puchero yacen;  
llora los muslos fritos, las fuentes de faisanes,  
junto con las perdices que la vida entregaron,

la sartén de mollejas, las verduras con carne...  
El corazón me asolan mixtos de pescado,  
servidos con su salsa sobre finos hojaldres,  
y un delicioso asado, de chuparse los dedos...  
¿La grasa y el adobo? ¡Memorable contraste!  
A mano tengo siempre brazaletes y ajorcas;  
¡mas que no falten guisos por si acuciara el hambre!  
La vida me devuelven la jovial compañía  
y platos bien colmados, servidos en cendales.  
A mí mismo me digo: resiste, ten paciencia,  
que no todos los días te abrumen con sus males.

Y luego:

¡Pescuezos de carnero: de mis males remedio...!  
¡Bandejas de confite: de mi esperanza meta...!  
¡Cuánto sufre mi pecho por una mesa puesta  
donde tiemblen *kunafas*, con su miel y su sebo!<sup>28</sup>

Y asimismo:

No ceso ni un instante, *kunafa*, de añorarte:  
vivir sin ti no puedo, de ti nunca me aburro.  
¡Seas tú siempre, *kunafa*, día y noche, mi condumio,  
empapado que te haya la lluvia del jarabe!<sup>29</sup>

<sup>28</sup> Estos versos forman parte de una larga composición (mil versos de dos hemistiquios) atribuida a un poeta tardío (siglo XVIII), el egipcio ‘Āmir al-Anbūṭī, conocido precisamente por ese poema cómico acerca de la comida. La *kunafa* o *kanafeh*, que es el postre más celebrado en las *Mil y una noches*, es un pastel de fideos con queso, algún tipo de grasa y miel.

<sup>29</sup> Fragmento de otro poeta egipcio tardío, Šihāb al-Dīn al-Manṣūrī (m. 1482).

Esto escrito, me levanté y fui a sentarme un poco más allá. El rey contempló los versos que había yo trasladado al papel, y, después de leerlos, se preguntó perplejo: «¿Cómo puede un mono ser tan buen calígrafo y tener tal dominio de la lengua árabe? Este es, sin duda, el mayor de los portentos...». Luego le trajeron al monarca un vino añejo en una botella de cristal cincelado. Después de echar un trago él mismo, me invitó a beber. Yo besé el suelo, bebí y escribí sobre el recipiente mismo, como si fuera el propio licor el que hablara:

Para obligarme a hablar, me pusieron al fuego,  
y, al verme resistir, todos se sorprendieron.  
Por hacerme homenaje, manos me transportaron  
y me dieron mil besos de beldades los labios.

Y también:

«Escánciame otra vez —dijo el alba a la noche—  
del néctar que al más sabio convierte en el más torpe;  
de ese que tú conoces, que es tan puro y tan limpio  
que distinguir no es fácil la vasija del vino»<sup>30</sup>.

El rey leyó los versos, se estremeció y exclamó: «¡Si un ser humano atesorara tales talento y formación, estaría por encima de todos los de su tiempo!». A continuación, le trajeron al soberano un juego de ajedrez, y me preguntó:

<sup>30</sup> Los versos son del iraquí Abū Uṭmān al-Ḥālidī (m. 981).



«¿Sabes jugar?», a lo que yo asentí con la cabeza. Me acerqué, coloqué las fichas, echamos un par partidas y las dos veces le gané. Mientras el rey volvía a su admirado desconcierto, tomé yo un pedazo de papel y escribí la siguiente descripción del juego que improvisé en ese instante:

Dos milicias de día entre sí pugnan,  
con renovado ahínco, ardor y celo,  
hasta que, al abatirse la negrura,  
se acuestan todos en el mismo lecho.

En el colmo ya de la estupefacción al leer estos versos, ordenó el rey a uno de sus fámulos: «Ve adonde tu ama y dile: “Su majestad quiere que vayáis”, y tenga así ocasión mi querida hija, la doncella Bella sin Par, de contemplar a este mono maravilloso». El eunuco salió y volvió al punto con su ama, la princesa, quien, nada más verme, se cubrió el rostro y dijo: «¿Cómo se os ha ocurrido, padre, llamarme para que me vea un varón extraño?». «Hija mía —repuso el monarca—, aquí no estamos más que este pequeño siervo, el eunuco que te educó, este mono y yo, que soy tu padre. ¿Por qué, pues, te cubres el rostro, Bella sin Par?». «Este mono —dijo ella— no es tal, sino un varón sabio e inteligente, y de sangre real, por más señas, ya que es hijo del rey Imar, señor de las Ínsulas Interiores del Ébano, y lo ha encantado el *ifrit* Yiryís, que es de la misma estirpe de Iblís, reciente asesino de su

propia mujer, la hija del rey Efitamos». Sorprendido por las palabras de la princesa, el rey me miró y preguntó: «¿Es cierto lo que dice?», a lo que yo asentí, al tiempo que me echaba a llorar. El rey se volvió hacia su hija y le preguntó: «¿Y tú cómo has sabido que está hechizado?». «Padre mío —dijo ella—, de niña tenía conmigo a una vieja astuta y avezada en las artes ocultas, que me enseñó la magia. Yo, lejos de olvidarme de aquello, me he ido perfeccionando y ya domino hasta ciento setenta capítulos del Gran Libro de la Hechicería, el más insignificante de los cuales consiste en que puedo trasladar las piedras de esta vuestra ciudad hasta más allá de Monte Qaf, y luego llevarla toda ella a alta mar y convertir a sus habitantes en peces». «Entonces por Dios te conjuro —dijo su padre—, hija mía: libera a este joven para que pueda hacerlo ministro mío. Si tienes esa virtud, que yo desconocía, devuélvelo a su ser para que pueda asociarlo a mí, pues sin duda es ingenioso y sensato». «De mil amores», repuso ella, y enseguida tomó un cuchillo con el que trazó un círculo.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 14**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el segundo de los tres mendigos siguió relatándole a la joven dama:

Sabed, señora, que la hija del rey tomó un cuchillo sobre el que había grabados ciertos nombres hebreos, y con él trazó, en medio del palacio, un círculo donde escribió asimismo unos nombres y signos mágicos, al tiempo que pronunciaba ensalmos y recitaba frases diversas, unas comprensibles y otras incomprensibles. Al cabo de un rato todo el palacio se oscureció de tal manera que pensamos que el mundo se había cerrado sobre nosotros. De repente se nos vino encima el *ifrit* en su apariencia más terrible: brazos como pértigas, piernas cual remos y unos ojos que semejaban antorchas de incandescente fuego. Todos nos asustamos, salvo la princesa, quien exclamó: «¿Sabes que no eres bienvenido!», a lo que el *ifrit* repuso: «¡Traidora! ¿Cómo te has atrevido a faltar al juramento? ¿Es que no acordamos no interferir el uno en los asuntos del otro?». «¿Y qué derecho —preguntó ella— tienes tú, malnacido, a reclamar nada?». «Ahora vas a recibir lo tuyo...», repuso amenazador el *ifrit*, y, adoptando la forma de un león de desmesuradas fauces, acometió a la muchacha. Esta, sin perder un instante, se arrancó un pelo de la cabeza y, teniéndolo entre sus dedos, musitó unas palabras, y el pelo se convirtió en una afilada espada, con la que partió al león en dos. Pero, como quiera que la cabeza de la fiera se convirtiese en un alacrán, la princesa se transformó, a su vez, en una descomunal sierpe que la emprendió contra el execrable ser, y ambos trabaron violento combate.

Entonces el alacrán se transformó en águila, y la serpiente, en buitre, y este salió en persecución del águila. Parecía que no iban a cansarse nunca, pero poco después el águila se tornó gato negro y la muchacha, lobo. Y ambos, después de perseguirse un buen rato por el palacio, acabaron enzarzándose en una frenética lucha, de la que a punto estaba ya el gato de salir derrotado cuando se transformó en una granada madura y de buen tamaño. La granada cayó en un estanque que allí había, pero, al ir el lobo a por ella, se levantó en el aire por encima del palacio, sobre cuyo suelo cayó reventándose con tal fuerza que se desprendieron todos sus granos y salieron de uno en uno despedidos por la solería. El lobo se tornó gallo al punto, para poder ir picoteándolos todos, uno a uno. Ocurrió, sin embargo, que, en virtud de la divina Disposición, un grano quedó oculto junto al surtidor. El gallo empezó a cantar, a aletear, a hacernos señales con el pico, pero no entendimos lo que nos quería decir; soltó entonces tal alarido que creímos que, por su efecto, el palacio entero se nos caería encima. El gallo recorrió luego todo el lugar hasta que pudo ver el grano que había quedado oculto a un lado de la fuente y se precipitó sobre él para comérselo. En ese mismo instante el grano fue a caer al agua del estanque y se transformó en un pez que comenzó a nadar por debajo de la superficie. El gallo, en consecuencia, se convirtió en un pez de mayor tamaño, que se zambulló

en persecución del otro y así estuvieron, sin que pudiéramos verlos, durante un buen rato. De pronto oímos un grito que nos sobrecogió, tras el cual emergió el *ifrit* convertido en una hoguera que lanzaba lenguas de fuego por la boca y llamaradas y humo por las narices y los ojos; a lo cual respondió la muchacha convirtiéndose asimismo en una gran brasa.

Los demás quisimos meternos en el agua, por miedo a morir abrasados. El rey exclamó: «¡No hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso! ¡De Dios somos y a Él volvemos! En mala hora le encargué a mi querida hija que liberara al mono. He sido yo quien le ha impuesto la onerosa tarea de enfrentarse a ese *ifrit* malnacido, contra el que nada podrían todos sus congéneres. ¡Ojalá nunca hubiésemos conocido a ese mono, Dios lo maldiga a él y al día en que vino! Por querer hacerle un bien, por servir al Altísimo, por querer librarlo de la magia, nos vemos ahora en este trance...». Yo, mientras tanto, señora, con la lengua atada como la tenía, era incapaz de decir nada. De repente nos dimos cuenta de que el *ifrit* gritaba bajo las llamas y se venía a nuestro lado, en la galería porticada, lanzando fuego contra nosotros. La muchacha lo siguió de inmediato y comenzó a lanzarle a él también llamaradas, de modo que nos alcanzaron las chispas tanto de uno como de otra; pero, mientras que las de la muchacha no nos hacían daño, las del *yinn* sí

que nos lastimaron. A mí, que seguía en forma de mono, me dio una en un ojo y me lo vació; otra le dio al rey en la cara, abrasándole la parte inferior, o sea, no solo el mentón, sino también el cielo de la boca y la fila entera de los dientes de abajo; una tercera alcanzó en el pecho al eunuco, y el pobre murió abrasado en ese punto y hora. Convencidos estábamos ya el rey y yo de que íbamos a morir de inmediato, cuando oímos una voz que exclamaba: «¡*Alláhu ákbar!* ¡Dios es más grande! ¡Él nos abre todas las puertas y nos ayuda, al tiempo que abandona a quienes se revuelven contra la Ley de Muhámmad, señor y cima de la humanidad!». Era la princesa, que había reducido al *ifrit* a un montón de cenizas.

La joven se acercó a nosotros y dijo: «Traedme una taza de agua», y así lo hicimos. Ella entonces, tomándola entre sus manos, pronunció ciertas palabras incomprendibles, me asperjó con el agua y dijo: «¡En virtud del Único y Verdadero, y en virtud de Su Nombre Más Grandioso, libérate y toma tu primera forma!». Yo me sacudí al punto y volví a mi condición humana, como era al principio, aunque tuerto de un ojo. La muchacha exclamó: «¡El fuego, padre, el fuego! Ya no viviré más... No estoy acostumbrada a combatir con *yinns*. Si él hubiese sido humano, lo habría matado enseguida... Solo desfallecí cuando se dispersaron los granos de la granada y hubo que ir picoteándolos, pues se me escapó el grano donde

se había refugiado el espíritu del *yinn*. Si me lo hubiese comido, habría muerto él de inmediato, pero yo desconocía lo que la Providencia tenía decretado... ¿Cómo iba yo a prever que el *yinn* irrumpiría y entablaríamos una violenta guerra por tierra, aire y agua? Y eso que yo le planté cara, pues cada vez que él recurrió a un ardid lo superé. Hasta que él abrió la puerta del fuego. Y son muy pocos los que, una vez abierta esa puerta, se han salvado. Sin el auxilio de la Providencia no habría podido abrazarlo antes que él a mí, justo cuando trataba yo de comprometerlo con la Ley de la rendición absoluta a Dios. Ya me muero... ¡Dios os consolará, padre, dándoos otra hija!». Y así siguió, pidiendo socorro contra el fuego hasta que una chispa negra le subió al pecho y de allí hasta el rostro. En ese instante rompió a llorar y declaró: «Doy testimonio de que hay un solo Dios y de que Muhámmad es Su enviado», dicho lo cual la vimos convertida en un montón de cenizas, al lado del que había dejado el *ifrit*.

Muy tristes nos dejó a todos, y a mí, deseando haber estado en su lugar para no ver cómo aquel agraciado rostro de quien, por hacerme tan gran favor, había sido aniquilada, se convertía en ceniza. Pero la Sentencia de Dios es inapelable. Cuando el soberano vio a su hija reducida a un montón de cenizas, se arrancó lo que le quedaba de barba, se dio bofetadas y se rasgó las vestiduras; yo hice lo mismo, y los dos lloramos juntos. Poco después

acudieron los chambelanes y principales del reino, quienes se encontraron a su soberano desposeído de sí mismo y junto a dos montones de ceniza. Asombrados por ello, dieron vueltas alrededor del rey un buen rato. Cuando este recobró su presencia de ánimo, les contó lo que le había pasado a su hija con el *ifrit*. La impresión que se llevaron todos fue tremenda. Las mujeres y esclavas dejaron oír sus gritos, y con ellos comenzó el duelo, que duró siete días. El rey ordenó luego que construyesen sobre las cenizas de su hija un gran monumento rematado en cúpula, donde encendieron velas y lámparas. En cuanto a las cenizas del *ifrit*, las esparcieron por el aire impetrando la maldición de Dios. Hecho todo esto, el soberano contrajo una enfermedad que a punto estuvo de ocasionarle la muerte y le duró un mes, transcurrido el cual, ya sano y con la barba crecida, me mandó llamar y me dijo: «Toda la vida, joven, la pasamos felices, libres de preocupaciones, hasta que llegaste tú, trayéndonos la desgracia. Ojalá nunca te hubiésemos conocido, ojalá nunca hubiéramos visto tus feos rasgos, pues, si ahora estamos hundidos en la desgracia, es por culpa tuya. Me vi, primero, privado de mi hija, que valía ella sola más que cien varones, y, además, por causa de aquel fuego, me he quedado sin muelas y perdido a mi fámulo. Cierto es, sin embargo, que nada pudiste hacer para evitarlo. Todo ocurrió porque así lo tenía Dios decretado para ti y para nosotros, y alabado sea siempre el



Altísimo, Quien permitió que mi hija perdiera la vida por salvarte a ti. Sal, pues, joven, de mi país. Bastante hemos tenido ya con la calamidad que nos has traído. Pero, como formaba parte de lo que Dios nos tenía reservado a ti y a nosotros, puedes irte en paz. Quedas, eso sí, advertido: si regresas y te vuelvo a ver, te mataré. ¡Vete, vete de una vez!».

De manera, señora —prosiguió el segundo de los tres mendigos—, que me fui de allí, sin apenas creer que me había salvado y sin saber qué rumbo tomar. Al ánimo se me vino cuanto me había sucedido: cómo puede huir sano y salvo de los salteadores y cómo hube de caminar durante un mes. Recordé también que entré desamparado en aquella primera ciudad, que me encontré con la mujer que vivía bajo tierra, que me salvé del *ifrit* a pesar de que estaba resuelto a matarme. Todas mis vicisitudes, pues. Alabé a Dios y me dije: «Más vale perder un ojo que la vida...». Antes de salir de la ciudad fui a los baños, me afeité la barba, me vestí con un hábito de saco negro y emprendí la marcha como pobre de Dios, mendicante y peregrino. Desde entonces, mi señora, no ha habido día en que no haya llorado al recordar las desgracias que hay tras este ojo vacío. Y, al acordarme de todo ello, sin poder evitar las lágrimas, recito:

«Bien lo sabe el Altísimo: de pesar no me tengo;  
mi vida no consiste sino en males sin cuento.

Pero yo aguantaré mientras aguantar pueda,  
y hasta que Él no ejecute Su divina Sentencia.  
Sufiré mi derrota sin romper mi silencio,  
como el calor aguantan quienes marchan sedientos,  
y hasta que el mundo sepa que mis tristes desdichas  
son, amén de abundantes, más acres que el acíbar.  
Los piadosos resisten con noble mansedumbre,  
pues lo que Dios decreta sin excepción se cumple.  
Mis arcanos más íntimos tienen su fiel intérprete:  
lo que en el pecho late no ha de quedar latente.  
En mi lugar los montes se tornarían migas,  
no arderían las llamas, los vientos cesarían.  
A quienes en su vida solo miel han probado  
días les llegarán más que la tuera amargos».

Recorrí luego diversas regiones y entré en distintas urbes, hasta que me encaminé hacia esta Ciudad de la Paz, la ilustre Bagdad, con la esperanza de acceder al Comendador de los Fieles y poder referirle cuanto me había ocurrido. Y a Bagdad he llegado al atardecer, cuando me he topado con este primer hermano, que estaba parado en la calle y tan perplejo como yo mismo. Después de saludarlo, he estado conversando con él hasta que ha llegado el tercero, quien nos ha dicho: «La paz sea con ustedes. Soy forastero, un extraño». «Nosotros también —le hemos respondido—, y recién llegados en esta bendita noche». A andar hemos echado los tres juntos, sin que ninguno supiese la historia de los otros dos, y los divinos

Designios han guiado nuestros pasos hasta ustedes. Tal es la causa de que esté rasurado y tuerto, señora mía. [...]

La dama le dijo: «Tu historia es singular. Alísate el pelo y márchate». «De ningún modo —respondió el mendigo— pienso marcharme sin haber oído antes la historia de mi compañero.» [...]

La joven se dirigió luego al Comendador de los Fieles, a su ministro Yáafar y a Masrur y les ordenó: «Dadme noticia de lo vuestro». Yáafar se adelantó y contó lo mismo que le había contado a la joven portera cuando llegaron a la casa. Cuando la muchacha hubo oído sus palabras dijo: «Bien, pues os regalo a cada uno la vida de los demás».

Salieron todos —prosiguió Shahrazad—, y ya en el callejón, el califa les dijo a los tres mendigos: «¿A dónde vais a ir a estas horas, cuando aún no ha roto el alba?». Ellos contestaron: «No sabemos a dónde podemos ir...». «Venid —les dijo el califa— con nosotros y os daremos alojamiento», y luego, dirigiéndose a Yáafar: «Hazte cargo de los tres esta noche, y llévalos a todos ante mí mañana, para que podamos tomar buena nota de lo ocurrido», y Yáafar cumplió, como no podía ser de otro modo, la orden del califa. Este, por su parte, volvió a sus palaciegas estancias, donde no le fue posible conciliar el sueño lo que restaba de noche. A la mañana siguiente se sentó en el trono, recibió a los principales del reino y ordenó a Yáafar: «Tráeme a las tres muchachas con sus dos perras y

a los tres mendigos». Yáafar se levantó, dispuesto a cumplir la orden. Y, en efecto, poco después hizo entrar a las tres jóvenes, resguardadas de miradas curiosas con telas, y el propio Yáafar les dijo a estas: «Os hemos perdonado a causa del buen trato que nos dispensasteis sin conocernos. Ahora os hago saber que estáis ante el quinto califa de los Abbasíes, Harún Arrashid, hermano de Musa Alhadi, hijo de Almahdi Muhámmad, hijo de Abu Yáafar Almansur, hijo de Muhámmad, hermano de Assafah, hijo de Muhámmad. Y no hace falta que os recuerde que al Comendador de los Fieles hay que decirle la verdad en todo momento». Cuando las tres muchachas hubieron oído las palabras de Yáafar, que hablaba en nombre del mismo califa, la mayor de ellas dio un paso al frente y dijo: «Comendador de los Fieles, mi historia es tal que, si a cada cual se la grabasen con agujas en los lagrimales, buena enseñanza le procuraría».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.



## Zubeida, primera de las tres jóvenes

Y, cuando ya caía la **noche 16**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la mayor de las tres damas, de nombre Zubeida, se adelantó en presencia del califa y relató lo siguiente:

Mi historia es ciertamente extraordinaria. Sepa el Comendador de los Fieles que estas dos perras negras son hermanas mías. Éramos tres, hijas todas del mismo padre y la misma madre, mientras que estas dos jóvenes damas, la portera y la intendente, son también hermanas mías, pero hijas de otras dos mujeres distintas. Cuando mi padre murió, dejó en herencia cinco mil dinares, legado al que vinieron a unirse, poco después, los tres mil que dejó mi madre, pues apenas sobrevivió a su marido. Yo, que era la más joven de las tres hermanas, recibí un legado de mil dinares. Mis hermanas se casaron ambas a no mucho tardar. Y así seguimos, durante un tiempo, hasta que sus maridos iniciaron tratos comerciales. Cada

uno de ellos recibió mil dinares de su esposa, y emprendieron viaje todos juntos, dejándome a mí sola durante los cuatro años que duró su ausencia. Mis cuñados perdieron todo el dinero hasta arruinarse y abandonaron en tierra extraña a mis hermanas, que enseguida acudieron a mí con las trazas de los indigentes. Primero vino la mayor, a quien no reconocí. Cuando por fin vi en ella a mi hermana, y muy asombrada por su aspecto, pues venía envuelta en harapos y tocada de un velo sucio y viejo, le pregunté: «¿Qué te ha pasado?», a lo que ella contestó: «De nada sirven ahora las explicaciones y los reproches, querida hermana. Lo que ha ocurrido, a fin de cuentas, es que el Cálamo ha puesto por escrito la Sentencia de Dios». La mandé entonces a los baños, la vestí de nuevo, y le dije: «Hermana, eres mayor que yo, de manera que ocupas para mí el lugar de nuestros padres. La herencia que recibimos fue una bendición de Dios. En tus manos pongo, ya que mi situación es holgada y te aprecio tanto como a mi propia persona, las rentas que me ha generado mi lote y te bastarán para vivir». Le dispensé, pues, el mejor trato posible y ella siguió bajo mi techo durante un año entero, al cabo del cual mi capital le había reportado también a ella pingües ganancias.

Casi nos habíamos olvidado —prosiguió Zubeida, la primera de las tres jóvenes damas— de nuestra tercera hermana, cuando esta acudió a mí vestida con harapos

aún más miserables que los que trajo la mayor. Con ella me mostré aún más complaciente y espléndida. Y así seguimos, hasta que un día me dijeron ambas: «El matrimonio es lo mejor para nosotras, y ya no queremos esperar más». «Hermanas —les respondí—, ¿cómo podéis pensar así siendo tan escasos los hombres buenos en estos tiempos? ¿No habéis tenido ya experiencia, y muy mala, del matrimonio?». Pero no pude convencerlas y acabaron casándose las dos, sin mi beneplácito, pero a mis expensas y bajo mi protección. Se fueron, pues, ambas con sus maridos, junto a quienes permanecieron solo por corto espacio de tiempo, ya que los dos hombres, que las habían engatusado, les quitaron cuanto tenían, las abandonaron y emprendieron viaje por su cuenta. De nuevo acudieron mis hermanas a mí, desnudas y en actitud contrita: «No nos riñas —me dijeron—, pues, aunque eres menor que nosotras, nos ganas en inteligencia. Te prometemos que nunca volveremos a hablar de matrimonio. Tómanos como siervas tuyas y danos a comer de tu pan». Yo les contesté: «Bienvenidas sois hermanas; nada máspreciado hay para mí que ustedes dos», y, dicho esto, las besé a ambas y las acogí con toda generosidad.

Así estuvimos durante todo un año, transcurrido el cual me resolví a fletar un barco con rumbo a Basora. Conseguí, en efecto, una gran nave que llené de mercancías y de cuanto pudiera ser menester, y les pregunté a mis

hermanas: «¿Preferís quedaros en casa hasta que vuelva yo, o venir conmigo?». «Nos vamos contigo —contestaron—, pues no queremos separarnos de ti». De modo que emprendimos viaje juntas, una vez hube yo dividido mi dinero en dos mitades, una de las cuales me llevé conmigo, mientras que dejé oculta la otra: «Así tendremos de donde sacar provecho si surge algún imprevisto», me dije. La travesía se había ya prolongado durante varios días con sus noches cuando la embarcación perdió el rumbo y al capitán le resultó imposible retomarlo, de modo que nos internamos, sin saberlo, en aguas que no eran las que pretendíamos. Con todo, el viento nos fue favorable durante diez días, al cabo de los cuales el oteador subió al mástil y al punto bajó exclamando: «¡He entrevisto una ciudad que más parece una tórtola!». Todos nos pusimos muy contentos, y al cabo de un rato avistamos, en efecto, una ciudad. «¿Cómo se llama —le preguntamos al capitán— esa ciudad a la que estamos a punto de llegar?». «No tengo la menor idea —contestó él—, pues ni la he visto antes ni en toda mi vida he surcado estas aguas. Pero, ya que ha sido nuestro sino el salvarnos, lo mejor es que desembarquéis vuestra mercancía y la visitéis. Si surge la posibilidad del negocio, vended y sacad buen provecho; si, por el contrario, no le encontráis salida a vuestro género, podremos al menos descansar todos un par de días, y, tras aprovisionarnos, reemprenderemos viaje».



### *Los que se tornaron de piedra*

De esta manera arribamos a aquel lugar, donde se internó el capitán y, al cabo de una hora, volvió diciendo: «¡Ea, desembarcad e internaos en la ciudad! ¡Admiraos de la creación de Dios y guardaos de Su justa ira!». Desembarcamos, pues, nos encaminamos hacia la ciudad, y, al llegar ante una de las puertas de esta, vi a varios individuos armados de bastones. Me acerqué a ellos y me encontré con que sus cuerpos eran, no de carne, sino de piedra negra. Entramos en la ciudad y vimos que todos cuantos allí estaban se habían convertido también en masas de piedra negra, inerte. Sin salir de nuestro asombro, recorrimos las calles del mercado y comprobamos que la mercancía seguía allí, al igual que el oro y la plata. «Algo muy fuera de lo común ha de ser la causa...», nos dijimos, muy poco contrariados por cierto. Y nos dispersamos por la ciudad, ocupándose cada cual de las telas y demás riquezas que iba encontrando. Yo, por mi parte, subí a la fortaleza, que encontré intacta. Entré en el palacio real y vi que todos los recipientes eran de oro y plata; encontré después al soberano sentado en su trono, rodeado de sus chambelanes, lugartenientes y ministros, y vestido con ropajes tales que a cualquiera habrían dejado atónito. Me acerqué y comprobé que el trono estaba engastado de piedras preciosas y perlas, una de las cuales relucía como una estrella.

Vi asimismo que el rey llevaba puesta una tela recamada en oro y que en torno a él había no menos de cincuenta siervos vestidos de diversas clases de seda y armados de espadas desnudas. Anonadada por cuanto mis ojos veían, me introduje en las estancias del harén, cuyas paredes estaban tapizadas en seda ornada con hilo de oro, y encontré a la reina, vestida con una túnica recamada de perlas finas, tocada de una corona de pedrería y con el cuello adornado de gargantillas y collares. Todas aquellas joyas y ropa valiosa seguían inalteradas, mientras que ella, la reina, se había transformado en piedra negra.

Encontré luego una puerta abierta. La abrí y vi una escalera de siete peldaños, que me condujo a una estancia con las paredes en piedra noble, y el suelo cubierto de alfombras doradas, donde vi una tarima en madera de enebro, con perlas y gemas engastadas. Noté que en un determinado punto brillaba una luz, y hacia allá fui. No tardé en darme cuenta de que era una alhaja del tamaño de un huevo de avestruz, que resplandecía en la superficie de un solio de no muy grandes dimensiones que también brillaba como si de una lumbrera se tratase y cuya luz se unía a la que despedía la joya. El suelo estaba allí cubierto de una variedad de sedas tales que aturdían. Muy admirada, pues, por todo ello, vi que en aquel lugar había también varias velas prendidas, por lo que me dije a mí misma: «Alguien tiene que haberlas encendido». Avancé,

pues, hasta llegar a hasta otra estancia, y me puse a inspeccionar por aquí y por allá, tan asombrada por cuanto llevaba visto que ni me acordaba de mí misma. El tiempo pasó sin que lo advirtiese y acabó por llegar la noche. Quise entonces salir, pero no pude hallar la puerta, de manera que volví sobre mis pasos hacia la sala de las velas encendidas. Me eché en el lecho que allí había y me tapé con un cobertor después de recitar unos fragmentos del Corán. Quería dormir, pero me era imposible. Mi inquietud crecía.

Mediada la noche, oí a alguien salmodiar el Libro Sagrado con voz hermosa y bien modulada. Muy aliviada por ello, miré en dirección a una de las cámaras, de donde parecía venir la voz, y vi que tenía la puerta entornada. La abrí, me introduje en la sala y miré en derredor. Enseguida me di cuenta de que se trataba de un oratorio, pues vi el mihrab, lámparas colgantes y una alfombra de rezo desplegada en la que estaba sentado un apuesto joven, ante una copia abierta del Sagrado Corán. Cómo podía ser, me pregunté, que solo él se hubiese salvado entre todos los habitantes de la ciudad. Me acerqué y le dirigí el saludo de la paz, que él me devolvió después de levantar la vista. «Por el Libro de Dios —le rogué—, que estáis salmodiando, os pido que respondáis a mi pregunta». Él sonrió: «Contadme vos primero, sierva de Dios, el motivo de que hayáis llegado hasta aquí, y yo os daré cumplida respuesta».

Le conté mi historia, que él escuchó con gran atención, y le pregunté por lo ocurrido en la ciudad. «No tengáis tanta prisa», dijo él, cerrando el ejemplar del Corán, que guardó en un gran estuche de brocado. Luego me indicó que me sentara con él. Al mirarlo me di cuenta de que era tan hermoso como el plenilunio, sus gestos eran elegantes y medidos, era tan dulce como un pilón de azúcar, tenía el talle fino, las mejillas tersas y el rostro resplandeciente. Se diría, pues, que a él y no a otro se referían los versos:

Tras el ocaso el sabio observa el cielo,  
y ve en dos mantos al mancebo envuelto.

Observa cómo Géminis le ofrece  
las perlas que el contorno le engalanan.  
Los cabellos Saturno le ennegrece  
y el Auriga lunares le regala.

Marte presta a sus pómulos color,  
el Arquero apostado está en sus párpados,  
su inteligencia es de Mercurio don  
y Alcor le evita acoso de malvados.

De estupor el astrónomo se llena,  
y la luna, del cielo, al fin, se adueña.

Dios sin duda lo había cubierto con la túnica de la  
más extraordinaria belleza, tal como dijo el poeta:

Por su encumbrada cuna, por su intachable stirpe,  
juro, por su bondad y su sincera lengua:

que su aroma supera con creces al almizcle  
y que vaho de ámbar gris exhala su presencia.  
¡Si hasta los claros rayos que el propio sol emite  
recortes de sus uñas tornarse prefirieran...!

Y en ese instante le lancé una mirada que había de acarrearle mil pesares, ya que prendió todos los fuegos de mi corazón. «Señor mío, contestad a lo que os he preguntado», le dije. «De mil amores lo haré —fue su respuesta—. Sabed, sierva de Dios, que esta es la ciudad de mi padre, de toda su familia y su pueblo. Él es el rey que sentado estaba, convertido en piedra, en el trono ante el que habéis tenido que pasar. En cuanto a la reina que también habréis visto, es mi madre. Ambos eran zoroastras, adoradores del fuego, y no del Rey Único y Todopoderoso, de manera que juraban por el fuego y por la luz, por las sombras y el ardor, por el firmamento que no cesa de girar. Mi padre no había tenido hijo alguno hasta que le nació yo cuando él había alcanzado ya su edad provecta. Me criaron, pues, hasta que crecí sin que yo conociese otra cosa que la dicha. En casa teníamos a una anciana que, para sus adentros, profesaba el islam y adoraba al Dios único y a Su enviado, mientras que, en apariencia, no se distinguía de mi familia en la fe. Mi padre la tenía en gran estima por la lealtad y continencia que la adornaban, y le dispensaba sus favores con gran largueza, convencido de que la mujer era de su mismo credo. Cuando

alcancé la edad del juicio, mi padre me confió a ella, diciéndole: “Tómalo a tu cargo, enséñale todos los aspectos de nuestra Ley, esmérate en educarlo y sírvelo en lo que puedas”. La anciana pasó, en efecto, a ser mi preceptora, pero lo que me enseñó fue la Ley de la sumisión al Dios único, con todos los requisitos para alcanzar la pureza, incluidos el modo de hacer las abluciones y de cumplir con la oración ritual, y, además, me hizo memorizar el Sagrado Corán. Cuando dio por concluida mi instrucción, la anciana me dijo: “Debéis ocultarle todo esto a vuestro padre; no le digáis ni una palabra, pues os mataría”. Y así lo hice yo, de modo que mi padre no supo nada de aquello. Pero al cabo de pocos días la anciana murió, mientras mis conciudadanos se mostraban cada vez más contumaces en su error, más impíos y extraviados. Así las cosas, un día se oyó una voz como un trueno en plena tormenta, que se hacía oír de todos, y decía: “¡Gentes de esta ciudad, dejad de adorar al fuego y adorad, en su lugar, al Rey Único y Todopoderoso!”. Muy asustados, se congregaron todos ante mi padre, su rey, y le preguntaron: “¿Qué era esa terrible voz que tanto nos ha impresionado?”. Él les contestó: “No os impresione la voz, ni os asuste, ni os lleve a abandonar vuestra Ley”, palabras que le bastaron para convencer a sus súbditos, que persistieron durante un año más en su impío culto al fuego. Hasta que, cumplido este plazo, volvieron a oír la misma voz, y así, tres

veces a lo largo de otros tantos años. Y, como no abandonaban sus costumbres, cayó sobre ellos la cólera del Cielo, un día al despuntar el alba, cuando se tornaron de piedra negra, ellos todos, así como sus bestias de carga y sus rebaños. Solo yo me libré. Desde que ocurrió aquella desgracia no he dejado de cumplir con la preceptiva oración, de ayunar y de recitar el Corán. Harto estoy, con todo, de tanta soledad, de vivir como vivo, sin nadie que me haga compañía». Entonces yo le dije: «¿Por qué, joven, no os venís conmigo a la Ciudad de la Paz, la ilustre Bagdad, donde os será posible encontraros con los sabios y los peritos en la Ley, y aprender de ellos cuanto queráis? Yo me pondría a vuestro servicio, a pesar de que soy señora de mi gente, y gobierno sobre varones de mérito, lacayos y mozos. He llegado en un navío mercante, que yo misma fleté y que los divinos Designios han traído a esta ciudad. Así es como hemos podido tener conocimiento de todo esto y como nos ha tocado en suerte el encontrarnos», y no dejé de insistirle en que se viniese conmigo hasta que accedió.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 17**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Zubeida no dejó de ponderarle al doncel su propuesta de que

la acompañase, hasta que, vencida por el sueño, se quedó dormida a los pies del joven, sin poder creerse la felicidad que experimentaba.

Y la dama siguió refiriéndole al califa:

A la mañana del siguiente día entramos en cámaras y depósitos para hacer acopio de lo que, pesando poco, valiese mucho. Luego bajamos de la fortaleza a la ciudad, donde salieron a nuestro encuentro los esclavos y el capitán, que andaban buscándome. Al verme, se alegraron y me preguntaron por el motivo de mi ausencia. Les describí cuanto había visto y les conté la historia del príncipe y el motivo de que los habitantes de la ciudad se hubiesen transformado. Asombrados quedaron por mis palabras. Luego, cuando mis hermanas, es decir, estas dos perras, me vieron con aquel joven, me envidiaron, se dejaron llevar de la inquina y comenzaron a planear el modo de hacerme daño. Cuando volvimos a embarcar yo no cabía en mí de gozo, más que nada por ir en compañía del joven. Hubimos de esperar un poco, pero no tardó el viento en sernos propicio, de modo que desplegamos velas y partimos. Mis hermanas se sentaron a nuestro lado, iniciaron una conversación y me dijeron: «¿Qué piensas hacer, hermana, con ese agraciado doncel?», a lo que yo repuse: «Mi intención es desposarlo». Luego me dirigí a él: «Señor mío, quisiera que no me llevaseis la contraria en lo que voy a proponeros, y es que, una vez hayamos llegado



a Bagdad, mi patria chica, me ofreceré a vos como legítima sierva y esposa con todas las de la Ley; vos seréis mi cónyuge y en mí tendréis vuestra familia». «Lo que vos digáis», contestó él. «Me basta —dije yo, hablándoles ahora a mis hermanas— con él; ustedes dos pueden quedarse con todas estas riquezas». «¡Muy bien dicho!», exclamaron ellas, pero abrigaban malas intenciones contra mí.

Mientras tanto, seguíamos navegando gracias a vientos favorables, que nos permitieron pasar del Mar del Miedo al Mar de la Seguridad. Al cabo de unos días de travesía nos aproximamos a Basora, cuyos edificios avistamos poco antes de que cayera la tarde. Cuando ya estábamos todos durmiendo, mis hermanas se levantaron y se las arreglaron para arrojarnos por la borda al príncipe y a mí, junto con nuestros lechos. Como mi compañero no sabía nadar, Dios anotó su nombre en el registro de los caídos. Para mí, sin embargo, y aunque más me habría valido ahogarme con él, tenía el Altísimo escrita la salvación, pues, nada más caer a las aguas, me proveyó de una tabla a la que me agarré. Las olas hicieron lo demás, lanzándome más y más allá, hasta que me dejaron en la costa de una extensión de tierra, por donde no paré de caminar durante toda la noche. Cuando se hizo de día, vi un camino sobre el cual podían distinguirse huellas humanas y que llevaba al interior de aquel territorio. Salió el sol, sequé mis vestidos a su calor, comí de los frutos que por

allí encontré, bebí agua y reemprendí mi camino. Ya estaba cerca de la ciudad cuando de repente vi que me salía al paso, desde lo más espeso de un palmeral, una culebra, que, zigzagueando, se me aproximaba a toda prisa, y a la que perseguía, con letales intenciones sin duda, un reptil o dragón, de mucho mayor tamaño. La más pequeña de ambas bestias, la perseguida, venía extenuada. Me compadecí de ella, tomé del suelo una piedra y le aplasté la cabeza al dragón, que murió en el acto. La que yo creía culebra desplegó entonces dos alas que tenía y echó a volar por los aires, lo que me dejó asombrada; pero, vencida por el cansancio, me quedé dormida allí mismo durante cosa de una hora.

Al despertar me encontré con que a mis pies había una doncella, que me los apretaba suavemente. Volví en mí y, sintiéndome avergonzada ante aquella desconocida, le pregunté: «¿Quién eres y qué es lo que te mueve?». Ella exclamó: «¡Qué pronto te has olvidado de mí! Acabas de hacerme un impagable favor al matar a mi enemigo, pues soy la culebra a la que libraste de aquel dragón, *yinn* en realidad, igual que yo, y encarnizado rival mío, de quien tú, y solo tú, me has salvado. Luego salí volando por los aires y llegué a la embarcación de la que te arrojaron tus hermanas, trasladé todo cuanto en ella había a tu casa y la hundí. A tus dos hermanas las he convertido en sendas perras negras, pues sé todo lo que te ha ocurrido con

ellas. El doncel, sin embargo, se ahogó». Dicho esto, la *yinn* nos transportó a mí y a las dos perras hasta mi casa, en cuya azotea nos dejó. Comprobé que todas las riquezas que venían en barco estaban allí, sin que nada se hubiese perdido. La que había sido culebra me dijo: «Por la inscripción del Sello de Salomón te juro que, si no les das a cada una de esas dos perras trescientos azotes al día, vendré, te hechizaré y tomarás tú también su forma». «Así lo haré», repuse yo. Y, desde entonces, Comendador de los Fieles, no he dejado de administrarles ese castigo a las dos perras, aun compadeciéndome de ellas. Mis hermanas saben bien que no tengo más remedio que hacer lo que les hago, y me disculpan. Y esa es toda mi historia.

Pasmado dice quien refiere la historia que quedó el califa con lo que acababa de oír. A continuación le preguntó el Comendador de los Fieles a la segunda joven por qué tenía aquellas marcas de golpes por el cuerpo. Y esta, Amina de nombre, la portera de la casa adonde fue el ganapán, refirió lo que sigue:



## **Amina, segunda de las tres jóvenes**

Sepa nuestro señor el califa que mi padre, al morir, me dejó una gran fortuna. Pasado que hubo un tiempo de su fallecimiento, contraje matrimonio con un hombre que era el más dichoso de su tiempo, y junto a quien pasé un año entero, hasta que entregó el alma. De él heredé ochenta mil dinares en oro, con arreglo a lo que la ley establece para la viuda; quedé, pues, en situación más que desahogada, de lo cual cundió la noticia. Encargué entonces que me confeccionaran diez trajes, cada uno por valor de mil dinares<sup>31</sup>. Pues bien, estaba yo cierto día sentada en mi casa cuando recibí la visita de una anciana de rostro chupado, cejas despobladas, ojos reventones, dientes rotos, sombría catadura, mirada legañosa, cabeza polvorienta,

<sup>31</sup> Esto no es solo un gesto de ostentación y lujo, sino una medida de ahorro, pues las telas de las clases principales se elaboraban con materiales tales como el oro.

pelo blanquecino, cuerpo sarnoso, tronco inclinado, tez macilenta, mocos colgantes y encogido cuello. Coincidía, pues, con la imagen que el poeta pintó:

Maldiga Dios a esa vieja,  
que al mismo diablo enseñara  
la maldad que él desconoce,  
sin tener que usar palabra.  
¡Mil mulos gobernaría  
con solo un hilo de araña!

O, como dijo otro:

Vieja nacida ya bruja,  
en todo lo inicuo experta...  
Gusto le daban de niña  
por detrás, que era mozuela;  
holgó sin trabas de adulta,  
y ahora ejerce de alcahueta.

Entró la anciana, me saludó y dijo: «Tengo a mi cargo a una joven huérfana que anoche celebró sus esponsales. Me dirijo a vos con el fin de que obtengáis premio y recompensa eternos asistiendo a su boda, y os lo pido porque a la pobre mía le desfallecen los ánimos, y no tiene más socorro que el que prestarle quiera el Altísimo, pues a nadie podemos recurrir en esta ciudad, donde a nadie conocemos», dicho lo cual se echó a llorar y comenzó a besarme los pies, al tiempo que recitaba los siguientes versos:

«Que vengáis es un honor:  
de eso no nos cabe duda.  
Buscar quien os sustituya  
sería equivocación».

Me sentí conmovida por todo aquello y llena de simpatía hacia la muchacha, de modo que le dije a la anciana: «De acuerdo, estaré al lado de la moza por amor al Rostro Divino, y escogeré obsequios para ella de entre mis propias telas y alhajas». La anciana, muy contenta, restregó la cabeza contra mis pies, sin parar de besármelos, y respondió: «Dios os compense con lo mejor y colme vuestros anhelos tanto como a mí me ha restablecido el corazón. Pero no os apresuréis: preparaos como conviene, que yo vendré a buscaros al anochecer»; y, después de besarme la mano, se marchó. Yo me levanté, me arreglé, lo preparé todo, y al rato volvió a venir la vieja, quien dijo: «Ya han acudido las damas del vecindario, a quienes he anunciado vuestra presencia. Se han puesto todas muy contentas y os esperan, señora». Terminé de arreglarme y salí acompañada de mis esclavas. Llegamos luego a un callejón donde soplaba una suave brisa, y allí vimos el pórtico de una mansión que, levantándose sobre el polvo, llegaba hasta las mismas nubes, pues la remataba una majestuosa cúpula de mármol. Llegamos a la puerta, llamó la anciana, nos abrieron y vimos un corredor con el suelo cubierto de alfombras, y de cuyas paredes colgaban lámparas encendidas y velas

que ardían entre piedras preciosas. Sobre el dintel de la puerta, ya en el lado interior, se leía la siguiente inscripción:

«Casa soy levantada para las alegrías,  
el solaz y el descanso mientras dure la vida.  
Una fuente os ofrezco cuyas aguas risueñas  
tienen el beneficio de sanar mil dolencias,  
y manan al resguardo del generoso nimbo  
que componen la dalia, la murta y el narciso».

Llegamos al final del corredor, donde había otra puerta a la que volvió a llamar la anciana. Abrieron y nos encontramos con un segundo corredor, alfombrado, cubierto de sedas y de cuyas paredes colgaban también lámparas y velas encendidas. Desembocaba en una sala, como no se ha visto otra. En medio había una tarima en madera de enebro, con perlas y gemas incrustadas, sobre la que habían tendido un mosquitero de raso, y de allí salió una joven como la luna, que exclamó: «¡Bienvenida seáis, hermana! Al acudir a mi lado colmáis todos mis deseos», y recitó los siguientes versos:

«Si supiese la casa quién entra por su puerta,  
a besar se lanzara por donde los pies pisan,  
y, aun siendo, como es, muda, cantara de alegría  
por la grata visita que de orgullo la llena».

Luego tomó asiento y me dijo: «Tengo un hermano que os ha visto en varios saraos y festejos, y es un joven más

hermoso que yo misma. Se ha enamorado de vos perdidamente, y le ha entregado a esta anciana unas monedas de plata para haceros venir a esta casa. No hace falta que os detalle, pues bien lo conocéis, cuál ha sido el ardid que la mujer ha empleado para que pudiéramos reunirnos. Mi hermano quiere desposaros según la Ley divina y la Tradición de Su enviado; nada malo hay en lo que es lícito». Cuando oí sus palabras y me vi encerrada en la casa, le respondí a la joven dama: «Sea como decís». Muy satisfecha, dio ella una palmada y se abrió una puerta, por la que entró un joven de impecable atuendo, guapo y de buen porte, elegante y distinguido, con unas cejas que dos arcos de flechas parecían y unos ojos que hechizaban con lícita magia. Era, pues, como lo cantó uno de sus admiradores:

Un rostro que diríase el creciente,  
ornado por las perlas del deleite.

O como lo describió otro con notable acierto:

¿Cómo hacerle justicia? ¡Alabado sea Dios,  
el Hacedor supremo, su único Creador!  
En su ser se reúnen tan sugestivas prendas  
que en todas las criaturas intenso amor despierta.  
Fue la propia Belleza quien dibujó sus rasgos;  
no hay nadie más hermoso: no puede estar más claro.

Nada más verlo, mi corazón se inclinó hacia el mozo  
y quedé de él prendada. Se acercó, se sentó a mi lado y



pasamos un rato conversando. La muchacha dio entonces una palmada, y, al abrirse la puerta de un aposento contigo, entró donde nosotros un juez, que venía acompañado de cuatro escribanos, como era de rigor. Saludaron, tomaron asiento, levantaron acta de mi unión con aquel joven y se marcharon. Él entonces se dirigió a mí diciendo: «Quiero, mi señora, poner una condición». «¿Y cuál es, señor, esa condición?», pregunté yo. Él se levantó, me acercó un ejemplar del Sagrado Corán y dijo: «Juradme que no buscaréis a otro que a mí, ni os sentiréis inclinada hacia nadie más». Se lo juré, y él, muy satisfecho, me abrazó. Yo recibí su cariño abriéndole mi corazón. Luego nos pusieron la mesa, y comimos y bebimos hasta hartarnos. Cuando cayó la noche sobre nosotros, nos quedamos a solas, me condujo al lecho, y entre besos y abrazos pasamos la noche, hasta el alba.

Igual hicimos durante un mes, que transcurrió pleno de dicha y alegría, y al cabo del cual le pedí permiso para ir al mercado y comprar unas telas. Él me lo concedió, de manera que me vestí como convenía y, acompañada de la misma vieja, me acerqué al mercado. Entré y me senté en la tienda de un joven comerciante, a quien ella conocía: «El pobre mío —me dijo ella— acaba de quedarse huérfano de padre, quien le ha legado una gran fortuna», y luego, volviéndose hacia a él: «Sacadle a esta joven dama las mejores telas que tengáis». «Dicho y hecho», repuso

él. Y, como la vieja se puso a alabar de nuevo al mercader, yo la reconvine: «Ninguna falta hacen tantos elogios, pues lo único que queremos es comprar lo que hace falta y volver a casa». El joven sacó lo que le habíamos pedido y, cuando fuimos a tenderle las monedas de plata con que pagarle, él se negó a recibir nada y dijo: «Vaya hoy como atención mía hacia mis huéspedes». Yo le ordené a la vieja: «Si no acepta el pago, devuélvele las telas». A esto respondió él: «Por lo más sagrado juro que no os cobraré nada, pues todo es un regalo mío a cambio de un solo beso, que vale más para mí que todo el contenido de esta tienda». La vieja le preguntó: «¿Y de qué os va a servir un beso?», pero enseguida añadió: «Ya habéis oído, hija mía, a este chiquillo... Nada malo va a pasáros si, a cambio de un solo beso, os lleváis gratis cuanto veníais buscando». «¿Es que no sabes que me obliga un juramento?», le pregunté yo, y ella repuso: «Dejadle que os bese, sin decir nada; eso en nada os compromete, y a cambio os volveréis a vuestra casa con todo vuestro dinerito...». Y siguió insistiendo hasta que yo acabé, como suele decirse, metiendo la cabeza en el saco, y accedí. Me cubrí, pues, los ojos con la punta del velo para ocultarme de la gente, y el muchacho posó sus labios, por debajo de la fina tela, sobre mi mejilla; pero, después de besarme, me mordió con tal ahínco que me se me llevó parte de la carne. Caí entonces desvanecida sobre la falda de la vieja.

Al volver en mí me encontré con que la tienda estaba cerrada, y la vieja, mostrándose muy compungida, exclamaba: «¡De cosas peores nos ha librado Dios...!», para luego añadir: «Vámonos a casa. Vos haced como si estuvierais indispueta, que yo os traeré la medicina que os curará del mordisco en un periquete». Al cabo de un rato conseguí levantarme, abrumada por la inquietud y el miedo, y volví andando a casa, donde me hice la enferma. A no mucho tardar, cuando ya había anochecido, se presentó mi esposo diciendo: «¿Qué es lo que os ha pasado, señora, cuando estabais fuera?». «No me encuentro bien, me duele la cabeza», le contesté. Él me miró fijamente, encendió una vela, me la acercó y volvió a preguntarme: «¿Qué es esa herida que tenéis en la parte más delicada de vuestra mejilla?». Le contesté: «He salido con vuestro permiso para comprar unas telas, como sabéis, y se me ha echado encima el camello de un leñador; el animal me ha desgarrado el velo y me ha lastimado la cara. Y es que las calles de esta ciudad son demasiado estrechas...». «Pues mañana mismo iré al corregidor —repuso él— y presentaré una denuncia que dará con todos los leñadores de la ciudad en el patíbulo». A lo que yo exclamé: «¡No vayáis a cargar con esa culpa! Lo que ha ocurrido en realidad es que he montado en un burro, el animal se ha espantado y me he caído con tan mala suerte que una rama me ha herido la mejilla». «Pues mañana —insistió

él— iré a ver a Yáafar el Barmekí y le contaré lo que ha pasado, para que ordene matar a todos los acemileros de la ciudad». «¿Es que no vais a dejar —pregunté yo— a nadie vivo por mi causa? Esto me ha sucedido por Designio y Providencia divinos». «No hay más remedio», concluyó él, y, lejos de despreocuparse, se puso bruscamente en pie y empezó a darme voces. Deseosa de librarme de él, le dije lo primero que se me vino a la cabeza, le dirigí palabras hirientes y, no sé bien cómo, acabé por desvelarle lo ocurrido. Él entonces, Comendador de los Fieles, me dijo: «¡Eres una perjura!», y dio una voz, en respuesta a la cual se abrió la puerta y entraron siete esclavos negros. Me sacaron del lecho y me tiraron al suelo. Mi marido le ordenó a uno de ellos que me sujetara los hombros y se echase sobre mi cabeza, y a otro, que, sentándose sobre mis rodillas, me agarrara las piernas. Un tercero, armado con una espada, se me acercó luego y dijo: «Señor, ¿la corto en dos pedazos de un tajo, y que dos de estos se los lleven, cada uno una mitad, y los arrojen al Tigris para que se la coman las carpas? Tal es el castigo que merece quien traiciona la lealtad y no sabe responder al cariño», y recitó los siguientes versos:

«Si por otro mi esposa llegara a enternecerse,  
dejar yo la existencia de buen grado querría;  
porque la muerte a veces el honor restablece,  
y con rival ninguno se comparte la dicha».

Mi marido le ordenó: «¡Acaba con ella, Saad!», y, mientras desenvainaba su espada, el esclavo me dijo: «Confesad vuestra fe, señora, recordad lo que dejáis por resolver y haced vuestras últimas recomendaciones, pues vuestra vida llega a su fin». Yo supliqué: «Sí, buen esclavo, déjame confesar mi fe y dictar mis últimas voluntades», dicho lo cual alcé la cabeza y miré a mi alrededor, considerando la situación en que me hallaba, cómo me veía humillada después de la gloria y el bienestar en que había vivido. Me eché a llorar con gran desconsuelo, y mi esposo, mirándome con ira, recitó:

«Decidle a quien, cansada de mí y mi cariño,  
se ha arrojado a los brazos de una nueva afición:  
“Lo que hubo entre nosotros quedado ha en el olvido,  
ni vos lo soportáis ni es lo que quiero yo”».

Al oír aquello arreció mi llanto y, mirándolo a los ojos, dije:

«Con amor asomasteis en mi alma y acampasteis;  
vela y sueño buscabais en mis maltrechos párpados.  
De mis ojos y entrañas os habéis adueñado,  
y ahora no cesa el llanto, ni hallo en qué solazarme.

Guardar no habéis sabido la constancia debida;  
la plaza abandonasteis sin reparos, de mi pecho.  
Con fría indiferencia sentisteis mis lamentos,  
como el afortunado que no probó desdicha.

Por el Clemente os ruego que grabéis en mi lápida:  
“Aquí yacen los huesos de un mártir del amor;  
quien, por haber sufrido, sepa de la pasión,  
apiádese, al pasar, de su alma enamorada”».

Cuando pronuncié la última palabra de esos versos,  
me eché a llorar. Él, al oír el poema y ver mi continuado  
llanto, se irritó aún más y recitó, a su vez:

«A mi amada dejé, mas no por tedio,  
y es que incurrió en imperdonable culpa:  
al santuario de Amor trajo a un tercero,  
y la fe la impiedad no admite nunca».

Volví entonces a echarme a llorar, creyendo que  
acabaría conmoviéndolo, mientras a mí misma me de-  
cía: «Me mostraré sumisa y le hablaré con dulzura para  
que me perdone la vida, aunque se quede con cuanto po-  
seo»; de modo que, después de quejarme, volví a recitarle:

«Si es despiadado el acto de matar,  
más duro es imponer la soledad.  
Del peso del amor me habéis cargado...;  
¡si yo ni el peso de mi ropa aguanto!  
Que mi alma desfallezca lo comprendo;  
mas no que os sobrevivan estos miembros».

Y, de nuevo, al concluir el poema, rompí en sollo-  
zos. Él se me quedó mirando y, después de increparme e  
insultarme, recitó, a su vez:

«Me abandonasteis por estar con otro;  
me despreciasteis a pesar de todo.  
Mas solo no será mío el disgusto:  
también vos sufriréis, como yo sufro.  
Ahora mi amor inicia otro camino,  
ya que vos misma habéis roto los vínculos».

Pronunciadas estas palabras, le ordenó, a grandes voces, al esclavo: «¡Parte a esa mujer en dos pedazos, pues de nada me sirve ya!». Cuando el sirviente se me acercó, me vi a las puertas de la muerte y, perdida toda esperanza, me puse en manos de Dios. Pero en ese preciso instante irrumpió la vieja, que se arrojó a los pies de mi esposo, y, besándoselos, le dijo: «Hijo mío, por la crianza que de mí recibisteis, perdonad a esta muchacha, que nada ha hecho para merecer tan mal fin. Sois todavía un chiquillo y temo que sus plegarias contra vos sean oídas por Dios. ¿No dicen, además, que quien mata con violencia con violencia muere? ¿Y qué representa para vos esta descarriada? ¡Apartadla de vuestro lado, de vuestra mente y de vuestro corazón!». Dicho lo cual, la mujer se echó a llorar, y no dejó de suplicarle hasta que él transigió: «La he perdonado, pero he de dejarle alguna marca que le dure de por vida». Entonces ordenó a los esclavos que me quitaran la ropa, mientras él traía una vara de membrillo con la que comenzó a azotarme. Y, en efecto, no dejó de golpear me en la espalda y los costados hasta que, temiendo yo una

vez más por mi vida, caí al suelo sin sentido. Mi esposo entonces ordenó a los esclavos que, en cuanto oscureciera, y llevando a la anciana con ellos, me dejasen en la casa donde yo vivía antes, y así lo hicieron ellos. Yo procuré luego restablecer mi maltrecho cuerpo, y, aun cuando ya hube sanado, las costillas me quedaron cual machacadas con un mazo, como ha podido ver el Comendador de los Fieles. Cuatro meses estuve tratándome con emplastos y ungüentos, y, pasada la convalecencia, me acerqué un día a la mansión donde ocurrió lo que he relatado, y no hallé más que desolación: el callejón entero era una ruina y donde había estado la casa no quedaba más que una pila de escombros. Nunca he sabido por qué. Me decidí entonces a acudir a esta hermana mía de padre, aquí presente, en cuya compañía hallé a las dos perras. Después de dirigirle el saludo de la paz, le conté mi historia sin ahorrarle detalle alguno. Ella exclamó: «¿Y quién está libre de las calamidades que el Tiempo ocasiona? ¡Alabado sea Dios, pues ha permitido que todo acabe sin mayor perjuicio!». Y recitó:

«Es lo propio del Tiempo. No pierdas el aplomo,  
si todo lo perdieras o te quedaras solo».

Luego me contó su historia, o sea, cuanto le había ocurrido con esas otras dos hermanas suyas, y con ella me quedé, sin que ninguna de ambas volviese nunca a



mencionar el matrimonio. Más adelante se nos unió esta otra joven dama, la intendente, que cada día sale a comprarnos cuanto podemos necesitar. Y así hemos estado, hasta el día de ayer, cuando nuestra hermana salió a hacer las compras, como tenía por costumbre, y nos ocurrió lo que ya sabéis: la llegada del ganapán y de los tres mendigos tuertos, a quienes acogimos en nuestra casa, dimos conversación y tratamos lo mejor que pudimos. Poco más tarde se nos unieron quienes juzgábamos tres comedidos mercaderes de Mosul. Nos refirieron su historia y también les brindamos nuestra compañía, poniéndoles una sola condición. Y, como quiera que no la cumpliesen, les exigimos que nos contaran cuanto les había ocurrido. Ellos nos lo refirieron todo y nosotras los perdonamos. Y ahora, alumbrado que ha la luz del día de hoy, nos hallamos las tres en la egregia presencia de nuestro señor el califa. Con esto llega mi relación a su fin.

Muy asombrado quedó el califa con aquella historia, que pasó a formar parte de las crónicas ciertas y comprobadas que guardaban sus regios archivos.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 18**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el califa dio orden de que la anterior relación se pusiese por

escrito y quedara registrada en los archivos de palacio; tras lo cual dijo a la primera joven: «¿Y tienes noticia de la *yinn* que encantó a tus hermanas?». Ella repuso: «Pues la cosa es que me dio un mechón de pelo suyo y me dijo: “Cuando quieras que aparezca, quema un poco y acudiré de inmediato, aunque me halle más allá de Monte Qaf”». «Dame ese mechón», ordenó Harún Arrashid. La muchacha se lo entregó al califa, quien quemó un poco. Y no bien comenzó a desprenderse el desagradable olor, tembló el alcázar entero y se oyó un gran estruendo seguido de un tintineo. Era la *yinn* que comparecía, la cual, dado que era ferviente musulmana, saludó diciendo: «La paz sea con el Vicario del Altísimo», a lo que este respondió con la fórmula completa: «Y contigo sea la paz de Dios, así como Su misericordia y Sus bendiciones». La *yinn* dijo: «Esta joven plantó el bien en mi vida y yo no sé cómo recompensarla. Lo cierto es que me salvó al dar muerte a quien tan mal me quería, y yo, sabedora de lo que le habían hecho sus hermanas, decidí vengarla convirtiéndolas a ellas en sendas perras, a pesar de que mi primera intención fue la de matarlas, pues temí que pudieran volver otra vez contra ella. Pero si el Comendador de los Fieles quiere que las libere, así lo haré yo, en honor a nuestro señor, el Vicario de Dios, pues me cuento entre los musulmanes, y a ella misma». El califa le ordenó: «Sí, libéralas, para que podamos ocuparnos de la muchacha

golpeada, y, como se confirme que ha dicho la verdad, ya me encargaré yo de cobrarle su sangre a quien injustamente la derramó». La *yinn* repuso: «Yo indicaré al Comendador de los Fieles quién se portó tan mal con esta otra joven, quién la trató con extremada crueldad y se quedó, encima, con su dinero. Y sepa nuestro señor que se trata de una persona muy próxima a la egregia persona del califa». Dicho esto, la *yinn* tomó una taza de agua sobre la que pronunció un sortilegio, asperjó con ella los rostros de ambas perras y dijo: «Volved a vuestra primera forma humana», y ambas volvieron a ser sendas jóvenes humanas, loado sea su Creador. Luego añadió la *yinn*: «Sepa, pues, el Comendador de los Fieles, que quien azotó a la joven es el propio hijo de mi señor el califa, o sea, el príncipe Alamín, hermano de Almamún, quien, había oído de la distinción y belleza de la dama, y recurrió a un ardid para casarse con ella». Y la *ifrit* le refirió todo lo sucedido<sup>32</sup>.

<sup>32</sup> En este punto sigo la versión usual en las ediciones comerciales actuales, acordes con Būlāq. Por su parte, la versión de Calcuta II se muestra mucho más complaciente con el hijo del califa y futuro califa él mismo, pues en esta la *yinn* añade: «Y sus razones tuvo el príncipe para golpearla, ya que le puso como condición el que le jurase por lo más sagrado que había de serle fiel; juramento que la joven quebrantó. Por eso quiso vuestro hijo Alamín darle muerte, pero, temeroso del Altísimo, se contentó con golpearla y la devolvió a su casa, pero Dios lo sabrá mejor». Sin embargo, la justificación de la acción violenta entra en abierta contradicción con el resto de los detalles que la narración ofrece: la actitud de la propia *yinn* y la reacción del califa. De ahí que se haya optado por la versión de Būlāq.

Muy asombrado por todo ello, dijo el califa: «Demos gracias a Dios por la liberación, gracias a ti, *yinn*, de las dos perras». Luego hizo comparecer a su hijo Alamín, a quien preguntó por la historia de la joven dama, y el príncipe le respondió con la verdad, o sea, que le confirmó las palabras de la *yinn*. El califa mandó entonces a buscar a los jueces, los escribanos y los tres mendigos. Cuando vinieron, llamó a la primera dama y a sus dos hermanas de padre y madre, las que estuvieron hechizadas bajo la forma de perras negras, y las desposó a las tres con los tres mendigos, quienes ya le habían contado que eran en realidad soberanos de sus respectivas ciudades, y a quienes el califa nombró chambelanes, dándoles cuanto podían necesitar y alojándolos en el recinto palaciego del califa en Bagdad. Luego devolvió a la muchacha a su hijo Alamín, se renovó el acta de matrimonio entre ambos, la compensó a ella con una gran suma de dinero y ordenó que la mansión derruida se rehiciese mejor aún de lo que fue en principio. El califa, por último, tomó por esposa a la intendente y esa misma noche se fue con ella al lecho. A la mañana siguiente le concedió una vivienda y esclavas que la sirvieran, así como una asignación, y comenzó a construirle una residencia para ella sola. Maravilladas quedaron las gentes de la generosidad, nobleza de carácter y sabiduría del califa, quien dio la orden de que pusieran todo aquello por escrito.

Duniazad le dijo a su hermana Shahrazad:

—Esa historia, hermana, es, sin duda, la más amena y sugestiva que se haya oído. Pero cuenta otra, que nos ayude a pasar lo que nos queda de velada.

Shahrazad repuso:

—Pues en nada quedaría la anterior, comparada con la que os contaría ahora, siempre que el rey me concediese graciosamente su permiso.

—Cuenta tu historia —respondió el monarca—, pero abrevia.



## Las tres manzanas

—Pues según afirman —comenzó Shahrazad su relato—, soberano principal, tanto de nuestro tiempo como de las pretéritas eras, el califa Harún Arrashid mandó llamar una noche a su primer ministro, Yáafar el Barmekí, y le dijo: «Quiero que salgamos esta noche a la ciudad y preguntemos a la gente sencilla por aquellos que ejercen dominio sobre ellos, de modo que podamos destituir a quien se haya granjeado quejas, y, al contrario, recompensar con un cargo más alto a quien se haya ganado el agradecimiento de sus subordinados». «Dicho y hecho», respondió Yáafar, el ministro. Pues bien, una vez que el Comendador de los Fieles y sus acompañantes habituales, Yáafar y Masrur, hubieron salido y comenzado su ronda por las calles del mercado, pasaron por un callejón donde vieron a un anciano, que llevaba en la cabeza una red de pescador y una espuerta, así como un bastón en la mano. El hombre caminaba con lentitud mientras recitaba estos versos:

«Que eres entre los hombres, en razón de tu ciencia,  
me dicen unos y otros, noche de luna llena.  
La ciencia, les contesto, os la podéis guardar,  
porque el saber no es nada sin oportunidad.  
Si mi ser ofrecieran, con todos mis saberes,  
amén de mis tinteros, cálamos y papeles,  
por llevarme empeñado sé que no ofrecerían  
ni el reducido precio del sustento de un día.  
Considerad del pobre la triste condición,  
y veréis que en su vida solo cabe el dolor.  
Si en verano se queda de su energía falto,  
en invierno ha de estar al brasero pegado.  
Por la calle los perros sarnosos lo persiguen,  
y con desdén lo tratan los sujetos más viles.  
Y, si algún día quiere desahogar su tristeza,  
de encontrar un amigo sincero desespera.  
¡Son tales en la vida del pobre los tormentos,  
que mejor le vendría contarse entre los muertos!».

Cuando el califa hubo oído esta poesía, le dijo a Yáa-far: «Fíjate en ese pobre y en los versos que ha recitado, que hablan a las claras de su indigencia», y luego, dirigiéndose al hombre: «¿Cuál es vuestro oficio, maestro?». El viejo contestó: «Pescador soy, señor, y tengo familia. Desde el mediodía llevo fuera de mi casa y Dios no me ha concedido nada con que alimentar a los míos. ¡Ya es odio lo que siento por mí mismo...! Ojalá me muriese en este preciso instante». «¿Y qué os parecería —le propuso el califa— volver con nosotros a la orilla del Tigris y echar de

nuevo la red, esta vez a mi salud y por mi suerte? Lo que saquéis os lo compraré por cien dinares». Muy contento con estas palabras, dijo el hombre: «Con mucho gusto iré de nuevo en vuestra compañía». Y, en efecto, volvió a la orilla del río, lanzó la red y esperó un buen rato con paciencia, hasta que tiró de ella y se encontró con un pesado arcón. El califa se adelantó, tentó el contenido de la red y comprobó hasta qué punto era gravosa la carga. Le dio entonces al pescador los cien dinares prometidos y se puso en camino para marcharse. Masrur, el verdugo y escolta del califa, hubo de requerir la ayuda de Yáafar, el ministro, para acarrear el pesado arcón, que entre ambos llevaron, a la zaga del califa, hasta el palacio donde este residía.

Una vez allí encendieron velas en torno al arcón, que depositaron ante el Comendador de los Fieles. Yáafar tomó la iniciativa y, con la ayuda de Masrur, lo forzó. Dentro hallaron una gran espuerta de palma cosida con hilo de lana roja. Rompieron la costura y vieron un trozo de estera. La levantaron y descubrieron un paño. Este, a su vez, ocultaba el cuerpo de una joven, que más parecía un lingote de plata, muerta y descuartizada. Cuando el califa lo vio, se le saltaron las lágrimas y, mirando a Yáafar, le espetó: «Dime, tú, el más perro de los ministros, ¿esto es lo que ocurre en mi tiempo? ¿Esto? ¿Que matan a las criaturas y las arrojan al río, donde permanecen, convirtiéndose en una pesada carga que de mi cuello penderá



hasta el Día de la resurrección? Esas tenemos, ¿eh? ¡Pues por mi honor juro que a quien haya matado a esta joven he de hacérselo pagar con la vida! Y a ti —siguió diciéndole, enfurecido, a Yáafar— te juro por el honor de los Abbasíes, de quienes desciendo, que, si no me traes a quien acabó con esta desdichada para que le haga justicia, te haré colgar, y no solo a ti, sino también a cuarenta de tus primos, los Barmekíes, a la puerta de mi palacio». Yáafar solicitó: «Concededme tres días, mi señor». «Cuenta con ellos», respondió el califa.

Y, sin más, salió el ministro de donde su señor y echó a andar por las calles de la ciudad, muy angustiado y diciendo para sus adentros: «¿Cómo voy a averiguar yo quién mató a la joven? Y, si acuso a otro que no haya tenido culpa, la muerte de ese inocente recaería sobre mí. No sé qué puedo hacer». Y se quedó encerrado en su casa los tres días que tenía de plazo. Al cuarto mandó el califa a un chambelán suyo para que hiciera comparecer a su ministro, y, cuando tuvo a Yáafar ante sí, le preguntó: «¿Dónde está el asesino de la joven?». Yáafar respondió: «¿Acaso tengo yo, Comendador de los Fieles, mano entre los muertos, o modo de adivinar lo desconocido y responder con fundamento a cuanto tengáis a bien preguntarme?». El califa, llevado de la cólera, mandó que lo colgaran de un madero a la entrada de su palacio, y que un pregonero vocease por las calles de Bagdad: «Quien desee

asistir a la ejecución de Yáafar, ministro del Comendador de los Fieles, y de sus primos, los Barmekíes, a la puerta del palacio califal, que salga y no se prive de ello». Y así fue. La gente acudió de todos los rincones de la ciudad para asistir a la ejecución de Yáafar y los Barmekíes, sin saber de qué eran reos. El califa dio orden de que levantaran el cadalso, ante el cual pusieron en fila a los condenados, mientras el gentío invocaba el bendito nombre de Dios por la suerte que iban a correr Yáafar el Barmekí y sus primos. Ya solo faltaba la orden definitiva del califa... En esto, un joven de agraciado aspecto y cuidados vestidos, rostro cual la luna, ojos de azabache, frente clara, mejillas sonrosadas, bozo moreno, y ornado de un lunar que más parecía un disco de ámbar gris, avanzó a prisa entre la muchedumbre, llegó adonde el ministro, y a este dijo: «Os habéis salvado de este trance, señor de los comendadores y gruta de los pobres, pues yo soy quien mató a la mujer cuyo cadáver encontrasteis en el arcón. Haced, pues, que me ejecuten a mí y pague yo con mi vida la de esa desdichada». Cuando Yáafar oyó las palabras del joven se alegró por sí mismo, pero, al mismo tiempo, se entristeció por el desconocido. Aún estaban hablando cuando un anciano de provecta edad avanzó entre el gentío, con toda la rapidez que le era dada, hasta que llegó adonde Yáafar y el joven, y, después de desearles a ambos la paz, dijo: «No creáis, señor ministro, las palabras de este joven;

quien mató a la joven fui yo, y yo soy, por tanto, quien merece castigo en justa venganza. Mandad prenderme, pues, o dad por seguro que os lo reclamaré cuando nos encontremos en presencia del Altísimo». A esto dijo el joven: «Ya veis, señor ministro, que es un anciano con las facultades mermadas, y no sabe lo que dice. Yo soy quien la mató y quien debe pagar por ello». El anciano se volvió al que acababa de hablar: «Todavía eres joven, hijo mío, y te quedan ganas de vivir en este mundo, mientras que yo estoy harto ya de él. Doy con gusto mi vida por la tuya y la doy también por el ministro y sus primos. Porque quien mató a la joven —añadió, dirigiéndose de nuevo a Yáafar— fui yo, y, en consecuencia, señor ministro, debéis hacerme pagar por ello de inmediato. Ved que no puedo vivir sin ella...».

Asombrado por cuanto acababa de ver y oír, Yáafar, haciéndose acompañar de ambos, fue adonde el califa, besó el suelo y dijo: «Aquí está, Comendador de los Fieles, el asesino». «¿Dónde?», preguntó el califa. «Este joven —repuso Yáafar— afirma que él la mató, pero este anciano lo contradice y se declara autor del crimen. Ambos están ante nuestro señor el califa». Este miró al anciano, primero, y luego al joven y preguntó «¿Quién de ustedes mató a esa mujer?». El joven repuso: «Nadie más que yo», a lo que exclamó el anciano: «¡No, la maté yo!». El califa ordenó a Yáafar: «Pues llévatelos a los dos y que

los ejecuten a ambos». «Si el asesino es uno solo —observó Yáafar—, matar también al otro sería injusticia». Entonces volvió a tomar la palabra el joven: «Juro solemnemente, por Quien levantó el cielo y tendió la tierra, que yo maté a esa desdichada, y voy a daros prueba cierta de que así fue», y a continuación les describió en detalle lo que el califa había encontrado. Este quedó convencido de que el joven decía la verdad, y, sin salir de su asombro por ello, le preguntó: «¿Y qué motivo tenías para hacer lo que hiciste, y cómo es que no solo has confesado tu crimen sin recibir un solo golpe, sino que te has presentado por voluntad propia para solicitar que se te haga pagar por ello?». «Sepa el Comendador de los Fieles —comenzó a relatar el joven— que esa mujer era mi esposa y prima, hija de este anciano, que es, pues, mi tío por parte de mi padre. Nos casamos siendo ella virgen, y Dios nos concedió tres hijos varones. Ella me quería bien, me era en todo leal y nada en su conducta me resultaba reproachable. Yo también la amaba. Pero a primeros de este mes se puso tan enferma que hube de traerle a varios médicos, y así conseguí que se recuperara un tanto. Quise entonces que fuese a los baños, pero ella me dijo: “Antes de eso, se me ha antojado otra cosa”. “Habla por esa boca”, le dije, y ella: “Me apetece una manzana, para olerla y morderla”. Oído lo cual, salí de inmediato a buscar manzanas por toda la ciudad y dispuesto a pagar hasta un dinar

por una sola, pero fue en vano. Aquella noche la pasé en vela. A la mañana siguiente salí de nuevo a buscar manzanas, mirando incluso por los huertos de la ciudad, pero nada... Al volver a casa, le dije: “Bien sabe Dios, prima, que no me ha sido posible satisfacer tu deseo”. Ella se lo tomó tan a mal que tuvo una recaída aquella misma noche, que yo pasé sin pegar ojo. A la mañana siguiente salí a recorrer los huertos, uno tras otro, y, si bien no hallé lo que buscaba, sí que me topé con un hortelano entrado en años. Le pregunté y me dijo: “Manzanas no vais a encontrar, hijo. De eso no hay más que en el huerto que el califa posee en Basora, pero su hortelano las guarda solo para el Comendador de los Fieles”. Volví luego a casa, junto a mi esposa, y era tanto mi amor por ella que me preparé para emprender un viaje del que volví al cabo de quince días, con tres manzanas que le compré al hortelano de Basora por tres dinares. Entré adonde mi esposa y se las entregué, pero ella, en lugar de alegrarse, las dejó a un lado, pues la fiebre le había vuelto tras una nueva recaída. Con todo, al cabo de diez días, se curó. Salí de casa, abrí mi tienda y reanudé mis tratos y negocios.

»Pues bien —prosiguió el joven que se había inculcado—, estaba yo sentado en mi negocio, a primera hora de la tarde, cuando por delante de mí pasó un esclavo negro que venía jugando con una manzana. “¿De dónde has sacado —le pregunté—, mozo, esa manzana, que yo

también quiero una?”. Él contestó entre risas: «Mi querida me la ha dado. He estado fuera una temporada y, al volver, me la he encontrado enferma y con tres manzanas. Me ha dicho: ‘El cornudo de mi marido ha ido a por ellas a Basora y me las ha comprado por tres dinares’, y yo me he quedado con esta”. Y sepa asimismo el Comendador de los Fieles que, al oír las palabras del esclavo, el mundo entero ennegreció a mis ojos, de modo que cerré la tienda y, con el juicio arrebatado por la ira, volví a mi casa, donde no encontré más que dos manzanas. “¿Dónde está la tercera?”, le pregunté a mi mujer. “Ni idea tengo —dijo ella— de a dónde ha podido ir a parar”, palabras que me confirmaron el relato del esclavo. Me levanté entonces, agarré un cuchillo, me abalancé sobre su pecho, la degollé, le cercené la cabeza y, después de descuartizarla, metí sus miembros en una espuerta; los cubrí con un paño, lo envolví todo en una estera y lo metí en un arcón que cerré con un candado y cargué en mi mula. Fui así hasta el Tigris, donde me deshice de mi carga sin ayuda de nadie. Y por Dios os ruego, Comendador de los Fieles, que os deis prisa en matarme, haciéndole justicia a quien fue mi esposa, pues temo que me la exija ella el Día de la Resurrección...». El joven se interrumpió unos instantes, pero enseguida reanudó su relato: «Después de arrojarla a las aguas del Tigris sin que nadie me viese, volví a mi casa, donde me encontré a mi hijo mayor llorando,

aunque nada sabía de lo que yo acababa de hacer con su madre. Le pregunté: “¿Por qué lloras?”. Me contestó: “He tomado una de las manzanas que tenía mi madre y he bajado a jugar con ella al callejón con mis hermanos. Entonces ha pasado un esclavo negro muy alto, que, después de quitármela, me ha preguntado: ‘¿De dónde has sacado esa manzana?’. ‘Mi padre —le he dicho yo— la ha traído de Basora para mi madre, que estaba enferma; tres manzanas compró por tres dinares’. Él me la ha quitado. Yo le he pedido una y otra vez que me la devuelva, pero no me ha hecho caso. Me ha pegado y se ha llevado la manzana, y ahora temo que mi madre me pegue también, para castigarme. Me he ido entonces con mis hermanos, hemos salido de la ciudad, del miedo que yo tenía, y, cuando se nos ha hecho tarde, hemos vuelto, pero no sé lo que va a pasar, padre. No le digáis vos nada, por Dios os lo pido, no vaya a ser que se ponga más enferma de lo que está...”. Al oír estas palabras de mi hijo, supe que el esclavo había calumniado a mi prima y que su muerte había sido un gran desafuero. Me eché a llorar con gran amargura, y en eso llegó este anciano, o sea, mi tío y padre de mi difunta esposa, a quien le conté cuanto había ocurrido. Él se sentó a mi lado y lloró conmigo, y así seguimos hasta la medianoche. Luego, durante cinco días seguidos, celebramos las exequias, sin dejar de lamentarnos, hasta hoy mismo, de que yo la hubiese matado por culpa de aquel

esclavo. Ruego, en suma, al Comendador de los Fieles, que, por respeto a la memoria de sus egregios antepasados, no demore más mi ejecución en justo pago por la muerte de mi esposa». Sin salir de su asombro por estas palabras, el califa exclamó: «¡Vive Dios que al único que voy a matar es a ese esclavo malnacido, y haré, así, una obra que al enfermo curará y al Rey de lo Alto satisfará!».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 19**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el califa Harún Arrashid juró que solo ordenaría la muerte del esclavo, ya que el joven tenía excusa. El califa se dirigió luego a su ministro, Yáafar el Barmekí, para decirle: «¡Tráeme a ese esclavo malnacido que ha sido la causa de todo esto! Si no lo haces, morirás tú en su lugar». Yáafar salió del palacio llorando: «¿Cómo voy a hacer para encontrarlo? No siempre se salva el cántaro... La solución no está en mi mano, pero tal vez Quien me salvó la vez primera vuelva a salvarme ahora. Me encerraré en mi casa tres días, y Dios, alabado sea, hará lo que Él quiera». Y, en efecto, se quedó en su casa tres días, y, al cuarto, mandó llamar al juez y a los escribanos, dictó sus últimas voluntades y se despidió de sus hijos. Y sumido en honda tristeza estaba cuando se presentó un emisario del califa, que



le dijo: «El Comendador de los Fieles no podría estar más furioso de lo que está, y me envía a vos con el mensaje de que, si no le lleváis al esclavo de inmediato, recibiréis hoy mismo la muerte». Cuando oyó estas palabras, Yáafar se echó a llorar, y lo mismo hicieron sus hijos. Se fue despidiendo de todos, uno por uno. Para el final dejó a su hija pequeña, a quien él más quería. Se acercó, pues, a ella, para darle el último adiós, y, al estrecharla entre sus brazos, el ministro, que seguía llorando, se dio cuenta de que algo abultaba en la faltriquera de la niña. «¿Qué es lo que llevas ahí?», le preguntó. «Una manzana —repuso la pequeña—, que lleva el nombre de nuestro señor el califa. La trajo nuestro esclavo Arrayán hace cuatro días. Se la compré por dos dinares».

Yáafar sintió que le quitaban un peso de encima. Le sacó a la niña la manzana del bolsillo, la miró y, convencido de que aquella tenía que ser la manzana que de todo había sido causa, exclamó: «¡De Vos recibimos el alivio, y antes de lo que pensamos!», y ordenó que le trajeran al esclavo. Cuando ante sí lo tuvo, exclamó: «¡Ay de ti, Arrayán! ¿De dónde sacaste esta manzana?». «Más vale decir verdad que mentiras inventar, según me han enseñado, mi señor. No vayáis a creer que la he robado de vuestra casa, ni de los pabellones o los huertos del califa. Hace ya creo que cinco días me metí por unas callejas y vi a unos niños jugando; uno de ellos tenía esta manzana; se

la arrebaté, le pegué y él, llorando, me contó: “Es de mi madre, mozo, que está enferma y le dijo a mi padre que le apetecían unas manzanas; él partió de viaje a Basora, donde compró por tres dinares otras tantas manzanas, y yo he sacado una de ellas para jugar”. El chico se echó a llorar, pero, yo, sin parar mientes en ello, me quedé con la manzana y la traje a casa, donde mi señorita me la compró por dos dinares”. Asombrado quedó Yáafar al oír la historia, pues no cabía duda de que toda aquella prueba de Dios, incluida la muerte violenta de la joven, la había ocasionado su esclavo Arrayán. Se entristeció, pues, el ministro, dado que este pertenecía a su casa, al tiempo que comenzaba a respirar tranquilo por haberse salvado. Y recitó:

«Quien por mor de un esclavo llegue a temer por sí  
no corra ningún riesgo personal por salvarlo;  
que el don de la existencia lo da Dios una vez,  
mientras que son innúmeros nuestros siervos y esclavos».

Dicho lo cual, fue Yáafar al palacio califal llevando consigo, bien sujeto, al esclavo. Una vez allí le refirió la historia, de principio a fin, al Comendador de los Fieles, y este, cuando se hubo restablecido de su asombro, lanzó una risotada que casi lo tira por los suelos. Luego ordenó que la relación de lo ocurrido pasara a los anales palatinos, de modo que constituyese un ejemplo para los súbditos.

Yáafar le dijo entonces: «No os admiréis con esta historia, Comendador de los Fieles, pues no es ni mucho menos tan extraordinaria como la del ministro Nureddín Ali el Cairota y su hermano Shamseddín Muhámmad». El califa preguntó: «¿Cómo puede haber nada más admirable que los hechos de que acabamos de ser testigos?». «Solo accederé a contárosla<sup>33</sup> —respondió Yáafar— si le perdonáis la vida al esclavo». El califa accedió: «Tuya es su sangre».

<sup>33</sup> La historia ha quedado fuera de la presente selección por razones de espacio.



## El mujeriego arruinado o El comedor de hachís<sup>34</sup>

La vieja Bakún dijo<sup>35</sup>: «Pasaré la noche aquí, os contaré lo que he oído y os entretendré con historias de enamorados». El príncipe Así Fue se mostró encantado: «Sí, cuéntame alguna historia que me alegre el corazón y disipe mis pesares». «¡De mil amores!», repuso la vieja, quien se sentó a su lado con el puñal escondido entre la ropa y comenzó a referirle lo siguiente:

Sabed, joven señor, que la más deleitable historia que a mis oídos ha llegado es la de un hombre tan aficionado a las caras bonitas que llegó a dilapidar en ellas su entera fortuna. Se arruinó, pues, por completo y se vio en la miseria. Desesperado y sin saber qué hacer, vagaba

<sup>34</sup> Por ambos títulos se conoce esta historia; el segundo es el usual en las traducciones occidentales.

<sup>35</sup> La que sigue es una historia dentro de otra historia mayor, de larga extensión, la novela de aventuras bélicas y melodramáticas, «El rey Ómar Ennumán».

por los mercados en busca de algún alimento que llevarse a la boca. E iba un día caminando, como solía, cuando fue a clavarle un clavo. Miró y vio que de un dedo le manaba sangre, de modo que se sentó, se la secó y se vendó el dedo. Se levantó luego y, dando gritos de dolor, consiguió llegar hasta la casa de baños. Entró, se desvistió, vio que estaba todo muy limpio y se sentó junto a la fuente. Comenzó a echarse agua en la cabeza y no dejó de hacerlo hasta que se sintió muy cansado...

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 143**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la esclava Bakún siguió contándole al príncipe:

Se sentó el desventurado junto a la fuente y se estuvo echando agua en la cabeza hasta que se cansó. Pasó luego al estanque frío y vio que allí tampoco había nadie, por lo que, sabiéndose solo, se fue a un rincón, sacó un pedazo de hachís y se lo tragó, y, como quiera que no tardó mucho en fundírsele en los sesos, cayó el mujeriego y se revolcó por el mármol que cubría el suelo. El hachís le hizo imaginar entonces que el capataz de los baños le frotaba la piel mientras dos mozos estaban parados a ambos lados de su cabeza, uno con la palangana y el otro con cuantos avíos precisa el bañero. Cuando el joven vio

aquello, se dijo para sí: «O estos me han tomado por otra persona o son de los nuestros, de la taifa del hachís». Alargó luego las piernas y se le representó que el bañero le decía: «Es hora ya, mi señor, de que partáis, pues el día de hoy os esperan graves asuntos». Él se echó a reír y se dijo: «¡Qué maravilla! ¡Nada hay como el hachís!», y se incorporó para sentarse, tranquilo y en silencio. El bañero le colocó entonces en la cintura una toalla de seda negra y lo condujo, seguido de los dos mozos, pertrechados de todos los avíos, hasta un cubículo donde encendieron aromático incienso. El desventurado mujeriego vio frutas y ramilletes de plantas aromáticas. Le abrieron una sandía y lo invitaron a sentarse en una silla de ébano. Se le acercó el bañero y lo lavó a conciencia mientras los dos esclavos no cesaban de verter agua sobre él. Concluida esta labor, le dieron sus buenos fregamientos y le dijeron: «¡Tenga un buen día vuestra excelencia!». Salieron luego y cerraron con cuidado la puerta. Se levantó entonces de la silla y, mientras se quitaba la toalla, empezó a reírse a carcajadas, de la satisfacción, hasta casi perder el sentido. Tras un buen rato de regocijadas risas se preguntó a sí mismo: «¿Qué les pasará a estos, que me hablan como a un ministro y me dicen “vuestra excelencia”? Se han tenido que confundir..., Pero eso es ahora; luego se darán cuenta de quién soy, dirán: “¡Este es un muerto de hambre!”, y me hincharán el cogote a papirotazos». Cuando hubo tomado

todo el calor que le hacía falta, abrió la puerta y se le representó que entraban donde él un robusto esclavo y un eunuco. El primero sacó, de una talega que traía, tres toallas de seda; le puso la primera en la cabeza, otra sobre los hombros y le ciñó la tercera. El eunuco, por su parte, le acercó unos chanclos de madera y se los calzó. Luego entraron más esclavos y eunucos, que se pusieron también a su servicio. Mientras todo esto ocurría, él no paraba de reírse, y riéndose salió a la sala, que halló cubierta de regias alfombras. Allí acudieron en su ayuda unos mozos que lo acomodaron en un estrado y luego le estuvieron frotando los miembros y limpiándole a fondo la piel hasta que se amodorró. Más dormido que despierto, advirtió que entre los brazos tenía a una muchacha. La besó, la colocó entre sus muslos y adoptó la postura que suelen tomar los hombres cuando yacen con una mujer. Se agarró el miembro, se lo deslizó a la muchacha entre las piernas y comenzó a empujar. En eso oyó una voz que decía: «¡Eh, tú, muerto de hambre, despierta, que ya es mediodía; ¿qué haces ahí tirado, durmiendo?». Abrió el mujeriego los ojos y se halló tumbado en la sala del estanque frío, rodeado de unos que no paraban de reír. Tenía la verga erecta y la toalla se le había desprendido de la cintura. Comprendió que todo había sido una vívida ensoñación, inducida por el hachís. Muy contrariado, se dirigió el joven al que le había gritado y le dijo: «¡Ya se la

iba a meter bien metida...!». Los otros le dijeron: «¿No te da vergüenza, ahí tirado, harto de hachís, dormido y empalmado?», y se liaron a darle de papiros hasta dejarle la nuca roja. Él seguía teniendo tanta hambre como siempre en los últimos tiempos, pero, aunque fuese dormido, había podido gustar el sabor de la dicha.

El príncipe Así Fue se rio con el relato hasta desternillarse. Cuando terminó, dijo alborozado: «¡Una historia preciosa, aya! No he oído en mi vida nada parecido... ¿No sabes más?». La anciana Bakún repuso: «Pues claro que sí», y siguió contándole deliciosas y joviales historias hasta que el sueño pudo con él.





## De aves y otros animales

Entonces dijo el rey Shahriar a Shahrazad:

—Deseo que me cuentes historias de aves.

—De mil amores —repuso Shahrazad.

—Durante todo este tiempo, cinco meses ya —intervino entonces Duniazad, su hermana—, solo esta noche he visto a nuestro señor rey verdaderamente despreocupado, de modo que hago votos, hermana, para que lo que nos cuentes ahora sea también cosa memorable.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, no quiso seguir adelante.

### *La pava, la oca y el joven león*

Y, cuando ya caía la **noche 146**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, hace mucho tiempo, en época pretérita, hubo un pavo que vivía con su esposa a la orilla del mar, en un lugar donde

pululaban las fieras y todo tipo de bestias, y no faltaban los árboles y las corrientes de agua. Y en uno de aquellos árboles se refugiaban de noche el pavo y su esposa, por miedo a las fieras, mientras que durante el día iban de acá para allá por procurarse el sustento. Así estuvieron un tiempo hasta que, temerosos siempre por su suerte, marcharon en busca de un lugar más seguro donde refugiarse. Llegaron, pues, a una isla donde también abundaban los árboles y las corrientes de agua, y allí se establecieron, pues el lugar les ofrecía frutos para alimentarse y agua clara que beber. Un día llegó una oca maltrecha y amedrentada, que se las arregló para cobijarse en el árbol que habitaban el pavo y su esposa, donde pudo por fin la oca respirar tranquila.

No le cabía al pavo la menor duda de que aquella oca tendría una historia maravillosa que contar, de modo que le preguntó por sus circunstancias y por la razón de su miedo. La oca repuso: «Enferma estoy de pena y de miedo, en efecto, por causa del hijo de Adán<sup>36</sup>. Tan es así que no sabría cómo encareceros el cuidado y precaución que habéis de tener con él». El pavo trató de tranquilizarla: «Nada tienes que temer desde que te encuentras entre nosotros». La oca exclamó: «¡Alabado sea Quien ha aliviado, gracias a vuestra buena vecindad, mis cuitas y

<sup>36</sup> «Hijos de Adán», la expresión tradicional para designar a los seres humanos, se sigue empleando en la lengua árabe de todos los días.

pesares! Bien cierto es que he venido a ustedes buscando vuestro afecto...». A estas palabras de la oca repuso la esposa del pavo: «Pues no te quepa duda de que eres muy bienvenida y que te acogemos con los brazos abiertos. Pero dime, ¿cómo podría llegar hasta nosotros el hijo de Adán, estando, como estamos, en una isla, que las aguas del mar rodean por todas partes? Por tierra es imposible llegar, pero tampoco por mar lo tiene fácil, de modo que puedes estar tranquila... Con todo, quisiera que nos contaras tu historia». La oca les relató lo siguiente:

Toda mi vida, amiga pava, he vivido segura, sin que nadie me ocasionara daño alguno. Pero una noche vi en sueños a un hijo de Adán, que me hablaba y a quien yo respondía; de pronto oí una voz que me dijo: «Tèn mucho cuidado, oca, con el hijo de Adán, no te dejes seducir por sus palabras, ya que es falso y todo un maestro en el arte del engaño. Ándate, pues, con ojo. Bien lo expresó el poeta:

La lengua, de miel lleva untada,  
pero, como el zorro, te engaña.

»Y sabe, oca —prosiguió la voz de mi sueño—, que el hijo de Adán se vale de tretas para sacar a los peces de las aguas del mar, derriba a las aves con unos proyectiles de barro que les lanza y les pone trampas a los elefantes, que en ellas caen. De la maldad de los hijos de Adán

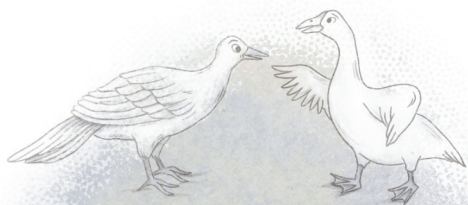
nadie se libra, ni las aves ni las bestias de la tierra». Y esto fue, pava, lo que oí decir acerca de los humanos. No te extrañe, pues, que despertase muerta de miedo y dominada por la angustia, por temor a que el artero hijo de Adán consiguiera hacerme caer en sus engaños. Al final de la jornada me fallaban las fuerzas, pues no había comido ni bebido, y, como no quería desfallecer, eché a andar con la mente turbada y el corazón encogido.

Llegué así a aquella montaña que allí ves, y a la entrada de una cueva me encontré con un joven león de amarillento pelaje, que se alegró mucho de verme, pues quedó gratamente impresionado por el color de mis plumas y mi bondadoso aspecto. Me llamó, pues, a su lado: «Ven, acércate». Me acerqué y me dijo: «¿Cómo te llamas y a qué orden perteneces?». Le contesté: «Soy una oca y pertenezco al orden de las aves. ¿Y vos —añadí—, a qué se debe el que estéis aquí echado a estas horas?». El joven león me explicó: «Pues la cosa es que, después de que mi padre me advirtiera mil veces contra el hijo de Adán, tuve anoche un sueño...», y me contó uno muy parecido al mío.

Cuando esto oí, le dije yo: «Pues mirad, joven león, abrigaba yo la esperanza de que os resolvierais a matar al hijo de Adán porque temo que él acabe conmigo, pero ahora, al comprobar que incluso vos, el rey de las fieras, le tenéis miedo, os confesaré que aún me espanta más».

Y un buen rato estuve, querida amiga pava, diciéndole al joven león que extremase la precaución y se determinara a matar al hijo de Adán, y, cuando menos me lo esperaba, fue a levantarse de donde estaba y echó a andar, dándose con la cola en el lomo. Detrás de él me fui yo, y así llegamos al cruce de caminos, donde vimos que se alzaba una polvareda. Pero al poco se disipó y pudimos ver a un burro, fugitivo y desnudo, que lo mismo tomaba impulso y salía a todo correr como se revolcaba por el suelo.

El joven león lo llamó y el burro se le acercó muy obediente. «Dime, animal de poco seso, ¿a qué orden perteneces y cuál es el motivo de que hasta aquí hayas llegado?». El burro contestó: «El orden al que pertenezco, hijo del rey, es el de los burros y he llegado a este lugar huyendo del hijo de Adán». El joven león le preguntó: «¿Acaso temes que el hijo del hombre te dé muerte?». El burro le explicó: «No, hijo del rey, lo que temo es que, valiéndose de una treta, acabe montándome, después de colocarme en el lomo un aparejo que llama albarda, de apretarme el vientre con otro que llama cincha, y el trasero con otro que llama baticola, y de meterme en la boca otro más, que llama freno; y que, por si con todo eso no bastara, me aguije para hacerme trabajar, me obligue a correr más de lo que soy capaz, me maldiga cuando tropiece y me insulte cuando rebuzne. Y todo, para que cuando me haga viejo y ya no pueda correr, me coloque una pieza de



madera en el lomo y me entregue a algún aguador, que me obliga a cargar agua en odres o tinajas. La humillación, los malos tratos y la extrema fatiga continúan hasta que muero, cuando arrojan mi cuerpo en lo alto de algún cerro para que se alimenten de mí los perros... ¿Qué preocupación puede haber mayor que esperar esa suerte? ¿Acaso cabe peor desgracia?».

Cuando oí, amiga pava, lo que el burro nos contó sobre el hijo de Adán, un escalofrío me recorrió el cuerpo y le dije al joven león: «El burro tiene razón sin duda, mi señor, y sus palabras me han asustado aún más». El joven león preguntó al burro: «¿Y ahora a dónde te diriges?». El burro repuso: «Vi de lejos a un hombre antes de que el sol apuntara en el horizonte y salí huyendo, me ha entrado tanto miedo que no pienso parar hasta que no encuentre dónde refugiarme de ese temible traidor, el hijo de Adán». En esas estaban el león y el burro, que solo pensaba en despedirse para reemprender su huida, cuando se levantó, no lejos de nosotros, una polvareda. El burro rebuznó alarmado, miró hacia allá y se tiró un sonoro pedo. A no mucho tardar se disipó la nube de polvo y pudimos ver a un caballo negro, con un lucero en la frente del tamaño y redondez de un dírham<sup>37</sup>. Tenía los pies blancos, buenas extremidades para la carrera y un sonoro relincho.

<sup>37</sup> Moneda de plata, de hasta tres centímetros de diámetro.

El caballo siguió galopando hasta que llegó a nosotros y se detuvo ante el joven león. Cuando este lo vio de cerca, quedó admirado y le preguntó: «¿A qué género perteneces, noble bestia, y cuál es la causa de que andes libre por campo abierto?». El caballo contestó: «Sabed, señor de las fieras, que soy caballo, del género de los équidos, y que la razón de que me veáis vagando por este territorio es que vengo huyendo de un hijo de Adán». Asombrado por estas palabras, replicó el joven león: «¿Cómo puede pronunciar semejantes palabras un animal de tu tamaño y tu fuerza? No es posible que le tengas miedo a un humano, siendo como eres mucho mayor que él y más rápido. Yo, aunque no soy tan alto como tú, estoy resuelto a buscar al hijo de Adán, a atacarlo y devorar su carne, con tal de devolverle la serenidad a esta pobre oca y permitirle que viva tranquila en su patria. Pero tú, al llegar ahora y decir lo que dices, me llenas de inquietud el corazón. Mucho me da que pensar el que también a ti, a pesar de tu envergadura, te tenga acobardado, y no al contrario, pues te bastaría darle una buena coz para hacerle saborear el cáliz de la muerte sin que a él le cupiera defenderse».

El caballo se rio al oír las palabras del joven león y repuso: «¡Quitad allá, alteza! ¿Vencer yo al hijo de Adán? ¡Qué disparate! No os dejéis engañar por mi envergadura, pues tan hábil y astuto es él que ha fabricado unos objetos que llama maniotas, hechas de fibra de palmera y



envueltas en grueso fieltro. Me coloca dos a las extremidades y luego me sujeta por la cabeza, para que no pueda moverme, a una alta estaca. De ese modo me deja parado, inmóvil, incapaz de echarme a descansar o dormir... Y, cuando le da la gana de montarme, se coloca en las piernas unos objetos de hierro que llama estribos, me pone en el lomo un equipo de nombre silla, que me ata con las que dice cinchas por bajo de mis axilas, y luego me mete en la boca un objeto de nombre freno al que sujeta unas tiras de piel que, según él, se llaman riendas. Se sube a la silla que me ha colocado en el lomo, toma con sus manos las riendas y me lleva adonde le parece hincándose los estribos en los flancos, hasta hacerme sangre. Y no queráis, alteza, preguntarme por las penalidades que el hijo de Adán me inflige, pues, en cuanto me hago mayor y compruebo que tengo el lomo débil y he perdido velocidad, me vende al molinero, para que este me ate a la muela y tenga yo que dar vueltas y más vueltas, sin parar nunca, ni de día ni de noche. Así, hasta que, cuando llego a la vejez, me vende a algún matarife, que me degüella, me despelleja y me arranca la cola. Se queda con la carne, me saca la grasa y le vende lo demás al cedacero».

Cuando el joven león hubo oído las palabras del caballo, se indignó aún más, si cabía, al tiempo que crecía su zozobra, y le preguntó: «¿Cuándo te has escapado del hijo de Adán?». «Al mediodía y debo de traerlo a mi zaga»,

repuso el caballo. Y conversando seguían ambos, el joven león y el caballo, cuando se formó de repente una polvareda, casi un torbellino. Se disipó luego y pudimos ver a un camello muy alterado, que venía corriendo a todo correr, borboteando y dejando chocar los pies con el suelo. Llegó hasta donde estábamos, y, cuando el joven león lo vio tan robusto e indómito, creyó que ese había de ser el hijo de Adán, y sobre él habría saltado de inmediato, si no fuera porque yo me apresuré a hacerle ver su equivocación: «¡Alteza, no! Ese no es el hijo de Adán, sino un camello que seguramente vendrá huyendo de él».

El camello se paró ante el joven león y lo saludó con muestras de gran respeto. El joven león le devolvió el saludo y le preguntó: «¿A qué se debe el que hayas venido a este lugar?». El camello repuso: «Vengo huyendo del hijo de Adán». El joven león, extrañado, le preguntó: «Y tú, tan robusto, tan alto y tan largo, ¿le tienes miedo al hijo de Adán? ¿Cómo puede ser? ¿Si una cox de las tuyas bastaría para dejarlo en el sitio...!». El camello exclamó: «¡Ay, alteza! Tened por cierto que el hijo de Adán es motivo de calamidades sin cuento, y que solo la muerte puede vencerlo. Sabed, sin ir más lejos, que me coloca en la nariz una pieza que llama argolla y en la cabeza lo que ellos dicen que es arnés. Y argolla y arnés bastan para que el hijo de Adán me ponga en manos de su vástago más pequeño, que me llevará adonde le plazca, por corpulento

que pueda yo ser. Ni que decir tiene que me llevan, cargado con los más pesados fardos, de viaje a remotos destinos y que me obligan a realizar las más pesadas tareas de día y de noche. Luego, cuando me hago viejo o me quiebro, no creáis que me mantiene a su lado. Nada de eso... Me vende al matarife, que me degüella y vende, a su vez, mi piel a los tintoreros y mi carne a los cocineros. Os ruego, pues, alteza que no me preguntéis por las penalidades que el hijo de Adán me ocasiona».

El joven león le preguntó: «¿Y cuándo has dejado al hijo de Adán?». El camello repuso: «A la puesta del sol... Y, como a buen seguro habrá ido por mí poco después, imagino que estará ahora tratando de localizarme. Por ello os ruego, alteza, que me permitáis seguir corriendo por esas estepas y desiertos». El joven león lo quiso tranquilizar: «No quieras correr tanto, camello, espera un poco y podrás ver cómo lo destrozo con mis garras, te doy a comer su carne, le machaco los huesos y me bebo su sangre». Pero el camello se mostró testarudo: «Creedme, alteza, si os digo que miedo me da el pensar que lleguéis a enfrentaros con el hijo de Adán, que ciertamente es maestro en el arte del engaño y la superchería». Y recitó las palabras del poeta:

«Si en un lugar el mal, asiento toma,  
por marcharse han de optar quienes lo moran».

Y conversando seguían el joven león y el camello cuando, de nuevo, se levantó una polvareda, de la que al cabo de unos instantes salió un anciano de corta estatura y delicada complexión. Se acercaba a paso ligero, a pesar de que a los hombros traía un capacho con utensilios de carpintero; sobre la cabeza, una rama y ocho tablas, y de la mano, a varios chiquillos. El anciano solo detuvo el paso cuando se vio junto al joven león, y te aseguro, querida amiga, que al verlo me entró tanto miedo como nunca he tenido. El joven león, por su parte, se puso en pie para recibir al recién llegado, quien, con una gran sonrisa y en el más refinado árabe culto, dijo: «Permítame su egregia y siempre liberal alteza, que le dirija mi más humilde saludo en esta tarde, y quiera Dios extender vuestro imperio, haciendo que prosperen vuestras obras y sean perennes vuestro arrojo y vuestras fuerzas. A pediros acudo socorro ante el mal que me aflige, pues, si de vuestra alteza no lo obtengo, bien sé que de nadie más podré esperarlo». Y aún siguió el anciano carpintero expresándole al león sus quejas hasta que, incapaz a lo que parecía, de contenerse, se echó a llorar con gran desconsuelo.

Conmovido por todo ello, le dijo el león: «Descuida, que yo te protegeré de lo que tanto temes, sea lo que sea. Dime, sin embargo, primero, quién está abusando de ti o maltratándote, y, segundo, qué clase de fiera eres, pues jamás en la vida he visto a otra como tú, ni de tanta

prestancia, ni tan elocuente. Háblame, pues, de tu situación y circunstancias». El anciano le explicó: «Sabed, señor de todas las fieras, que soy carpintero y que quien me ha maltratado es el hijo de Adán, que se presentará ante vos con las primeras luces del alba». Oído que hubo el joven león estas palabras del carpintero, se le tornaron las luces sombras ante el rostro, gruñó, rugió, los ojos le echaron chispas y dijo a voz en grito, como para sí mismo: «¡Por el Altísimo juro que no pegaré ojo en toda la noche, ni volveré junto a mi padre hasta haber conseguido mi propósito!». Y luego, dirigiéndose al anciano: «Veo, y no lo digo para zaherirte, pues soy una fiera cabal, que tus pasos son tan cortos que te resultaría imposible avanzar a la velocidad de los animales. Dime, ¿a dónde te diriges?». El carpintero contestó: «Mi intención, alteza, es ver al ministro de vuestro padre, el lince, pues este, al saber de la inminente llegada del hijo de Adán a estos territorios, y temiendo por su vida, me envió a una fiera emisaria para encargarme un refugio que lo guarde de cualquier insidia, o sea, donde no pueda entrar el hijo de Adán. Y yo, en cuanto recibí el mensaje, agarré estas tablas y me puse en camino».

Estas palabras del carpintero tuvieron la virtud de suscitar en el joven león celos del lince, por lo que de inmediato dijo al anciano: «¡Por mi vida que has de hacerme, con esas tablas que has traído, un refugio a mí antes, y antes

aun que al lince! Y solo cuando hayas acabado tu tarea conmigo podrás ir adonde él y hacerle lo que él quiera». El carpintero se resistió: «No puedo, señor de las fieras, haceros nada en tanto no haya terminado el encargo del lince; pero, en cuanto lo concluya, me pondré a vuestro servicio y os construiré un buen refugio que os mantenga a salvo de vuestro enemigo». El joven león se negó a aceptar esa solución: «¡Bien sabe Dios que no te dejaré marchar a menos que me hagas, con esas tablas, un buen refugio!». Dicho esto, hizo el león el amago, de bromas, de atacar al carpintero: saltó sobre él y, de un zarpazo, le tiró el capazo que traía al hombro. El carpintero cayó redondo al suelo, y el león le dijo entre risas: «¡Pues sí que eres endeble, carpintero! ¡No me extraña que, con tus pocas fuerzas, le tengas miedo al hijo de Adán!».

Cuando el carpintero se vio en el suelo, tendido boca arriba cuan largo era, se irritó sobremanera, pero no quiso mostrar su enfado por miedo a la posible reacción de la fiera. Se sentó en el suelo y, con una gran sonrisa, dijo: «Pues ahora mismo os hago el refugio». Tomó, pues, las tablas que había traído y, clavando unas con otras, comenzó a darles la forma de un refugio ajustado a las medidas del joven león. Pero, como si se tratase de una gran arca, dejó una de las seis caras abierta, y sobre ella colocó una tapa. Sacó luego unos clavos y un martillo y dijo al joven león: «Entrad en vuestro refugio por este lado, que ha quedado

abierto a la espera de que pueda yo rematarlo todo con un techo abovedado». El león, muy contento, se acercó al lado abierto, que le pareció, con todo, demasiado angosto. El carpintero le dijo: «Entrad, alteza, y echaos a gusto». El animal entró dócilmente en el cubículo, pero vio que se le había quedado fuera el rabo. Quiso retroceder y salir, pero el carpintero volvió a dirigirse a él: «Esperar un momento, os lo ruego, que pueda yo comprobar si cabe también vuestro rabo». El joven león obedeció. El anciano entonces enrolló el rabo del animal y lo ajustó dentro del arca, que tapó de inmediato, asegurándola con clavos. El joven león gritó: «¡Eh, carpintero! ¿Qué clase de refugio es este, tan angosto? Déjame salir ahora mismo». El anciano exclamó: «¡Ni hablar! Y de nada sirve lamentar lo que ya es pasado... No saldrás de ahí. En la trampa has caído por más temible que seas». El joven león no salía de su asombro: «Pero, bueno, amigo mío, ¿qué clase de palabras son esas para dirigírmelas a mí?». El anciano se lo dejó muy claro: «Entérate, perro de las estepas: lo que tanto temías ha terminado por ocurrirte; era tu sino y de nada te han servido las advertencias».

Pues bien, querida amiga —continuó la oca—, cuando el león oyó estas palabras, comprendió que aquel anciano tenía que ser el hijo de Adán, sobre quien tanto lo habían precavido su padre y la voz del sueño. Yo, por mi parte, temiendo por mi vida, me aparté un poco de

ellos, pero me quedé esperando a ver qué suerte corría el león. Vi entonces que el hijo de Adán cavaba un hoyo allí mismo, al lado del arca donde tenía encerrado al león. La arrojó al fondo del hoyo, la cubrió de leña y le prendió fuego. Tal fue mi horror, que llevo dos días huyendo.

Impresionada quedó la pava con la historia.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 147**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la pava, impresionada por las palabras de la oca, le dijo a esta: «Pues nada te inquiete, amiga oca, que bien segura estás aquí, en una isla en medio del mar, a la que el hijo del hombre no tiene acceso. Búscate un sitio de tu agrado para vivir, y quiera Dios proveer a tu sustento y al nuestro». La oca repuso: «Temo que en cualquier momento caiga sobre mí una desgracia imprevista, pues nadie puede escapar de su sino». La pava la tranquilizó: «Tú quédate con nosotros, pues nuestra igual eres», y no dejó de insistirle hasta que la oca accedió, a regañadientes, a establecerse en aquel lugar: «Ya conoces, amiga pava, la inquietud que me domina; por nada del mundo me quedaría aquí si no fuera porque cuento con tu amistad». La pava sentenció: «Lo que en la frente llevamos escrito se cumplirá sin más remedio, eso bien lo sabemos, pues, ¿quién podrá



salvarnos cuando llegue nuestra hora? Aunque, por otra parte, ninguna vida concluye antes de que se agote la gracia recibida y se cumpla el plazo previsto».

De repente se alzó sobre ellas una polvareda. La oca soltó un estentóreo grito, salió disparada hacia la orilla del mar y exclamó: «¡Cuidado!, ¡cuidado!», y para sí añadió: «Por más que nadie pueda escapar a su sino...». Cuando la espesa polvareda se disipó, se pudo ver a un antílope. La oca y la pava respiraron aliviadas y esta dijo: «Fíjate: hemos ido a asustarnos de un antílope que viene hacia nosotras; nada hemos de temer, pues los antílopes se alimentan de las plantas que da la tierra, y, tal como tú perteneces al género de las aves, pertenece él al de los animales silvestres. Tranquilízate, pues, que las preocupaciones se llevan la grasa de los cuerpos...». Apenas había la pava acabado de hablar cuando llegó a ellas el antílope, que venía buscando la sombra del árbol bajo el que se hallaban.

Cuando el cuadrúpedo vio a la pava y a la oca, las saludó y les dijo: «Hoy mismo he llegado a esta isla, y puedo aseguraros que jamás he visto tierra más fértil ni lugar más adecuado para vivir», y, dicho esto, las invitó a que lo acompañasen ambas y así poder estrechar fraternos lazos de amistad. Cuando las dos aves vieron el afecto que el antílope les mostraba, accedieron a lo que este les proponía, les pareció de perlas el formar una sociedad y

a ello se comprometieron. De modo que, a partir de ese momento, empezaron a compartir vivienda y alimento. Y así permanecieron, comiendo y bebiendo a sus anchas y sin sobresaltos, hasta que por la costa acertó a pasar una embarcación que venía perdida y echó el ancla no muy lejos de ellos. De la nave descendió un grupo de humanos que se dispersaron por la isla. Algunos de ellos vieron al antílope y a sus amigas las aves, reunidos todos en buena compañía. Y, como quisieran los recién llegados acercárseles, salió el antílope corriendo a todo correr y echó a volar la pava tan alto como pudo. Solo quedó la oca, expuesta a lo que con ella quisieran hacer. No tardaron, como era de esperar, los humanos en darle caza. «¡De nada me ha servido precaverme ante los divinos Designios!», exclamaba la pobre mientras a la embarcación la llevaban.

Cuando la pava se percató de lo ocurrido a su amiga la oca, abandonó la isla diciéndose: «La desventura nos acecha a todos... Si esa embarcación no hubiese arribado a nuestra costa, jamás me habría yo separado de mi querida oca, que era la mejor amiga que pueda una tener». Siguió volando la pava y, al cabo de un rato, se encontró con el antílope. Este la saludó, se felicitó por verla sana y salva y le preguntó por la oca. La pava repuso: «Ha caído en manos del enemigo... ¿Cómo voy a quedarme, después de eso, en la isla?». Y, al recordar a su amiga, se echó a llorar y declamó:

«Aquel aciago día me quebró el corazón;  
a todo día aciago quiébreselo el Señor».

Y luego:

«Si nuestra intimidad vuelve algún día,  
referirle podría mis heridas».

Muy apenado quedó el antílope, que se las arregló para disuadir a la pava de su intención de abandonar la isla. Y allí permanecieron, comiendo y bebiendo a sus anchas y sin sobresaltos, pero tristes porque la oca ya no estaba con ellos. Cierta día dijo el antílope a la pava: «Bien sabes, querida amiga, que los humanos que venían en aquella embarcación fueron la causa de que nuestra sociedad se dispersara y, lo que es peor, de que nuestra amiga la oca perdiera la vida. Ten, pues, siempre mucho cuidado, y no bajes por nada la guardia ante las añagazas y supercherías del hijo de Adán». La pava contestó: «Yo sé de cierto que a la oca no la mató otra cosa sino el haberse abstenido de loar al Altísimo. Yo se lo tenía dicho: “Mucho temo por ti, pues me consta que no tienes costumbre de elevar loas a tu Sustentador. No debieras olvidar que todas las criaturas tienen el deber de loar a Dios, y que, si alguna de ellas deja de hacerlo, acaba sufriendo el castigo de la muerte”». El antílope exclamó: «¡Dios te bendiga!», y, desde entonces, no dejó de loar al Altísimo siempre

que pudo. Y afirman que la jaculatoria que los antílopes una y otra vez repiten es: «¡Loado sea el Buen Juez, de Quien depende todo poder!».



## El matrimonio de Almamún

—Y asimismo cuentan —prosiguió Shahrazad— que Isaac de Mosul, el celebrado músico y poeta, refirió lo siguiente: «Salí una noche, después de haber asistido a la tertulia del califa Almamún, y, como me entraran muchas ganas de orinar, me metí en un callejón, pues prefería aliviar allí, de pie, mi vejiga, antes que agacharme al lado de una pared, no fuese a salir de algún modo dañado por quien sacase provecho de mi desvalimiento en aquella posición. Entre las sombras distinguí entonces un objeto que pendía de una de las casas. Lo palpé con curiosidad y me di cuenta de que se trataba de un capacho de palma, de considerables dimensiones, de las de cuatro orejas y con el interior revestido de brocado. Para mis adentros me dije: “Aquí hay gato encerrado...”, y, en medio de mi desconcierto e impulsado por la embriaguez, fui a sentarme en el capacho. Y, apenas me había en él acomodado, noté que tiraban de mí desde la casa. A todas

lucos, pensé, los de la casa me habían confundido con la persona a quien estuviesen esperando.

»Cuando el capacho, conmigo dentro, alcanzó la planta superior, me vi ante cuatro mujeres, que me dijeron: “Bajad y sed muy bienvenido”. Una de ellas, que venía provista de una vela, me guio hacia la planta principal de una casa de numerosas salas, tapizadas y amuebladas como solo había yo visto en el palacio del califa. Me senté donde me indicaron y no hube de aguardar mucho antes de que alzasen, a un lado de la pared, una suerte de cortinaje y apareciesen varias doncellas que avanzaban hacia mí con velas encendidas y pebeteros en que ardía palo de cardamomo. Y, entre ellas, una joven dama que más parecía la luna llena cuando se muestra. “¡Bienvenido sea nuestro visitante!”, me dijo, me invitó a sentarme junto a ella y me preguntó: “¿A qué debemos el honor?”. Le dije: “Pues he salido de casa de un buen amigo, más tarde de lo que hubiese yo querido, y, al sentir ganas de evacuar aguas, me he metido en este callejón, donde he encontrado el capacho de palma; el vino y sus efluvios me han impulsado a sentarme en él y luego me han subido hasta aquí. Ni más ni menos...”. Ella dijo: “Habéis hecho muy bien, y espero que os alegréis de estar aquí. Pero decidme, ¿cuál es vuestro oficio?”. Yo: “Tengo tienda en el mercado de Bagdad”. Ella: “¿Y podríais recitarme alguna poesía?”. Yo: “Alguna me sé...”. Ella: “Pues decidme alguna

que a la mente se os venga”. Yo: “Tened en cuenta que los recién llegados extrañan; ¿por qué no empezáis vos?”. Ella: “Tenéis toda la razón”. Comenzó entonces la dama a recitar una excelente selección de versos, tanto de los clásicos como de los poetas de nuestros días; yo la escuchaba sin saber qué me admiraba más, si su extraordinaria belleza o su memoria admirable. “¿Estáis ya más a vuestro gusto?”, me preguntó, y yo repliqué: “¡A fe que sí!”. Ella: “Pues, si os place, recitadme algo que recordéis”. Le declamé entonces algunos versos escogidos de los clásicos, que ella a todas luces apreció. “Os aseguro que ni idea tenía de que entre los mercaderes hubiese personas de tan alta formación”, dijo mi anfitriona, antes de ordenar que nos sirviesen de comer».

Duniazad dijo entonces a su hermana Shahrazad:

—¡Qué ameno es lo que cuentas, qué sugestivo y grato!

—No tanto —repuso Shahrazad—, ni mucho menos, como lo que os contaría la noche que viene, si, por voluntad de su majestad el rey, siguiera yo viva.

Pero, como notase que el nuevo día clareaba, no dijo más.

Y, cuando ya caía la **noche 280**, dijo Shahrazad:

—Pues aún más deleitable es lo que os contaría si su majestad me permitiera seguir viviendo.

—Termina la historia —dijo Shahriar.

—Lo que vos mandéis —repuso Shahrazad—. Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Isaac de Mosul prosiguió su historia: «Mandó la joven dama que nos trajesen la comida. Nos la sirvieron, y ella misma se encargó de apartarme las mejores raciones. La sala estaba llena de todas las clases de plantas aromáticas, así como de raras frutas, tales como solo se hallan en los palacios de los soberanos. Cuando hubimos comido, ordenó la dama que nos trajesen de beber. Probó ella el vino, tras servirse la primera copa, y luego me escanció otra a mí, mientras me decía: “¡Hora es ya de anécdotas e historias!”. Y yo al punto comencé: “Tengo noticia de que...”, y seguí: “... había un hombre por mal nombre llamado...”, y así fui contándole varias amenas historias. Muy complacida comentó: “Creedme que sigo sin salir de mi asombro al ver que un mercader conoce tan deliciosas historias, propias de las tertulias de los reyes”. Yo: “Lo cierto es que yo tenía un vecino a quien a menudo se presentaba ocasión de compartir mesa y tertulia con príncipes y personas principales. Siempre que se quedaba en casa iba yo a visitarlo y a menudo oía historias como las que os he contado”. Ella: “¡Pues qué buena memoria tenéis!”.

»Y así seguimos un buen rato. Si callaba yo unos instantes, comenzaba ella prestamente; de modo que pasó, casi sin que nos diéramos cuenta, la mayor parte de la



noche, mientras los inciensos seguían despidiendo sus exquisitos aromas en los pebeteros, y yo me hallaba en tan gozoso estado que, de haberlo imaginado el califa, habría deseado con toda su alma hallarse entre nosotros. “Sois hombre a quien adornan las raras prendas del donaire y la medida, y vuestros modales y formación no tienen más que una sola merma”, me dijo mi anfitriona, y, al preguntarle yo: “¿Y qué es ello?”, me contestó: “Que fueseis capaz de entonar versos acompañándoos del tañer del laúd”. Yo entonces le dije, con toda intención: “Pues, ya que lo mencionáis, os confiaré que esa fue afición mía de otros tiempos; pero, cuando se tornó evidente que no es mucho el talento con que estoy dotado, dejé de practicar, y lo cierto es que mucho me habría gustado ser un buen tañedor y completar con ello mi contribución a esta velada”. Ella respondió: “Cualquiera diría que estáis sugiriendo que saquemos el laúd...”. Yo: “Eso solo os corresponde decidirlo a vos, mi señora, aunque a fuer de ser sincero, reconozco que lo consideraría mérito vuestro y os lo reconocería”.

»Y, sin haber menester de más convincente estímulo, mandó mi anfitriona que trajesen el laúd y, cuando lo tuvo entre sus manos, se arrancó a cantar con una voz como no he oído otra igual, haciendo, además gala, de haberla educado, de saber acompañarse del instrumento que tañía y de dominar el arte del compás. Tras concluir, me

preguntó: “¿Sabéis de quién es el aire que acabo de cantar y de quién la letra?”. Yo: “No, señora, no tengo idea...”. Ella: “La letra es del poeta... —y aquí mencionó el correspondiente nombre— y la música, de Isaac de Mosul”. Yo: “¿Sí? ¿Y de tanto es capaz Isaac de Mosul?”. Ella: “Ni lo dudéis. Isaac es uno de los grandes en esta arte”. Yo: “Alabado sea entonces Quien le ha dado a ese hombre lo que a otros nos ha negado...”. Ella: “Pues habría que ver lo que diríais si pudieseis oír ese aire de manos del propio Isaac de Mosul”. Y así seguimos hasta que, al romper el alba, entró donde nos hallábamos una anciana que se conducía como si hubiera sido la nodriza de mi anfitriona, y la avisó diciendo: “Ya es hora”. La joven dama se puso en pie de inmediato y, dirigiéndose a mí, dijo: “Quede lo aquí ocurrido entre nosotros, pues las buenas veladas han de celebrarse al resguardo de entrometidos”».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 281**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Ibrahím de Mosul prosiguió su relato: «La joven dama me dijo: “Nada debe llegar a saberse de esta noche, pues las veladas mejores son las silenciadas”, y yo: “Hasta con mi vida podríais contar... No era menester la recomendación”. Nos despedimos, mandó a una esclava que me guiara hasta

la puerta, me abrió y salí camino de mi casa. Cumplí con el precepto de la oración de la mañana y me eché a dormir. Vino luego a buscarme el emisario de Almamún, fui a palacio y pasé con el califa el resto del día. Al atardecer, cuando recordé cuánto había yo disfrutado la noche anterior, algo a lo que solo un ignorante estaría dispuesto a renunciar, salí de palacio, llegué hasta donde el capacho, me senté en él y me volvieron a subir al mismo sitio que la vez anterior. La dama exclamó: “¡Habéis vuelto!”, a lo que yo repuse: “Mucho me parecía estar tardando...”, y, tal como habíamos hecho la primera vez, trasnochamos conversando, recitándonos poemas y contándonos anécdotas memorables. Al alba me fui a mi casa, cumplí con la preceptiva oración y me eché a dormir un rato. Más tarde vino a buscarme el emisario de Almamún, acudí a palacio y pasé lo que del día restaba en su compañía. Cuando oscureció me dijo el Comendador de los Fieles: “Espérame aquí, Isaac, que voy a hacer un mandado. Vuelvo enseguida”.

»Así que el califa se hubo ausentado, mis pensamientos, sin que pudiese yo evitarlo, me llevaron a rememorar las dos veladas y, teniendo en poco las consecuencias que mi acto pudiese acarrearle, por parte del califa, me puse en pie de un salto y, sin pensármelo más, salí corriendo y no paré hasta que llegué adonde el capacho. Me senté en él, tiraron de mí y enseguida me vi en la sala de las

dos noches anteriores. La dama dijo: “Hemos, pues, de consideraros amigo nuestro”, y yo: “¡Por supuesto!”. Ella: “¿Quizás habéis hecho de esta casa, vuestra morada?”. Yo: “¡Con mi vida podéis contar! Las leyes de la hospitalidad me asisten tres días seguidos, de modo que, si vuelvo una vez más, tendréis derecho a disponer de mi sangre a vuestro antojo”. Pasamos la velada como solíamos, y, cuando ya estaba cerca la hora de mi partida, comprendí que Almamún me preguntaría sin duda por mis andanzas y no se habría de contentar más que si le contaba la verdad. De modo que le dije a mi anfitriona: “Siendo como sois gran aficionada al canto, habéis de saber que un primo mío, que es más agraciado de cara, goza de mayor rango y ha recibido mejor formación que yo, es, de todas las criaturas de Dios, quien mejor conoce a Isaac de Mosul”. Ella: “De modo que, además de ser un perfecto gorrón, no tenéis empacho en sugerirme a quién he de invitar...”. Yo: “A vos misma os corresponde el decidir”. Ella: “Si habéis sido veraz al describir a vuestro primo, ¿cómo habría de incomodarnos el trabar con él conocimiento?”. No tardé mucho, después de eso, en levantarme y tomar el camino de mi casa. Pero, apenas hube llegado, irrumpieron los enviados del califa, que me prendieron y llevaron a palacio».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 282**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Ibrahim de Mosul prosiguió su relato: «No había hecho más que llegar a mi casa cuando en ella irrumpieron los enviados de Almamún, que me condujeron ante este por la fuerza. Hallé al califa sentado en su solio y muy irritado conmigo. “¿Has abandonado, pues, mi obediencia?”, me preguntó, y yo repuse: “¡Por supuesto que no, Comendador de los Fieles, lo juro por Dios!”. El califa: “¿Entonces qué ha ocurrido? Cuéntamelo y ni se te ocurra faltar a la verdad”. Yo: “Desde luego, pero en privado”. Él entonces indicó a quienes en su presencia se hallaban que se retirasen, y, cuando nos quedamos a solas, le conté lo sucedido, y concluí: “Quedé con ella en que esta noche vendría nuestro señor conmigo”. El califa: “Hiciste bien”. Disfrutamos cuanto pudimos del resto del día, durante el cual no dejó el califa de pensar un instante en la cercana velada con la joven dama, y, cuando por fin llegó la hora, nos pusimos en camino y yo le hice la siguiente recomendación: “Procurad, mi señor, no llamarme por mi nombre en su presencia; yo, por mi parte, me conduciré como un mero asistente vuestro”. De acuerdo en esto, caminamos hasta el lugar habitual, donde encontramos dos capachos en lugar de uno solo.

»Nos acomodamos en ellos y nos izaron como de costumbre. Ya en la planta superior, la joven dama nos

saludó y nos acogió con exquisita hospitalidad. Y no bien puso el califa sus ojos en la joven, quedó maravillado por su mucha hermosura. Ella, por su parte, comenzó a conversar con él, a referirle historias y a declamarle versos. Nuestra anfitriona ordenó luego que nos trajeran el vino, y bebimos los tres, aunque era evidente que ella le prestaba especial atención a su nuevo invitado, junto a quien se sentía muy a su gusto, y otro tanto cabía pensar del califa. Tomó la dama el laúd y, luego de haber cantado unos versos, me preguntó, haciendo un gesto hacia Almamún: “¿Y vuestro primo es también mercader?”. Yo asentí, y la joven observó: “La verdad es que os parecéis mucho el uno al otro”. “Sí”, volví yo a decirle. Pasado un rato, cuando Almamún había ya trasegado tres arrelles de vino, y hallándose por ello en plena expansión de la alegría, me llamó a voz en grito: “¡Isaac!”, y yo le contesté: “A vuestra disposición, Comendador de los Fieles”. Almamún: “Canta tú también con ese mismo son”.

»Al saber nuestra anfitriona que se hallaba en presencia del califa, se retiró a otra estancia. Terminé yo luego de cantar, y Almamún me ordenó: “Mira a ver quién es el amo de esta casa”. La respuesta nos la dio una anciana: “Pertenece al ministro Alhasan hijo de Sahl”. “Tráemelo aquí”, le ordenó Almamún. La anciana salió y al cabo de un rato se presentó Alhasan, a quien el califa preguntó: “¿Tienes una hija?”. Alhasan repuso: “Sí, se llama Jadiya”.

El califa: “¿Está casada?”. Alhasan: “No, considérela nuestro señor doncella suya, dispuesta siempre a servir al Comendador de los Fieles”. El califa: “La tomo por esposa a cambio de treinta mil dinares, que te serán entregados esta misma mañana; si los aceptas, envíanos a la doncella esta noche”. Alhasan: “Lo que mande nuestro señor”. Salimos luego de la casa y el califa me dijo: “No cuentes, Isaac, esta historia a nadie”. Y, en efecto, para mí me la he guardado hasta la muerte de Almamún. Tengo por seguro que jamás he tenido sociedad como la que conocí aquellos cuatro días: a las claras, con Almamún, y de noche, con Jadiya. Bien sabe Dios que no he conocido a hombre alguno como Almamún ni a mujer que compararse pueda a Jadiya, ni de lejos, en sabiduría, entendimiento y lengua. Pero Dios lo sabe mejor».



## El falso califa

—Y cuentan también —prosiguió Shahrazad— que una noche estaba el califa Harún Arrashid tan inquieto que mandó llamar a su ministro, Yáafar el Barmekí, y le dijo: «Tengo el pecho agobiado y quiero salir esta noche a recorrer las calles de Bagdad y enterarme de cuáles sean los intereses de los siervos de Dios. Pero, eso sí, habremos de ataviarnos como si fuésemos mercaderes, de modo que nadie pueda reconocernos». «Lo que vos mandéis», repuso el ministro. Y, sin más, se pusieron en pie, se despojaron de las ropas de gala que llevaban y se pusieron otras, propias de mercaderes. Eran tres: el califa, Yáafar y Masrur, el verdugo y guardián, y fueron de un sitio a otro hasta que llegaron al Tigris, donde vieron a un anciano, sentado en su pequeña embarcación. Se acercaron a él, le dirigieron el saludo de la paz y le dijeron: «Quisiéramos, maestro, si tan amable fuerais, que nos dieseis un paseo en vuestra barca, y tomad un dinar por vuestro servicio».



Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 286**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que le dijeron al anciano: «Queremos que nos deis un paseo en vuestra barca, y tomad un dinar por vuestro servicio». El barquero repuso: «No es cosa de pensar en recreo alguno cuando el califa Harún Arrashid sale cada noche al río Tigris en un mediano velero y lleva consigo a un pregonero que vocea: “¡Gentes todas, grandes y chicos, notables y plebeyos, mozos y críos! Todo aquel el que ose surcar las aguas del Tigris acabará descabezado o colgado del palo de su embarcación”. ¿Cómo, pues, se os ha ocurrido salir en esta hora, cuando el velero del califa puede aparecer en cualquier momento?». El califa y Yáafar replicaron: «Tomad, maestro, dos dinares y meteos bajo una de esas bóvedas hasta que haya pasado la embarcación del califa». El anciano: «Traed acá el oro y abandonémonos en Dios, el Supremo». Recibió el barquero las monedas, y apenas habían avanzado un trecho cuando vieron que, desde el centro del río, se les acercaba una embarcación que traía antorchas y candelas encendidas. El anciano les dijo: «¿No os he dicho que el califa sale todas las noches? ¡Así Quien todo lo descubre no levante los velos que nos ocultan!», y, esto exclamando, puso el bote bajo una bóveda y tapó

a sus pasajeros con un paño negro, lo que no les impidió seguir observando.

Les fue así dado ver, en la proa de la embarcación que por el río avanzaba, a un hombre con una antorcha forrada de oro en la que ardía palo de cardamomo. El individuo llevaba puesta una túnica de satén rojo y sobre ella, un manto de brocado. Una rica muselina le cubría la cabeza, y del hombro le colgaba un morral de seda verde lleno de palos de cardamomo, que le servían, en lugar de leña, para alimentar la tea. En popa vieron a otro hombre, vestido de igual manera y que portaba una antorcha del mismo material y contenido. Sobre la cubierta de la embarcación venían doscientos siervos *mamluks*, parados en dos hileras. Distinguieron asimismo un trono labrado en oro bermejo, sobre el que venía sentado un joven, hermoso como la luna, envuelto en un manto negro bordado en oro. Delante de él había otro hombre, que bien habría podido pasar por el ministro Yáafar, y, junto a él, un servidor, de pie, muy parecido a Masrur, que empuñaba una espada desnuda.

«¡Yáafar!», llamó el califa, estupefacto con todo aquello, y el ministro le contestó: «¡Aquí me tiene, a sus órdenes, el Comendador de los Fieles!». «¿Puede que quien va en esa embarcación, sea uno de mis hijos, Almamún o Alamín?», se preguntó en voz alta el califa. Fijó luego los ojos en el joven que iba sentado en el trono de oro, y, tras

comprobar que era persona de gran hermosura y garbo, cumplida talla y proporción, volvió a dirigirse a Yáafar: «¡Ministro!». Yáafar: «Sí, mi señor». El califa: «A fe que ese de ahí no ha descuidado detalle alguno de la pompa regia; el que está ante él bien podrías ser tú mismo, Yáafar, y quien lo guarda se parece a Masrur como una gota de agua a otra. Sus contertulios, además, tienen las trazas de los míos. A punto estoy, Yáafar, de perder el juicio por lo que veo».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 287**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el califa quedó tan desconcertado al ver aquello que exclamó: «¡Admirado estoy, Yáafar, con todo eso!». Yáafar contestó: «Yo también, mi señor, yo también». En ese instante dejó de verse la embarcación del falso califa, que seguía avanzando por el Tigris. El anciano barquero sacó entonces su bote de debajo de la bóveda y exclamó: «¡Alabado sea Quien nos ha mantenido ocultos y permitido que salgamos de esta sanos y salvos!». El califa le preguntó: «Y decidnos, maestro, ¿baja el califa todas las noches por el Tigris?». El anciano repuso: «Sí, señor, desde hace ya un año». El califa: «¿Y seríais, maestro, tan amable de esperarnos mañana por la noche en el mismo sitio que

hoy? Te recompensaríamos con cinco dinares en oro. Sabed que somos forasteros, deseosos de ver mundo y que estamos parando en el gran *jan* de los mercaderes». El anciano: «Contad con ello». Dejaron entonces el califa, Yáafar y Masrur al anciano en el río, regresaron a palacio, se despojaron de las ropas de mercaderes y volvieron a ataviarse con sus galas de protocolo. Y, en cuanto hubieron ocupado los sitios que les correspondían en el salón del consejo, recibieron a comendadores, ministros y lugartenientes, y se abrió la sesión. Terminada esta, cuando los asistentes se hubieron dispersado para tomar cada cual su camino, dijo el califa Harún Arrashid: «¡Vamos, Yáafar, a ver a ese otro califa!». Se echaron a reír Yáafar y Masrur, y los tres, ataviados de nuevo a la usanza de los mercaderes, salieron por la puerta secreta y echaron a andar por las calles de Bagdad tan contentos como cupiera estarlo.

Al llegar a la orilla del Tigris se encontraron con el anciano del bote, que los estaba esperando. Subieron a la embarcación, y no llevaban mucho rato allí sentados los cuatro cuando se les acercó el velero del falso califa, que llegaba surcando las aguas en la oscuridad de la noche. Miraron con atención y vieron que a bordo viajaban doscientos siervos *mamluks* más que la noche anterior, y que los portadores de antorchas venían también voceando, como solían. «Si me lo hubiesen contado, Yáafar, te aseguro que

no lo habría creído, pero lo estoy viendo con mis propios ojos», dijo el califa, y luego, dirigiéndose al anciano del bote: «Tomad, maestro, estos diez dinares, y llevadnos tras la embarcación, pues, como ellos están en la luz y nosotros en la sombra, podremos contemplarlos a nuestras anchas sin ser vistos». El anciano recibió las monedas de oro y siguió con su bote al velero del falso califa desde la sombra.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 288**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el califa Harún Arrashid dijo al anciano barquero: «Tomad estos diez dinares y vamos tras ellos». «De mil amores», dijo el anciano, quien se embolsó el oro e hizo lo que le indicaban. Y así, siempre en la oscuridad, siguieron a la otra embarcación hasta que llegaron a la altura de unos huertos donde distinguieron un terreno vallado. La embarcación echó allí el ancla, y al punto se dejaron ver unos mozos que traían una mula ensillada y embridada. El falso califa la montó y se puso en marcha rodeado por sus contertulios y comensales. Los portadores de las antorchas iban voceando, mientras el séquito se desvivía por atender al otro califa. Bajaron asimismo a tierra Harún Arrashid, Yáafar y Masrur, se metieron entre los siervos *mamluks*

del séquito y los sobrepasaron. Pero, como quiera que a los portadores de antorchas no pasara desapercibida la presencia de aquellos desconocidos ataviados como los mercaderes, les dieron el alto y los condujeron ante el falso califa.

Cuando este los tuvo ante sí les preguntó: «¿Cómo habéis llegado a este lugar y quién os ha traído?». Contestaron: «Somos, nuestro señor, mercaderes forasteros; acabamos de llegar, hoy mismo, a la ciudad y hemos salido a caminar disfrutando de la noche. En esas estábamos cuando ha llegado vuestro cortejo, y estos vuestros guardianes nos han puesto ante vos. Eso es todo». El falso califa: «Nada habéis de temer, puesto que sois forasteros; si fueseis bagdadíes, os mandaría cortar el cuello», y luego, volviéndose a su ministro, le ordenó: «Que nada les falte a estos, encárgate de ello, pues son mis huéspedes». «Lo que vos digáis», repuso el otro ministro, quien los condujo hasta un imponente e inexpugnable alcázar, propio solo de un gran soberano, que sobresalía por encima de las nubes. El portón, en madera de teca con incrustaciones de refulgente oro, conducía a un imponente iwán, ornado por un majestuoso surtidor cubierto. El salón adyacente estaba provisto de alfombras y almohadones, cojines, tapetes y mesitas, todo ello contra el fondo de cortinas corridas y un mobiliario que cegaba el entendimiento. Sobre la puerta de entrada había un panel donde se leía:

Reciba mis saludos este alcázar,  
donde han vertido el esplendor los Días.  
Tales y tantas son sus maravillas  
que no hay poeta capaz de ponderarlas<sup>38</sup>.

Entró el falso califa, seguido de su séquito, y se sentó en un solio de oro, taraceado de piedras preciosas y cubierto de una estera de oración en seda amarilla. Tomaron asiento sus contertulios y comensales, se paró a su vera el guardián y verdugo y tendieron los manteles. Terminaron de comer, les retiraron las fuentes, se lavaron todas las manos y les trajeron el servicio del vino, en recipientes que eran de ver, por lo suntuosos. Comenzó entonces a circular la copa y, cuando le llegó el turno de beber al califa Harún Arrashid, se abstuvo este. El falso califa se dirigió entonces a Yáafar: «¿Qué le pasa a tu compañero, por qué no bebe?». Yáafar replicó: «Hace tiempo, mi señor, que no prueba el vino». «Tengo un refresco para tu amigo, hecho de manzana, que le gustará», dijo el falso califa, quien ordenó que se lo sirvieran. Lo trajeron de inmediato, y el falso califa fue hasta donde se hallaba Harún Arrashid y le dijo: «Cuando te llegue el turno de beber, toma un trago de este refresco». Y así estuvieron, libando tan felices el néctar de las uvas hasta que este tomó de sus cabezas posesión y les arrebató el buen juicio.

<sup>38</sup> Comienzo de un poema del iraquí Ašša‘ al-Salamī (m. *circa* 811).

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 289**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el falso califa y sus contertulios siguieron bebiendo hasta que el vino se adueñó de sus cabezas y se llevó su buen juicio y compostura. El califa Harún Arrashid dijo entonces a su ministro: «¡A fe, Yáafar, que en palacio no tenemos vasijas y copas como estas! Mucho me gustaría saber de qué condición es este joven...». Y hablando ambos en secreto estaban cuando acertó el anfitrión a verlos en el momento en que Yáafar recibía una confidencia del califa, por lo que exclamó: «¡A escarnecer se dispone quien al secreto se acoge!». Yáafar replicó: «Nada de eso, señor, en absoluto. Lo que mi compañero acaba de decirme es: “He viajado por casi todos los países, me he sentado a la mesa de los más grandes reyes, me he codeado con las más ilustres personas, y jamás he visto mejor orden y concierto ni más esplendor que los de esta noche. Sin embargo —ha añadido enseguida—, ¿no dicen los bagdadíes que el vino sin música da dolor de cabeza?”». Al oír esto, sonrió contento el falso califa y con una vara que en la mano llevaba golpeó una anilla redonda que había cerca de él. Se abrió entonces una puerta y por ella salió un eunuco que venía cargando una silla de marfil recubierta de rutilante oro.



Detrás de él salió una esclava de extraordinaria belleza y donosura, lustre y perfección. El eunuco armó y colocó la silla en un determinado punto, y en ella se sentó la esclava, que más parecía el sol cuando alumbra en el cielo sereno. La joven traía en la mano un laúd de manufactura india. Se lo colocó en su regazo y se inclinó sobre él como lo haría una madre con su hijo de corta edad; tañó un prelude en veinticuatro aires que a todos hizo perder el sentido, y luego se arrancó a cantar tras volver al primero de los aires. Mucho emocionó a la concurrencia la letra que entonó:

«La lengua del amor te habla desde mis pulsos  
para ponerte al tanto de cuánto por ti sufro.  
Testigos no me faltan: un torturado pecho,  
úlceras en los ojos y un salado reguero.  
De lo que es el amor no tenía sospecha,  
pero Dios de antemano dispone de Su empresa».

Cuando el falso califa hubo oído a la esclava cantar estos versos, lanzó un penetrante grito y se rasgó de arriba abajo la túnica, por lo que hubieron de correr la cortina para taparlo. Enseguida le trajeron un traje aún mejor que el anterior y el joven volvió a sentarse en su solio. Luego, cuando le llegó la copa a las manos, dio con su vara en la anilla redonda, se abrió una puerta y por ella salió un eunuco que venía cargando una silla de oro, seguido de una esclava aún más bella que la anterior, y

provista de un laúd que habría abatido el corazón del envidioso. Se sentó en la silla, rasgó las cuerdas del instrumento y cantó:

«¿Cómo he de ser paciente, si me arden las entrañas,  
si no se seca nunca la fuente de mis lágrimas?  
¡A fe que la alegría de mi existencia falta!  
¿Acaso puede un pecho gozarse en la desgracia?».

Cuando el joven que se pretendía califa oyó estos versos, lanzó un penetrante grito y se rasgó de arriba abajo la túnica, por lo que hubieron de correr la cortina para taparlo. Enseguida le trajeron otro traje, tan esplendoroso que a todos dejó boquiabiertos, y el joven volvió a sentarse y empezó de nuevo a conversar como si nada hubiese ocurrido. Luego, cuando volvió a llegarle la copa, dio con su vara en la anilla redonda, se abrió una puerta y por ella salió un eunuco, cargado con una silla. Lo seguía una tercera esclava, aún más bella que la anterior. Se sentó esta, rasgó las cuerdas del laúd que consigo traía y entonó:

«Reducid la distancia, rebajad los desdenes,  
que mi pecho, os lo juro, olvidaros no puede.  
¿No querréis con quien ama mostraros más clemente,  
con quien suspira y sufre, con quien por vos se muere;  
con quien, debilitado por la pasión y endeble,  
por vuestra aprobación a Dios eleva preces?  
En mis entrañas, Lunas, plaza fija tenéis:  
¿a quien os sustituya cómo encontrar podré?».

Tras oír aquellos versos, lanzó el joven un penetrante grito y se rasgó de arriba abajo la túnica, por lo que hubieron de correr la cortina para taparlo. Enseguida le trajeron otro traje, el joven volvió a sentarse con sus comensales y contertulios, y volvieron a circular las copas. Y, cuando le llegó el turno a él, volvió a dar con la vara en la anilla redonda, se abrió la puerta y por ella salió un eunuco, cargado con una silla y seguido por una esclava. El fámulo armó y colocó la silla, y la esclava se sentó, afinó el laúd que traía y cantó:

«¿Cuánto más durarán la frialdad y el desprecio,  
y a tener volveré lo que tuve primero?  
Las envidias nos eran ayer indiferentes,  
cuando juntos gozábamos de nuestro campamento.  
Pero nos separamos, y se arruinó la casa,  
después de que sufrimos la perfidia del Tiempo.  
¿Qué pretendéis, malignos, que de mi amor me olvide?  
mi corazón rechaza los entrometimientos.  
No me reprochéis más: permitidme que sufra;  
en mis entrañas viven mis íntimos afectos.  
Respetad, señor mío, nuestros sagrados pactos;  
mi corazón no está de vuestro amor desierto».

El falso califa lanzó un penetrante grito, se rasgó de arriba abajo la túnica y cayó redondo al suelo, desmayado.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 290**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, una vez más, dejó oír el falso califa un estridente grito, se rasgó la túnica y cayó al suelo desmayado. Quisieron sus sirvientes taparlo con la cortina, como habían hecho las veces anteriores, pero, como quiera que los cordeles se enredaran, pudo el califa Harún Arrashid distinguir sobre el cuerpo desnudo del joven marcas de latigazos. El Comendador de los Fieles miró con atención y, tras comprobar que no se equivocaba, dirigió la palabra a su ministro: «Un joven muy guapo, desde luego, Yáafar, pero también un despreciable ladrón...». «¿Por qué lo sabéis, señor?», preguntó Yáafar, y el califa repuso: «Porque he visto en su torso las marcas de los azotes». Lograron por fin los servidores del falso califa correr la cortina para taparlo; le trajeron otro traje y el joven volvió a sentarse como antes entre sus comensales. Miró a un lado y vio que el califa y Yáafar hablaban en voz baja, por lo que les preguntó: «¿Pasa algo, hombres?». Yáafar le contestó: «Nada que pueda inquietaros, señor nuestro... Pero no hay por qué ocultar que este mi compañero, que es mercader, como sabéis, y ha viajado por todos los países y regiones y tratado a reyes y a notables, me ha comunicado su admiración ante el grandísimo dispendio que está teniendo esta noche lugar a manos de nuestro señor el califa. “Jamás he visto a nadie —me acaba de decir—, en ninguno de los climas

del mundo que he visitado, que proceda de ese modo, rasgando uno tras otro suntuosos trajes, cada uno de los cuales no debe costar menos de mil dinares; un dispendio como nunca se ha visto...». A lo que el falso califa dijo: «Pues mira que te diga, como te llames: el dinero es tan mío como las telas que gasto, y en mi proceder hay que ver una muestra de mi liberalidad con mis servidores y eunucos. Para tu información te diré que cada uno de los trajes que vengo rasgando se lo regalo a alguno de mis contertulios, aquí presentes, a quienes, además, hago entrega de quinientos dinares». Yáafar el Barmekí exclamó, adulator: «¡Muy bien que hacéis, señor nuestro!», y añadió los siguientes versos:

«En vuestras manos puso su casa la largueza,  
y a la humanidad toda brindáis vuestras riquezas.  
Cierre, si así lo quiere, la largueza sus puertas,  
que al poco vuestras manos las dejarán abiertas».

Oído que hubo el joven el poema, mandó que le entregasen al ministro Yáafar la suma de mil dinares y un suntuoso traje. Y volvió a circular el vino entre los presentes, que siguieron disfrutando muy a sus anchas de aquellos preciados néctares. El califa Harún Arrashid volvió a dirigirse a su ministro: «Pregúntale, Yáafar, por las señales de azotes que le cubren el torso y veamos qué nos contesta». Yáafar repuso: «No queráis, mi señor, transitar

por ese camino; mirad que más os vale conteneros, pues nada es más hermoso que la paciencia». El califa exclamó: «¡Por mi cabeza y por la tumba de mi antepasado Abbás! ¡Pregúntaselo o ya me encargaré yo de que no vuelvas a respirar!». El joven, o sea, el falso califa, dándose cuenta enseguida de lo que entre ellos se traían, preguntó a Yáafar: «¿A qué vienen tantos secretos? Dinos ahora mismo de qué se trata». Yáafar lo quiso tranquilizar: «Nada que os deba preocupar, señor nuestro...». El joven: «¡Por Dios os conjuro! ¡Contadme cuanto entre manos os traéis sin ocultarme nada!». Yáafar: «Mi compañero, señor nuestro, ha visto en vuestro torso marcas de golpes y latigazos, y ha preguntado: “¿Cómo puede un califa recibir castigo corporal?”, deseoso de saber la causa de ello». Sonrió al oír esto el falso califa y dijo: «Sabed que mi historia es tan extraordinaria que, si a cada cual se la grabasen con aguja en el interior del ojo, buena enseñanza le procuraría». Dicho esto y, después de lanzar varios suspiros, recitó:

«Mi historia deja en nada todas las maravillas.  
(Juro por mis amores que mi alma está perdida).  
Si queréis que os la cuente, vuestra atención os pido:  
silencio ha de guardar toda la compañía.  
Escuchad lo que digo, que será de provecho;  
me oiréis decir verdades, ni una sola mentira.  
Gran pesar y dolor me están aniquilando;  
de la más bella núbil sabed que he sido víctima.

Sus ojos de azabache cual sables indios hieren;  
los arcos de sus cejas con flechas asesinan...  
Mas mi pecho me avisa: un imam me está oyendo,  
señor de nuestro tiempo, califa de califas.  
El segundo presente, de Yáafar lleva el nombre,  
reputado ministro, de principal familia.  
El tercero es Masrur, el fiero vengador.  
Nadie puede acusarme de proferir mentiras.  
Con lo dicho, el mandado considero cumplido,  
y el corazón se place, colmado de alegrías».

Tras oír la segunda parte del poema, Yáafar le juró, con palabras que a nada lo comprometían, que ellos tres no eran los tales. El joven se echó a reír y dijo: «Sabed, señores míos, que no creo ser el Comendador de los Fieles, sino que me hago llamar así para conseguir cuanto quiero de los bagdadíes. Mi verdadero nombre es Muhámmad Ali hijo de Ali el Joyero. Este, mi padre, era hombre potentado y, cuando murió, me dejó un gran capital en oro, plata, perlas, coral, topacios y otras diversas gemas, así como bienes raíces, baños, vegas, huertos, tiendas, adoberas, esclavos y siervos. Pues la cosa es que cierto día en que estaba yo sentado en mi tienda, rodeado de mis mozos y guardias, se dejó caer por allí una doncella, a quien venían sirviendo otras tres, que más parecían lunas. Cuando llegó adonde yo me encontraba, descabalgó la joven dama y se acercó, se sentó en la tienda y me preguntó: “¿Sois Muhámmad el Joyero?”. Contesté: “Sí, mi

señora, vuestro seguro y humilde servidor”. Ella: “¿Y tenéis alguna joya que sea digna de mi persona?”. Yo: “Lo que tengo, señora, os lo traeré de inmediato y vos misma juzgaréis. Si algo es de vuestro agrado, este vuestro esclavo se considerará dichoso; de lo contrario, bien podré decir que no me ha sonreído la suerte”.

»Tenía yo a la sazón en la tienda cien collares de pedrería; se los mostré todos, pero ella no mostró su interés por ninguno y me dijo: “Lo que yo busco ha de ser mejor que todo eso”. Tenía yo también un pequeño collar que mi padre había adquirido por cien mil dinares y tal como ni los más egregios monarcas poseen, de modo que le dije: “Me queda, señora, un collar de piedras finas engastadas tal como no ha visto ningún gran personaje”. “Mostrádmelo”, repuso ella, y no más verlo exclamó: “¡Eso es lo que busco, lo que toda mi vida he deseado! ¿Cuánto cuesta?”. Yo: “Mi padre pagó por él cien mil dinares”. Ella: “Que yo os daré, con otros cinco mil de beneficio para vos”. Yo: “El collar y el joyero, señora, están a vuestra entera disposición; con el precio indicado me daré por satisfecho”. “No podéis quedar sin ganancia; contad con ella y con mi más sincero reconocimiento”, contestó ella, y, sin esperar más, se puso en pie y subió a lomos de su mula, mientras me decía: “Os ruego, señor, por el nombre de Dios, que os dignéis a acompañarnos para que hagamos efectivo el pago. ¡Bien podéis decir que el día de hoy ha sido



como la misma leche!”. Me levanté yo al punto, cerré la tienda y acompañé a la doncella sin contratiempo hasta su casa, que mostraba las inconfundibles trazas de la ventura y la opulencia. Sobre la puerta de entrada, ornamentada en oro, plata y lapislázuli, podía leerse:

Jamás en ti, morada, calamidades entren,  
ni a quien en ti habita perjudiquen los Días  
Bendita sea la casa que recibe a los huéspedes  
cuando en otro lugar no encuentran acogida.

»La joven dama descabalgó, entró en la casa y me indicó que tomase asiento en el poyo, al lado de la puerta, en espera de que llegase el cambista. Y allí estuve sentado un buen rato hasta que una esclava salió y me dijo: “Dice mi ama, señor, que paséis y os acomodéis en la sala para recibir vuestro dinero”. Me levanté, pues, entré en la casa y permanecí sentado unos instantes sin darme cuenta de que delante de mí había un solio de oro tapado por una cortina de seda. Alguien la descorrió y pude ver a la joven dama, mi clienta. Llevaba el rostro descubierto, lo más parecido que he visto al óvalo de la luna, y el collar que acababa de comprarme le adornaba el cuello. Tales eran su belleza y esplendor que creí perder el juicio. Al verme se levantó del solio, vino hacia mí y me dijo: “¡Luz de mis ojos! ¿Acaso es preciso que quienes son agraciados, como vos mismo, no tengáis compasión de quienes os aman?”.

Yo contesté: “La belleza, mi señora, se halla entera en vuestro ser y no es más que uno de vuestros atributos”. Ella: “Sabed, alhaja mía, que os amo y apenas puedo creer que os haya traído a mi casa”. Dicho lo cual, se inclinó sobre mí; la besé, me besó ella a mí, me atrajo a su cuerpo y contra su pecho me estrechó.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 291**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el hijo de Ali el Joyero prosiguió su relato: «Ella se me acercó, me besó, me atrajo hacia sí y me estrechó contra su pecho. Al punto supe que, por encima de todo, deseaba unirme a ella. La dama, precisamente, me preguntó: “¿Acaso queréis, mi señor, tener trato pecaminoso conmigo? ¡Quiera Dios aniquilar a quienes tales tropelías cometen y hasta a quienes se permiten feas palabras! Virgen soy, intacta, nadie se me ha acercado siquiera y no soy desconocida en la ciudad. ¿Sabéis acaso quién soy?”. Yo: “No, mi señora”. Ella: “Pues soy *sitt* Dunia hija de Yahya hijo de Jáled el Barmekí, y hermana de Yáafar, el ministro del califa”. Al oír estas palabras me contuve, arredrado, y me defendí: “No podéis acusarme, señora, de haberos acosado, pues vos misma me habéis hecho desear la unión carnal”. Ella: “Nada habéis de temer, y a buen seguro que alcanzaréis

lo que deseáis, pero habrá de ser a plena satisfacción de Dios, pues en mi mano, y la de nadie más, está el disponer de mí misma. Al juez sólo corresponde el supervisar el contrato en virtud del cual habré yo de ser vuestra esposa y vos, mi marido”.

»Dicho esto, y sin perder un solo instante, hizo venir al juez y a los escribanos y se encargó de todo lo demás. Cuando hubieron llegado, les dijo: “Aquí tenéis a Muhámmad Ali, el hijo del Joyero, quien me ha solicitado matrimonio y se ha comprometido a pagarme la dote; yo he consentido de buen grado”. Levantaron, pues, el acta y yo entré con ella en su cámara. Mientras tanto dispusieron para nosotros, con el más acabado arreglo y orden, el servicio de beber, y, cuando ya el vino nos había achispado, mandó *sitt* Dunia que viniese a cantar para nosotros una esclava. Compareció esta con su laúd y, después de emocionarnos con un hermoso preludeo, entonó los siguientes versos:

“Quien bien quiero se muestra: rama, luna, cervato;  
no ha habido corazón que no haya conquistado.  
Extinguir quiso Dios de su mejilla el fuego:  
fue el punto de partida de nuevos arrebatos.  
Confundo a mis censores, cada vez que su nombre  
mencionan ante mí, frialdad aparentando,  
y finjo interesarme si de otro asunto tratan,  
mas solo su recuerdo de mi persona es amo.  
De la Beldad profeta, su rostro es el gran signo,

siendo como es, entero, portentoso milagro.  
Bilal<sup>39</sup> en su mejilla se plantó a vigilar,  
por ver cuándo alumbraban de su frente los albos.  
Quieren los criticones, ilusos, que lo olvide;  
quien en su fe está firme no apostata de grado”<sup>40</sup>.

»Con gran maestría ejecutó la esclava, quien dominaba a fondo el arte de rasgar las cuerdas y modular la voz. Luego la reemplazó otra, tan dotada para la música como la primera, y así siguieron las esclavas de *sitt* Dunia, cantando para nosotros una tras otra, hasta llegar al número de diez. Tomó entonces la propia dama el laúd, rasgó las cuerdas de este y cantó:

“Juro por la finura de tu garbosa talla  
que el fuego del adiós me está robando el alma.  
Luna que, sola, alumbra las tinieblas más hoscas,  
apiádate de un pecho que consumen las llamas.  
Concédeme una hora... Repara en que las luces  
de la copa de vino tu hermosura resaltan.  
Flores de mil colores nos circundan, alegres,  
entre los matorrales del oscuro arrayán”.

»Cuando la dama acabó el poema, le pedí el laúd, tañí los más inusuales aires y entoné los versos siguientes:

<sup>39</sup> Bilāl hijo de Rabāh, esclavo de raza negra manumitido, fue uno de los «Compañeros» (seguidores) del profeta Muhámmad y tradicionalmente se considera que fue el primer almuédano de la historia, o sea, el primero que se subió en alto para llamar a la oración ritual.

<sup>40</sup> Poema del iraquí Bulbul al-Ġarām (m. 1235).

“¡Alabado sea Dios! De Él habéis recibido  
las prendas de hermosura que me han hecho cautivo.  
Ya que vuestro mirar siembra muerte a mansalva,  
de tan letales flechas os pido salvaguarda.  
En vuestra mejilla arde (inaudito portento)  
la hoguera que reúne las aguas con el fuego.  
Para mí sois infierno, para mí sois la Gloria;  
ya dulce al paladar, ya acre para la boca”.

»Alborozada por mi canción, despidió *sitt* Dunia a las esclavas, y ambos nos retiramos al mejor rincón de la casa, donde nos habían preparado, con suntuosas telas multicolores, un lecho donde dormir. Se quitó la dama toda la ropa que puesta llevaba, nos quedamos tan a solas como los amantes quieren estar, y hallé que mi desposada era perla sin perforar, potranca que nadie había montado. Y me sentí tan dichoso que, puedo asegurároslo, tuve la certeza de que aquella había de ser la noche más dulce de mi vida».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 292**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Muḥammad hijo de Ali el Joyero prosiguió su relato: «Yací, pues, con *sitt* Dunia hija de Yahia hijo de Jáled el Barmekí. Comprobé que era perla no perforada, potranca que ningún jinete había montado, y recité:

“Cual collar de torcaz es mi brazo en su cuello;  
camino libre gana mi mano hacia su embozo.  
Este feliz encuentro cuenta como victoria,  
y habrá de prolongarse sin que nos pongan límites”.

»Y un mes entero permanecí a su lado, sin ocuparme de mi gente, de mis negocios y de mi hacienda, hasta que un día me dijo: “Luz de mis ojos, mi señor Muhámmad, he decidido ir a los baños; quedaos en este lecho y no os mováis de aquí hasta que regrese”. Y, como me conjurara a que tal hiciese, le repuse yo: “Lo que vos queráis”. Pero aún volvió a conjurarme a que no me moviera de donde estaba. Y, llevándose consigo a sus esclavas, salió hacia los baños. Y sabed, amigos míos queridos, que apenas habría alcanzado mi esposa la embocadura del callejón cuando se abrió la puerta dando paso a una anciana que me dijo: “Mi señor Muhámmad, *sitt* Zubeida, la esposa del Comendador de los Fieles, os llama a su presencia, pues ha oído hablar de vuestra donosura, de vuestra excelente formación y de vuestras dotes para el canto”. Le contesté: “A fe que no me moveré de donde estoy hasta que vuelva mi señora Dunia”. La anciana: “No hagáis, mi señor, que *sitt* Zubeida se irrite con vos y se torne vuestra enemiga. Creedme que no os conviene. Venid, hablad con ella y volved luego”. Y eso fue lo que hice. Me levanté al punto y me puse en camino, guiado por la anciana, quien me condujo en efecto a la presencia de *sitt* Zubeida. Al verme,

me preguntó esta: “Dime, luz de mis ojos, ¿eres el amado de *sitt* Dunia?”. Contesté: “El mismo, mi señora, y vuestro más humilde servidor”. *Sitt* Zubeida: “Pues veo que razón no les falta a quienes celebran tu hermosura y porte, tu cortesía y perfección. O, mejor dicho, compruebo al verte que no hay palabras capaces de hacerte justicia. Quisiera, eso sí, que me cantases algo, déjame oír tu voz”. Yo: “A vuestra disposición me tenéis, mi señora”. Mandó ella que me trajeran un laúd y yo entoné:

“De quien bien quiere el pecho sus amados abruma,  
y el cuerpo le consumen las manos de la angustia.  
Presta ya para el viaje, no ve en la caravana  
el amante que queda sino a quien ya se marcha.  
El Altísimo guarde, cuando llegue, a una Luna,  
que ama mi corazón, aun de mi vista oculta.  
¡Cuán dulces sus melindres! Se irrita y se complace...  
Motivo es de embeleso cuanto quien amas hace”.

»Cuando terminé de cantar, exclamó: “¡Así fortalezca Dios tu cuerpo y te perfume el aliento! Bien cierto es que tus buenas prendas, tu saber estar y tus dotes para la música rayan en la perfección. Vuelve ahora sin perder tiempo adonde estabas, no vaya a ser que *sitt* Dunia, al no encontrarte, se irrite contigo”. Besé el suelo ante la gran dama, y la anciana me guio hasta la puerta, por donde salí. Entré en la casa, fui al lecho y allí me encontré a mi esposa, quien dormía después de haber vuelto de los baños.

Me senté a sus pies y comencé a amasárselos. Abrió ella los ojos, y al verme, me dio un puntapié con tal fuerza que me sacó del lecho, y exclamó: “¡Traidor! ¡Habéis faltado a vuestro juramento! ¿No me prometisteis permanecer aquí sin moveros? Y os ha faltado tiempo para iros a ver a *sitt* Zubeida... ¡Bien sabe Dios que, si no temiera yo el escándalo, mandaría derruir su palacio y que sobre su cabeza cayese!”. Y después, dirigiéndose a un esclavo suyo: “¡Bien Hecho, córtale ahora mismo el cuello a este felón y embustero, que ninguna falta nos hace ya!”. El esclavo se vino hacia mí, se cortó un trozo de tela del faldón, con el que me vendó los ojos, y ya se disponía a matarme...».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 293**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Mu-hámmad el Joyero prosiguió su relato: «El esclavo se vino para mí, se desgarró de los faldones un jirón de tela, me vendó los ojos, y ya iban a rebanarme el cuello cuando todas las esclavas, mayores y menores, le dijeron a mi esposa a una: “Mirad, señora, que, a más de no ser este el primer hombre que yerra, aún no conoce cuál es vuestro natural y su culpa no es tal que merezca la muerte”. A esto replicó la dama: “Pues alguna marca mía tiene que llevarse”. Ordenó, pues, que me azotaran, y aquellos azotes



me dejaron las marcas que habéis visto. Cuando acabaron de golpearme mandó la dama que se librasen de mí, y sus esclavos me sacaron a rastras del palacio y me arrojaron fuera. A duras penas y con extrema lentitud me las arreglé yo para llegar a mi casa. Hice venir luego a un físico, que examinó mis heridas y me trató lo mejor que pudo. Más adelante, cuando me hube curado, fui a los baños y, libre ya de dolor y de quebrantos, volví a mi tienda en el mercado. Reuní todo mi género, lo vendí y, con lo que me dieron, me compré cuatrocientos siervos *mamluks* como no los ha tenido rey alguno, de doscientos de los cuales me hacía acompañar cada día. Encargué esta embarcación y en ella me gasté millares de monedas en oro. Me di a mí mismo el título de califa y asigné a cada uno de mis servidores la función de quienes componen el círculo más cercano del verdadero Comendador de los Fieles; adopté sus trazas y su pompa, e hice vocear: “Quien se aventure a recrearse por el Tigris será degollado en el acto”. Y así llevo un año entero, sin haber tenido de ella, de mi dama, la menor noticia, ni directa ni indirecta». Y, dicho que hubo todo esto, derramó abundantes lágrimas y recitó:

«Imposible sería que de ella me olvidase,  
o que a nadie buscara que no me lleve a ella.  
Loado sea por siempre Quien la creó de la nada,  
con la misma hermosura que orna a la luna llena.

sumido me ha dejado su amor en gran penar,  
con el alma pendiente de sus impares prendas».

Así que Harún Arrashid hubo oído sus palabras y tenido cabal conocimiento del amor del joven, de su pasión y padecimientos, quedó tan impresionado como pueda uno estarlo y exclamó: «¡Alabado sea Quien ha hecho que todo tenga su causa!». Los tres supuestos mercaderes le pidieron venia para marcharse, el Joyero se la dio, y Harún Arrashid se resolvió a hacerle justicia al joven y a procurarle toda clase de bienes. Se marcharon, pues, hacia la sede del califato, y, después que se hubieron cambiado de ropa y tomado asiento, el califa ordenó a Yáafar: «¡Que me traigan al joven con quien estuvimos anoche!».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 294**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el califa ordenó a su ministro: «¡Haz que comparezca ante mí el joven con quien estuvimos anoche!». «Lo que mi señor mande», repuso Yáafar el Barmekí, quien fue adonde el Joyero, le dirigió el saludo de la paz y le dijo: «Has de acudir ahora mismo a la llamada del Comendador de los Fieles y califa, nuestro señor Harún Arrashid». El Joyero no tuvo, pues, más remedio que acompañarlo, y lo hizo

dominado por la ansiedad. Entró luego a presencia del califa, besó el suelo ante él y le deseó una larga, gloriosa y regalada vida, que alcanzara todos sus anhelos y no llegase a sufrir revés ni desgracia algunos, y, como broche a su cuidado parlamento, dijo: «La paz sea con el Comendador de los Fieles y Defensor de la sacrosanta Ley», y recitó:

“Káaba que todos busquen sea siempre vuestra puerta,  
y queden nuestras frentes por su polvo cubiertas.  
Y por doquier proclamen: ‘¡Aquí está el *Maqam*<sup>41</sup>,  
pues no es otro el califa que el profeta Abraham!’”.

El califa le sonrió abiertamente, le devolvió el deseo de paz, y, mirándolo con amistosa expresión, le indicó que tomara asiento cerca de él y le dijo: «Relátame por extenso, Muhámmad Ali, los peregrinos hechos que te han acontecido hasta la noche de ayer». El joven repuso: «Desearía, antes que nada, si puede ser, que el Comendador de los Fieles me concediese el pañuelo del amán, para que pueda vuestro humilde servidor quedar tranquilo de su zozobra y con el corazón calmo». El califa lo tranquilizó: «Considérate a salvo de todo temor e inquietud», y el joven le refirió todos los detalles de su historia al Comendador de los Fieles, quien se aseguró con ello de que ante

<sup>41</sup> En árabe se conoce como Maqām Ibrāhīm, es decir, «la Estación de Abraham», el lugar de La Meca, donde, según el Corán, II (La vaca), 125, se detuvo el mencionado profeta.

sí tenía a un enamorado, y un enamorado que sufría por hallarse lejos de su amada. El califa le preguntó: «¿Quieres que te la devuelva?», y el Joyero repuso: «Esa sería merced propia solo del Comendador de los Fieles», y recitó:

«Que no son dedos: besádselos,  
sino llaves del sustento;  
Y loadlos, que no son hechos,  
sino insignias en los cuellos<sup>42</sup>».

El califa se dirigió entonces al ministro: «Tráeme, Yáafar, a tu hermana, *sitt* Dunia, la hija de tu padre, el difunto ministro Yahia hijo de Jáled». «Siempre a la disposición del Comendador de los Fieles», repuso Yáafar el Barmekí, quien hizo comparecer a la dama de inmediato. Cuando ante sí la tuvo, la inquirió el califa, señalando a Muhámmad el Joyero: «¿Conoces a este?». *Sitt* Dunia contestó con una pregunta: «¿Y cómo puede esperarse, Comendador de los Fieles, que una mujer conozca a un varón?». El califa sonrió y dijo: «Este, Dunia, es tu amado, Muhámmad hijo de Ali el Joyero, y estamos al tanto de todo lo sucedido, pues hemos oído la historia de principio a fin, y, después de haber comprendido tanto lo manifiesto como lo oculto del cuento, no queda ya nada por ser desvelado». *Sitt* Dunia: «Lo ocurrido, Comendador de

<sup>42</sup> La primera secuencia («Que no son dedos... sustento») se atribuye a uno de los grandes poetas árabes clásicos, el iraquí Ibn al-Rūmī (m. 896).

los Fieles, estaba escrito en el Libro, y yo ahora le pido al grandioso Dios que me perdone mis actos, y a vos, que me exoneréis de toda culpa». Harún Arrashid se echó a reír y mandó llamar al juez y a los escribanos, para renovar ante ellos el pacto que ya existía entre la dama y su esposo, Muhámmad hijo de Ali el Joyero, lo cual dio pie a que se reanudara la bienaventurada dicha de la pareja, para disgusto de los envidiosos. El califa, por otra parte, incluyó al joven Muhámmad en el círculo de sus comensales y contertulios. Y siguieron todos ellos disfrutando de la más alegre y placentera existencia hasta que les llegó la que destruye los gozos y a los amigos separa.

Duniazad dijo entonces a su hermana Shahrazad:

—¡Qué sugestivo es lo que cuentas, hermana, y qué grato! Por Dios te lo pido, sigue deleitándonos con tus historias.

—Con mucho gusto lo haré, hermanita, —dijo Shahrazad—, siempre que el rey me dé su venia.

—Habla que te oiga —ordenó Shahriar.



## Ali el Persa

—Pues cuentan —comenzó Shahrazad— que el califa Harún Arrashid estaba inquieto una noche, como solía, e hizo venir a su ministro. Así que este se hubo presentado ante él, le dijo: «Hoy estoy tan intranquilo, Yáafar, que el pecho me oprime. A ver si me procuras algo que me solace y alivie». Yáafar respondió: «Tengo, Comendador de los Fieles, un amigo a quien llaman Ali el Persa. Conoce tales historias y anécdotas que las almas alegran y disipan de los corazones las penas». El califa: «Tráemelo». Yáafar: «Ahora mismo, mi señor». Salió, pues, el ministro de donde el Comendador de los Fieles y mandó llamar a Ali el Persa. En cuanto este hubo llegado, le dijo: «Preséntate ante el califa, que te requiere». El Persa repuso: «¡Dicho y hecho!».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 295**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el Persa repuso: «¡Dicho y hecho!», y entró, acompañado de Yáafar el Barmekí a la presencia del califa. Cuando este lo tuvo ante sí, le dio permiso para que tomara asiento. El Persa se sentó y el califa le dijo: «Esta noche me oprime el pecho, Ali, de la inquietud. Tengo noticia de que conoces un sinfín de cuentos y anécdotas, y quiero que me cuentes algo que me distraiga y alivie». El Persa: «¿Y qué prefiere el Comendador de los Fieles que le cuente: algún hecho del que he sido testigo directo o una historia que conozco solo de oídas?». El califa: «Mejor que me cuentes algo que hayas presenciado tú mismo». El Persa: «Como el Comendador de los Fieles diga. Hace unos años partí de esta mi ciudad, o sea, de Bagdad, acompañado de un mozo con una vistosa talega. Llegamos de ese modo a una ciudad para nosotros desconocida. Y, mientras estaba yo ocupado en mercadeear, hete aquí que un curdo malcarado y agresivo se me vino encima y me arrebató la talega diciendo a voz en grito: “¡Esta talega es mía, y cuanto contiene me pertenece!”. Yo exclamé a mi vez: “¡Libradme, musulmanes, del más odioso abusador!”. Quienes por allí había dijeron a una: “¡Presentaos ante el juez y aceptad de buen grado su veredicto!”. Y eso fue lo que hicimos, comparecer ante el juez, cuya decisión estaba yo bien dispuesto a acatar.

Así que hubimos entrado y comparecido ante él, nos preguntó el juez: “¿Qué es lo que hasta mí os trae, cuál es vuestro caso?”. Yo repuse: “Acudimos para que decidáis sobre nuestro litigio, bien dispuestos a aceptar vuestra decisión”. El juez preguntó entonces: “¿Quién de ustedes es el demandante?”.

»El curdo dio un paso al frente y dijo: “Dios asista a nuestro señor el juez. Esta talega es mía, y cuanto en ella hay me pertenece; la perdí y la encontré en poder de este hombre”. El juez: “¿Cuándo la perdisteis?”. El curdo: “Ayer, y desde entonces no puedo ni pegar ojo”. El juez: “Bien, pues ya que sois su dueño, seréis capaz, sin duda, de detallarme el contenido de la talega”. El curdo: “¡Por supuesto! En mi talega hay un tarro de kohl, junto con dos aplicadores de plata y un pañuelo de manos; puse también en ella dos borlas y dos candelabros, y, además, contiene dos aposentos, dos salas principales, dos cuartos en el altillo, un almohadón, dos tapetes, dos jofainas, una bandeja, dos bacías, un frasco, dos tinajas, un cucharón, una aguja saquera, una gata y dos perras, una escudilla de las grandes, dos sacos, un jubón, dos pieles, una vaca y dos terneros, una cabra y dos chivitos, una oveja y dos pellejos, dos tiendas de campaña de color verde oscuro, un camello macho y dos hembras, una búfala, dos toros, una leona y dos zorros, una colchoneta y dos lechos, un palacio y dos recibidores, una galería y dos salones, una cocina con



dos puertas, amén de un nutrido grupo de curdos que darán fe de que la talega es mía”.

»El juez se dirigió luego a mí: “Y vos, ¿qué tenéis que decir a eso?”. Yo entonces, Comendador de los Fieles —prosiguió Ali el Persa—, di un paso al frente, atónito por las palabras del curdo, y dije: “Preserve Dios la gloria de nuestro señor el juez. En esa mi talega lo único que llevo es una casilla derruida y otra sin puerta, amén de un cubículo para perros; llevo, además, una escuela coránica para los mozuelos y unos cuantos de estos jugando a los dados; pabellones de campamento con sus cabos, Basora, Bagdad y el alcázar de Shaddad hijo de Ad; así como un fuelle de herrero y una red de pesca, un bastón, unas cuantas estacas, chiquillos, chiquillas y, desde luego, una congregación de generales dispuestos a dar fe de que la talega es mía y nada más que mía”. Cuando el curdo oyó estas mis palabras se echó a llorar y, entre ayes y lamentos, dijo: “Mi talega, su señoría, es bien conocida y de todo su contenido hay noticia. Yo os digo que me pertenece y que dentro de ella hay fortalezas y castillos, así como grullas, fieras y jugadores de ajedrez y de damero; y añadiré aún más, pues en esta mi talega llevo una yegua, dos potros, un semental, otros dos buenos caballos y dos largas lanzas, y asimismo contiene varias fieras, conejos, una ciudad y dos aldeas, una puta y dos rufianes mañosos, un sarasa y dos malhechores, un ciego

y dos videntes, un cojo y dos lisiados, un presbítero y dos diáconos, un obispo y dos frailes, un juez y dos ujieres, todos los cuales están dispuestos a dar fe de que la dicha talega es de mi propiedad”.

»El juez me preguntó de nuevo: “¿Y vos qué decís, Ali?”, y yo, no oculto, Comendador de los Fieles, que lleno de ira, di un paso al frente y dije: “Dios asista a su señoría el juez”».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 296**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el Persa prosiguió su relato: «Sepa el Comendador de los Fieles, que, tan lleno ya de ira como pueda nadie estarlo, di un paso al frente y dije: “Dios asista a nuestro señor el juez. En esta talega, que es mía y de nadie más, guardo una loriga, espadas de ancha hoja, varios arsenales y un millar de carneros de retorcidos cuernos; así como un aprisco para el ganado y más de mil perros ladrones; junto con huertos y viñas, arboledas en flor y aromático monte bajo, higueras y manzanos, imágenes y espectros, redomas y vasijas; amén de novias y bellas cantantes, bodas, bullicio y algazara; amplios territorios, partidas de triunfantes guerreros, que muy de mañana salen armados de espadas y vistas lanzas, de arcos y flechas, y llevo asimismo

a los amigos y camaradas, a los seres más queridos y a los compinches; pero también celdas de castigo y cuadrillas de bebedores, un *tanbur* y varios *neys*<sup>43</sup>, banderas y estandartes, rapaces, mozuelas y recién casadas, y, además, buen número de esclavas dotadas para la música, a saber: cinco abisinias, tres indias, cuatro medinenses, veinte rumíes, cincuenta turcas, setenta persas, ochenta curdas y noventa georgianas; pero también llevo el Tigris y el Éufrates, una red de pescador, el mechero y la mecha, la antiquísima ciudad de Íram de las Columnas, pescadores, establos, mezquitas y casas de baños, un albañil, un carpintero con su tablones y sus clavos, un esclavo negro con su flauta, un comandante de caballería con sus hombres, ciudades y metrópolis, cien mil dinares, la ciudad de Cufa y la provincia de Alanbar, veinte arcones llenos de telas, cincuenta almacenes rebosantes de víveres, Gaza y Ascalón, el espacio que media entre Damietta y Asuán, los palacios de Cosroes Anushirwán y del rey Salomón, el terreno comprendido entre Wadi Numán y la región del Jorasán, así como Balj e Ispahán y las tierras que van desde la India hasta Níger y el Sudán; a más de lo anterior, y así Dios alargue la vida de su señoría, en la talega

<sup>43</sup> El *tanbur* y el *ney* son instrumentos musicales, muy conocidos y de rica tradición en las músicas de Oriente Medio; el primero, de percusión, y el segundo, de viento.

llevo unas cuantas almillas, telas para turbantes, amén de mil afiladas navajas de afeitar, con las cuales, y muy gustosamente, rasuraría yo a nuestro señor el juez, a no ser que su señoría tema sentenciar que la talega no es mía y mande que me castiguen”.

»Muy desconcertado por mis palabras quedó el juez, quien dijo: “A mí lo que me parece es que sois un buen par de cenizos los dos, quién sabe si hasta herejes, que osáis burlaros de la judicatura y la administración pública, sin temer por ello la reprobación de nadie. Y lo digo porque nadie ha descrito nada semejante, ni se tiene de ello noticia, ni ha habido quien soltara esa retahíla de embustes, porque bien sabe Dios que ni desde la China hasta donde crecen las acacias que muchos llaman el árbol de Umm Gailán, ni desde los confines de la Nigeria y Wadi Numán al más remoto extremo del Jorasán no cabría todo eso que habéis dicho. ¿Quién puede creerse vuestras declaraciones? ¿Acaso es esa talega un mar sin fondo, o el mismísimo día del Juicio, cuando los justos y los pecadores todos habrán de reunirse?”. Dicho lo cual, mandó el juez que abrieran la talega, y, cuando así lo hicieron, quedó de manifiesto que no contenía más que un pan, un limón, un cacho de queso y un puñado de aceitunas”. Tomé la talega, se la entregué al curdo y me marché». El califa Harún Arrashid se desternillaba de la risa al oír la historia que le contó Ali el Persa y le dio una generosa recompensa».



## La ruina de cierto bagdadí<sup>44</sup>

—Y asimismo cuentan —prosiguió Shahrazad— que cierto bagdadí que vivía en la abundancia perdió toda su riqueza, y tan mala llegó a ser su situación que, para tener de qué comer tenía que esforzarse con denuedo. Una noche se acostó abrumado por sus cuitas y soñó que alguien le decía: «Vete a El Cairo, pues allí está tu sustento». El bagdadí emprendió, pues, viaje en dirección a El Cairo, adonde llegó caída ya la tarde, por lo que se acogió, para dormir, a una mezquita. Y dispuso Dios, el Supremo, que una banda de ladrones se hallase en aquella mezquita para asaltar desde allí cierta casa cercana. Pero los ladrones despertaron a los habitantes de la casa y estos prorrumpieron en tales gritos que acudió el mismo corregidor con

<sup>44</sup> Esta historia la hizo célebre en el ámbito hispano Jorge Luis Borges al incluir, en *Historia universal de la infamia* (1935), una versión con el título «Historia de los dos que soñaron».

sus guardias y estos ahuyentaron a los malhechores. Entró entonces el corregidor en la mezquita y se encontró con el bagdadí. Lo detuvo, le administró un duro castigo de azotes y lo encarceló. Al cabo de tres días el corregidor le hizo comparecer ante sí y le preguntó: «¿De dónde eres?». «De Bagdad», repuso el malhadado forastero. «¿Y por qué has venido a El Cairo?». «En sueños oí una voz que me dijo: “Vete a El Cairo, que allí está tu sustento”. Y así ha sido: nada más llegar me he encontrado con el sustento anunciado, en forma de latigazos que gracias a vos he conseguido en abundancia». El corregidor se rio tanto que dejó que se le vieran hasta las primeras muelas<sup>45</sup>, y le dijo: «¡Qué pocas luces tienes! Tres veces he oído yo en sueños una voz que me ha dicho: “En Bagdad hay una casa —y siempre me da las señas y me la describe en detalle— en cuyo patio hay un vergel con una fuente, debajo de la cual hay un gran tesoro; no tienes más que ir y hacerte con él”, y no por eso se me ha ocurrido irme a Bagdad. Pero tú sí que has sido lo bastante insensato como para emprender un largo viaje solo por un sueño». Dicho esto, le dio unas monedas de plata y añadió: «Úsalas para volver a tu tierra».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

<sup>45</sup> El decoro tradicional islámico exige que no se abra del todo la boca al reír.

Y, cuando ya caía la **noche 352**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el corregidor le dio al bagdadí unos dirhams mientras le decía: «Que te sirvan para volver a tu tierra». Y así hizo el hombre, volver a Bagdad, a su casa, que era la misma que el corregidor le había descrito. Nada más llegar, cavó bajo la fuente y se encontró con una gran suma de dinero. Dios, pues, le había facilitado el sustento gracias una extraordinaria coincidencia.



## Tres amores desgraciados

—Y asimismo cuentan —prosiguió Shahrazad— que el Utbī<sup>46</sup> refirió lo siguiente:

Estaba yo en cierta ocasión en compañía de varios hombres de letras. Nos estábamos relatando diversas noticias y sucesos, y de una cosa pasamos a otra hasta ir a parar a las historias de enamorados. De modo que cada uno de los allí presentes comenzó a decir lo que sobre el asunto sabía. Todos, salvo un anciano que nos escuchó guardando absoluto silencio y luego, llegado que le hubo el turno de hablar, preguntó: «¿Queréis que os relate una historia como no habéis oído otra?». «¡Desde luego!», le contestamos, y él comenzó a referir lo siguiente: «Pues la cosa es que yo tenía una hija, que amaba con locura a

<sup>46</sup> Puede que se trate de Abū Naṣr al-‘Utbī, escritor áulico y autor de una célebre obra de prosa rimada, que vivió bajo la égida de los Gaznaúies, a comienzos del siglo xi.



cierto joven, sin que nosotros supiéramos nada de ello. El joven, por su parte, estaba perdidamente enamorado de una esclava, la cual, a su vez, bebía los vientos por mi hija. Un día participé en cierta velada a la que también asistió el joven de quien estaba mi pobre hija prendada».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 410**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el Utbí continuó su relato:

El venerable anciano siguió diciendo: «Me hallaba yo un día en cierta velada a la que también asistieron el joven y la esclava, y esta entonó los siguientes versos:

“Dolor muestra el amante con sus lágrimas,  
si la consolación ve que le falta”.

»El joven se acercó a ella y le dijo: “¡Muy bien cantado! ¿Me dais, mi señora, vuestra venia para que muera?”. Desde detrás de la cortina repuso la esclava: “Sí, si estáis de verdad enamorado, morid”. El joven recostó la cabeza en un almohadón y cerró los ojos. Cuando la copa de bebida que estaba circulando llegó hasta él, lo movimos y comprobamos que estaba muerto. Nos arremolinamos todos en torno a su cadáver, disipada por completo la alegría que nos había embargado, y nos fuimos cada uno

por nuestro lado, muy afectados todos. Extrañados quedaron los míos al verme volver a casa antes de lo que tenía por costumbre. Les conté entonces lo que al joven le había acontecido, pues no quería que dejaran de conocer tan extraordinario hecho. Tras haber oído mi relato, se retiró mi hija a otra sala. Fui tras ella, entré en la sala y la hallé con la cabeza reclinada en un almohadón, tal como había hecho antes el joven. Me acerqué a ella, la moví y me di cuenta de que había muerto. Lo preparamos todo y, a la mañana siguiente la llevamos a enterrar más o menos al mismo tiempo que los deudos del joven salían con el cadáver de este, y, ya cerca del cementerio, nos topamos con un tercer cortejo. Preguntamos y nos dijeron que llevaban a enterrar a la esclava cantora, que, al oír la noticia de la muerte de mi hija, había pasado también a mejor vida. A los tres los enterramos, pues, el mismo día. No creo que nadie haya oído contar relato de enamorados tan extraordinario».



## Lo que Abu l-Ainá refirió de las dos mujeres y sus amantes

—Abu l-Ainá<sup>47</sup> —prosiguió Shahrásad— contó lo siguiente:

En nuestra calle había dos mujeres que tenían sendos amantes, pero, mientras que una se veía con un hombre hecho y derecho, la otra mantenía relaciones con un mozalbete barbilampiño. Una noche se juntaron en la azotea de una de ellas, que estaba al lado de mi casa, sin que se dieran cuenta de mi cercana presencia. La del mozalbete le preguntó a la otra: «¿Cómo puedes, hermana, aguantar la aspereza de las barbas cuando tu hombre se echa sobre ti y te besa los senos, o los bigotes, cuando lo tienes sobre los labios y la cara?». La otra repuso: «¡Qué

<sup>47</sup> Debe de tratarse de Abū l-‘Aynā’ Muḥammad, un longevo hombre de letras que nació en Ahwaz, vivió en la Basora del siglo ix y se relacionó con otros grandes transmisores de poesía y anécdotas, tales como el Asmaí, que aparece varias veces en *Mil y una noches*.

pocas luces tienes! ¿Qué sería un árbol sin sus hojas, un pepino sin su pelusa? ¿Acaso hay algo más repulsivo que un tiñoso pelón? ¿No te has dado cuenta de que las barbas son al hombre lo mismo que los buenos mechones de pelo a la mujer? ¿Donde se ponga una barba que se quiten todas las mejillas ralas! Acaso ignoras que el Altísimo creó en el Cielo a un ángel que proclama: “¡Alabado sea Quien adornó con barbas a los hombres y con largas gudejas a las mujeres!” Y no cabe duda de que, si las barbas no fuesen parejas en hermosura a una buena melena de mujer, no se compararía a unas con otras. ¿Tan tonta voy a ser para tenderme debajo de un mozalbete que se me corre al instante y, antes de que yo sueñe con llegar, ya se me ha ido? Mil veces prefiero a un hombre hecho y derecho, que, en cuanto me huele, para mí se viene, que se deja de prisas cuando lo tengo dentro, que vuelve a la carga cuando acaba, que sabe cómo tiene que menearse y, después de correrse, vuelve otra vez al principio...». La del barbilampiño, a quien no dejó indiferente lo que oyó, exclamó: «¡Ya ni me acuerdo de mi amigo, bien lo sabe el Amo de la Káaba!».



## Sindbad de los mares

Y, tras concluir la anterior historia<sup>48</sup>, siguió diciendo Shahrazad:

—Tengo asimismo noticia<sup>49</sup>, bienaventurado rey, de que, en tiempos del Comendador de los Fieles, el califa Harún Arrashid, hubo en la Ciudad de la Paz, la ilustre Bagdad, un hombre a quien todos llamaban Sindbad el Ganapán. Era un hombre pobre, que hacía portes a

<sup>48</sup> Se refiere al ciclo de Háseb Karim Eddín, no incluida en la presente selección.

<sup>49</sup> Comienza aquí un ciclo de historias, relativamente largo, el de «Sindbad de los Mares». Es una de las secciones más conocidas de las *Mil y una noches* y, al parecer, ajeno a estas en un principio. Reúne el género de aventuras con el que describe las maravillas de la creación, en las que se aprecian pruebas de la magnificencia de Dios. En la recensión egipcia (que es la que aquí seguimos) incluye siete viajes, aunque el último varía en la de Breslavia, respecto de la que aquí se ofrece. En cuanto al nombre del protagonista, es tradicional en español llamarlo «Simbad el Marino», pero este sobrenombre puede resultar confuso, pues el personaje no es un marinero, sino, como él mismo dice, un «mercader y potentado» que, eso sí, se ve en la necesidad de surcar los mares para comerciar.

cambio de unas monedas. Pues bien, coincidió que un día de calor tórrido llevaba sobre la cabeza una pesada carga y que, fatigado, sudoroso y vencido por el calor, pasó por delante de la puerta de un mercader, bien barrida y regada y donde el aire no era tan ardiente. Junto a la puerta había un ancho poyo donde el porteador dejó su carga para descansar un momento y respirar un poco.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 537**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el porteador dejó su carga en aquel poyo, para descansar y tomar algo de aire. A través de la cancela le llegaron una serena brisa y un sutil perfume, y, gozándose de todo ello, se sentó en un extremo del poyo. Percibió entonces sonos de cuerdas y laúdes, armoniosas voces y elocuente recitar; oyó asimismo cantos de aves que a Dios, el Supremo, lisonjeaban y alababan en diferentes tonos y en todas los idiomas: tórtolas había, amén de tordos, mirlos, ruiseñores, torcaces y alcaravanes. El porteador, reconfortado de sus fatigas y extasiado con lo que oía, se acercó a la puerta y comprobó que, dentro del recinto, había un espacioso huerto, donde vio tal multitud de mozos, esclavos, fámulos y otros deudos, como solo se congregan en torno a reyes y príncipes. Llegaron entonces hasta él

los aromas de bien condimentados y variados alimentos, así como de olorosas bebidas, y, levantando los ojos al cielo, exclamó: «¡Loado seáis, Sustentador, Creador, Proveedor, Quien sin límite dais a quien Vos queréis! Perdonadme, Dios mío, los pecados, pues, dejando atrás mis vicios, a Vos me vuelvo. ¿Cómo oponerse, Sustentador nuestro, a Vuestra sabiduría y poder? ¿Quién osará preguntaros por lo que decidís Vos, el Omnipotente? Alabado seáis, pues enriquecéis y exaltáis a quien Vos elegís, y empobrecéis y humilláis a quien Vos señaláis. ¡No hay más divinidad que Vos! ¡Cuán grande, cuán enérgico es Vuestro poder, cuán acertada Vuestra disposición cuando concedéis Vuestras gracias solo a aquellos de entre Vuestros siervos que Vos elegís! El dueño de esta mansión vive en la misma gloria, gozando de aromas sutiles, comidas sabrosas y preciadas bebidas de todas las clases. Vos decidís lo que queréis para Vuestras criaturas, lo que a cada cual destináis: unos viven en un continuo trajinar y otros, en la molicie; unos son felices mientras que otros, como es mi caso, no conocen más que la fatiga y la degradación. Bien lo expresó el poeta:

En su sombra proyecta cada cual su figura,  
y mi sombra es la propia de la malaventura.  
Extenuado me acuesto, cansado me levanto,  
sin otro diviendo que un sinfín de quebrantos.  
Otros que yo hay felices y de fatiga exentos,

que nunca se han doblado bajo oneroso peso;  
cuya vida engalanan los más preciados dones:  
la alegría y la gloria, las viandas y licores.  
Un coágulo de líquido nos da a todos origen;  
no es la naturaleza la que tanto distingue.  
Pero al final resulta que los que eran iguales  
entre sí se parecen como vino y vinagre.  
No me tengáis, buen Dios, por desagradecido;  
de Vuestra justa Ciencia soy el primer testigo».

Cuando el ganapán Sindbad hubo terminado de decir estos versos, y fue a cargar su fardo para marcharse, salió por la puerta un mozo de escasa edad, rostro agraciado, talle lindo y suntuosos ropajes, quien, tomando al porteador de la mano, le dijo: «Entra a hablar con mi amo, que te invita». El ganapán pensó que no debía entrar, pero, sin poder resistirse, dejó el fardo con el portero, en la galería, y, guiado por el muchacho, se internó en la casa, que le pareció no solo vistosa, sino acogedora y respetable. Así que avanzaron, se encontró en un gran salón con asientos, que ocupaban distinguidas damas y grandes señores, entre toda la variedad de flores y plantas aromáticas, así como de frutos secos, fruta fresca, diversas clases de manjares y vinos de los más escogidos viñedos. Vio asimismo instrumentos musicales, en manos de distintas categorías de esclavas, sentadas con arreglo a su jerarquía. Y en el corazón de la asamblea vio sentado a



un respetable señor, de sienes ya canosas, agradable presencia, porte elegante y a quien adornaban el aplomo, la dignidad y la grandeza. Deslumbrado por cuanto veía, se dijo el porteador Sindbad: «Debo de hallarme en el mismo Paraíso o, por lo menos, en el palacio de algún gran rey o monarca». Luego, mostrando sus mejores modales, saludó a los presentes, rogó a Dios por ellos, besó el suelo y se levantó con la cabeza gacha.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 538**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Sindbad el Ganapán, después de haber besado el suelo ante los presentes, se alzó con la cabeza gacha en señal de humildad y oyó que el amo del lugar lo invitaba a sentarse cerca de él. El ganapán se sentó y el otro, tras darle la bienvenida con muy corteses palabras, le ofreció de los apetecibles y raros manjares que ante sí tenía. Sindbad el Ganapán bendijo primero el Nombre de Dios y luego comió cuanto le vino en gana. Al terminar dijo: «Loado sea Dios, en toda circunstancia», se lavó las manos y dio las gracias. El dueño de la casa volvió a mostrarle su buena acogida: «Bienvenido seas y Dios te bendiga. Dime: ¿cómo te llamas y cuál es tu quehacer?». «Me llamo —contestó el invitado— Sindbad y me dedico a llevar las cargas de quienes

me pagan por ello». El amo de la casa sonrió: «Pues sabe, que te llamas igual que yo, pues soy Sindbad, el de los Mares. Pero lo que yo quisiera, amigo porteador, es oír esos versos que estabas recitando a la puerta de esta casa». El ganapán se avergonzó: «Por Dios os ruego, señor, que no me lo toméis en cuenta. Del cansancio, las dificultades y las penurias no aprende uno más que malos modales y desfachatez». Sindbad de los Mares: «No tienes de qué avergonzarte, pues hermano mío te considero, y recítame esos versos, que mucho me han gustado antes». El ganapán Sindbad recitó de nuevo los versos, y Sindbad de los Mares dijo, conmovido: «Mi historia, amigo porteador, es extraordinaria, y quiero hacerte sabedor de lo que me ocurrió antes de verme en este lugar y tan dichoso como ahora soy. Para llegar hasta aquí he tenido que pasar por fatigas sin cuento y toda clase de horrores. Quiero que conozcas cuanto hube de soportar en mis tiempos de esfuerzo y sufrimiento. Todo ello, desde luego, ocurrió en virtud de la Providencia y el Decreto divinos, pues de lo que escrito está nadie puede escapar.

### *Primer viaje de Sindbad de los Mares*

Sabed todos, distinguidos huéspedes y amigos —comenzó a contar Sindbad, el de los mares—, que mi padre fue una

excelente persona y destacó como mercader entre los de su oficio. Su fortuna era grande, y abundantes los dones de que disfrutaba. Al morir, siendo yo un muchacho de corta edad, me dejó en herencia dinero, casas y tierras. Cuando alcancé la mayoría y pude disponer de todo ello, me dediqué a comer a mi gusto, a beber de lo mejor, a moverme entre los jóvenes elegantes ataviado con buena ropa, y a ir y venir con amigos y conocidos. Pensaba que aquello duraría por siempre. Y, aunque no tardé mucho en volver a mis cabales y despertar de mi ensueño, para entonces mi fortuna había declinado y mi desahogo había llegado a su fin. Desposeído de cuanto había sido mío, un día me sentí, casi sin saber cómo, lleno de miedo y falto de explicaciones. Recordé entonces algo que me habían contado hacía mucho, las palabras de nuestro señor Salomón hijo de David, con ambos sea la paz, quien decía: «Tres cosas hay mejores que otras tres: el día de morir que el de nacer, un perro vivo que una fiera muerta y la última morada que un palacio<sup>50</sup>». De manera que me resolví a reunir los vestigios que de mi opulencia quedaban, tales como las telas, y los vendí, y otro tanto hice con mis tierras y cuanto a mi nombre seguía teniendo. En total junté tres mil dinares, y, al verme con ellos en la

<sup>50</sup> De las tres comparaciones, las dos primeras sí que serían atribuibles a Salomón, pues se hallan en el Eclesiastés (7:1 y 9:4).

mano, se me ocurrió la idea de viajar por las tierras donde viven otras gentes, y me acordé de las palabras del poeta:

La gloria se consigue con esfuerzo;  
solo quien se desvela llega lejos.  
En el fondo marino están las perlas  
que procuran gobierno y opulencia.  
Quien pretenda triunfar sin cansarse  
la vida entera pasará engañándose<sup>51</sup>.

Resuelto, pues, a actuar, adquirí mercancías, equipo, pertrechos y provisiones, y, cuando me vi en disposición de emprender viaje, me embarqué con un grupo de mercaderes rumbo a la ciudad y puerto de Basora, desde donde nos hicimos al mar. Un buen número de noches y días navegamos, yendo de costa en costa, de mar en mar, de tierra en tierra, y cada vez que atracábamos en un lugar, comprábamos, vendíamos o trocábamos género. De esta manera llegamos, después de una larga singladura, a una isla que parecía un vergel del Paraíso, donde, como el patrón decidiese fondear, echaron los marinos anclas y tendieron la escala. Cuantos pasajeros iban en la embarcación descendieron, cavaron hoyos para prender hogueras y hornillos y cada cual se dedicó a lo que mejor le pareció. Unos decidieron cocinar, otros lavar su ropa y otros, entre quienes

<sup>51</sup> Es el comienzo de un poema atribuido al imam al-Šāfi‘ī (m. 820), fundador de una de las escuelas jurídicas del islam, de quien ya se ha hablado.

me encontraba yo, explorar la isla. Pasado un rato, nos juntamos todos a comer, beber, reírnos y jugar, y en esto el patrón, de pie sobre la cubierta del barco, comenzó a gritarnos con toda la fuerza de su voz: «¡Pasajeros, por vuestra seguridad, oídmel ¡Volved a toda prisa al barco, no perdáis un instante, dejadlo todo...! ¡Limitaos a huir y salvaréis vuestras vidas de una muerte segura! Porque esa isla en que creéis hallaros no es tal, sino un enorme animal marino que ha estado tan largo tiempo varado en el mar que sobre él han llegado a crecer árboles. Al prender ustedes las hogueras el animal ha tenido que sentir el calor y acaba de empezar a moverse. No dudéis que dentro de unos instantes se sumergirá en el agua y os ahogaréis todos. ¡Salvaos, pues, antes de perecer!».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 539**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el capitán dijo a grandes voces: «¡Salvaos antes de perecer, dejadlo todo!», y los pasajeros, que lo oyeron, se precipitaron todos hacia la embarcación, dejando atrás objetos personales, pertrechos diversos, barajas de cartas y comida en los hornillos. Unos lograron alcanzar el barco y otros no, mientras la que creyeron isla se sumergía en el fondo del mar llevándose consigo cuanto sobre ella habían dejado,

antes de quedar cubierta por el proceloso mar. Yo fui uno de los que se rezagaron en la isla, por lo que las aguas me tragarón con cuantos estaban junto a mí. Pero Dios me concedió la salvación por medio de una tabla de buen tamaño, de las que habían usado para lavar. A ella me agarré, me subí encima buscando mi salvación, y de mis piernas me serví, como si remos fuesen, para impulsarme. Quedé, eso sí, sometido al vaivén de las olas, que de un lado a otro me llevaban. El capitán, mientras tanto, había ya desplegado velas y levado el ancla con quienes había podido ayudar a subir a bordo, sin volverse siquiera a mirar a quienes se estaban ahogando.

Yo me quedé mirando la embarcación, que se alejaba de mí, hasta que desapareció y tuve certeza de mi inmediato fin. Enseguida cayó sobre mí la noche, sin que nada hubiese cambiado, y así permanecí un día entero y una noche más, hasta que, ayudado por el viento y las olas, arribé a la costa de una isla de mucho relieve donde crecían árboles que daban al mar. Me agarré a una rama, bastante alta, y conseguí colgarme, no sin correr grave peligro de muerte. Así fue como pude encaramarme hasta la superficie de la isla. Una vez allí, noté que tenía los pies entumecidos, y las plantas, llenas de mordeduras de peces. Ni cuenta me había dado de ello, tales habían sido mi aflicción y fatiga. Me arrojé al suelo como muerto y enseguida me ausenté de la existencia y me dejé llevar de

la estupefacción. Y así estuve dos días enteros, al cabo de los cuales desperté en aquella isla, con el sol luciendo sobre mí y los pies tan amoratados y llenos de bultos que hube de sobreponerme como pude y moverme unas veces a rastras y otras de rodillas.

En la isla no faltaban árboles frutales y fuentes de agua dulce, por lo que pude alimentarme y ahitar mi sed durante varios días y noches, con cuyo transcurrir me fui animando, recobrando el espíritu y haciendo más firmes mis movimientos. Pude, pues, pensar en mi situación y recorrer la isla, no sin disfrutar, gracias a aquellas arboledas, de la creación de Dios. Con una rama me fabriqué una muleta de la que poder ayudarme. Y así estuve un tiempo, hasta que cierto día, mientras caminaba por una parte de la isla, me pareció ver a lo lejos una figura. Pensé que sería una fiera de la tierra o alguna bestia marina. Me acerqué cauteloso y vi que la figura correspondía a una yegua de formidable estampa, que estaba atada a la orilla del mar. Cuando llegué a su lado soltó un relincho tan terrible que me eché a temblar, y ya me disponía a alejarme cuando de debajo de la tierra salió un hombre que me siguió, diciéndome a grandes voces: «¿Quién sois? ¿De dónde habéis venido? ¿Por qué habéis llegado hasta aquí?». «Sabed, señor —le contesté—, que estoy perdido en este lugar; que venía en un barco y caí al agua con otros pasajeros, pero Dios me socorrió con una tabla

a la que me subí y así me mantuve a flote hasta que las olas me lanzaron contra esta isla».

Cuando oyó mis razones, el hombre me tomó de la mano y me dijo: «Acompañadme». Así lo hice yo, y el hombre me llevó a un sótano. Nos metimos en él y mi guía me condujo hasta una gran sala, siempre bajo tierra. Hizo que me sentase allí y me trajo algo de comer. Yo, que estaba desmayado de hambre, comí cuanto quise, me sacié y me quedé a gusto. Mi anfitrión se interesó por lo que me había ocurrido. Se lo conté todo, de principio a fin, y él quedó asombrado con mi historia, que rematé diciendo: «Os ruego, señor, que no me lo toméis a mal, pero, ahora que ya os he contado lo que de mí ha sido, me gustaría que me dijeseis quién sois vos, por qué vivís en este lugar bajo tierra y tenéis a ese animal atado en la playa». «Sabed —me dijo él— que somos varios y vivimos dispersos por la isla, cada uno en una parte. Somos palafreneros del rey Mahrayán y tenemos a nuestro cargo toda su caballeriza. Cada mes, con la luna nueva, traemos yeguas de raza vírgenes, las atamos por la isla y nosotros nos ocultamos en cámaras subterráneas como esta para que nadie nos vea. Al olor de cada una de las yeguas acude un caballo marino macho que se adentra en la tierra y, al no ver a nadie, la cubre y satisface su necesidad. Luego, cuando ha terminado de copular, trata de llevarse a la hembra consigo, y, como ella no puede moverse porque está atada,



el caballo marino le relincha, la golpea con la cabeza, la patear, le bufar. Cuando lo oímos, sabemos que la ha desmontado y salimos dándole voces. La bestia, como nos teme, vuelve al mar, y la yegua queda preñada de un potro o una potra que vale un cofre entero de oro, pues no tienen par en toda la faz de la tierra. Estamos ahora en tiempo de que aparezcan esos machos. Esperemos, pues, y luego, Dios mediante, os llevaré ante el rey Mahrayán».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 540**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el palafrenero le dijo a Sindbad de los Mares: «Os llevaré a presencia del rey Mahrayán y a que disfrutéis de nuestro país. Sabed que, de no habernos encontrado, os habríais quedado solo en este lugar y al final habríais muerto solo y afligido, sin que nadie tuviera de ello noticia. Pero ahora yo seré causa de vuestra salvación y de que podáis regresar a vuestra tierra». Rogué yo entonces a Dios por mi benefactor, a quien agradecí sus mercedes. Y en ello estaba cuando uno de aquellos caballos emergió del mar y, después de lanzar un aterrador bufido, saltó sobre la yegua. En cuanto el animal hubo conseguido lo que quería, se separó de la hembra y quiso llevársela consigo, pero no pudo. La yegua, que ni podía ni quería moverse, le dirigió

sus bufidos. El palafrenero, armado de espada y adarga, salió por la puerta del sótano donde nos hallábamos y llamó a gritos a sus compañeros: «¡Echad al macho!», les ordenó, mientras golpeaba repetidamente la adarga con la espada. Acudieron entonces los demás mozos provistos de lanzas y lanzando grandes voces, y el caballo, espantado, huyó metiéndose de nuevo en el mar, como si de un búfalo se tratase, y bajo el agua desapareció.

Terminada la maniobra, se sentó mi anfitrión a descansar un poco y a él se fueron acercando sus compañeros, cada uno con una yegua. Cuando me vieron, me preguntaron por mi presencia en la isla. Les conté mi historia y se mostraron cordiales. Tendieron luego el mantel, me invitaron y comimos todos juntos. Después que hubimos concluido, subieron a lomos de sus yeguas, una de las cuales pusieron a mi disposición, y salimos hacia la corte del rey Mahrayán. Entraron primero ellos a su presencia y al darle noticia de mí, me mandó llamar el monarca. Me introdujeron, pues, en el salón regio y delante del soberano me dejaron. Le deseé la paz, él hizo otro tanto, me dispensó su más cálida bienvenida y me preguntó por mi caso. Yo le relaté lo que me había ocurrido y cuanto había visto, de principio a fin. Muy asombrado por todas mis vicisitudes, me dijo: «No cabe duda, hijo mío, de que Dios te ha concedido la gracia de la salud y prolongado tu vida; de no ser así, no habrías podido salvarte

de tantas calamidades. Alabemos, pues, a Dios por que hayas salido con bien». El rey me acogió, me dispensó diversos agasajos y me dio acceso al círculo de sus allegados. Lo cierto es que me distinguió con su confianza de palabra y de hecho. Asimismo, me nombró apoderado suyo en el puerto con el encargo de llevar registro de cuantos barcos alcanzaban aquellas costas.

De este modo, me dediqué a velar por sus intereses mientras él, por su parte, me dispensaba el mejor trato y me favorecía en todo. Me regaló una imponente túnica, y acabé convirtiéndome en la persona que abogaba por quienes se veían envueltos en causas legales. Así permanecí, muy cerca del rey Mahrayán, durante una larga temporada, en cuyo transcurso y siempre que me acercaba al mar preguntaba yo a mercaderes, viajeros y marinos qué sabían de Bagdad, con la esperanza de que me diesen noticias y me fuera posible embarcarme con ellos y regresar a mi país. Pero nadie supo decirme nada de mi patria chica ni indicarme qué barco salía con ese rumbo. El desconcierto vino así a unirse a la melancolía que en mí iba suscitando tan prolongada lejanía de mi tierra. El tiempo siguió transcurriendo sin novedad hasta que un día entré adonde el rey Mahrayán y me encontré con que un grupo de indios se hallaban ante su presencia. Les dirigí el saludo de la paz, que ellos me devolvieron, y, en señal de su buena acogida, me preguntaron por mi país.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 541**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Sindbad de los Mares, prosiguió con su relato:

Cuando les pregunté por su país, me contestaron que pertenecían a distintas castas. Una es la de los chartrías o shakiríes, la más noble de todas, cuyos miembros se abstienen de maltratar ni someter a otras personas. Otros reciben el nombre de brahmanes, que no prueban bebidas embriagadoras y son gentes dichosas y puras, amantes de la diversión, la música, la belleza, los caballos y los animales. Me hicieron también saber que los indios se dividen en setenta y dos grupos. Mucho me admiré yo de todo aquello. Por otra parte, en el reino de Mahrayán tuve la ocasión de visitar una de las islas, llamada Kábil, donde no paraban de oírse panderos y tambores toda la noche, a pesar de que tanto los isleños como los viajeros nos aseguraron que sus habitantes eran serios y formales. Por aquellas aguas tuve ocasión de ver un pez de doscientas brazas de longitud y otro que tenía cara como de búho. Durante aquel mi primer viaje fui, en suma, testigo de tal cantidad de maravillas y cosas singulares que, si quisiera ahora contarlas todas, se prolongaría demasiado mi relato.

Seguí, pues, explorando con gusto el archipiélago hasta que cierto día, estando yo a orillas del mar, con un bastón en la mano como tenía por costumbre, arribó una embarcación donde venía un buen número de mercaderes, de lo que di yo buena cuenta en mis registros. Cuando llegó a puerto mandó su capitán arriar velas y echar el ancla. Tendieron la escala y la tripulación fue sacando a tierra cuanto en bodegas traía. Y los vi descargar con tan inusitada lentitud que me resolví a preguntarle al patrón: «¿Todavía tenéis mercancía que descargar?». «Pues sí, mi señor —me repuso él—, aún nos quedan fardos en el fondo de la bodega. Lo que ocurre es que su dueño se ahogó en la proximidad de ciertas islas junto a las que navegábamos, de modo que nos quedamos con su género en depósito y ahora tenemos intención de venderlas, para hacerle llegar lo que saquemos a los suyos, que viven en la Ciudad de la Paz, la ilustre Bagdad». «¿Y cuál es —le pregunté al capitán— el nombre del dueño de ese cargamento?». «Su nombre —repuso— era Sindbad de los Mares y lo perdimos ahogado en el mar».

Al oír estas palabras lo miré con atención y, al reconocerlo, exclamé: «¡Pero si soy yo, capitán! Yo soy el dueño de ese cargamento, yo soy Sindbad de los Mares, o sea, quien descendió del barco con los demás mercaderes, a quienes vos gritasteis cuando el pez que a sus lomos nos tenía comenzó a moverse. Yo me conté entre quienes no

pudieron alcanzar de nuevo la embarcación, pero Dios me salvó poniendo ante mí una tabla de la que otros se habían servido para lavar. Me subí encima y, gracias al impulso de mis piernas, y con la ayuda del viento y las olas, gané la costa de esta isla, donde volví a encontrarme sobre tierra firme. El Altísimo luego me ayudó una vez más al poner en mi camino a los palafreneros del rey Mahrayán, quienes tuvieron a bien traerme con ellos a esta ciudad e introducirme a la presencia de su soberano. Le conté mi historia y él me ha colmado de dones y confiado la escribanía de este puerto. He sacado así provecho de estar a su servicio y me he granjeado su confianza. Esas mercancías que tenéis en la bodega de vuestro barco son, por consiguiente, mías y de ellas depende mi sustento».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 542**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando Sindbad le dijo al capitán: «Esas mercancías que tenéis en la bodega de vuestro barco son mías y de ellas depende mi sustento», el otro exclamó: «¡No hay poder ni fuerza sino por medio de Dios, el Sublime, el Grandioso! ¿De quién puede uno fiarse, con garantías, sino del Altísimo?».

Y Sindbad de los Mares siguió contando:

Entonces le dije: «¿Por qué me decís eso, capitán? Acabo de contaros mi historia», y el capitán me replicó: «Como me habéis oído decir que traigo un cargamento cuyo dueño se ahogó, queréis quedároslo sin tener derecho a ello. ¡Estáis faltando a la ley de Dios! Todos pudimos ver cómo se ahogaba aquel mercader, junto con otros muchos pasajeros de los que ni uno solo consiguió salvarse. ¿Cómo os atrevéis a haceros pasar por el dueño de esas mercancías?». Le contesté: «Reparad, capitán, en la historia que os voy a contar, con todos sus detalles, y entenderéis que os digo la verdad. Contar mentiras solo es propio de traidores a la fe». Y, dicho esto, le relaté cuanto ocurrió desde que salimos de Bagdad hasta que llegamos a la que creímos isla, donde muchos acabaron ahogándose, y me extendí en detalles de los que solo él y yo teníamos noticia. De este modo conseguí que el capitán y los mercaderes se convencieran de que yo decía verdad. Me reconocieron, pues, como Sindbad de los Mares, celebraron con júbilo mi salvación y exclamaron todos: «¿Cómo íbamos a creer que habríais de salvaros? Bien podéis asegurar que Dios os ha regalado una segunda vida».

Me hicieron luego entrega de mi cargamento, sobre el que encontramos mi nombre escrito, y en el que nada eché de menos. Abrí más tarde uno de los fardos, de donde saqué un valioso objeto, que podría haberse vendido por un alto precio, y con ayuda de la tripulación lo descargué

y se lo hice llegar, a modo de regalo, al rey. A quien, por supuesto, di cuenta de las novedades. Admirado quedó el monarca, quien de ese modo tenía pruebas de mi veracidad en cuanto le había contado. Creció así el afecto que me tenía, me concedió nuevas mercedes y correspondió con creces a mi obsequio. Poco más adelante vendí todo mi género e invertí las pingües ganancias en la compra de nuevas mercancías, bienes y pertrechos de aquellas tierras. Y, cuando los demás mercaderes, mis camaradas de navegación, quisieron reemprender viaje, hice cargar mis nuevos fardos y me presenté ante el rey. Después de renovar le mi agradecimiento por todos sus favores y excelente trato, solicité su permiso para partir hacia mi país y los míos. El me lo dio, no sin colmarme de provisiones para el viaje.

Me despedí, pues, del rey, me embarqué e iniciamos una nueva singladura, con la venia de Dios y Su favor, y gracias a Sus Designios. Y navegamos sin detenernos ni de día ni de noche hasta que llegamos, sin contratiempo, a Basora, donde desembarcamos y permanecemos unos días. Muy feliz estaba yo de volver a mi país sano y salvo. Al cabo de unos días tomé el camino de la ilustre Bagdad, Ciudad de la Paz, llevando conmigo abundante género que habría de reportarme grandes beneficios. Llegué a mi barrio y entré en mi casa, adonde vinieron a verme mis parientes y amigos. Con las ganancias que conseguí fui comprando esclavos, fámulos y concubinas hasta que



reuní un número considerable, y me hice asimismo con más inmuebles de los que había tenido antes de arruinarme. Pero también procuré convivir con unos y otros y disfrutar de la compañía de los íntimos, de modo que volví a ser el que había sido. Todo esto me hizo olvidar el cansancio, la añoranza, las fatigas y los terrores propios del viaje, volcado como estaba en los placeres, las alegrías, la buena comida y las más apreciadas bebidas. Y esto es lo que a mi primer viaje se refiere. Mañana, Dios mediante, os relataré la segunda historia de mis siete viajes.

—Dicho todo lo anterior —continuó Shahrazad—, Sindbad de los Mares invitó a cenar a su tocayo, el de tierra firme, a quien ordenó que entregaran cien meticales de oro, y le dijo: «¡Qué a gusto hemos pasado el día contigo!». El humilde ganapán le dio las gracias, recibió el regalo y se marchó por donde había venido, muy admirado al considerar las aventuras que podían llegar a correr los seres humanos. Durmió en su casa, y, a la siguiente mañana, cuando ya la luz alumbraba, fue de nuevo adonde Sindbad de los Mares, quien le dispensó la más calurosa bienvenida que esperar pudiera y lo sentó a su lado. Cuando hubieron llegado los demás comensales, les sirvieron a todos de comer y beber. Luego disfrutaron de un rato de música. Sindbad de los Mares se animó entonces a proseguir su relación: «Sabed, hermanos, que gocé de la vida más regalada, de la más pura alegría, según os conté ayer».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 543**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Sindbad de los Mares, cuando tuvo en torno a sí a sus amigos, les dijo:

Seguí, pues, gozando de la vida más regalada hasta que un día se me ocurrió la idea de recorrer, de nuevo, las tierras donde viven otras gentes. Lo cierto es que echaba de menos los afanes del comercio y las satisfacciones que depara el explorar países y costas extrañas en busca del beneficio. Resuelto a aventurarme por segunda vez, invertí una importante suma de dinero en comprar género que resistiera las condiciones del viaje. Lo empaqueté todo y me trasladé a la ribera del Tigris, donde encontré un vistoso barco nuevo, con bonitas velas de lienzo, que contaba con una tripulación numerosa y equipamiento sobrado. Mi cargamento vino a unirse al que llevarían consigo otros mercaderes, que me acompañarían en aquella travesía, y aquel mismo día emprendimos sin contratiempos el viaje.

### *Segundo viaje de Sindbad de los Mares*

Fuimos de costa en costa, de mar en mar, de tierra en tierra, y allá donde arribábamos íbamos a ver a los mandatarios,

mercaderes y almacenistas del lugar, y comprábamos, vendíamos y trocábamos género. Y así seguimos un tiempo hasta que los divinos Designios dieron en llevarnos a una hermosa isla, de arboledas frondosas y frutos en sazón, flores aromáticas y canoras aves, por donde corrían arroyos de puras aguas, si bien faltaban viviendas y quien fuegos alimentara. El capitán mandó fondear, y enseguida desembarcaron mercaderes y pasajeros con intención de explorar aquella porción de tierra donde crecían árboles poblados de aves, y alabaron al Dios Único, al Irresistible, asombrados por el poder del Rey, del Preponderante. Me uní yo también al grupo de quienes desembarcaron y con ellos me senté, provisto de algún alimento, a la vera de un manantial de puras aguas que manaban entre los árboles. Acomodado, pues, en aquel lugar, que una suave brisa acariciaba, di buena cuenta del viático que me había alcanzado en el reparto de Dios, y tan a mi gusto me encontraba que me fui dejando llevar por el sopor. Y en aquel lugar me serené, y, tras haber gozado de la brisa que perfumaban deliciosos aromas, me quedé profundamente dormido.

Cuando al cabo desperté, vi que nadie, ni humano ni *yinn*, había a mi alrededor. El barco se había marchado con sus pasajeros, sin que ni mercaderes ni tripulantes se acordaran de mí, por lo que quedé en la isla solo y sin compañía, como comprobé de nuevo mirando a un lado

y a otro. Al darme cuenta me sentí tan vencido por una fuerza invencible, que a punto estuvo de reventarme la vesícula: tales eran mi zozobra, mi aflicción, mi abatimiento. Carecía por completo de cuanto nos facilita la vida material, incluidos alimento y bebida, y, por encima de todo, me hallaba solo. Me sentí sin energía, sin ganas de vivir, y me dije: «Tanto va el cántaro a la fuente... Si la primera vez conseguí librarme de una muerte cierta y me encontré con quienes me sacaron de la isla y me devolvieron a la civilización, no volveré a tener ahora la misma suerte, ¡quia! Nadie va a venir para llevarme a tierras pobladas por seres humanos», y me eché a llorar, compadecido de mí mismo. Me sentía derrotado sin remisión y no le echaba a nadie las culpas sino a mi empeñamiento en partir de viaje cuando tan a mis anchas me hallaba entre mi gente y en mi país; tan feliz como pueda uno estarlo, disfrutando de los mejores manjares, bebidas y vestimentas, y sin que me hiciera falta ni más dinero ni más género.

No podía estar más arrepentido de haber dejado Bagdad, mi patria chica, para embarcarme otra vez, después de las fatigas sin fin que me deparó mi primer viaje y a punto estuvieron de causarme la muerte. «¡Pero, en fin —exclamé con la resignación de quien se sabe próximo a su fin—, de Dios somos y a Dios regresamos<sup>52</sup>!». Muy

<sup>52</sup> Palabras del Corán, II («La vaca») 156, que se asocian con la muerte.

cerca, pues, estaba de contarme entre quienes han perdido el buen tino. Pero poco después me recuperé y decidí hacer cuanto en mi mano estuviese para salvarme. De modo que recorrí buena parte de la isla, de un lado y de otro, sin hallar un sitio donde permanecer a resguardo. Trepé entonces a un árbol copudo, desde donde miré en todas direcciones, sin encontrar otra cosa que cielo, agua, árboles, aves, playas y arenas. Sin embargo, cuando me fijé un poco mejor, pude distinguir una grandiosa figura de color blanco. Bajé, pues, del árbol y me encaminé hacia lo que acababa de ver.

Caminé sin detenerme y vi que se trataba de un edificio blanco en forma de cúpula, de elevada altura y considerable perímetro. Me aproximé y, después de rodearlo entero, comprobé que no había puerta alguna y a mí, desde luego, me faltaban las fuerzas y la agilidad para intentar trepar por la superficie, que era lisa y compacta. Marqué entonces el punto donde me encontraba, volví a rodear la edificación y medí la circunferencia de su superficie: cincuenta pies justos. Como el día llegaba a su fin y el sol se acercaba a su ocaso, me devané los sesos preguntándome cómo podría penetrar en aquella cúpula. La luz del día se desvaneció de repente y todo quedó a oscuras. Pensé que una densa nube se habría interpuesto entre el sol y yo, lo que no era de esperar, pues estábamos en pleno verano. Levanté la cabeza, miré con atención y

me sorprendió ver una grandiosa ave, de cuerpo ingente y desmesuradas alas que planeaba por el aire tapando el sol y proyectando su sombra sobre la isla. Yo no salía de mi asombro.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 544**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, al ver aquella grandiosa ave sobrevolando la isla, Sindbad recordó una historia que hacía mucho le habían contado viajeros y gentes de vida errante. Afirmaban que en algunas islas había un ave, llamada *rojj*, de tan desmesurada envergadura que había de alimentar a sus crías con elefantes.

Y Sindbad de los Mares reanudó su relato:

Comprendí entonces que la cúpula que acababa de ver no era tal, sino un huevo de *rojj*, y me maravillé ante la creación de Dios, el Supremo. Mientras pensaba en ello, el ave descendió sobre la cúpula, la cubrió con sus alas y, echando atrás sus patas hasta tocar el suelo, quedó dormida —¡alabado sea Quien nunca duerme!—. Con el mayor sigilo que pude, me deshice el turbante con que me tocaba la cabeza y lo fui retorciendo a lo largo hasta formar una suerte de sogá, con la que me até fuertemente, por la cintura, a una de las patas del ave, mientras me decía

a mí mismo: «Acaso este ejemplar de *rojj* me lleve a tierras civilizadas, lo cual será siempre mejor que quedarme en esta isla», y pasé la noche en vela, por miedo a dormirme y que el ave echara a volar sin que yo me diese cuenta.

Cuando apuntó la nueva mañana, el ave se retiró del huevo que había estado protegiendo y, tras soltar un sonoro graznido, se alzó tanto en su vuelo que me creí transportado más allá del horizonte. No mucho después, sin embargo, inició el descenso y fue a posarme sobre un lugar elevado. Nada más llegar a tierra firme me apresuré a desatar el nudo que me mantenía aferrado a una de sus patas. A pesar de mi miedo, el ave no percibió mi presencia y pude acabar de soltarme desanudando del todo mi turbante, y después de sacudirme, eché a andar por aquel lugar. El *rojj*, que había levantado del suelo algún objeto con sus garras, reemprendió el vuelo hacia el horizonte. Me fijé bien y resultó que dicho objeto era una serpiente de gran tamaño que el *rojj* se llevaba consigo por encima del mar. Y una vez más quedé maravillado.

Reemprendí la marcha y comprobé que me hallaba en un promontorio desde donde se dominaba una vasta llanura que se extendía hasta los pies de una montaña. Y era esta tan alta que su cumbre, además de inaccesible, resultaba difícil de distinguir. Me reproché entonces la decisión tomada: «Ojalá me hubiese quedado en la isla, que era mucho mejor que este lugar estepario; allí al menos

podría haberme alimentado de frutas y beber de los arroyos, mientras que aquí no hay árboles ni corriente de agua alguna. ¡No hay poder ni fuerza sino por medio de Dios, el Sublime, el Grandioso! Cada vez que me libero de una calamidad vengo a caer en otra mucho peor». Me rehíce luego y, al echar a andar por aquella llanura, vi que el suelo estaba cubierto de las valiosas piedras que llaman diamantes y utilizan para horadar metales y gemas, así como la porcelana y el ónice. Los diamantes son piedras duras y secas, sobre las que resulta inútil la acción del hierro o de otros minerales, y el único modo de cortarlos o de quebrarlos es con la ayuda del plomo. La llanura estaba, además, poblada de diversas especies de serpientes, algunas de ellas del tamaño de troncos de palmeras. Tan grandes eran que, si a alguna se le hubiera plantado delante un elefante, se lo habría tragado entero. Aquellos reptiles salían de noche y se ocultaban durante el día, por temor a que un *rojj* o un buitre los capturaran. Ambas aves tenían la costumbre, no me preguntéis por qué, de trocear las serpientes que capturaban.

En aquel lugar, pues, me hallé, y, muy arrepentido de mis anteriores decisiones, me dije: «Yo mismo estoy apresurando mi muerte». Al final de la jornada seguía aún caminando por la llanura, en busca de un sitio donde pasar la noche a refugio de las serpientes. Tan asustado e inquieto por mi suerte estaba que me olvidé de comer y de



beber. De pronto me encontré ante una cueva, a la que me acerqué y donde pude colarme gracias a una hendidura que a ella daba acceso. Cerca había una gran roca que empujé hasta tapar la rendija. Una vez dentro, me dije: «A resguardo estoy en este lugar. Cuando amanezca, saldré y veré qué puedo hacer». Pero, al volverme hacia el interior de la cueva, vi una gran serpiente que dormía, en medio de la oquedad, sobre sus huevos. Un estremecimiento me recorrió el cuerpo. Alcé la cabeza, encomendé mi suerte a la Providencia y Designio divinos, y pasé en vela la noche entera, hasta que alumbró el nuevo día.

Con las primeras luces arrastré la piedra que tapaba el acceso a la cueva y salí, tan mareado como si estuviese ebrio, por efecto de la falta de sueño, el hambre y el miedo, y eché a andar. Y avanzando iba por la llanura cuando, delante de mí, cayó una bestia grande y degollada. No pude ver a nadie a mi alrededor. El hecho me sorprendió mucho, pero recordé que, hacía ya tiempo, algún mercader, viajero o persona de vida errante me había contado que en el Monte de los Diamantes son tales los horrores que nadie se atreve a aventurarse por su territorio. Sin embargo, los mercaderes de tan valiosas piedras habían ideado una artimaña. Se hacen con una oveja, la sacrifican y desuellan, le abren las carnes y la arrojan desde el monte al fondo del valle, y en la carne fresca quedan los diamantes adheridos. Los mercaderes esperan hasta que,

mediada la jornada, como muy tarde, aparece algún buitre o *rojj*, que se precipita por la carne y, llevándola prendida a las garras, se eleva a lo alto del monte. Acuden entonces los mercaderes dando grandes voces que ahuyentan al ave que sea, y no tienen más que acercarse y despegar los diamantes de la carne, que les dejan las rapaces o las fieras. De ese modo, el único que hay de conseguir los diamantes, los mercaderes vuelven con supreciado género a su país.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 545**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Sindbad de los Mares les relató a sus contertulios cuanto le había ocurrido en el Monte de los Diamantes, gemas a las que —según les explicó— no podían acceder los mercaderes más que recurriendo a cierta artimaña, que el aventurero les detalló. Luego siguió contándoles lo que le había acaecido durante su segundo viaje:

Al ver al animal degollado y recordar aquella historia, me acerqué, recogí y limpié los diamantes, que, en buen número, tenía pegados y me los metí en la faltriquera, el cinturón y los pliegues de la ropa. En esto cayó sobre mí una bestia degollada de gran tamaño, a la que me até con mi turbante, poniéndome yo boca arriba y con el cadáver del animal encima y bien agarrado. Al cabo de unos

instantes bajó un gran buitre que hizo presa del animal y, llevándolo bien agarrado y a mí, colgado debajo, se elevó hasta alcanzar los más altos promontorios. Y ya se disponía el ave a dar buena cuenta de la carne cuando se oyeron, por detrás, gritos y batir palos. El buitre, asustado, echó a volar. Yo me desprendí del cadáver y, con la ropa manchada de sangre, me paré al lado. Entonces llegó el mercader que le había dado los gritos y, al acercarse al cadáver del animal, me vio allí parado. Nada me dijo, sin embargo, pues mi presencia lo había llenado de miedo. Se acercó, de todos modos, a la carne y, al no encontrar ningún diamante, se descompuso: «¡Qué pérdida tan grande! ¡No hay poder ni fuerza sino por medio de Dios! ¡Refúgienos Dios de Satán, el Lapidado!». Batió palmas en señal de desconsuelo y siguió lamentándose: «¡Qué revés tan grande! ¡Qué puede haber ocurrido?».

Me fui entonces hacia él, y me preguntó: «¿Quién sois vos y qué hacéis en este lugar?». «No os inquietéis —le repuse—, que nada habéis de temer, pues soy humano y no de los peores. Era mercader y lo que podría contaros es mucho y peregrino. El motivo de que haya llegado a este lugar es ya de por sí una historia maravillosa. Os ruego que no temáis. Antes al contrario, deberíais alegraros, ya que he traído conmigo una buena cantidad de diamantes, de los que os daré bastantes para que quedéis contento. Cada una de las piezas que tengo es mejor que

cuantas podríais haber obtenido, de modo que no os lamentéis más de vuestra suerte». El hombre entonces me dio las gracias, suplicó a Dios por mí y se avino ya a hablar conmigo. Al oír nuestras palabras acudieron los demás mercaderes, sus compañeros, cada uno de los cuales había arrojado un animal muerto. Se aproximaron, pues, a nosotros, me saludaron, me expresaron sus parabienes por mi salvación y me llevaron con ellos, una vez les hube contado yo todos los sufrimientos que me había acarreado mi viaje, y el modo en que había alcanzado yo la llanura que se extiende a los pies de Monte de los Diamantes y que llaman Valle de las Serpientes.

Luego le entregué al dueño del animal al que me había agarrado para salvarme una cantidad no pequeña de diamantes. Me dio las gracias muy contento y rogó a Dios por mí. Los mercaderes me dijeron: «Bien podéis asegurar que teníais escrita una segunda vida, pues nadie antes que vos ha salido vivo de ese lugar. ¡Démosle a Dios gracias por haberos hallado sano y salvo!». Pasamos la noche en un lugar agradable y seguro. Yo estaba más que satisfecho por haber salido con bien del Valle de las Serpientes y verme de nuevo entre seres humanos. Al día siguiente, muy de mañana echamos a andar por aquellos riscos, desde donde se divisaban las serpientes que bullían en la llanura, y no nos detuvimos hasta llegar a un vergel que había en una espaciosa y agradable lengua de tierra,

donde crecían unos alcanforeros. Son estos unos árboles tan grandes que uno solo de ellos basta para dar sombra a un centenar de personas. Para obtener el alcanfor los horadan con un largo punzón y basta con recoger lo que va goteando, que es el agua de alcanfor, o sea, la savia de dichos árboles, que es tan espesa como la goma. Más tarde, cuando el árbol se seca, sirve para sacar leña.

Allí vive un animal salvaje llamado «rinoceronte», que pasta por aquellos parajes como puedan hacerlo entre nosotros las vacas y los búfalos. Aunque dicha fiera es más grande que un camello y se alimenta de las hojas que cuelgan de los árboles. Es una grandiosa bestia provista de un cuerno solo, muy recio, que le nace en medio de la cabeza, alcanza una longitud de diez codos y lleva grabada la imagen de un ser humano. Y hay también una especie de bóvidos, distintos de los que conocemos. Nos contaron, además, los marinos, los viajeros y las gentes de vida errante que conocían aquel monte y los territorios circundantes, que un rinoceronte es capaz de llevar ensartado en su cuerno un elefante, y que pasta por el lugar y sus costas sin darse cuenta de ello. Pasado el tiempo, el elefante acaba muriéndose, allí mismo, en el cuerno donde va ensartado, y su grasa comienza a derretirse con el calor. De modo que le cae al rinoceronte en la cabeza, le entra a este en los ojos y la bestia queda ciega a resultas de ello. El rinoceronte se tiende entonces en la parte de la costa y a él

acude el *rojj*, que se lo lleva, prendido en las garras, para alimentar a sus crías con la carne de las dos bestias, el rinoceronte y el elefante que ensartado lleva. Vi asimismo un número de búfalos mucho más crecido de lo que es en estas tierras usual.

Algunos de aquellos diamantes, que tanto abundan en el Valle de las Serpientes y de los que me llevé un buen puñado en la faltriquera, se los troqué a los mercaderes por pertrechos y género con que comerciar. Otros me los negociaron ellos y así pude sacar buen rendimiento, en plata y en oro. Y durante un tiempo seguí viajando con aquella partida de mercaderes, lo que me valió para conocer muchas de las tierras que habitan los hombres y Dios ha creado. De valle en valle íbamos, de ciudad en ciudad, comprando y vendiendo, hasta que finalmente arribamos al puerto de Basora donde desembarcamos y permanecemos unos días.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 546**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, que Sindbad de los Mares llegó, concluido su segundo viaje, a la ilustre Bagdad, Casa de la Paz. Se dirigió a su barrio y entró en su casa. Consigo traía buen número de diamantes, así como dinero, pertrechos y mercancías de tan considerable

valor que a la vista saltaba. Se reunió con sus familiares y parientes. Dio limosnas, hizo donaciones, favoreció a unos y entregó obsequios a otros, de entre su gente y sus amigos. Pasó entonces a disfrutar de succulentos platos y las mejores bebidas, se atavió con vistosos ropajes y cultivó la buena compañía, todo lo cual lo ayudó a olvidar las penalidades sufridas. Y así siguió un tiempo, gozando de la existencia, despreocupado, respirando a gusto y disfrutando de juegos y música. Cuantos supieron de su regreso fueron a visitarlo y le preguntaron por las vicisitudes del viaje y por las noticias de los países visitados. Él les relató las tremendas dificultades que había tenido que sobrellevar, y, asombrados todos por lo duro de su experiencia, le dieron sus parabienes por haber salido con bien. Con esto acaba la relación de lo sucedido durante el segundo viaje.

Luego les dijo Sindbad: «Mañana, si Dios, el Supremo, lo permite, os contaré mi tercer viaje». Y, después que Sindbad de los Mares hubo referido su historia, todos, admirados por lo que acababan de oír, dieron buena cuenta de la cena. Cuando se hubieron saciado, mandó el viajero que le entregaran a su tocayo, el ganapán, cien meticales en oro. El otro Sindbad, o sea, el porteador, recibió la gran suma y se marchó por donde había venido, pasmado él también de las penalidades de Sindbad de los Mares, cuya generosidad agradecía desde el fondo de su corazón y por quien pronunció una plegaria al llegar a casa.

### *Quinto viaje de Simbad de los Mares*

Sabed, hermanos, que cuando regresé de mi cuarto viaje me entregué al solaz, las emociones de la música y el esparcimiento. Y me olvidé de cuanto había tenido que afrontar y sufrir, de tan grande como era mi alegría por mis adquisiciones, ganancias y beneficios. Pero mi alma, demasiado inquieta, me incitó a viajar de nuevo, a disfrutar de las tierras que habitan los seres humanos, de las costas que riegan los mares y corrientes. Me resolví, pues, y me hice con una partida de valioso género, adecuado para una singladura marina, que distribuí en fardos, y con todo ello partí de Bagdad en dirección al puerto de Basora. Una vez allí recorrí la costa y vi una gran embarcación, alta y vistosa, y, como me gustase, la compré, tras comprobar que los aparejos estaban nuevos. Contraté luego a un capitán y a tripulantes, a quienes puse bajo la supervisión de mis sirvos y mozos, y les di la orden de que descargaran mis fardos en la bodega. Acudieron entonces a mí varios mercaderes, que depositaron sus cargamentos con el mío, tras el pago de los correspondientes derechos, y, sin más, nos hicimos a la mar, alegres y contentos, y con los mejores augurios de volver sanos y con buenas adquisiciones. Y navegamos de costa en costa y de mar en mar, disfrutando de los litorales y países con que nos íbamos encontrando, y donde desembarcábamos para vender y comprar.



Así seguimos hasta el día en que arribamos a una isla de gran extensión, pero deshabitada. Un solitario y desolado lugar donde no vivía un alma. Lo que sí había era una gran cúpula blanca, a la que se dirigieron los pasajeros del barco, con la intención de examinarla. En realidad, se hallaban, sin saberlo, ante el enorme huevo que ponía el ave *rojj*. Lo miraron por un lado y por otro y, en su inconsciencia, se dieron a apedrearlo y no pararon hasta cascarlo. Vieron, primero, cómo se derramaba gran cantidad de líquido y luego descubrieron el cuerpo de un pollo de *rojj*. Tiraron de él para acabar de sacarlo del cascarón y lo degollaron, felicitándose por tan considerable cantidad de carne. Yo, mientras tanto, seguía en el barco y de nada de todo ello me habría enterado, si no fuese porque uno de los pasajeros vino a decirme: «Venid, señor, a ver el gran huevo que habíamos tomado por cúpula». Me encontré entonces con los mercaderes apedreando el huevo, por lo que de inmediato les dije a grandes voces: «¡Dejaos de eso, o vendrá el *rojj*, destruirá nuestro barco y nos aniquilará a todos!», advertencia que ellos no oyeron.

Y ocupados seguían los mercaderes con el huevo cuando el sol se ocultó de nosotros y la claridad del día se tornó tinieblas. Por encima de nosotros pareció haberse extendido una nube que lo oscurecía todo. Alzamos la vista y lo que vimos fueron las alas del *rojj*, que nos ocultaban la luz del sol y nos sumían en la oscuridad.

Cuando la descomunal ave, que era un macho, se hubo acercado y visto su huevo cascado, lanzó un estridente sonido al que acudió su compañera, y ambos se cernieron sobre nuestro barco, soltando unos graznidos más recios que truenos. Les grité entonces al capitán y los tripulantes: «¡Moved la embarcación! ¡Salvémonos antes de que sea tarde!». El capitán hizo subir a toda prisa a los mercaderes, levaron ancla y comenzamos a alejarnos de la costa. Cuando el *rojj* vio que nos adentrábamos en el mar, se apartó de nosotros un rato, durante el cual seguimos nosotros alejándonos de la isla en busca de la salvación. Mas al cabo vinimos a darnos cuenta de que la pareja de aves venía de nuevo en nuestra busca, provista cada una de una gran roca de aquellos montes, que transportaban asíéndola con sus patas.

Cuando el macho arrojó sobre nosotros la primera roca, el capitán se las arregló para esquivarla, por poco, valiéndose de una maniobra. Cayó, de todos modos, la roca hundiéndose bajo nosotros, y fue tal el impacto del proyectil que nuestra embarcación salió, primero, despedida hacia arriba, para luego precipitarse con tanta fuerza contra el fondo del mar que llegamos casi a verlo. Entonces le llegó el turno a la hembra, que lanzó también contra nosotros la roca que transportaba, y, si bien era más pequeña que la anterior, bastó, en virtud del sino por Dios deseado, para destrozar la popa del barco, cuyo timón

saltó en veinte pedazos, y todo cuanto iba a bordo cayó al agua. Traté de salvarme, por puro coraje, y quiso el Altísimo poner ante mí una de las tablas del barco. La sujeté con fuerza, me subí en lo alto y me valí de mis piernas para impulsarme, junto con la ayuda que me prestaron el viento y las olas. El barco había ido a naufragar en las aguas de una isla a cuya costa me lanzaron los designios de Dios, el Supremo. Cuando la gané, me faltaba ya el resuello. Casi muerto me encontraba, de tanto cansancio y padecer hambre y sed.

Me tendí a descansar en la playa hasta que recuperé el ánimo y se me calmó el corazón, y al rato me levanté y eché a andar por la isla, que, a la vista saltaba, era como un vergel del Paraíso: árboles en sazón, impetuosas corrientes de agua y canoras aves que no cesaban de alabar al Señor de la gloria y de la vida. Los arroyos de cristalinas aguas me sirvieron para calmar mi sed, y eran tantos y tan variados los arbustos, las frutas y las flores que en la isla se ofrecían, que pude asimismo comer hasta saciarme. Por todo ello elevé a Dios, el Supremo, mis loas y alabanzas.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 557**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Sindbad de los Mares, después de haber contado que se salvó

al ganar la costa de aquella isla, de cuyos frutos comió y de las aguas de cuyos arroyos bebió, por lo cual elevó al Altísimo sus loas y alabanzas, avanzó en el relato de su quinto viaje:

Y así seguí, sin saber qué hacer en aquella isla, hasta que atardeció y cayó la noche, cuando todo el cansancio y el miedo que había pasado me dejaron tan exhausto como quien recibe una muerte violenta. Y es que no había oído voz humana alguna ni visto a nadie en toda la isla. Permanecí tumbado, a la intemperie, hasta la mañana siguiente, y entonces, haciendo de tripas corazón, me levanté y eché a andar entre aquellos árboles, cuando acerté a ver una corriente de agua que partía de un manantial, junto al que estaba sentado un anciano de agradable aspecto. No llevaba más ropa que unas hojas de árbol. «Ese anciano —me dije— habrá llegado a esta isla por causa de un naufragio». Me acerqué a él, lo saludé y él me devolvió el saludo por señas, sin decir nada. Le pregunté entonces: «¿Por qué estáis, anciano, sentado en ese lugar?». Él meneó con pena la cabeza y con la mano me hizo unos gestos que a todas luces querían decir: «Pasadme a cuestras a la otra orilla». «Le haré el favor —me dije— de cruzarlo al otro lado, y alcanzaré con ello el premio de las buenas obras». Me acerqué, pues, a él, me lo subí a los hombros y lo llevé hasta el sitio que me indicó, donde le dije: «Bajad ahora con cuidado».

Pero el anciano, en lugar de bajarse, apretó con fuerza sus muslos en torno a mi cuello. Reparé entonces en su piel, tan oscura y rugosa como la de un búfalo. Sentí miedo y quise sacudírmelo de encima, pero él apretó mucho más, tanto que el mundo entero ennegreció a mis ojos y, casi asfixiado, caí redondo al suelo, sin conocimiento. Él, sirviéndose de sus piernas, se las arregló para darme una tunda de golpes en la espalda y los hombros, que me causaron gran dolor. Me incorporé luego como pude, con el anciano montado sobre mí, y sin fuerzas ya para resistirme; con la mano me indicó que me metiese entre los árboles, por donde crecían las frutas más olorosas. Si se me ocurría contravenir en lo más mínimo sus indicaciones, se bastaba para asestarme con ambas piernas una tanda de golpes peor que el más duro castigo de azotes. No cesaba de señalarme con la mano hacia dónde quería ir y hacia allá iba yo. Si le daba muestras de fatiga o aminoraba el paso, el anciano, que me trataba como a un prisionero, se limitaba a golpearme una vez más. Avanzando por entre las arboledas llegamos hasta el corazón de la isla, y para entonces ya se me había hecho sus necesidades encima, pues no bajaba de mis hombros ni de día ni de noche. Cuando le entraba sueño, me apretaba las piernas alrededor del cuello y echaba una cabezada, de la que despertaba enseguida; me daba una nueva tanda de palos y yo me apuraba a ponerme de nuevo en marcha,



sin poder oponerme por temor a sus malos tratos. Mucho me reproché a mí mismo el habérmelo echado a la espalda por pura lástima.

Y así seguí durante mucho más tiempo del que fuese necesario, hasta verme al borde de la extenuación. «Quise —me decía a mí mismo— hacer el bien, y solo he conseguido lo peor para mí. Nunca en la vida volveré a hacerle bien a nadie», y en todo momento le pedía a Dios que me concediese la muerte. Tales eran la fatiga y la humillación que estaba soportando. En nada cambió durante una temporada mi vida, hasta que un día nos internamos en una parte de la isla donde abundaban los porongos, muchos de ellos ya secos. Tomé uno, grande y seco, lo abrí y limpié bien por dentro. Me fui con él a una viña cercana, lo llené de uva y lo dejé cerrado al sol, lo bastante para que el zumo se convirtiese en una suerte de vino. Cada día me bebía un trago para que me resultasen más llevaderas las penalidades que me causaba aquel satanás insurrecto, pues la embriaguez me fortalecía el ánimo. El anciano me vio beber un día y por señas me preguntó qué era aquello. «Pues una bebida muy rica, que fortalece el corazón y alivia los desasosiegos», contesté y empecé a corretear y bailar entre los árboles, y, en el éxtasis de la embriaguez, di palmadas, canturreé y me dejé llevar por la alegría. Al verme tan contento, me indicó que le pasase el porongo, pues también él quería beber. Se lo di, movido por el miedo.

El anciano se bebió todo lo que quedaba y arrojó el porrongo al suelo con signos de estar ya entonándose, pues se meneaba sobre mis hombros. La bebida le siguió haciendo efecto y acabó tan ebrio como pueda uno estarlo: se le habían aflojado los miembros y se balanceaba de un lado a otro. Cuando estuve seguro de que la borrachera lo tenía ausente eché mano de sus piernas y aflojé su presa en torno a mi cuello. Luego me incliné y me senté en el suelo, dejándolo caer a él.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 558**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Sindbad de los Mares, después de haber contado que tiró al satánico viejo de sus hombros, siguió relatando:

No podía creerme que me había librado de él y de la situación en que me había visto. Temí luego que volviese en sí de su borrachera y la emprendiese de nuevo a golpes conmigo; de modo que agarré una piedra grande de entre los árboles, me fui hacia su cuerpo inerte y le golpeé la cabeza. La piel se le llenó toda de sangre y murió. A mis manos. ¡Así Dios no se haya apiadado de él! Eché a andar por la isla, despreocupado por fin, en dirección al lugar que ya conocía, en la costa. Y en aquella isla permanecí, alimentándome de lo que daba la tierra y bebiendo



del agua de sus arroyos, a la espera que pasase alguna embarcación. Un buen día estaba yo pensando en cuanto me había ocurrido, y me dije: «Quiera Dios mantenerme vivo para que pueda volver a mi país y juntarme con mi familia y amigos», y en ese momento vi que una embarcación se dirigía, desde las procelosas y agitadas aguas, hacia la isla donde me encontraba y que no dejó de avanzar hasta que fondeó, no lejos de mí. Algunos de quienes venían a bordo desembarcaron y a ellos me encaminé. Nada más verme, corrieron todos hacia mí y, formando un círculo a mi alrededor, me preguntaron quién era y cómo había acabado en aquella isla. Cuando les conté mis aventuras, quedaron pasmados: «Ese hombre que has llevado sobre tus hombros es el Anciano del Mar, y nadie que haya estado bajo sus piernas ha conseguido librarse de él. Bueno, nadie más que vos. Démosle gracias a Dios por que os haya permitido salir con bien de esta». Me trajeron entonces algo de alimento, del que comí hasta saciarme; me entregaron ropa con que tapar mis vergüenzas, y me llevaron consigo a la embarcación.

Navegamos durante días y noches hasta que los divinos Designios nos condujeron a una población de altas edificaciones levantadas de cara al mar. La llaman Ciudad de los Monos. Ello, porque todos los días al atardecer sus habitantes salen por las puertas que dan al mar y suben a bordo de botes y barcos en que pasan la noche por miedo

a que los monos caigan sobre ellos desde las montañas. Deseoso de conocer la ciudad, bajé de nuestra nave, que reemprendió viaje sin que yo me diese cuenta. Me arrepentí, desde luego, de haber puesto los pies en aquel lugar, y, al recordar a mis compañeros y cuanto me ocurrió con unos monos en ocasiones anteriores, me senté a llorar con gran amargura. Se me acercó entonces un hombre del lugar, que me dijo: «Se diría, señor, que sois forastero en esta tierra...», a lo que yo repuse: «Así es: soy forastero y muy malaventurado. Venía en una embarcación que fondeó cerca de aquí, descendí para ver la ciudad y, cuando volví, la nave había partido». «Levantaos ahora—dijo él— y venid a nuestro bote, pues, si os quedáis en la ciudad de noche os exponéis a que los monos os den muerte». «Ya mismo», dije, mientras me levantaba para acompañarlos hasta su bote, que empujaron hasta el agua. Se adentraron cosa de una milla en el mar y allí pasaron la noche, y yo con ellos.

A la mañana siguiente volvieron a la ciudad, desembarcaron y cada cual se fue a sus asuntos. Tal era la costumbre que seguían noche tras noche, pues, si alguien permanecía intramuros después de la atardecida, era cosa hecha que venían los monos y acababan con quien fuera. Al alumbrar las primeras luces se retiraban los monos fuera de la ciudad, a comer de los frutos que en los huertos crecían o a tenderse en las colinas circundantes hasta que, al

ponerse el sol, volvían a la ciudad, que se halla, por cierto, en el extremo de Tierra de Negros. Entre lo más extraordinario que me ocurrió con las gentes de aquella ciudad fue que uno de aquellos con quienes pasé mi primera noche en el bote me dijo: «Sois, señor, extraño en esta tierra. ¿Conocéis algún oficio que os permita trabajar?». «No, amigo —le contesté—, oficio no tengo ninguno; soy mercader y potentado, y, cuando partí era propietario de un barco que venía cargado de numerosos bienes y mercancías, pero se fue a pique en alta mar y todo se perdió. Si me libré de morir ahogado, fue gracias a la intervención de Dios, Quien me proveyó de una tabla de salvación a la que me subí». El hombre se fue entonces, pero volvió muy poco después, con un talego de algodón: «Tomad este talego y llenadlo de guijarros de por aquí. Luego os llevaré a un grupo de individuos de la ciudad, a quienes os encomendaré. Limitaos a hacer lo mismo que ellos hagan. De ese modo podréis ocuparos en algo que os ayude a emprender el viaje de regreso a vuestro país». Llené yo el talego de guijarros y el hombre me llevó, en efecto, a un grupo de individuos que ya iban a salir de la ciudad y a ellos me encomendó: «Este es forastero; llévenlo con ustedes y enséñenlo a recoger, que así podrá él ganarse la vida y ustedes, una recompensa de Dios». «Dicho y hecho», respondieron ellos.

Me dieron, pues, la bienvenida y me uní a su grupo, cada uno de cuyos miembros llevaba a la espalda un talego

lleno de guijarros como el mío. Caminamos hasta llegar a un espacioso valle donde abundaban árboles tan empinados que ningún ser humano habría podido treparlos. El paraje estaba atestado de monos. Cuando estos nos vieron, salieron huyendo y se encaramaron a los árboles. Mis compañeros comenzaron a lanzarles a los monos guijarros de los que llevaban en los talegos. Los monos, en respuesta, cortaban los frutos de aquellos árboles, que eran cocoteros, y se los lanzaban a mis compañeros. Una vez que hube entendido en qué consistía la labor, escogí un árbol grande y cuajado de monos, me acerqué y empecé a apedrearlos. No tardaron las bestias en ponerse a cortar cocos, que me tiraban y yo iba recogiendo, como los demás. De modo que, cuando me quedé sin piedras que lanzar, había ya acumulado una gran cantidad de frutas. Así que dimos la faena por concluida, apilamos nuestra recolecta y, cargando con lo que pudimos, regresamos a la ciudad, donde pasamos el resto del día. Fui en busca de mi amigo, el hombre que me había puesto en relación con los recolectores, le entregué todos los cocos que había juntado y le di las gracias por su merced. Él me dijo: «Quedáoslos vos, vendedlos y guardaos lo que os den por ellos», y, tendiéndome la llave de una parte de su casa, añadió: «Guardad allí los cocos que os vayan quedando sin vender y acudid todos los días con los recolectores, como habéis hecho hoy. Seleccionad bien la fruta que traigáis:

la mala vendella enseguida y guardad el dinero que vayáis sacando donde os he dicho, para que algún día favorezca vuestro regreso». «Dios os lo pague», fue mi respuesta.

Seguí, de ahí en adelante, sus instrucciones en todo. Cada día llenaba de piedras mi saco, salía con el mismo grupo y los imitaba. Me encomendaron ellos unos a otros y se ocupaban de señalarme cuáles eran los árboles con más fruto. Aquel arreglo se prolongó durante una larga temporada, lo que me permitió hacer acopio de mucho coco de excelente calidad, que pude vender sin problemas, y con el dinero que iba ganando compraba lo que mejor me parecía de cuanto por allí vi. Las circunstancias volvían a serme favorables. La ciudad había dejado de ser un lugar extraño para mí y había ya aprendido a moverme por ella a mis anchas. Nada de especial sucedió hasta el día en que, parado a orillas del mar, vi que una embarcación se aproximaba y fondeaba en la ciudad. A bordo venían unos mercaderes que enseguida comenzaron a vender, comprar y trocar. El coco se contaba entre las mercancías que buscaban. Fui entonces adonde mi amigo, le hablé del barco recién llegado y le comuniqué mi intención de emprender el regreso a mi país. «La decisión os corresponde a vos», fue su respuesta. Me despedí, pues, de él y de corazón le agradecí cuanto por mí había hecho. Fui luego al barco, hablé con el capitán y me ajusté con él. Deposité el coco y mis demás adquisiciones en la bodega y partimos.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 559**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Sindbad de los Mares, después de haber contado que abandonó Ciudad de los Monos en aquella embarcación donde depositó su carga de cocos y demás mercancías tras haber llegado a un acuerdo con el capitán, siguió relatando:

Zarpó, pues, el barco aquel mismo día y desde allí navegamos de mar en mar y de costa en costa, y cada vez que fondeábamos en una población vendía yo o trocaba el coco que conmigo traía. Dios me compensó mis pérdidas con creces. Arribamos en nuestra singladura a cierta isla donde abundaban la canela y la pimienta. Alguien nos contó que sobre cada racimo de pimienta crecía una gran hoja que, cual sombrilla, resguardaba a las bayas del agua de la lluvia; esta se iba acumulando y, cuando la hoja ya no soportaba el peso, se vencía y caía a un lado del racimo. En aquella isla me hice con un considerable cargamento de pimienta y de canela, trocándolo por mis cocos. Pasamos también por Isla de las Alegrías, donde crece la madera de áloe que llaman «comorí», y luego por otra isla, que está a cinco días de travesía, famosa por una segunda variedad de áloe, que llaman «chino» y es aún máspreciado que el anterior. Sin embargo, las gentes de esta segunda isla son

mucho peores de condición y ley que los de la primera, pues son dados a la depravación y al consumo de licores, a más de no saber qué sea el *adán*, esto es, la llamada a la oración, pues ni siquiera conocen la oración. Luego visitamos los caladeros de perlas, donde, a cambio de cierta cantidad de cocos, les dije a los buceadores: «Bajad al fondo a cuenta mía, a ver si tengo suerte». Descendieron, pues, a las profundidades de aquella cala y subieron con numerosas perlas, valiosas y de gran tamaño: «¡A fe, señor, que sois hombre de suerte!». Recibí, pues, la preciosa carga, volví a mi barco y zarpamos con la bendición del Altísimo. Y seguimos navegando, sin contratiempo, hasta que arribamos a Basora, donde desembarqué y permanecí durante un limitado espacio de tiempo, transcurrido el cual me encaminé hacia Bagdad. Me dirigí a mi barrio y entré en mi casa, donde saludé a mi familia y amigos, quienes me felicitaron por mi feliz regreso. Después de haber guardado cuantas mercancías y pertrechos traía conmigo, vestí a huérfanos y viudas, di limosnas, hice donaciones y ofrecí obsequios a mis familiares, amigos y seres queridos. Dios me había compensado en más de cuatro veces mis últimas pérdidas. Las ganancias me ayudaron a olvidar las penalidades pasadas, y, a no mucho tardar, retomé mis anteriores costumbres en lo tocante a la vida entre los míos y la sociedad de los amigos. Y hasta aquí, la relación de lo más extraordinario que mi sino me deparó

durante el quinto viaje. Cenad ahora y volved mañana, que os cuente lo que me pasó en el siguiente, que ni mucho menos le anda a la zaga en maravilla.

Cuando el viajero hubo terminado de decir todo lo anterior, tendieron el mantel y cenaron los amigos. Luego ordenó el de los Mares, que le entregaran cien meticales de oro al Ganapán, quien recibió las monedas y se fue a su casa maravillado. Pasó allí la noche muy a gusto, y, a la siguiente mañana, cuando ya la luz alumbraba, se levantó de un salto, cumplió con el precepto de la oración matutina y fue a casa de su tocayo el mercader. Entró, le dio los buenos días a este, y el de los Mares lo sentó a su lado y estuvo charlando con él hasta que llegaron los demás amigos. Tras un rato de amena conversación, tendieron para ellos el mantel, comieron, bebieron, se solazaron y se emocionaron con la música. [...]

Y, cuando ya caía la **noche 563**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando Sindbad de los Mares hubo concluido la historia de su sexto viaje y cada cual se fue por su camino, el otro Sindbad, el de la tierra, pasó la noche en su casa. A la mañana siguiente, después de cumplir con el precepto de la oración matutina, fue a casa de su tocayo, el rico mercader, adonde fueron también acudiendo los demás miembros de la compañía. Y, cuando estuvieron todos,



comenzó Sindbad de los Mares a contarles la historia de su séptimo y último viaje:

### *Séptimo viaje de Sindbad de los Mares*

Sabed, hermanos, que, al volver de mi sexto viaje, restablecí mis hábitos de regocijo y esparcimiento, solaz y esparcimientos musicales, y así permanecí una temporada, entregado día y noche al bienestar y la alegría que me permitían las pingües ganancias que había obtenido. Hasta que mi alma<sup>53</sup> dio en añorar el conocer nuevas tierras, el navegar por mares, el tratar con otros mercaderes y el oír noticias y maravillas. Resuelto a ello, no tardé en acumular fardos, aptos para el mar, de suntuosas mercancías, que trasladé de Bagdad a Basora. En esta hallé un barco dispuesto para el viaje, a bordo del cual iba ya un grupo de importantes mercaderes. Me acomodé entre ellos, hicimos buenas migas y partimos sin contratiempos. El viento nos fue propicio, de modo que alcanzamos el reino de la China con el más feliz de los ánimos, pues hicimos la travesía departiendo de viajes y negocios.

Pero, cuando menos nos lo esperábamos, comenzó a soplarnos, de proa, un viento tempestuoso al que siguió

<sup>53</sup> Se refiere, como es frecuente en *Mil y una noches* y en el pensamiento islámico en general, al alma concupiscente o volitiva, fuente de los anhelos terrenales, contra los que hay que luchar.

un aguacero tan copioso que a no tardar estábamos todos empapados, y nuestro cargamento, en peligro de anegarse. Lo cubrimos, pues, a toda prisa con fieltro y lona, no fuese a echárnoslo a perder la lluvia, y nos volvimos a Dios, para suplicar que se despejase aquella terrible tormenta. De pronto el capitán del barco se apretó el cinturón, se arremangó y trepó al mástil, desde donde oteó en una y otra dirección. Miró luego a los tripulantes, se abofeteó la cara y se mesó la barba. «¿Qué pasa, capitán?», le preguntamos. Él respondió: «Pedidle a Dios, el Supremo, que nos saque de esta, llore cada cual por sí mismo y despedíos unos de otros, porque el viento nos ha vencido y arrastrado hasta el final y límite de los mares de este mundo». Dicho esto, bajó el capitán del palo, abrió su cofre y extrajo una bolsa de algodón. Desanudó el cordel y sacó un polvo como de ceniza que humedeció con la lluvia; esperó un poco y, acercando la nariz, lo olisqueó. A continuación, sacó también un librito, donde leyó unos instantes y nos dijo: «Sabad, pasajeros, que, según este libro extraordinario, todo aquel que se aventura por estas latitudes no sale vivo, sino muerto. Lllaman a esta parte del mundo región de los Reyes, pues en las inmediaciones se halla el sepulcro de nuestro señor Salomón hijo de David, con ambos sea la paz, y medran serpientes de desmesurado tamaño y apariencia aterradora. Además, y según el libro, no bien llega una nave a estas aguas, emerge de

las profundidades un gran pez que se la traga con cuanto en ella venga...».

Pasmados nos tenía el capitán cuando llegó a este punto de su parlamento, que no pudo, sin embargo, terminar porque el barco comenzó a subir y bajar, como desbocado, por la superficie de las aguas, al tiempo que oíamos un bramido que trueno semejaba. Nos echamos todos a temblar, más muertos que vivos, y seguros de estar a punto de perecer. En ese momento se vino, en efecto, sobre el barco un pez como una montaña de grande. Sobre-cogidos, nos echamos a llorar por nosotros mismos, nos preparamos para morir y nos quedamos mirando al pez, asombrados de su terrible naturaleza. Apareció entonces un segundo pez, tan descomunal como jamás habíamos visto, y nos apresuramos a despedirnos unos de otros, sin parar de llorar por el sino de nuestros espíritus. Pero aún se presentó un tercer pez, aún mayor que los dos anteriores. No éramos ya conscientes de lo que pasaba ni capaces de razonar, de tan fascinadas como estaban nuestras mentes aterrorizadas. Los tres peces se pusieron a dar vueltas alrededor de la embarcación y cuando el tercero de ellos se disponía a tragársela, se levantó tal ráfaga de viento que levantó la embarcación por el aire y la hizo caer a considerable distancia, por lo que se desintegró. Tablones y planchas quedaron al punto y en gran número esparcidos por el agua. La carga entera se hundió, y tanto pasajeros como

tripulantes cayeron al mar. Me quité cuanto llevaba puesto menos una sola prenda, y no tardé mucho en alcanzar una de las tablas de la nave, a la que me agarré. Me subí a ella y me dejé llevar por las olas y ráfagas de viento que me transportaban a su capricho sobre el agua. Largo tiempo estuvieron las olas levantándome y dejándome caer, pero yo seguía, a pesar de mi desfallecimiento, bien agarrado a mi tabla. Recordé la calma de que hacía poco disfrutaba, en mi casa, y me reproché: «¡Ay, Sindbad, Sindbad de los Mares! Ni escarmientas ni te arrepientes, y, aunque cada vez son peores las calamidades que sufres, no dejas de hacerte a la mar. Dices que será la última vez, pero no eres sincero... Sufre ahora cuanto te salga al paso, pues bien que te lo has ganado tú solo».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 564**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Sindbad de los Mares, naufragó una vez más, pero pudo agarrarse a una tabla, y, al verse en tan apurada situación, se dirigió a sí mismo duros reproches: «Me merezco cuanto me depare la Providencia. A ver si de este modo vuelvo de mi ambición desmedida, que es la que me ocasiona tantos sinsabores, ya que poseo bienes abundantes». Y el rico mercader prosiguió su relato:

Recuperado, pues, mi sano juicio, me dije: «Este séptimo viaje ha sido ocasión de que me vuelva yo a Dios, el Supremo, y me olvide de cuanto de Él me ha venido apartando. ¡Basta de esta vida! Ya no volverá el viaje a estar presente ni en mi lengua ni en mi ánimo». Mi arrepentimiento no podía ser más sincero. Un buen rato estuve suplicándole al Dios único y llorando, sin parar de recordar la tranquilidad, el solaz, los goces del canto y el sosiego de que había vivido rodeado. Y así permanecí todo aquel primer día y otro más, hasta que arribé al litoral de una isla donde abundaban los árboles y las corrientes de agua. Comí, pues, de los frutos de aquellos árboles y bebí de las aguas de los riachuelos. Me sentí vivificado, con el ánimo restablecido y lleno de nuevos bríos. Eché a andar por aquella extensión de tierra y vi, no mucho más allá, un gran río de cristalinas aguas que fluían con ímpetu. Me acordé entonces de la balsa de la que serví en mi sexto viaje, y me dije: «Tengo que hacerme otra, como aquella, para acabar con bien. Si llego a salvarme, se habrá cumplido mi deseo y podré volverme a Dios, olvidándome para siempre de los viajes. Si, por el contrario, perezco en el intento, al menos habrá descansado mi corazón de tanta fatiga y dificultad». Y me puse a recoger maderos y ramas de aquellos árboles, los cuales, sin que yo lo supiese por aquel entonces, eran de sándalo, la apreciada madera que no tiene igual. Después que

hube juntado bastantes, me las arreglé para tejer, valiéndome de ramas y tallos, una suerte de cuerdas con que pude montar la balsa, y dije: «Si me salvo, será cosa de Dios».

Y en aquella balsa navegué por el río hasta que dejé atrás el litoral al que había arribado tras el naufragio. Seguí luego avanzando, sin parar, un día, otro y hasta un tercero, que pasé adormilado. Nada pude comer durante tan largas horas, pero, si la sed apretaba, bebía de las aguas del río. Al cumplirse el día que hacía el de tres, cuando más parecía yo un polluelo mareado, por el cansancio, el hambre y el miedo, la balsa llegó al pie de una alta montaña por cuyo interior seguía fluyendo la corriente de agua. Al ver aquello, temí vérmelas en angosturas parecidas a las que conocí la otra vez. Quise, pues, detener la balsa y bajarme al pie de la montaña, pero el agua pudo conmigo y me arrastró, siempre a bordo de mi balsa, hasta el cauce subterráneo de las aguas. Me di entonces por muerto y dije: «¡No hay poder ni fuerza sino por medio de Dios, el Sublime, el Grandioso!». Pero la balsa avanzó un poco más antes de llegar a un lugar espacioso, llano e inclinado por donde el agua discurría con un estruendo como de truenos y con la celeridad del viento. Me agarré con ambas manos, por no caerme, mientras las ondas me impulsaban a uno y otro lado. Y la balsa siguió descendiendo con la corriente del agua por aquel valle en pendiente, sin que yo pudiese hacer nada por impedirlo ni alcanzar

la tierra firme de las orillas, hasta que fui a dar con una ciudad grande, populosa y de hermosas construcciones.

Al verme algunos de sus habitantes llevado por la corriente, arrojaron la red y varias sogas sobre mi balsa, de la que tiraron hasta sacarla del río. Caí yo en medio de ellos, más muerto que vivo por la mucha hambre, la vigilia y el miedo, y, de entre el grupo de quienes me rescataron, se dirigió a mí un hombre de avanzada edad. El venerable anciano me dio la bienvenida y me tendió varias y vistosas prendas de ropa con las que cubrí mis vergüenzas. Hecho esto, el anciano me tomó a su cargo y me llevó a los baños, donde me ofreció bebidas reconfortantes y aromáticos perfumes. Salimos luego y me condujo a su casa, donde su gente me dispuso la mejor de las acogidas. Mi anfitrión me invitó a sentarme en una sala, muy bien provista, donde hizo que me sirvieran un succulento almuerzo. Di las gracias a Dios por haber salido con bien después de todo y comí hasta saciarme. Cuando acabé, sus mozos me ofrecieron agua caliente para que me lavara las manos, y a continuación vinieron sus esclavas con toallas de seda para que me las enjugara y me limpiara la boca. Volvió luego el anciano, que me ofreció un cuarto de su casa, además de encargar a sus mozos y esclavas que se pusiesen a mi servicio para todo lo que yo quisiera, y así hicieron ellos.

Y así seguí yo, atendido como huésped de honor en su casa, entre manjares, preciadas bebidas y aromas,

durante tres días, al cabo de los cuales recobré mis ánimos y, pasado ya el espanto, se serenó mi corazón y mi alma descansó. Al cumplirse el cuarto día vino a mí el anciano y me dijo: «Ya nos hemos hecho a ti, hijo mío, ¡y alabado sea Dios, que ya te has repuesto! ¿Quieres acompañarme a orillas del mar? Iremos al mercado, donde podrás vender tu mercancía y acaso saques bastante para comprar nuevo género». Se detuvo en este punto unos instantes, y yo me dije: «¡Si no tengo nada que vender! ¿Por qué me habrá dicho eso?». El anciano volvió a tomar la palabra: «Olvídate de tus pesares, hijo, nada te inquiete. Vámonos al mercado y, si encontramos a quien te ofrezca un precio que te parezca bien, pues nada, yo lo cobraré para ti. Si, por el contrario, no te hacen ninguna oferta que te convenza, yo te guardaré lo tuyo en mis almacenes hasta que llegue el día en que puedas venderlo a tu conveniencia». Pensé unos instantes y me dije: «Lo mejor será hacerle caso hasta ver de qué mercancía me habla», y luego, en voz alta: «¡Dicho y hecho, abuelo! Lo que vos digáis vendrá con la bendición de Dios y yo no os he de llevar la contraria». Bajé, pues, con él al mercado y una vez allí me encontré con que había desarmado la balsa en que yo llegué, toda de madera de sándalo, y la ponía en venta.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.



Y, cuando ya caía la **noche 565**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Sindbad de los Mares contó que vio la madera de sándalo con que se había hecho la balsa bien apilada y prosiguió:

El corredor sacó, pues, la madera a subasta. Acudieron los mercaderes, hicieron la primera puja y siguieron luego subiendo hasta alcanzar los mil dinares, que fue la oferta más alta. El anciano se dirigió a mí: «Este es el precio, hijo mío, que alcanza tu mercancía en estos días. ¿Quieres venderla ya o prefieres guardarla en mis almacenes y esperar, para que te la venda, a que suba su precio?». «Como vos dispongáis, señor», le respondí. Él volvió a preguntarme: «¿Me la venderías a mí, hijo mío, si te doy cien dinares más de lo que te ofrecen?». «Vendida está», fue mi contestación. El anciano mandó a sus mozos que trasladaran la madera a sus almacenes. Volvimos a su casa y él preparó el dinero, que me trajo en varias bolsas. Las puso a buen recaudo y me entregó a mí la llave.

Al cabo de varios días con sus noches me dijo el anciano: «Hijo mío, quiero proponerte algo y deseo que hagas como yo te diga». «¿De qué se trata?», le pregunté. «Como sabes —dijo—, soy un hombre de avanzada edad a quien Dios no ha bendecido con ningún hijo varón. Sí que tengo una hija de tierna edad, muy bien parecida, en quien se unen capital y belleza. Me gustaría dártela por esposa y que te establecieras en nuestro país. Tú acabarías

siendo el dueño de todas mis propiedades, ya que soy viejo y a ti te correspondería ocupar mi lugar». Como yo guardase silencio, él añadió: «Haz lo que yo te digo, pues no quiero más que tu bien. Si te casas con ella, serás como hijo mío y cuanto poseo pasará a ti. Si quieres dedicarte al comercio y regresar a tu país, nadie te lo impedirá, pues todo mi capital y mis propiedades estarán en tu mano para lo que te plazca». «Bien sabe Dios —le repuse— que ya sois para mí como un padre, y que, después de los horrores que he padecido, carezco de parecer y juicio. Hágase, pues, lo que vos dispongáis». Y sin más mandó el anciano a sus mozos que trajesen al juez y a los testigos de rigor. Acudieron estos, y formalizaron mis esponsales con su hija. Preparó luego el anciano un gran banquete para nosotros y una espléndida celebración, tras la cual conocí a la novia. Mujer de extremada belleza y garboso porte, se presentó ante mí ataviada con gran variedad de alhajas, túnicas, metales preciosos, orfebrería, collares y gemas, el valor de todo lo cual se contaría por millares de millares en oro, si es que alguien hubiese podido calcularlo.

Cuando consumé con ella el matrimonio quedé muy satisfecho, el cariño se instauró entre nosotros y comenzamos a vivir una época en que la compañía y el esparcimiento fueron parejos. No tardó mucho, después de eso, Dios en acoger a mi suegro en Su seno. Preparamos

su cadáver, le dimos sepultura, y todas sus propiedades pasaron a mí, así como sus mozos y esclavos, que estuvieron desde entonces a mi servicio. Los mercaderes, además, me comenzaron a dispensar la misma consideración que les había merecido el difunto, quien había sido su decano. Tanto respeto le habían tenido que, cuando mi benefactor vivía, ninguno de ellos daba un paso sin ponerlo en su conocimiento y haber obtenido su venia.

Pero, cuando me hube familiarizado con aquellas gentes, descubrí que una vez al mes se transformaban. Ello es que les salían alas y volaban por lo alto del cielo. En la ciudad entonces no quedaban más que las mujeres y los niños. «A primeros de mes —me dije a mí mismo un día— le pediré a alguno que me lleve a donde quiera que vayan». De modo que, el primer día del siguiente mes, cuando les cambió el color a todos los varones adultos y se transformaron, entré en casa de uno de ellos y le dije: «Os ruego que me llevéis con vos para salir con todos ustedes y luego regresar». «Eso no es posible», fue su respuesta. Pero yo no me conformé, y tanto le insistí y lo importuné que acabó por acceder a mi petición. Me junté, pues, con ellos y el importunado me tomó a cuestas y echó a volar. A su espalda me llevó, por los aires, sin que nadie de mi casa, ni mis mozos, ni mis amigos y compañeros, estuviesen al tanto. El hombre ascendió, y yo con él, por el aire hasta que llegué a oír las alabanzas que

los ángeles dedican al Altísimo en la cúpula del firmamento. Asombrado, exclamé yo también: «¡Loado y alabado y sea!». Y no había acabado yo de pronunciar la fórmula cuando salió del cielo un fuego que a punto estuvo de abrasar a los demás, que hubieron de descender a toda prisa y soltarme en la cima de una montaña. Irritados todos conmigo, se fueron y me dejaron allí solo. Me reproché mi imprudencia: «¡No hay poder ni fuerza sino por medio de Dios, el Sublime, el Grandioso! Cada vez que me libro de una calamidad vengo a caer en otra peor».

Y en aquel monte me encontré, sin saber qué rumbo tomar, cuando llegaron caminando dos donceles hermosos cual plenilunios, que traían en las manos sendas barras de oro fino que les servían de báculos. Me acerqué a ellos y les dirigí el saludo de la paz, al que ellos respondieron. Luego les pregunté: «Decidme, os lo ruego, ¿quiénes sois? ¿Por qué estáis aquí?». «Somos —fue su respuesta— dos siervos de Dios», y, tras entregarme una de las barras de oro fino que traían, se marcharon por donde habían venido. Volví a quedar solo. Eché, pues, a andar por la cima del monte ayudándome del báculo y sin dejar de pensar en aquellos dos jóvenes. De repente, me encontré con una serpiente, que salía de las profundidades del monte y traía en sus fauces a un hombre a quien se había tragado hasta el ombligo. El desventurado no paraba de gritar: «¡Salve Dios de todo mal a quien me socorra!».

Me acerqué entonces al reptil, le asesté un buen golpe en la cabeza con la barra de oro y la bestia echó al hombre de su boca.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 566**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Sindbad de los Mares, después de contar que golpeó a la serpiente con la barra de oro que en la mano llevaba, y que la bestia arrojó al hombre de su boca, prosiguió su relato:

El hombre entonces se dirigió a mí: «Ya que por vuestra mano me he salvado de la serpiente, no me iré de vuestro lado; vos seréis mi compañero por este monte». «Sea como decís», le dije yo, y echamos a andar. Llegados a un punto nos salieron al paso unos hombres entre quienes reconocí, después de observarlos, al que me había llevado a cuestras en su vuelo. Me acerqué a él y, no sin antes dedicarle algunas lisonjas, le dije: «¿Así es como os conducís con los amigos?». «Vos sois —dijo él— quien nos habéis puesto en grave peligro con vuestras jaculatorias, cuando a cuestras os llevaba». «No me lo tengáis en cuenta, pues no sabía yo que no conviene hablar; descuidad, que no volveré a hacerlo». Accedió entonces a llevarme de nuevo, pero me recalcó que ni se me ocurriera mencionar el Nombre de Dios ni elevar loas mientras él me llevase

a cuestras. Cargó luego conmigo, echó a volar de nuevo, como la vez primera, y ya no se detuvo hasta llegar a mi casa, donde me recibió mi esposa. La saludé, y ella, felicitándose de verme sano y salvo, me dijo: «Cuidaos de salir más con esos hombres y de frecuentarlos, pues son hermanos de los demonios y, como tales, jamás mencionan el Nombre de Dios». «¿Y cómo —le pregunté yo— es que vuestro padre se movía entre ellos?». «Mi padre —fue su respuesta— no era uno de ellos ni hacía lo que ellos hacen. Y mi parecer es que, ahora que él nos falta, vendáis cuanto poseemos y con el producto de la venta emprendáis viaje de regreso a vuestro país y a vuestra gente. Yo iré con vos, pues por nada del mundo quiero quedarme en esta ciudad sin mi padre y mi madre».

Me puse entonces a vender todo el género de mi difunto suegro, pendiente de la primera ocasión que se presentara para salir de la ciudad. Al poco supe de un grupo que deseaba emprender viaje, pero que, al no encontrar embarcación alguna, había tomado la decisión de comprar madera, con la que hicieron construir una nave de buen tamaño. Me puse de acuerdo con ellos y les pagué por adelantado todo el importe de nuestro pasaje. Subimos a bordo mi mujer y yo, con todas nuestras pertenencias, aun sin habernos podido deshacer de nuestros bienes raíces, y abandonamos la ciudad. Fuimos, así, de mar en mar, de costa en costa, siempre con el viento

a nuestro favor, hasta que llegamos, sin contratiempo, a Basora, donde, en lugar de detenerme, fleté otra embarcación, que, remontando el curso del río Tigris, nos trajo juntos, con toda nuestra impedimenta, a Bagdad. Vine a mi barrio y entré en mi casa, donde me encontré con mis seres queridos y amigos. Luego puse a buen recaudo, en mis almacenes, cuantas mercancías y bienes traía. Echaron cuentas los míos y ajustaron que había estado ausente, en ese último viaje, un total de veintisiete años, por lo que habían perdido toda esperanza de volver a verme. Cuando luego les conté cuál había sido mi sino y qué me ocurrió, quedaron pasmados y me dieron sus parabienes por haber salido con bien. Hice después acto de arrepentimiento volviéndome hacia Dios y comprometiéndome a no emprender de nuevo viaje, ni por mar ni por tierra, después de aquel, el séptimo, que fue el último de todos y con el que se calmaron todos mis afanes. Di las gracias al Altísimo, loado sea, a Quien elevé mis loas por haberme permitido volver a los míos y a mi patria chica. Con esto os he dado, amigo y tocayo —concluyó Sindbad de los Mares—, cuenta de cuál fue mi sino y cuanto me acaeció.

Y Shahrazad dijo para rematar la historia, con la intención de comenzar enseguida una nueva:

—Sindbad de Tierra Firme, o sea, el porteador, le contestó al mercader y viajero: «Os ruego que me disculpéis cualquier falta que con vos haya podido cometer».

Y después de eso siguieron manteniendo su relación de amistoso afecto, y fue en aumento su regocijo, su alegría y su esparcimiento. Hasta que les vino la que destruye los gozos, separa a los amigos, demuele palacios y puebla cementerios: la Muerte que a todos da a probar su copa de acíbar. ¡Loado sea el Vivo, el Inmortal!





## Isaac de Mosul, la dama y el ciego

Me hallaba yo una tarde en mi domicilio. Era invierno, estaba nublado y llovía con tal intensidad que parecían haber abierto sus bocas todos los odres del cielo. Nadie se aventuraba a recorrer los caminos, por miedo al agua y al barro, y estaba allí yo, encerrado en casa, con el pecho encogido; pues ni mis mejores amigos acudían a visitarme, ni a mí se me ocurría salir en su busca, arredrados todos por aquellas insalvables cantidades de fango. De manera que le dije a mi lacayo: «Tráeme con qué distraerme». Él al punto volvió con un servicio de comida y bebida, pero le afeé la ocurrencia, por no haber nadie conmigo que me hiciese compañía. Y como estaba me quedé, mirando las calles desde las ventanas de mi casa hasta que cayó la noche.

Fue entonces cuando me acordé de cierta joven dama, del círculo de uno de los hijos del califa Almahdi, de la que estaba yo prendado, y era diestra en el canto y el tañido. Para mis adentros dije: «¡Si me fuese dado estar

con ella, sería grande mi alegría esta noche y se me aligeraría el pecho de tanto pensar y penar!». Y en ese mismo instante oí que alguien llamaba a la puerta y decía: «¿Puede pasar la amada, que en el umbral espera?». Al oír estas palabras, me dije: «¿Será posible que los deseos hacen nada plantados hayan dado ya su fruto?». Me levanté y fui a la puerta, donde me encontré a mi amiga, arrebujaada en una saya de color verde y tocada de un pañuelo de brocado como toda protección contra la lluvia. Calada venía por el agua de los canalones y cubierta de barro hasta las rodillas. Su aspecto era, en suma, cosa de ver. Le pregunté: «¿Qué os ha traído, mi señora, a esta vuestra casa en semejante noche de cienos?». Ella repuso: «Tanto me ha encarecido el emisario que me habéis enviado vuestras ansias y nostalgia que he tenido que plegarme a vuestros deseos y salir de inmediato». Asombrado quedé.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 696**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, así que la joven dama hubo tocado a la puerta de Isaac de Mosul, salió este y le preguntó: «¿Qué ha podido traeros hasta mi puerta atravesando esos barrizales?». Ella repuso: «Pues las palabras de vuestro emisario... Tan a lo vivo me ha pintado vuestra nostalgia que me he visto impelida a

acudir de inmediato a vos». El propio Isaac de Mosul prosigue su relato:

Asombrado me dejaron sus palabras, pero, como no quería declararle que no le había enviado a nadie, exclamé: «¡Alabado sea Dios por habernos juntado tras la dolorosa ansiedad que, en efecto, he tenido que sufrir! Os aseguro que, si me hubieseis hecho esperar un rato más, no habría tenido más remedio que ir yo mismo a buscarlos. Tan grande es mi deseo de vos...». Dicho esto, me dirigí a mi lacayo: «¡Agua caliente!». El lacayo me trajo una cacerola llena para que mi visitante pudiera limpiarse. Le mandé que le fuese vertiendo el agua sobre los pies y yo mismo se los lavé. A continuación, di orden de que le trajesen un traje completo, de lo mejor que en la casa hubiera. Luego, cuando se hubo puesto ropa seca y limpia, nos sentamos juntos. Le pregunté si quería comer y dijo que no, pero sí aceptó mi invitación a beber. Apresté el servicio del vino y ella me preguntó: «¿Quién cantará?». Yo: «Con mucho gusto os cantaré, mi señora». Ella: «No, no es a vos a quien quiero oír cantar». Yo: «Puedo llamar a alguna de mis mujeres». Ella: «No, tampoco». Yo: «Pues cantad vos». Ella: «No, no, yo menos aún». Yo: «¿Quién entonces va a cantaros?». Ella: «Salid y buscad a quien esté dispuesto a cantar para mí».

Salí, pues, por agradarla, pero sin la menor esperanza de encontrarme con nadie a aquellas horas. Llegué

hasta la misma calle y allí me encontré con un ciego que iba golpeando rítmicamente el suelo con su bastón al tiempo que exclamaba: «¡Quiera Dios negarles todo bien! Cuando cantaba, no me prestaban atención, y, cuando me callaba, ni reparaban en mí». Le pregunté: «¿Sois cantante?». Repuso: «Sí». Yo: «¿Qué os parecería pasar lo que de noche resta en nuestra casa haciéndonos la velada más agradable?». El ciego: «Si así lo queréis... Tomadme de la mano». Haciendo como me decía, lo conduje a casa, y dije a mi invitada: «Os he traído, mi señora, a un cantante ciego, que nos entretendrá sin vernos él mismo». La dama contestó: «Sí, traédmelo». Hice, pues, entrar al desconocido, a quien convidé a comer. Tomó el hombre un frugal bocado y se lavó las manos. Le ofrecí entonces de beber y él se tomó tres copas. Me preguntó luego: «¿Quién sois?». Le repuse: «Isaac hijo de Ibrahím, el de Mosul». El ciego: «He oído hablar de vos, y ahora me honra el que compartamos mesa y mantel». Yo: «Y a mí me llena de alegría el oíros decir eso, señor mío». Él: «Cantadme algo, Isaac». Tomé el laúd por divertirme y exclamé: «¡Con mucho gusto!». Luego, cuando hube cantado y se extinguieron los últimos sonidos del laúd, me dijo: «La verdad, Isaac, es que casi podéis llamaros cantante...». Zaherido por estas palabras, dejé caer el laúd, mientras él me preguntaba: «¿Y tenéis en casa a alguien que de verdad sepa cantar?». Yo: «Una mujer tengo aquí».

Él: «Pues mandadle que cante». Yo: «Y vos, ¿nos cantaréis cuando la hayáis oído a ella?». Él: «Sí».

Cantó, pues, mi joven amiga y el ciego opinó: «No, no... Eso es como no hacer nada, señores míos». La joven dama dejó caer de sus manos el laúd, muy irritada, y dijo, dirigiéndose al ciego: «Lo que nosotros tenemos os lo hemos dado a manos llenas; ¿querréis ahora vos darnos una limosna de vuestro acervo?». El extraño dijo: «Dadme un laúd que no haya tocado mano alguna». Le di la oportuna orden al lacayo y este trajo al punto un laúd nuevo. El ciego, después de palparlo, comenzó a tañer un aire que me resultó desconocido y se arrancó a cantar los siguientes versos:

«Sin miedo a las tinieblas se desplaza de noche  
quien el mejor momento de visitarme escoge.  
Sin previo aviso oímos su voz a nuestra puerta:  
“¿Puede pasar la amada, que en el umbral espera?”».

La dama —prosigue Isaac de Mosul— me miró echando chispas y me dijo: «Veo que os ha faltado el tiempo para confiarle a este hombre nuestros secretos...». Le juré que nada le había dicho yo al ciego, me disculpé de todos modos y comencé a besarle las manos, a tentarle los pechos y a mordisquearle las mejillas, de modo que acabara por reírse. Me volví entonces al ciego y le dije: «Cantad de nuevo, mi señor». Él volvió a empuñar el laúd y cantó ahora:

«¡Gozando de beldades pasé tantas veladas!  
¡Buscándoles las yemas lozanas de los dedos,  
o las firmes granadas de sus jóvenes pechos,  
cuando no de sus tiernas mejillas las manzanas...!».

Le pregunté a mi amiga: «¿Cómo puede este ciego saber lo que estamos haciendo?». «Eso mismo digo yo», repuso ella, y nos retiramos a un rincón más apartado. Entonces dijo nuestro visitante: «Ya no aguanto más; sacadme a orinar». Llamé a mi lacayo y le dije: «Toma la vela y ve delante de él». Salió, pues, el ciego y, como tardase, fuimos en su busca pero no lo encontramos, a pesar de que todas las puertas estaban cerradas y las llaves en su alacena. No supimos si es que había ascendido al cielo o se lo habría tragado la tierra. Comprendí entonces que no era otro sino Iblís, el mismísimo diablo, y que me había hecho servicio de tercería. Y recordé los versos del gran Abu Nuwás:

El destino de Iblís siempre me admira:  
se niega, por maldad y propia estima,  
a mostrar ante Adán su reverencia,  
y luego es de su estirpe el proxeneta.



## Dalila la Bribona

—Y asimismo cuentan, bienaventurado rey —prosiguió Shahrásad—, que hubo, en tiempos del califa Harún Arrashid, un hombre llamado Áhmed el *Demacrao* y otro, de nombre Hasan *Malfario*, ambos versados en las malas artes y el fraude, que se habían probado en buen número de señaladas hazañas. Por este motivo, el califa regaló a Áhmed el *Demacrao* una valiosa túnica de las suyas y lo nombró comandante del flanco derecho, del mismo modo que obsequió a Hasan *Malfario* una túnica de su guardarropa al concederle el título de comandante del flanco izquierdo, y a ambos les asignó estipendios mensuales de nada menos que mil dinares. Cada uno de ellos tuvo, desde ese momento, a sus órdenes a un retén de cuarenta hombres, y Áhmed, además, tenía asignada la guardia de los campos. Salieron, pues, Áhmed el *Demacrao* y Hasan *Malfario*, al frente de sus jinetes y en compañía del comendador Jáled, a la sazón corregidor de Bagdad, mientras

el pregonero hacía saber, a voz en grito y siguiendo instrucciones del propio califa: «¡No hay en toda Bagdad otro comandante del flanco derecho que Áhmed el *Demacrao*! ¡Como no hay en toda Bagdad otro comandante del flanco izquierdo que Hasan *Malfario*! ¡Y a ambos se les debe obediencia y extrema consideración!».

Por otro lado, había en la ciudad una vieja llamada Dalila, y conocida como la Bribona, que tenía una hija de nombre Zéinab, a la que apodaban la Trampas. Oyeron ambas el pregón y Zéinab dijo a su madre: «Mirad, madre, ahí va Áhmed el *Demacrao*... Tuvo que salir por piernas de Egipto, y, desde que llegó a Bagdad, no ha parado de engañar a unos y a otros hasta alcanzar el círculo del califa, que lo ha nombrado comandante del flanco derecho. Y el otro es el tiñoso de Hasan *Malfario*... Ahí lo tenéis, comandante del flanco izquierdo, y con puesto fijo ante el mantel del almuerzo y de la cena. ¡Mil dinares al mes se va a embolsar cada uno! Y vednos a nosotras, mano sobre mano en este cuchitril, sin puesto ni consideración ningunos, sin nadie que se moleste en preguntar por nosotras...». El marido de la madre, o sea, de Dalila, había sido también comandante de Bagdad y cobraba por ello del califa sus buenos mil dinares al mes, pero había muerto dejando en el mundo a dos hijas, una casada y con un hijo, de nombre Áhmed el Expósito, y otra soltera, que era esta que hablaba, Zéinab la Trampas.



La madre, Dalila la Bribona, dominaba todas las variedades de la componenda, el engaño y el timo con tal maestría que le habría valido para sacar de su madriguera a una víbora, o darle lecciones al mismísimo Iblís, el diablo. Su difunto padre, de Dalila se entiende, había sido maestre de torre del califa, también con el estipendio de mil dinares mensuales. Su cometido era cuidar de las palomas mensajeras, esas que recorren largas distancias llevando mensajes y cartas. Y era cosa sabida que, cuando de verdad le hacían falta, las dichas aves le eran más queridas al Comendador de los Fieles que sus propios hijos. Bueno, pues la cosa es que Zéinab le dijo a su madre: «Vamos, salid ahora mismo y poned en juego vuestras artes, de modo que se pronuncien nuestros nombres en toda Bagdad y nos sea restituido el estipendio de nuestro padre».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 699**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Zéinab la Trampas dijo a su madre: «Vamos, salid y arregláoslas para que cunda nuestra fama por Bagdad y disfrutemos de nuevo del estipendio de nuestro padre», y Dalila la Bribona le respondió: «¡Por tu vida, hija mía, te juro que he de superar en Bagdad los enredos de Áhmed el *Demacrao* y Hasan *Malfario*!». Y no más pronunciar estas palabras

se puso en pie, se veló el rostro y se atavió como si fuese mística mendicante: túnica hasta los tobillos, sobretodo de lana y cinto ancho. Se proveyó, además, de un aguamanil, que llenó de agua hasta el borde y en cuya abertura encajó con cuidado tres dinares que tapó con un estropajo de palma. La estampa la completó colgándose de los hombros un rosario que pesaba más que un fardo de leña y agarrando una enseña confeccionada de trapos bermejos y amarillos. «¡*Allah, Allah* (Dios, Dios)!», comenzó a exclamar, pues, en efecto, su lengua podía deshacerse en alabanzas del Altísimo al tiempo que su corazón corría a todo correr por las explanadas del Maligno.

De tal guisa salió de su casa, resuelta a no dejar engaño por realizar en la ciudad. Y recorriéndola fue a parar a una calleja bien barrida, empedrada de mármol y cubierta de esteras. Dalila se fijó en la puerta, en forma de arco y con un tranco también de mármol, junto al cual había un hombre, magrebí por más señas, parado, pues era el portero de la casa. Pertenecía esta al jefe del cuerpo de alféreces califales, terrateniente y propietario de inmuebles, que contaba, por añadidura, con un generoso estipendio. No era otro que el comendador Hasan, el Terror de los Caminos, así llamado porque tenía la costumbre de asestar primero el golpe y luego preguntar. El tal Hasan estaba casado con una linda moza, de quien se enamoró y a la que había jurado, en la noche de bodas, que

jamás se casaría con otra<sup>54</sup> ni pasaría la noche fuera de la casa. Así estuvieron hasta el día en que el esposo, el Terror de los Caminos, acudió al consejo y allí cayó en la cuenta de que no había comendador que no fuese padre, como poco, de un hijo o dos. Entró luego en los baños y, al verse el rostro en el espejo, notó que los pelos blancos vencían, en su mentón, a los negros. Se dijo entonces para sus adentros: «¿Acaso Quien a tu padre se llevó no va a concederte la gracia de un hijo?».

Volvió luego a su casa y entró, enfadado, donde su mujer. Esta lo saludó: «¡Buenas tardes!», a lo que él repuso: «¡Quitaos de mi vista! ¡Desde el día en que os vi nada bueno he conocido!». La esposa: «¿Por qué me decís eso?». El marido: «En nuestra noche de bodas os juré que no tomaría segunda esposa, pero hoy he visto que no hay comendador, salvo yo mismo, que no tenga un hijo o dos, como poco. He pensado en la muerte y caído en la cuenta de que me falta descendencia, y ¿acaso no suele decirse “solo se recuerda a quien algún varón deja”? Por eso estoy enfadado, porque sois yerma y jamás quedaréis preñada de mí». La esposa: «¡Caiga sobre vos el Sagrado Nombre de Dios! ¡Cuántos morteros no llevaré ya rajados

<sup>54</sup> Se entiende que no tomaría una segunda esposa, ya que los varones lo han tenido tradicionalmente permitido en sociedades tradicionales, como la de Bagdad que aquí se describe, si bien muchas de las costumbres y la ambientación son egipcias.

de tanto machacar la lana y las drogas<sup>55</sup>! Yo no tengo ninguna culpa. El defecto es vuestro, pedazo de mulo chato. ¿Quién va a quedarse preñada, quién va a tener hijos vuestros, con esa leche que tenéis, que parece agua?». El marido: «¡Cuando vuelva del viaje que voy a emprender me caso con otra!». La esposa: «En manos de Dios está mi suerte...». Salió el comendador de donde su mujer y enseguida se arrepintieron ambos de las duras palabras que se habían dirigido.

Pues bien, estaba la esposa del comendador asomada a la ventana, más adornada que una novia, de tantas joyas como llevaba, justo en el momento en que Dalila pasaba por allí y ante la casa se detenía. Vio, pues, a la joven y al punto reparó, no faltaba más, en las alhajas y valiosas telas que encima llevaba. Para sí se dijo: «¿Puede imaginarse, Dalila, obra más cabal que sacar a esta joven de casa de su marido, y expoliarla de todas sus joyas y ropajes?». Se adelantó, pues, se paró bajo la ventana y se entregó a la invocación del Nombre de Dios: «¡*Allah!* ¡*Allah!*!». La joven vio de inmediato a aquella anciana vestida de blanco, cual cúpula de luz, con todas las trazas que adornan al buen sufí, la cual comenzó a decir en alta voz: «¡Acudid, amigos del Santo Dios!». De inmediato se asomaron a sus ventanas las mujeres de aquella calle. Todas manifestaron

<sup>55</sup> Para obtener preparados que ayudaran a la procreación.

la misma opinión: «¡Es don que Dios nos hace! ¡Pero si su rostro despidе luz!». La señora Jatún, que así se llamaba la joven esposa del comendador, sin poder contener las lágrimas, ordenó a su esclava: «Baja ahora mismo, бésale la mano al maestro Abu Ali, el portero, y dile que deje entrar a la anciana, para que nos beneficiemos de su baraca». Bajó, pues, la doncella, le besó la mano al Magrebí y le dijo: «Dice mi ama que dejéis entrar a esta anciana para que nos llegue a todos su baraca».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 700**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, la doncella bajó y dijo al portero: «Mi ama os manda que dejéis entrar a la anciana, para que su baraca llegue a la señora y a todos nosotros». El portero se acercó a la vieja y trató de besarle la mano, pero ella se lo impidió diciéndole: «Aléjate de mí, no vayas a echar a perder mis abluciones<sup>56</sup>. Tú también te cuentas entre los arrebatados de Dios, aquellos de Sus amigos íntimos a quienes Él guarda. ¡Quiera el Supremo liberarte de esta servidumbre, Abu Ali!». A este, o sea, al portero, le debía el comendador la paga de tres meses y estaba por ello pasando grandes

<sup>56</sup> El contacto físico con un varón acabaría con el estado de pureza ritual.

estrecheces, pero no sabía cómo reclamarle a su señor la paga debida. El hombre le pidió a Dalila: «¡Dadme de beber de esa vasija vuestra, así me toque vuestra baraca!». La vieja se levantó del hombro el aguamanil, lo inclinó y lo meneó de modo que volase la tapa de estropajo y cayesen los tres dinares al suelo. El portero los vio enseguida, se agachó y los recogió diciendo para sí mismo: «Esta anciana tiene sin duda poderes. Nada más verme me ha calado y, comprendiendo que estoy falto, ha hecho que caigan del cielo esos tres dinares». Luego, dirigiéndose a Dalila se los tendió diciendo: «Tomad, abuela, los tres dinares que han caído de vuestra vasija». Dalila exclamó, ofendida: «¡Quítalos de mi vista, que nada quiero de este bajo mundo! Quédate los tú y ojalá te sirvan para compensar lo que el comendador te debe». El Magrebí dijo para sí: «Esto es obra del Divino Socorro, cosa de adivinación», mientras la doncella tomaba a la anciana de la mano y la llevaba a donde su ama. Cuando Dalila vio a esta, le pareció que estaba frente a un tesoro por fin descubierto. La joven dama le dio la bienvenida y le besó las manos.

Dalila le dijo: «Estoy aquí, hija mía, para daros consejo». La joven le ofreció de comer, pero la recién llegada le replicó: «Hija mía, yo solo estoy dispuesta a alimentarme de los frutos del Vergel Eterno. Mi ayuno es continuo y solo como cinco días al año. Os veo, niña mía, confusa, y quisiera que me declaraseis el motivo de vuestra

turbación». La joven: «Sabed, madrecita, que en mi noche de bodas mi esposo me juró que jamás tomaría otra esposa, pero hace poco vio a unos niños y, como desea tenerlos, me ha dicho que soy yerma. Yo, por mi parte, lo ha he tachado de mulo estéril. Él se ha puesto furioso y me dicho: “Cuando vuelva de mi viaje me casaré con otra”. Ahora temo que cumpla su amenaza, que me repudie y se case con otra. Sabed que es hombre acaudalado, que posee tierras y otros bienes raíces, además de contar con su estipendio, que no es poca cosa. Si ahora otra le da hijos, estos se lo comerán todo y yo me quedaré con una mano delante y otra detrás». La anciana: «¿Puede ser, hijita, que nada sepas de mi maestro y mentor, el santo varón a quien llaman Padre de las Cargas? Si alguien con deudas lo visita, Dios se las cancela, y toda mujer yerma que ante él se presenta queda al cabo preñada». La joven: «¡Ay, madrecita! Si yo desde que me casé no he puesto un pie en la calle, ni con ocasión de bodas o duelos...». La anciana: «No te preocupes, hija mía, que yo te llevaré adonde mi maestro, lanzaré sobre él tu carga y pronunciaré sagrados votos, de manera que, cuando vuelva tu marido de su viaje, tengáis coyunda y salgas tú encinta, bien sea de varón o de hembra, que, en cualquier caso, quedará consagrado como derviche del santo varón, el Padre de las Cargas».

La joven, sin esperar más, se puso en pie, se atavió con sus mejores galas, sin olvidar ni una sola de sus joyas, y

ordenó a la doncella: «¡Quédate al cuidado de la casa!». «Lo que vos digáis, señora», repuso la sirvienta. Bajó, pues, la joven dama, y en la puerta se topó de bruces con el maestro Abu Ali, el portero, que le preguntó: «¿A dónde va mi señora?». La joven le explicó: «Voy a visitar a un santo varón a quien llaman Padre de las Cargas». El portero dijo: «¡Un año entero ayune yo si no cumplo como es debido...! Esta anciana —e indicó que se refería a Dalila— se cuenta sin duda entre los santos, mi señora, y os lo declara vuestro humilde servidor. Más aún añadiré: está repleta toda ella de la Presencia divina y, además, tiene poderes. Sabed que, sin que yo abriese la boca para quejarme ni pedirle nada, ha adivinado enseguida que estoy en grave necesidad y me ha concedido tres dinares de oro fino».

Salieron, pues, a la calle Dalila y Jatún, la joven esposa del comendador Hasan, el Terror de los Caminos. La Bribona iba diciéndole a su incauta acompañante: «Si Dios quiere, hija mía, no bien hayas rendido visita al santo Padre de las Cargas, se te recompondrá el ánimo, y, siempre con la venia del Altísimo, quedarás preñada, tu esposo el comendador Hasan volverá a amarte y ya no oirás de su boca más palabras que os alteren el ánimo. Todo, gracias a la baraca del santo varón a quien vas a ver». La joven exclamó: «¡Sí, sí, vamos derechas a visitarlo!». Oído lo cual, se dijo Dalila para sí: «¿Y ahora dónde voy a quitarle yo a esta lo que lleva puesto, si las calles no podrían



estar más atestadas?». Luego instruyó a la señora Jatún: «Mejor será que me adelante un tanto, hija mía, pero tú no te desvíes del camino que tracen mis pasos. Sabe que tu madrecita recibe sobre sus hombros las onerosas cargas de quienes, por ellas oprimidos o aun vencidos, las lanzan sobre mí, y, además, cuantos me conocen por los votos y promesas hechos se me acercan a darme las gracias y besarme las manos». De modo que la joven echó a andar detrás de la anciana, a un buen trecho de esta, con las ajorcas entrechocándole y las trenzas volándole al viento, hasta que llegaron al zoco de las telas.

Pasaron así por delante de la tienda del hijo de cierto mercader, Hasan de nombre, joven agraciado y aún imberbe, que se quedó mirando por el rabillo del ojo a la dama que por la calle venía. Cuando Dalila se dio cuenta, le hizo una señal a la joven y le dijo: «Siéntate enfrente de esa tienda y espérame». La señora Jatún obedeció a la anciana y se sentó no lejos de la mentada tienda, desde donde el hijo del mercader le lanzó una de esas miradas que acaban ocasionándole a quien las lanza mil quebrantos. A él se acercó la vieja y, después de dirigirle el *salam*, le dijo: «¿Sois sin duda el señor Hasan hijo de Mohsen, el mercader?». El joven contestó: «Así es. ¿Quién os ha dicho mi nombre?». La Bribona: «Gente honrada me ha guiado a vos; bueno, a mí y a esta joven, que es mi hija y acaba de perder a su padre, mercader que fue muy adinerado.

Como veis, está ya en edad de merecer, y bien dicen los avisados que conviene buscarles partido a las hijas, que no a los hijos... Esta es la primera vez que la moza sale de casa, y, si ha pisado la calle, es porque me ha llegado un signo, una secreta llamada, según la cual debo casarla con vos. Si sois pobre, no temáis, pues yo sabré proveeros de capital y abriros, en lugar de esta, dos buenas tiendas». El hijo del mercader dijo para sí: «Le he pedido a Dios una novia, y mira por dónde me concede las tres: capital que invertir, un coño bueno a mano y confección de primera», y luego, dirigiéndose a Dalila: «Muy bien está, madrecita, eso que me proponéis. Bien es verdad que mi madre no para de decirme: “A ver cuándo te busco una esposa”. Yo, sin embargo, me resisto y le contesto: “No me casaré sino después de haber visto a mi futura con mis propios ojos”». A esto contestó Dalila: «Pues valeos de vuestros propios pies y venid detrás de mí, que he de mostraros a la moza sin tantas vestiduras». El hijo del mercader se dispuso a cerrar la tienda y sacó mil dinars. «Acaso me haga falta comprar algo», dijo para sí.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 701**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que Dalila la Bribona le dijo al joven mercader, Hasan hijo de

Mohsen: «Levántate y sígueme, que he de mostrártela sin tanta tela encima». Se puso en pie el mozo y sacó mil dinares diciendo para sus adentros: «A lo mejor hay que comprar algo o pagar por el acta matrimonial...». La Bribona le dijo: «Mantente lejos de ella, pero sin perderla de vista», y luego, dirigiéndose a sí misma: «¿A dónde llevarás, Dalila, al joven mercader, para poder desplumarlos a él y a la moza?». Y echó a andar seguida de la joven esposa del comendador, a quien a su vez seguía, pasos más atrás, el hijo del mercader. Llegó así Dalila a cierta tintorería, donde halló a un maestro del oficio a quien todos conocían como el Peregrino<sup>57</sup> Muhámmad, quien era como el cuchillo de la malanga<sup>58</sup>, que tanto vale para una cosa como para otra, o sea, que lo mismo comía higos que granadas... Oyó el hombre el entrechocar de ajorcas, levantó los ojos y vio primero a la joven y luego al muchacho.

Para entonces la Bribona ya se había sentado cerca de él. De modo que le dirigió el *salam* y le preguntó: «¿Sois el Peregrino Muhámmad, el tintorero?». Él repuso: «Sí, yo soy. ¿Qué se os ofrece?». Dalila dijo: «Gentes de bien me han guiado a vos. ¿Veis a esa linda muchacha, mi hija, y a ese agraciado e imberbe mozalbete, mi hijo? A ambos los

<sup>57</sup> Título que adoptan quienes han realizado la peregrinación a La Meca.

<sup>58</sup> Esto es, el cuchillo que sirve para cortar la planta de la malanga o taro, cuyos cormos y hojas se consumen en diversas zonas del planeta.

he criado gastando grandes sumas de dinero. Pues sabed, señor mío, Peregrino, que tengo una casa grande, pero en tal estado que no he tenido más remedio que apuntalarla con vigas de madera. El maestro de obras me ha dicho: “Vayan ustedes a vivir a otro sitio, no se les vaya a caer encima el edificio, y, en cuanto lo hayamos reparado, podrán volver y vivir tranquilos”. Me he puesto enseguida a buscar un lugar adecuado, y la gente de bien, como os digo, me ha guiado a vos. Mi intención sería acomodar en vuestro domicilio a mi hija y a mi hijo». El tintorero se dijo para sí: «¡Miel sobre hojuelas!», y luego, dirigiéndose a la anciana: «Es verdad que dispongo de una casa con salón y planta alta, pero también lo es que la utilizo para acoger huéspedes y a los campesinos que me procuran el añil». Dalila lo tranquilizó: «No será, hijo mío, más allá de un mes, dos a lo sumo, hasta que acaben de reformaros la casa. Tened en cuenta que aquí no conocemos a nadie. Dejad que nos acomodemos en el espacio que tenéis para las visitas, y, ¡ni que decir tiene!, si deseáis que atendamos a vuestros huéspedes, bienvenidos sean: con ellos comeremos y con ellos dormiremos».

El tintorero le dio tres llaves, la primera grande, la segunda pequeña y la tercera torcida: «Mirad, la grande es de la casa, la torcida, del salón, y la pequeña, del piso anexo». La Bribona agarró las llaves y echó a andar. Detrás de ella venían la esposa del comendador y, a cierta

distancia de esta, el joven hijo del mercader. Llegó así a un callejón, vio la puerta, la abrió sin dificultad y entró. Poco después llegó la joven Jatún. La Bribona le dijo: «Aquí, hija mía, es donde vive el santo Padre de las Cargas. Pero tú sube esos escalones y quítate el manto, que enseguida estoy contigo». Subió la joven dama a la planta superior y allí se sentó. Mientras tanto, llegó el hijo del mercader a la puerta de la casa, donde lo recibió la vieja Dalila: «Sentaos en el salón un momento, que os traiga a mi hija y podáis verla». Entró el mozo en el salón y Dalila subió al piso, donde la joven la recibió con estas palabras: «Me gustaría ver al Maestro de las Cargas antes de que acuda la gente». Dalila: «Hija mía, habrá que tener cuidado, no estoy muy tranquila por ti». La joven: «¿Y cómo es eso?». Dalila: «Acaba de llegar un hijo mío, tan ido de la cabeza que no distingue el invierno del verano. Va siempre ligero de ropa, le hace al santo maestro las veces de guardia y lugarteniente, y tan arrebatado de Dios es el pobre mío que en cuanto ve que una joven como tú ha venido a ver al santo maestro, la agarra del cuello, le raja una oreja y le destroza las sedas. Lo mejor que puedes hacer es quitarte las joyas sin dejarte una, así como las valiosas telas con que te cubres, yo te lo guardaré todo durante la santa visita».

La joven siguió sus instrucciones al dedillo. Se despojó de todo, y todo lo recibió la vieja: «Yo colocaré tus

pertenencias, hija mía, sobre el palio del santo maestro, para asegurarme de que recibas su baraca». La joven se quedó en camisa y calzones, y la Dalila la Bribona se llevó lo demás y lo escondió en el hueco de la escalera. Fue luego adonde el joven mercader, quien le preguntó impaciente: «¿Dónde está vuestra hija, que pueda verla?». Y, como la vieja comenzara a golpearse el pecho, el hijo del mercader le preguntó sobresaltado: «¿Qué ha pasado?». Dalila se quejó: «¡Ay, si los malvados dejaran de vivir...! ¡Ay, si no existiesen los vecinos envidiosos! Os han visto entrar en la casa y me han preguntado quién sois. Yo les he contestado que el prometido de mi hija. Y tal es la envidia que los corroe que han ido derechos a mi hija y le han dicho: “¿Tan harta está tu madre de mantenerte que te va a casar con uno que tiene el vitíligo<sup>59</sup>?”. De manera que he tenido que jurarle a la niña que te vería con las carnes desnudas». El hijo del mercader exclamó: «¡Dios nos preserve de los envidiosos!», y se arremangó dejando ver unos brazos que eran como de plata. Dalila le dijo entonces: «No os preocupéis, pues haré que os veáis uno a otro tal como sois». «Sí, traédmela ya, que pueda verla», le rogó el joven, mientras se despojaba de la piel de cebellina, el fajín, el puñal y todo lo demás, salvo la camisa y

<sup>59</sup> En las sociedades islámicas premodernas ha habido siempre una gran aversión hacia el vitíligo, que se consideraba una forma de lepra.

los calzones. Dejó, además, los mil dinares entre sus cosas. «Dádmelo, que os lo guarde», dijo la Bribona, se llevó todas las pertenencias del muchacho, que juntó con las de Jatún, y con todo ello salió por la puerta, que cerró y aseguró antes de marcharse en paz.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 702**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, así que Dalila la Bribona se hubo apoderado de las pertenencias de los dos jóvenes y salido de la casa, cuya puerta aseguró, dejó su valiosa carga en la tienda de cierto perfumista<sup>60</sup> y fue de nuevo al tintorero. El hombre, que la estaba esperando, le preguntó: «¿Os ha gustado la casa?». Dalila: «¡La casa es una bendición, Peregrino! Ahora tengo que ir en busca de unos porteadores que trasladen nuestros enseres y alfombras. Y, como mis hijos están rabiando por un poco de pan y de carne, quiero pedirlos que, con este dinar que os entrego, les compréis lo que tanto les apetece y os vayáis a comer con ellos». El tintorero: «¿Y quién va quedarse al cuidado del local y de las pertenencias de mis clientes que aquí guardo?». Dalila: «Pues vuestro mozo».

<sup>60</sup> Los perfumistas no solo vendían esencias olorosas sino diversas clases de remedios, por lo que estaban cerca de los farmacéuticos actuales.

«Así ha de ser», repuso el tintorero, quien, tras haberse provisto de una escudilla y una tapadera, salió dispuesto a darse un buen festín.

Lo anterior, por lo que se refiere al tintorero, a quien habremos de volver. En cuanto a Dalila la Bribona, sépase que desanduvo sus pasos hasta el puesto del perfumista donde había dejado las pertenencias de la joven y el hijo del mercader, se hizo de nuevo con todo ello y de allí volvió a la tintorería del Peregrino Muhámmad. Una vez en ella dijo al mozo que había quedado al cargo: «Vete con tu amo, que yo no me moveré de aquí hasta que volváis los dos». El chiquillo repuso: «Lo que vos digáis». La anciana volvió a cargar con cuanto había reunido y en esto vio, con su asno, a un arriero, hombre muy dado al hachís, que llevaba ya una semana sin haber hecho porte alguno. Dalila lo llamó: «¡Ven acá, arriero!». El hombre fue y la anciana le preguntó: «¿Conoces por casualidad a mi hijo, el tintorero Muhámmad?». El otro contestó: «Sí que lo conozco». Dalila le explicó lo siguiente: «¡El pobre mío se ha arruinado! ¡No le quedan ya más que deudas! Cada vez que lo encarcelan me las arreglo para sacarlo libre, pero esta vez la única esperanza que tengo es que me lo declaren insolvente. Lo primero será devolverle a cada cliente lo suyo, y, para eso, me hace falta tu asno. Te lo alquilo por este dinar, tómalo. Cuando me haya ido con el animal y la carga que he de distribuir, toma el serrucho



y sírvete de él para vaciar las tinajas; rómpelas luego todas, así como los lebrillos y demás recipientes, de modo que, si el juez pretende tasar las propiedades de mi hijo, no encuentre nada en todo el establecimiento». El arriero contestó: «Favores le debo al maestro tintorero, y de grado haré, por Dios, una buena obra».

Dalila la Bribona cargó todo su botín a lomos del asno y, bajo el manto de Quien todo lo tapa, fue a su casa, donde halló a su hija Zéinab, quien la recibió con estas palabras: «Ni un instante ha dejado mi corazón de estar con vos, madre. Decidme, ¿habéis engañado a alguien?». La madre: «¿A alguien? Cuatro incautos han caído, uno tras otro, en mis manos: el hijo de un mercader, la mujer de un comendador, un tintorero y un arriero, y aquí traigo, cargadas en este burro, todas las pertenencias que les he quitado». La hija: «¿Y cómo volveréis, madre, a asomar la cabeza por parte alguna de la ciudad, después de haber desplumado a la esposa de un oficial de la guardia, de dejar medio desnudo al hijo de un tratante con puesto en el mercado, de arrebatarle a un tintorero las telas que sus clientes le habían confiado y de dejar sin su asno a un arriero?». La madre: «Solo el arriero me inquieta, pues no le soy desconocida».

Pero volvamos ahora con el maestro tintorero. Sépase que compró la carne, guisada con todos sus avíos, más una buena hogaza de pan, y se lo colocó todo a su sirviente

en la cabeza. Cuando luego pasó por su tintorería, camino de su casa, halló al arriero emprendiéndola a golpes con la última tinaja del establecimiento, donde ni rastro quedaba de telas ni de nada. Viendo, pues, su tintorería reducida a escombros, dijo a voz en grito: «¡Detén tu obra, arriero!». Se detuvo este y exclamó al verlo: «¡Gracias sean dadas a Dios por lo bien que os veo, maestro! Sabed que me tenéis a vuestro lado de todo corazón». El tintorero: «¿A qué viene todo esto? ¿Qué es lo que me ha pasado?». El arriero: «Ya no os tenéis que preocupar, pues quedará constancia de vuestra más absoluta insolvencia». El tintorero: «¿Cómo? ¿De dónde sacas todo eso?». El arriero: «Ha sido vuestra madre, que me ha dejado el encargo de destrozar las tinajas y vaciar los lebrillos, de modo que, cuando llegue el inspector enviado por el juez no encuentre nada en toda la tintorería». El tintorero: «¡Maldiga Dios a los ausentes! ¡Mi madre murió ya ni me acuerdo cuándo!». Y, mirando a su alrededor, se golpeaba el pecho y exclamaba: «¡Pero si lo he perdido todo, lo mío y lo ajeno!». Al oír esto, se echó a llorar el arriero y se preguntó: «¿No habré yo perdido el borrico?», y añadió, dirigiéndose al tintorero: «Devolvedme ahora mismo el borrico que se llevó vuestra madre». El tintorero agarró al arriero del cuello y la emprendió a puñadas con él mientras le decía: «¡Tráeme a esa vieja!», a lo que el otro, defendiéndose con las mismas armas que su agresor, respondía: «¡Mi asno, mi asno!».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 703**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el tintorero y el arriero se enzarzaron y se propinaron sus buenos golpes mientras se lanzaban mutuas acusaciones. Al cabo se formó en torno a ellos un corro, desde donde se oyó que uno de los allí presentes le preguntaba al tintorero: «¿Qué es lo que ha pasado, maese Muhámmad?». El arriero dijo: «Yo os lo voy a explicar». Les relató, en efecto, lo sucedido y concluyó: «Creo que el tintorero debería estar agradecido y recompensarme mi actuación, pero no más verme se dio golpes de pecho y me dijo: “¡Mi madre murió!”. Y yo lo que le reclamo es mi borrico, porque él me ha tendido esta trampa para arrebatarme el animal». Otro de los presentes intervino: «Vos, maese Muhámmad, conocíais sin duda a la anciana, puesto que le confiasteis vuestra tintorería y cuanto en ella había». A lo que el tintorero repuso: «No la conocía de nada. Ha sido hoy mismo cuando se ha instalado en mi casa, con su hijo y su hija». Otro dijo: «Si de mí dependiera, concluiría que el tintorero ha de responder por el asno». Le preguntaron: «¿Y en qué os fundamentáis?». El hombre repuso: «Pues en que el arriero no se habría fiado lo bastante de la anciana para entregarle su asno si no fuese porque la había visto

a cargo de la tintorería y de cuanto en esta había». Enseguida intervino otro: «Ya que la tenéis alojada en vuestra casa, maese Muhámmad, el devolverle a este hombre su asno es ahora vuestro deber». Y marcharon todos juntos hacia para la casa.

Pero a ellos volveremos más adelante. En cuanto al joven hijo del mercader de telas, sépase que esperó en vano a que la anciana volviese a él con su supuesta hija, del mismo modo que Jatún esperó con paciencia a que la anciana le transmitiese el permiso de su hijo, el trastornado lugarteniente del santo Padre de las Cargas. Pero, como la anciana no volvía, salió la joven dama, dispuesta a realizar de una vez la sagrada visita, y en esto se encontró con el hijo del mercader, quien le preguntó al verla entrar: «¿Dónde está vuestra madre, que aquí me trajo para levantar el acta de matrimonio?». La joven repuso: «Mi madre murió. Pero decidme, ¿sois vos el hijo “arreatado” de esa santa mujer, el lugarteniente del santo Padre de las Cargas?». El hijo del mercader: «Esa no es mi madre, sino una vieja tramposa que me ha engañado para quedarse con mi ropa y una bolsa con mil dinares». La joven dama: «A mí también me ha engañado; me ha traído aquí para que visitase al santo Padre de las Cargas y, con ese pretexto, me ha despojado de cuanto encima llevaba». El hijo del mercader comenzó entonces a repetir: «El único medio que tengo para dar con mi ropa y mi dinero sois vos», a

lo cual no sabía la joven dama dar otra respuesta que: «Ni yo podré recuperar mis telas y alhajas si no es por vos, de modo que ya estáis trayendo a vuestra madre».

En esto entró en la casa su dueño, el tintorero, quien enseguida se halló ante el hijo del mercader y la joven dama casi en cueros. Sin más preámbulos les preguntó: «¿Dónde está la madre de ustedes? ¡Díganmelo ahora mismo!». La dama le relató cuanto le había sucedido y otro tanto hizo el doncel. Entonces exclamó el tintorero: «¡Todo se ha perdido! Lo mío y lo de mis clientes». El arriero intervino: «¡Y yo me he quedado sin mi borrico! ¡Devolvédmelo vos!». Esto último, dirigido al tintorero, quien añadió: «¡Vaya una vieja embaucadora! Salid todos, que pueda cerrar y asegurar la puerta». A esto repuso el hijo del mercader: «Vergüenza sería para vos que, después de haber entrado vestidos en vuestra casa, saliéramos ahora casi desnudos». El tintorero los proveyó a ambos de alguna ropa y acompañó a la joven a su casa, y ya tendremos ocasión de referirnos de nuevo a ella, así que haya vuelto su esposo, que, como se recordará, estaba de viaje.

El tintorero, por su parte, después de cerrar su establecimiento, le propuso al hijo del mercader: «Tenemos que poner a esa vieja en manos de la autoridad». Se pusieron, pues, ambos en marcha, seguidos por el arriero, y así llegaron hasta la misma casa del corregidor, ante quien farfullaron atropelladamente sus muchas quejas.

El corregidor trató de entender algo: «¿Cómo? ¿Qué es lo que os ha pasado?». Entre los tres le contaron lo sucedido y el corregidor concluyó: «¿Cuántas ancianas creen que viven en esta ciudad? Vayan ustedes a buscarla, échenle mano, tráiganmela y ya me encargaré yo de que desembuche lo que tenga que declarar». Y eso hicieron los tres, el mercader, el tintorero y el arriero, o sea, salir en busca de la vieja; pero ya hablaremos de eso más tarde.

Por lo que a Dalila la Bribona se refiere, sépase que le dijo a su hija, Zéinab la Trampas: «No se me han quitado las ganas de enredar...». Zéinab le aconsejó: «Pues gastad cuidado, madre, no vayáis a lamentarlo». Dalila: «Yo soy como el hollejo de las habas, que ni remojo ni hervor me ablandan...». Y, esto diciendo, se levantó, se vistió como si fuese criada de gran casa y salió de la suya, a ver, como había dicho, dónde podía enredar. Pasó, así, por delante de un callejón alfombrado donde lucían lámparas pendientes de los muros y se oían cantos y tocar de panderos. Se asomó y vio a una esclava que en brazos tenía a un niño. Este iba ataviado con un traje bordado en plata y una preciosa capa de terciopelo; en la cabeza llevaba un bonete cubierto de perlas, y del cuello le pendía un collar de oro y brillantes gemas. La casa pertenecía al síndico de los mercaderes de Bagdad, y el pequeño era hijo suyo. Tenía el síndico, además, una hija, aún doncella, pero ya comprometida, cuyos esponsales se

celebraban ese día precisamente, y con ese motivo se hallaba su madre rodeada de mujeres cantantes. La cosa es que el mencionado niño había hartado a su madre echándole los brazos al cuello cada vez que la veía. La atareada señora llamó a la esclava y le ordenó: «Hazte cargo de tu joven señor y tenlo entretenido mientras dure la reunión».

Más tarde, cuando Dalila la Bribona le hubo echado el ojo al pequeño, le dijo a la esclava, que en brazos lo tenía: «Muy ajetreada ha de estar vuestra ama con lo que en esta fecha celebran ustedes...». La esclava repuso: «No es para menos, hoy son los esponsales de su hija y han venido las cantantes». La vieja dijo para sí: «Aquí lo que se impone es quitarle el niño a esta esclava».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 704**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que la vieja se dijo a sí misma: «Si se trata, Dalila, de hacer una buena fechoría, lo suyo es quitarle el niño a esta esclava», y luego, en alta voz: «¡Qué escándalo y qué desgracia!», al tiempo que de la faltriquera se sacaba una placa de azófar, que bien podría haber tomado por dinar algún incauto como aquella esclava, y añadió: «Ven acá, toma esta moneda, entra a donde tu ama y dile: “Umm Aljair, que está en la puerta, se alegra mucho por vos, después de las muchas

mercedes recibidas, y, cuando llegue el señalado día, acudirá con sus hijas y sabrá mostrarse generosa con las peinadoras”». La esclava se mostró reacia: «Mirad, que este niño, mi señorito, cada vez que ve a su madre le echa los brazos al cuello». Dalila le ofreció la solución del problema: «Pues déjamelos a mí, y podrás ir y venir tranquila». La esclava le entregó al pequeño, recibió la placa de latón y entró en la casa. La anciana Dalila, sin perder un instante, salió con el niño, se metió en un callejón y lo despojó de cuantas joyas y valiosos ropajes llevaba encima, mientras para sus adentros se decía: «Hecho lo hecho, Dalila, el verdadero rasgo de pericia consistiría en aprovechar el resultado del engaño como prenda con que ganarme no menos de mil dinares».

Y de allí fue al zoco de los orfebres, donde vio a cierto artífice y mercader judío, ante el cual había una cesta, de las que jaulas parecen, repleta de alhajas: «Pues ahí está: lo suyo ahora es engañar a este judío, *limpiarlo* de joyas por valor de hasta mil dinares y dejarle en prenda a este niño». En ese instante miró el judío, vio al pequeño en brazos de la anciana y reparó en que era el hijo del síndico. Aunque muy rico, este orfebre judío tenía un defecto, y es que era dado a envidiar a sus vecinos si los veía hacer una venta que, según su opinión, le habría correspondido a él. Se dirigió, pues, a Dalila: «¿Qué se os ofrece, señora mía?». «¿Sois maese Azarías, el Judío?», preguntó



la Bribona, que ya había averiguado cómo se llamaba. El orfebre repuso: «Así es». Dalila le explicó: «La hermana de este pequeño, o sea, la hija del síndico de los mercaderes, se ha prometido hace poco, y hoy mismo se celebran sus esponsales, por lo que le hacen falta joyas. Queremos, pues, que nos sirváis dos pares de ajorcas de oro, un par de brazaletes de oro, una gargantilla de perlas, un fajín de pedrería, un puñal con engastes buenos y un anillo». Y, en efecto, fue recibiendo del Judío alhajas por valor de hasta mil dinares, y, cuando las tuvo todas en su poder, dijo: «Esto me lo llevo para que lo vean ellos, de modo que puedan quedarse con las alhajas que más les gusten; yo no tardaré en abonaros lo que valgan. Vos, mientras tanto, quedaos con el niño». El judío se mostró conforme: «Sea como decís». Y Dalila volvió a casa con su botín bien agarrado. Su hija la recibió con una pregunta: «¿A cuántos habéis engañado esta vez?». La Bribona repuso: «Primero me las he arreglado para despojar de cuanto llevaba encima al hijo del síndico de los mercaderes y luego he dejado al niño en prenda por mil dinares en alhajas de cierto orfebre judío». Zéinab concluyó: «No vais a poder salir a la calle en esta ciudad».

Por lo que a la esclava del síndico se refiere, sépase que entró donde su ama y le dijo: «Señora, Umm Aljair os saluda y se alegra con vos, y os promete que el día de la celebración vendrá con sus hijas y repartirá estrenas».

El ama: «¿Y dónde está el señorito?». La esclava: «A Umm Aljair se lo he dejado, para que no se os echara a vos al cuello, y ella me ha dado ya dinero para las cantantes». El ama se volvió entonces a la directora de estas: «Toma, estrenas para vosotras». La mujer se dio cuenta enseguida de que las «estrenas» no eran más que una plaquita de azófar. El ama le dijo a la esclava: «Ve ahora mismo, cacho puta, a ver cómo está el señorito». Bajó la muchacha y, al no encontrar rastro del niño ni de la anciana, comenzó a chillar fuera de sí. La alegría de la concurrencia se transformó en quebranto, y en esto llegó el síndico de los mercaderes, a quien su esposa contó lo ocurrido. Salió el hombre a buscar a su hijo, labor a la que se le unieron otros mercaderes, cada uno por su lado. El síndico fue de acá para allá, buscando ansioso al niño, hasta que por fin lo vio, medio desnudo, en la tienda del Judío, a quien espetó: «¡Ese es mi hijo!». El Judío contestó: «Sí, ya lo sé». El padre lo tomó en sus brazos, y ni preguntó por su ropa, de tan contento como se puso. El Judío, por su parte, al ver al síndico tomar consigo al niño, como si fuese a llevárselo, exclamó: «¡Socorra Dios al califa en vuestra persona!». El síndico le preguntó extrañado: «¿A qué viene eso, Judío?». El Judío: «La anciana se ha llevado hace un rato joyas mías por valor de mil dinares y me ha dejado en prenda a este niño. Si no, no le habría permitido que se las llevara sin pagar, y conste que solo he aceptado por

tratarse de vuestro hijo». El síndico: «¡A mi hija no le hacen falta joyas! Lo que tenéis que hacer, ahora mismo y para empezar, es devolverme la ropa de mi niño». El Judío comenzó a dar grandes voces: «¡Venid a mí, musulmanes!».

En ese momento vinieron a aparecer por allí el arriero, el tintorero y el hijo del mercader, que venían buscando a la anciana, y preguntaron al síndico y al Judío el motivo de su enfrentamiento. El orfebre y el síndico les contaron lo sucedido. «Esa vieja es una embaucadora, que también nos han engañado a nosotros», les explicaron los otros tres y refirieron cuanto les había ocurrido con Dalila la Bribona. El síndico dijo entonces: «Ya que he encontrado a mi hijo, consideraré que sus atavíos han sido su rescate en tanto no me encuentre con esa vieja, a quien se los pienso reclamar», y, dicho esto, se fue con el niño adonde la madre, quien se alegró mucho al verlo sano y salvo. El Judío les preguntó a los otros tres: «¿Y vosotros a dónde vais?». Le contestaron: «A seguir buscando a la vieja». El Judío: «Pues dejad que vaya con vosotros. ¿Alguno la conoce?». El arriero: «Sí, yo la conozco». El Judío: «Si la buscamos todos juntos se nos acabará escabullendo y no podremos dar nunca con ella. Separémonos ahora y quedemos en vernos donde el Peregrino Mesud, el barbero<sup>61</sup> a quien llaman el Magrebí». Y eso fue lo que hicie-

<sup>61</sup> Los barberos, además de afeitar, aplicaban sangrías y sacaban muelas.

ron, irse cada uno por su lado. En esto salió Dalila, para reemprender sus fechorías, la vio el arriero, la reconoció, se fue para ella y la agarró exclamando: «¡Ay de vos! ¿Lleváis mucho en este negocio?». Dalila: «¿Qué es lo que te ha pasado a ti?». El arriero: «¡Devolvedme mi borrico!». Dalila: «¡No quieras desvelar lo que Dios mantiene oculto, hijo mío! Pero dime, ¿tú qué es lo que quieres, tu asno o los enseres de la gente?». El arriero: «Mi asno y se acabó». Dalila: «Como te he visto pobre, he dejado tu asno al cuidado del Magrebí, ya sabes, el barbero. No te acerques mucho a su tienda, que yo iré y le diré, con la debida cortesía, que te entregue tu animal».

Fue, pues, la vieja a donde el Magrebí, le besó la mano y se echó a llorar. «¿Qué os pasa?», le preguntó el hombre extrañado. Dalila repuso: «¡Ay, querido joven! Mirad, ¿veis allí a aquel joven parado? Pues es mi hijo, muy enclenque desde que era chico, hasta el punto de que un día le dio un aire y perdió la razón. Y, como por oficio tenía la trata de asnos, cuando está de pie, exclama: “¡Ay, mi borrico!”, y, cuando se sienta, exclama: “¡Ay, mi borrico!”, y, cuando camina, exclama: “¡Ay, mi borrico!”. El médico me ha dicho que ese trastorno solo se le curará sacándole dos muelas y cauterizándole por dos veces las sienes. Tomad, pues, este dinar, llamadlo y decidle: “Tu borrico lo tengo yo”». A esto repuso el Magrebí: «¡Un año entero ayune yo si no le pongo ahora mismo en la

mano las bridas de su borrico!». Tenía el barbero dos empleados. Llamó a uno y le dijo: «¡Pon dos clavos a calentar!». Luego, mientras la Bribona se escabullía, hizo venir al arriero y le dijo: «Tu borrico lo tengo yo. Entra, inocente, y llévate, que por mi vida he de ponerte sus bridas en las manos». Y, esto diciendo, agarró al arriero, lo metió en una estancia oscura y allí le asestó el Magrebí tal golpe que dio con el otro en el suelo. Lo sacaron a ras-tras y lo amarraron bien, de pies y manos. El Magrebí le sacó dos muelas, le cauterizó dos veces las sienes y donde estaba lo dejó. Cuando el arriero volvió en sí, se levantó y preguntó al barbero: «¿Por qué me habéis hecho esto, Magrebí?». El otro repuso: «Vuestra madre me ha contado que, a resultas de un aire que os dio, perdisteis la razón, y desde entonces no paráis de exclamar: “¡Ay mi borrico!”», estéis de pie, sentado o en marcha. Ya solo me queda hacerte entrega de tu animal...». El arriero exclamó: «¡Así os dé Dios el pago que merecéis por sacarme dos muelas!». Pero el otro insistió en que había actuado a impulsos de su madre y le repitió lo que la anciana le había dicho. «¡Dele Dios a la vieja lo que se merece!», dijo el arriero, quien se alejó de allí, sin dejar de discutir con el Magrebí, de modo que este descuidó su tienda unos instantes. Luego, cuando el barbero volvió a su barbería, vio que se la habían vaciado. El hecho es que la vieja Dalila, aprovechando que el Magrebí se había enredado en una

larga discusión con el arriero, entró para afanar lo que de valor hubiese en el establecimiento, y, después de apoderarse de cuanto encontró, se fue a su casa y le contó a su hija las tropelías que había realizado.

En cuanto al barbero, sépase que, no bien hubo visto su tienda saqueada, agarró al arriero y le dijo: «¡Tráeme ahora mismo a tu madre!». El arriero: «¡Pero si esa no es mi madre! ¡Es una embaucadora que ha engañado a muchos y a mí me ha robado el borrico!». En esto llegaron allí el tintorero, el Judío y el hijo del mercader, y vieron al Magrebí porfiando con el arriero, que llevaba en las sienes las marcas de la cauterización. Le preguntaron: «¿Qué te ha pasado, arriero?». Él les contó lo ocurrido, y otro tanto hizo el Magrebí. Los demás dijeron a este: «Es una vieja fullera, que se ha reído de todos nosotros», y cada cual contó su experiencia. El Magrebí cerró su tienda y se fue con los demás a casa del corregidor, cuyo auxilio requirieron: «Solo con vuestro concurso recuperaremos lo que es nuestro y podremos respirar». El corregidor les preguntó, como la vez primera: «¿Y cuántas viejas creen ustedes que hay en la ciudad? ¿Alguno la conoce?». El arriero contestó: «Yo la conozco. Pero concedednos diez hombres de vuestra guardia». Instantes después estaban todos en la calle: los guardias del corregidor, el arriero, el mercader, el tintorero, el orfebre y el barbero. Y no tardó mucho la compañía en toparse con la vieja Dalila, que en su

dirección venía. La apresaron y la llevaron al corregidor, bajo cuya ventana se pararon todos, a esperar a que este saliera. Y tanto se alargó la espera, que los guardias, después de haber pasado la noche en vela por orden del corregidor, se durmieron. La Bribona se hizo asimismo la dormida, y uno tras otro fueron los demás cayendo amorrotados. De modo que no le costó mucho a Dalila huir de ellos y entrar donde las mujeres del corregidor.

Una vez dentro besó la mano de la principal señora y le preguntó: «¿Dónde está el señor corregidor?». La mujer contestó: «Está durmiendo. ¿Qué queréis?». Dalila: «Pues veréis, señora, mi esposo es tratante de esclavos, y me ha dejado a cinco varones blancos, que a la puerta de vuestra casa están, con el encargo de que los venda, pues él ha tenido que salir de viaje. El corregidor me ha prometido comprármelos por mil dinares los cinco, junto con otros doscientos para mí, por el corretaje, y me ha dicho: “Llevádmelos a mi casa”, y aquí me tenéis».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 705**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que, cuando la vieja Dalila hubo subido al gineceo del corregidor, dijo a la esposa de este: «El señor corregidor me ha comprado cinco esclavos blancos por mil dinares, más

doscientos para mí, y me ha dicho que los traiga». Se daba la circunstancia de que el mentado corregidor disponía por aquel entonces de la suma de mil dinares, y le había dicho a su esposa: «Guardadlos para que nos compremos unos esclavos». De modo que, cuando la mujer oyó las palabras de Dalila, creyó a pies juntillas que la anciana seguía instrucciones de su marido, y le preguntó: «¿Dónde decís que están los esclavos?». Dalila: «Ahí fuera están durmiendo, debajo mismo de vuestra ventana». Se asomó, pues, la señora a la ventana y desde allí vio al Magrebí, quien iba, en efecto, vestido al modo de los *mamluks*<sup>62</sup>, y al hijo del mercader, que bien podía haber sido uno de ellos. También en el tintorero, el arriero y el orfebre creyó ver las trazas de los esclavos blancos, y para sí se dijo: «¡Pero si cada uno de esos vale ya los mil dinares!». Abrió la caja, sacó la suma acordada y se la entregó a la anciana diciendo: «Idos ahora, que ya despertará mi esposo del sueño y podremos entregaros los doscientos dinares que faltan». Dalila se mostró conforme: «De ellos, cien son para vos, a cuenta de los refrescos que me he tomado; los otros cien guardádmelos, os lo ruego, hasta que vuelva yo por ellos. Y ahora, señora, hacedme la merced de sacarme

<sup>62</sup> Por *mamluks* se entendía esclavos de raza blanca que solían tener formación militar, algunos de los cuales después de que alcanzaron altos cargos, acabaron haciéndose con la máxima titulación del «Estado» y formando dinastías en sociedades islámicas medievales, como fue el caso de Egipto con el sultanato mameluco (*mamluk*) a partir de 1250.



por la puerta secreta». Y así se hizo. La Bribona salió de la casa por donde nadie la pudo ver y, oculta por Quien todo lo cubre, volvió a su casa. Su hija, Zéinab la Trampas, le preguntó: «¿Qué habéis hecho, madre?». Dalila le contestó ufana: «Pues mira, sacarles estos mil dinares a la mujer del corregidor, a cuenta del orfebre, el arriero, el tintorero, el barbero y el mercader, a quienes he hecho pasar por esclavos. De ellos el único que me inquieta es el arriero, puesto que me conoce». Zéinab le dijo: «Pues ahora, madre, sentaos a descansar, que ya habéis hecho bastante y, como suele decirse, tanto va el cántaro a la fuente...».

Por lo que al corregidor se refiere, sépase que, no bien hubo despertado de su siesta, se le acercó su esposa y le dijo: «Podéis alegraros, pues ya están aquí los cinco *mamluks* que le habéis comprado a la vieja». A lo que repuso el corregidor: «¿De qué *mamluks* me habláis?». La esposa: «¿Por qué me lo negáis a mí? Dios mediante, alcanzarán, como vos, puestos de gran relieve». El corregidor: «¡Por mi cabeza juro que no he comprado esclavo ninguno! ¿Quién os ha dicho tal cosa?». La esposa: «Pues la anciana Dalila, a quien se los comprasteis y con quien acordasteis pagarle mil dinares por los hombres y otros doscientos para ella». El corregidor: «¿Y le habéis dado el dinero?». La esposa: «¡Natural! Pero no sin haber visto con mis propios ojos a los esclavos, cuya ropa sola vale ya más que eso. Y les he encargado a vuestros oficiales que

les echaran un ojo». Bajó entonces a la calle el corregidor, y allí se encontró con el Judío, el arriero, el Magrebí, el tintorero y el hijo del mercader. Preguntó entonces a sus oficiales: «¿Dónde están los cinco *mamluks* que le hemos comprado a la vieja por mil dinares?». Le respondieron: «Aquí no hay *mamluk* ninguno, sino estos cinco hombres, que han conseguido echarle mano a la vieja. Pero todos nos hemos quedado dormidos, y ella ha aprovechado la situación para meterse donde las mujeres. Ha bajado luego una de estas y nos ha preguntado: “¿Son estos los cinco hombres que venían con la anciana?”, a lo que nosotros hemos contestado que sí». El corregidor exclamó: «¡Vive Dios que no ha habido mayor fraude!». Los cinco burlados empezaron a quejarse: «¡Solo vos podréis ayudarnos a recuperar lo que nos pertenece!». El corregidor les explicó: «La vieja me los ha vendido a ustedes por mil dinares». Los cinco: «¡Eso Dios no lo permite! Somos hombres libres y nadie nos puede vender. ¡Vamos a ver al califa!». El corregidor: «¡Pues el camino a mi casa no se lo he enseñado yo...! Lo que voy a hacer es venderlos a la galera. Doscientos dinares sacaré por cada uno de ustedes».

De repente, sin previo aviso, llegó el comendador Hasan, el Terror de los Caminos. El cual, al regresar de su viaje, se encontró medio desnuda a su mujer, quien le contó lo ocurrido. El Terror de los Caminos exclamó: «¡El corregidor tendrá que oírme!». Fue, pues, derecho a

donde este, entró y le espetó: «¿De modo que permitís a las viejas recorrer la ciudad embaucando y robando al más pintado? Es vuestro terreno y habéis de responder por las propiedades de mi esposa». A continuación, se dirigió a los cinco embaucados: «¿Y ustedes qué hacen aquí?». Ellos le contaron sus historias. El comendador concluyó: «Mucho es el mal que les ha hecho...», y, volviéndose de nuevo al corregidor, le preguntó: «¿Y puede saberse por qué los retenéis?». El corregidor: «Ellos le han enseñado el camino de mi casa a la vieja, que se ha marchado con mil dinares míos por la venta de estos cinco». Los mentados le rogaron al Terror de los Caminos: «Vos sois, señor, nuestro único valedor en este trance». El corregidor dijo entonces al comendador Hasan: «Yo os garantizo, señor, que vuestra esposa recuperará lo suyo, y tenéis razón en que a mí me corresponde detener a la vieja. ¿Alguno de ustedes la conoce?», esto último, a los cinco burlados. Todos ellos respondieron: «¡Sí, claro que la conocemos! Dad la orden a diez de vuestros guardias de que nos acompañen y nosotros la prenderemos». El arriero se puso, de nuevo, al frente de los guardias: «¡Sígueme a mí! Capaz sería de reconocerla, aunque ciego me quedara». Y, dicho y hecho, no tardaron mucho en topársela, saliendo de un callejón. La prendieron y la condujeron de nuevo a donde el corregidor.

Cuando este la tuvo ante sí, le preguntó: «¿Dónde están las propiedades de todos estos?». «Ni tengo ni he

visto nada», contestó Dalila. El corregidor ordenó al carcelero: «Tenla encerrada hasta mañana». El hombre contestó: «Ni pienso prenderla ni retenerla, no vaya a engañarme a mí también y me hagáis luego responsable de todas sus tropelías». Pidió entonces el corregidor su montura y, acompañado de todos los presentes, condujo a la vieja a la ribera del Tigris, donde ordenó al porta-antorchas que la colgara de un madero por la cabellera. El verdugo la levantó sirviéndose de una polea, y el corregidor, después de dejarla bajo la custodia a diez guardias, volvió a su casa. Cayó la noche y los guardias no pudieron resistir el sueño. Acertó entonces a aparecer por allí un beduino, que había oído una conversación entre dos conocidos: «¡Hace tiempo que no os veo! Me alegro de hallaros bien», dijo el primero, y el otro repuso: «De Bagdad vengo, donde me he dado un buen festín de *zalabia* a la miel<sup>63</sup>». Oído que hubo esto, se dijo para sí el beduino: «No puedo dejar de ir a Bagdad y probar esa *zalabia* a la miel», pues ni conocía las variedades de churros ni había puesto los pies en la ciudad. Montó, pues, su caballo y se puso en marcha repitiéndose: «¿Habrá nada más apetitoso que la *zalabia* a la miel? ¡Por el honor de los árabes de pura cepa que lo próximo que entre en mi boca ha de ser *zalabia* a la miel!».

<sup>63</sup> La *zalabia* (conocida en Pakistán como *yalebi*) es una flor de sartén o buñuelo, y es propia de países islámicos de Oriente Medio y el Norte de África.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 706**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el beduino montó su caballo y puso rumbo a Bagdad, sin dejar de decir: «¡Nada hay mejor que la *zalabia* a la miel! ¡Por el honor de los verdaderos árabes que me voy a atiborrar de *zalabia*!». Y así llegó a donde estaba colgada Dalila la Bribona, quien pudo oír las palabras del beduino. Se acercó este a ella y le preguntó: «¿Qué sois vos?». Dalila: «En vuestras manos me pongo, maestro de los árabes». El beduino: «Poneos, mejor, en las manos de Dios. Pero decidme, ¿por qué motivo os han colgado?». Dalila: «Sabed que tengo un enemigo que se gana la vida friendo churros, de esos que llaman *zalabia*, para ser precisa... Pues bien, estaba yo un día parada ante su puesto, con la intención de hacerle una compra, escupí y tuve la mala suerte de salpicar la *zalabia* que estaba friendo. Él se quejó de mí ante la autoridad, y aquí me tenéis, colgada por los pelos. Y no queda ahí la cosa, pues el juez dictaminó que me trajesen diez libras de *zalabia*, o sea, de churros bañados en miel, por si no los conocéis, y me obligasen a comérmelos mientras estoy aquí colgada. “Si se los come todos —dijo el juez—, que la suelten, y si no, que se quede donde está, cumpliendo la condena”.

Y habéis de saber, orgullo de los árabes, que a mí todo lo que sea dulce me repugna, ni pensar puedo en ello». A esto repuso el beduino: «¡Por el honor de los árabes de pura cepa os aseguro, señora que, si he me alejado de nuestras tiendas, ha sido para hartarme de *zalabia* a la miel! No os inquietéis: yo me comeré esos churros por vos». Dalila: «¡Quia! Solo admitirían que me sustituyerais si accedéis a quedaros aquí donde yo estoy, amarrado». El beduino cayó en la trampa, liberó a la vieja y esta lo sujetó al madero, no sin antes haberlo despojado de todas sus vestiduras. Se las puso Dalila, se colocó el turbante del incauto, montó a lomos de su caballo y partió, como si fuese un beduino más, rumbo a su casa, donde su hija le preguntó: «¿Cómo os veo de esa guisa?». «Me han colgado de un madero», repuso Dalila, y le contó lo del beduino.

Lo anterior, por lo que a la Bribona se refiere. En cuanto a los guardias que la tenían a su cargo, sépase que, en cuanto el primero de ellos despertó, avisó a los demás, que comprobaron que ya había amanecido. Uno de ellos alzó los ojos y exclamó: «¡Dalila!», a lo que respondió el beduino: «¿*Balila*? ¡Ni hablar! Yo garbanzos no quiero<sup>64</sup>. ¿Es que no habéis traído la *zalabia* a la miel?». Los guardias

<sup>64</sup> La *balila* es una ensalada tibia de garbanzos con algunos vegetales, aliñados con aceite y limón. Sigue siendo un plato modesto y popular en Oriente Medio.

volvieron a exclamar, sorprendidos: «¡Es un hombre, un beduino!», y le preguntaron: «Beduino, ¿dónde está Dalila?, ¿quién la ha soltado?». Él repuso: «Yo he sido; no le vais a dar a la fuerza *zalabia* a la miel porque la pobre tiene los churros aborrecidos». Los guardias comprendieron que el infeliz no sabía en manos de quién había caído, y la Bribona le había gastado una de las suyas. Unos a otros se preguntaron: «¿Salimos huyendo o nos quedamos para que se cumpla lo que Dios tenga escrito para nosotros?». En esto llegó el corregidor, acompañado de cuantos habían ido cayendo en las sucesivas fullerías de Dalila. El corregidor ordenó a los guardias: «¡Suelten a la vieja Dalila!». El beduino volvió a reaccionar: «¡Que no! ¡De *balila*, nada! Que los garbanzos no los trago... ¿Habéis traído o no los churros bañados en miel?». El corregidor alzó la vista hacia el madero y, en el lugar de Dalila, vio amarrado a un beduino. Les preguntó a los guardias: «¿Qué es lo que veo?». Le contestaron: «¡Concedednos, señor, vuestro perdón!». El corregidor: «Cuéntenme lo que ha pasado». Los guardias: «Como habíamos velado patrullando y estábamos ya tranquilos viendo a Dalila colgada, nos quedamos amodorrados, y, al despertar, nos hemos encontrado con este beduino en su lugar. Haced con nosotros lo que queráis...». El corregidor: «Ciertamente esa mujer es una embaucadora como no se ha visto otra. Dios les conceda Su perdón. Y a ese, bájenlo del madero». El beduino se

le colgó al corregidor del cuello: «¡Socorra Dios al califa en vuestra persona! Solo por vuestra mediación podré yo recuperar mi caballo y mi ropa». Y, como el corregidor se lo pidiera, le contó el hombre su historia. Admirado, le preguntó el corregidor: «¿Cómo se te ha ocurrido soltarla?», y el beduino repuso: «No tenía idea de que fuese una embaucadora». Se acercaron entonces los otros cinco para recordarle al corregidor sus quejas: «Vos erais, señor, nuestra única esperanza para recuperar lo que es nuestro. Os entregamos a la vieja y bajo vuestra jurisdicción quedó. Pidámosle, pues, audiencia al califa».

A todo esto, el comendador Hasan, el Terror de los Caminos, se había presentado ya ante el Comendador de los Fieles, Harún Arrashid, cuando ellos llegaron. Nada más entrar al salón regio, el beduino y los otros cinco empezaron a quejarse: «¡Nos han hecho un gran mal!». «¿Quién?», les preguntó el califa. Y uno a uno fueron adelantándose y contándole lo ocurrido. El corregidor concluyó: «También a mí me ha enredado en sus trampas, Comendador de los Fieles, pues se las ha arreglado para venderme, por mil dinares, a estos cinco, a pesar de que son hombres libres». El califa respondió mirando al grupo: «Todo cuanto hayan perdido se lo restituiré», y luego, dirigiéndose al corregidor: «Tú te encargarás de la vieja». Pero el corregidor, sacudiéndose los hombros repuso: «No me imponga nuestro señor esa tarea, después



de que, como ya sabe, la haya yo mandado colgar de los pelos y ella se las haya arreglado, una vez más, para engañar a un incauto, a quien ha sustraído su ropa y montura». El califa preguntó: «¿Y acaso puedo encargarle a otro la misión de prenderla?». El corregidor repuso sin hacerse de rogar: «A Áhmed el *Demacrao*, quien recibe una asignación mensual de mil dinares y tiene a su mando a cuarenta hombres, que cobran cien por barba». El califa se volvió hacia el *Demacrao*, allí presente: «¡Comandante Áhmed!». El *Demacrao* contestó, marcial: «¡Aquí me tiene el Comendador de los Fieles!». El califa: «Trae ante mí a esa anciana». El *Demacrao*: «Asumo la responsabilidad». Y el califa ordenó al beduino y los otros cinco burlados que permaneciesen con él.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 707**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el califa encomendó al *Demacrao* la misión de traer a la vieja a su presencia. El comandante del flanco derecho repuso: «¡De ello me hago responsable ante el Comendador de los Fieles!». Luego se reunió con sus hombres en el salón del que se servían, y unos a otros se preguntaron: «¿Y qué plan seguiremos para echarle mano? ¡Cómo si no hubiese más viejas en la ciudad!». Uno de ellos, a quien llamaban Ali

Hombro de Camello, dijo a Áhmed el *Demacrao*: «Veo que os importa mucho la opinión de Hasan *Malfario*... ¿Cuándo ha dicho ese algo que merezca la pena oír?». Hasan saltó al instante: «¿Cómo te atreves, Ali, a despreciarme? ¡Por el Grandioso Nombre juro que no los acompañaré esta vez!», y se levantó irritado. Habló entonces el *Demacrao*: «Que cada oficial tome consigo a diez hombres y con ellos vaya recorriendo barrio tras barrio hasta dar con Dalila». Todos se dispusieron a cumplir la orden, no sin antes acordar en qué callejón de qué barrio se encontrarían tras hacer la ronda. Por toda la ciudad cundió la noticia: «A Áhmed el *Demacrao* le ha mandado el califa prender a Dalila la Bribona». Zéinab dijo a su madre: «Demostrad, madre, lo lista que sois jugándole una de las vuestras al *Demacrao* y los suyos». Dalila: «Al único que tengo miedo, hija mía, es a Hasan *Malfario*». Zéinab: «¡Pues por mis guedejas, madre, que he de traeros las vestiduras de los cuarenta y uno!». Y aún no había terminado de hacer este juramento cuando ya se estaba levantando para ataviarse de arriba abajo, velo incluido, y salir en busca de cierto perfumista que tenía un salón con dos puertas.

Llegó Zéinab adonde el perfumista, le dirigió el *salam* y le entregó una moneda de oro: «Tomad este dinar a cuenta del uso de vuestro salón, que dejaré a la puesta del sol». El droguero le entregó las llaves y ella se fue en busca

de tapices y otros enseres, que cargó en el asno del arriero. Acondicionó el salón y en cada uno de sus espaciosos nichos dispuso una mesa con comida y bebida. Hecho todo esto, se paró delante de la puerta con el rostro descubierto. Al poco apareció por allí Ali Hombro de Camello, seguido de los suyos. La joven Zéinab se acercó a él y le besó la mano. Vio el bravo que se trataba de una muchacha agradecida y al instante se prendó de ella. Le preguntó: «¿Qué se os ofrece, muchacha?». Zéinab: «¿Sois el comandante Áhmed, a quien llaman el *Demacrao*?». Hombro de Camello: «No, pero soy de los suyos, y me llaman Ali Hombro de Camello». Zéinab: «¿Y a dónde vais?». Hombro de Camello: «Vamos de ronda, en busca de una vieja fullera y ladrona, con la intención de prenderla y llevarla ante la autoridad. Pero decidme, ¿quién sois vos y qué os traéis entre manos?». Zéinab: «Pues veréis, señor, mi padre, que era tabernero en Mosul, me ha dejado una buena herencia, y me he venido a esta ciudad por miedo a los gobernantes. He preguntado a la gente a quién podría pedirle amparo, y todos me han contestado: “Nadie mejor que Áhmed el *Demacrao* para protegeros”». Hombro de Camello y los suyos le dijeron: «Ya estáis bajo su protección, no se hable más». Zéinab: «Pues componedme el ánimo tomando un bocado y un sorbito de lo que queráis».

Y, como los hombretones aceptasen la invitación, los acomodó la Trampas en el salón. Comieron y bebieron

a sus anchas, y, cuando más descuidados estaban, los drogó a todos con beleño y, perdido que hubieron el sentido, los despojó de cuanto llevaban encima. Y lo mismo fue haciendo con las demás patrullas que había mandado Áhmed el *Demacrao*. Este, mientras tanto, seguía de ronda, buscando a Dalila, y extrañado de no dar con ella ni toparse con ninguna de las patrullas de los suyos, y así llegó adonde Zéinab. Le besó esta la mano, y al instante quedó él prendado de la muchacha, que le preguntó: «¿Sois el comandante Áhmed, a quien llaman el *Demacrao*?». Él contestó: «Así es, ese soy yo, y vos, ¿quién sois?». Zéinab: «Forastera soy, de Mosul, e hija de un tabernero que, al morir, me ha dejado una muy cumplida herencia. Me he venido a Bagdad por miedo de las autoridades y he abierto esta taberna, por la que el corregidor me reclama unos derechos. Y lo que yo quiero es ponerme bajo vuestro amparo, pues más digno sois vos de quedaros con lo que tendría, si no, que pagarle al corregidor». El *Demacrao*: «No le deis a ese ni una moneda de cobre, y bienvenida seáis». Zéinab: «¿Y seréis ahora tan amable de recomponerme el ánimo pasando a tomar lo que serviros pueda?». Entró, pues, Áhmed y comió y bebió vino hasta no tenerse en sí. La joven lo drogó entonces, como había hecho con los demás, y le quitó la ropa. Lo cargó luego todo en el caballo del beduino y el asno del arriero, y, antes de marcharse, despertó a Hombre de

Camello. Cuando este último volvió en sí, se halló desnudo y vio junto a sí al *Demacrao* y a los hombres de este, todos ellos drogados. Los despertó valiéndose de un fuerte antídoto contra el beleño, y comprobaron que los habían dejado medio en cueros. El *Demacrao* preguntó a grandes voces: «¿Qué es esto, muchachos?, ¿qué es lo que ha pasado? Hemos salido de ronda para atrapar a una ramera y mirad por dónde nos la ha jugado una puta. Hasan *Malfario* se volverá loco de contento cuando se entere. Esperemos a que se haga de noche para salir».

Unas horas más tarde estaba el mismo *Malfario* preguntándole a la autoridad por el *Demacrao* y los suyos, cuando los vio aparecer semidesnudos. *Malfario* recitó entonces:

«Los mismos fines perseguimos todos,  
y solo nos distinguen nuestros logros.  
Ignaros son algunos, y otros, sabios:  
no brillan por igual todos los astros<sup>65</sup>».

Cuando los tuvo cerca, les preguntó: «¿Quién se las ha apañado para dejarlos poco menos que como los parieron sus madres?». Le contestaron: «Nos comprometimos a encontrar a una vieja, pero quien nos ha despojado de cuanto encima llevábamos ha sido una joven, ¡y bien

<sup>65</sup> Fragmento de una célebre elegía de ‘Alī al-Tihāmī (m. 1025), poeta de origen yemení que visitó varios países de Oriente Medio.

hermosa!». Hasan *Malfario* exclamó: «¡Buena cosa os ha hecho!». Le preguntaron: «¿Sabes de quién hablamos, Hasan?». *Malfario*: «Sí, conozco a la joven como conozco a la vieja». Los otros: «¿Y qué vamos a decirle ahora al califa?». *Malfario* se dirigió al *Demacrao*: «Cuando estemos ante él, tú, Áhmed, sacúdete el hombro<sup>66</sup>. Cuando el califa te eche en cara el no haber prendido a la vieja y pregunte quién se va a encargar de ello, dile que no la conoces y que la persona indicada para prenderla soy yo. Y les aseguro a todos que, si el califa me da la orden, la encontraré». Dejaron pasar la noche, y a la mañana siguiente fueron a donde el califa concedía audiencia. Al verse ante él, besaron el suelo y el califa preguntó: «¿Dónde está la anciana de marras, comandante Áhmed?». Y, como el *Demacrao* se sacudiera el hombro, dijo el califa: «¿Cómo? ¿Abandonas?». El *Demacrao*: «Yo no la conozco, mi señor; mejor haría en encargarse de la tarea el comandante Hasan, que sí la conoce, a ella y a su hija». *Malfario* intervino en este punto: «Todos esos engaños y tretas se deben no a su amor por lo ajeno, sino a su deseo de dejar patente lo listas que son las dos, tanto la madre como la hija, con el fin de conseguir ella, la madre, el estipendio que su esposo recibía, y que a su hija pase el del abuelo de esta». Y esto lo decía *Malfario* para conseguir que no acabara

<sup>66</sup> Como desentendiéndose.

cayendo una pena de muerte sobre la anciana, a quien se comprometía él a traer ante el califa. Este exclamó, después de oír la intercesión del comandante: «Por mis ancestros, Hasan, que, si la anciana devuelve todo lo que ha robado, alcanzará mi clemencia gracias a tu intercesión». *Malfario*: «¿Le concede, pues, el perdón mi señor?». El califa: «Tú se lo has ganado», y le entregó, en efecto, el pañuelo del perdón.

Salió *Malfario* de palacio y fue a casa de Dalila. Se paró delante y la llamó a voces. Fue la hija, Zéinab, quien reaccionó. «¿Dónde está vuestra madre?», preguntó el comandante, y la Trampas repuso: «Arriba». *Malfario*: «Decidle que reúna todo lo que ha ido afanando acá y allá, y se venga conmigo a pedir audiencia ante el califa, pues le traigo el pañuelo del perdón. Si ahora no acude de buen grado, tendrá mucho que reprocharse a sí misma». Bajó Dalila, se ató al cuello el paño que la hacía inviolable e hizo entrega a *Malfario* de su botín, cargado a lomos del asno del arriero y del caballo del beduino. *Malfario*: «Faltan las ropas de mi superior y sus hombres». Dalila: «Por el Grandioso nombre os juro que yo no se los he quitado». *Malfario*: «Verdad decís, pero, siendo vuestra hija la autora del desaguisado, bien puede pensarse que es una treta que con vos ha tramado». Salieron, pues, juntos, y, así que hubieron llegado adonde el califa, se adelantó Hasan y mostró a este las propiedades de que la anciana se

había adueñado y puso a la propia Dalila ante el Comendador de los Fieles. La vio este y de inmediato ordenó que la llevaran al tapete de la sangre<sup>67</sup>. Dalila exclamó: «¡En vuestras manos me tenéis, Hasan!». Se levantó entonces *Malfario*, le besó al califa las manos y dijo: «Concédale mi señor el perdón, ya que hasta ante la presencia del califa ha llegado». «Sobre tu dignidad recaiga su suerte», le dijo el califa, y luego, dirigiéndose a Dalila: «Acércate, mujer. ¿Cómo te llamas?». La anciana: «Mi nombre es Dalila». El califa: «Pero, como eres una embaucadora y no paras de tramar maldades, te has ganado con razón el sobrenombre de Bribona. Y dime, ¿por qué has engañado a toda esa gente ocasionándonos a nosotros innumerables quebrantos?». Dalila: «No por afán de quedarme con los bienes de otros, sino porque, bien enterada como estoy de los líos y jugarretas de Áhmed el *Demacrao* y Hasan *Malfario* en Bagdad, me dije para mí: “Pues yo voy a hacer lo mismo”. Ahora ya lo he devuelto todo». En este punto intervino el arriero: «Quiera Dios dejar las cosas en su sitio entre esta mujer y yo, pues, no contenta con llevarse mi borrico, consiguió que el Magrebí, o sea el barbero aquí presente, me sacara dos muelas y me cauterizara por dos veces las sienes».

<sup>67</sup> El sitio dispuesto para las ejecuciones.



Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 708**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el arriero se levantó para decir: «Dele Dios su merecido, por mi causa, a esta mujer, que, no contenta con quitarme el borrico, instó al barbero a que me sacara dos muelas y me cauterizara las sienes». El califa mandó entonces que les entregasen cien dinares tanto al arriero como al tintorero, a quien dijo: «Vete ahora y arregla lo que tengas que arreglar en tu establecimiento». Los dos pidieron por el califa y se marcharon. Recuperó luego el beduino su ropa y su caballo, y exclamó: «¡En mala hora vine yo a Bagdad a comer *zalabia*! ¡Ni bañada en miel ni seca la quiero ya!». Y así fueron los perjudicados recuperando, uno a uno, sus enseres y marchándose. Cuando salió el último, se dirigió el califa a la anciana: «Dime, Dalila, qué pretendes lograr». Dalila repuso: «Mi padre, señor, era jefe de mensajería y yo me he dedicado largos años al cuidado de las palomas; mi esposo, por su parte, era comandante de Bagdad. Lo que yo quiero es ocupar la posición de mi esposo y que a mi hija pase el cargo de mi padre». El califa accedió y les concedió los nombramientos deseados. Luego añadió la anciana: «Y deseo, además, ser la portera del *jan*». Se refería Dalila al edificio de tres pisos que

el califa había mandado construir para alojar a los mercaderes en un lugar donde pudieran guardar su género y sus monturas. El dicho *jan* tenía asignados a cuarenta esclavos de guardia y otros tantos perros, que el Comendador de los Fieles había requisado al rey de los suleimaníes cuando lo destronó, y a los cuales mandó que pusieran collares. Adscrito al *jan* había asimismo un cocinero que les guisaba a los esclavos y alimentaba con carne a los perros. El califa repuso: «Muy bien, pongo en tus manos la vigilancia del *jan*, pero no olvides que, si algo de este se perdiera, a ti se te reclamaría». Dalila: «Quedo de ello enterada. Pero aún solicito a nuestro señor el califa algo más, y es que aloje a mi hija en la mansión que se halla a las puertas del *jan*, pues esa casa tiene varias azoteas y las palomas requieren sitio espacioso». El califa asintió también y dio las oportunas órdenes. Zéinab la Trampas trasladó sus enseres a la mentada casa, donde se haría cargo de las cuarenta aves mensajeras, y colgó en lugar adecuado los cuarenta y un trajes que pertenecían a Áhmed el *Demacrao* y a sus hombres. El califa, como se ha apuntado, puso a Dalila la Bribona al mando de los cuarenta esclavos del *jan*, a quienes encomendó que obedecieran a la anciana, y esta determinó que permanecería sentada tras la puerta del *jan*. A partir de entonces comenzó a asistir a diario al consejo califal, por si el Comendador de los Fieles tenía que enviar un mensaje a algún lejano destinatario.

Su asistencia al consejo tenía siempre lugar al final de la jornada, y la seguridad del *jan* quedaba en manos de los cuarenta esclavos. De modo que, cuando atardecía, soltaban a los perros para que el establecimiento estuviese seguro durante la noche.

Y lo anterior es relación de lo que ocurrió a Dalila la Bribona en Bagdad.



## El comendador Shuyaaddín y la mujer franca<sup>68</sup>

—Y asimismo cuentan —prosiguió Shahrazad— que el comendador Shuyaaddín Muhámmad, gobernador de El Cairo, refirió lo siguiente: «Pasamos la noche en casa de un campesino del Alto Egipto, que nos acogió y agasajó; era moreno y ya entrado en años, pero tenía varios hijos pequeños y de tez sonrosada, por lo que le preguntamos: “¿Cómo es que vuestros hijos son tan blancos siendo vos tan oscuro de piel”. “Porque estos son hijos de una franca, a quien hice cautiva. ¡Una historia extraordinaria de verdad!”, repuso él. “Pues regaladnos con su relato”, le pedimos, y él accedió: “Sabed que tenía yo sembrado lino y que, llegado el momento, lo recolecté y espadillé. Quinientos dinares había yo invertido, pero, cuando fui

<sup>68</sup> Por «franca» se entiende aquí occidental, cristiana o europea. El contexto histórico de esta historia es el de las Cruzadas.

a venderlo, resultó que me daban menos. Me aconsejaron entonces: ‘Id a Acre, donde a buen seguro le sacaréis una buena ganancia’. Acre estaba a la sazón en manos de los francos, pero allá me fui y conseguí vender parte del lino aplazando el cobro a seis meses vista. Hube, pues, de permanecer allí para venderlo todo. Y estaba yo un día ocupado en ello cuando se acercó a mi tienda una mujer franca —y ya sabéis que las mujeres de los francos tienen la costumbre de acudir al mercado destocadas—, con la intención de comprarme lino. Deslumbrado me dejó con su belleza. Le ofrecí cierta cantidad de lino a un precio muy favorable para ella; cerramos el trato, y la mujer se marchó. Al cabo de unos días volvió para comprarme de nuevo y yo se lo rebajé aún más. No fue, pues, de extrañar que volviese varias veces a sabiendas de que yo me había prendado de ella. Venía siempre acompañada de una anciana, a quien me dirigí cuando se me presentó la ocasión: ‘Me he enamorado; ¿podrías ayudarme a tener un encuentro con ella?’. La anciana dijo: ‘Te ayudaré, sí, pero nadie fuera de nosotros tres debe enterarse. Imagino que algún dinerillo tendréis para gastar...’. ‘¡La misma vida diera yo sin quejarme con tal de estar a su lado!’, repuse».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 895**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el comendador Shuyaaddín Muhámmad continuó relatando: «La anciana le respondió al campesino del Alto Egipto: “Habéis de guardar el secreto y, además, darme algún dinero”. Él repuso: “Ni aun mi vida sería un precio demasiado alto”. Acordaron que la anciana recibiría por sus servicios cincuenta dinares y que ya volvería. El hombre aprestó el oro, y la anciana, al recibirlo, le dijo: “Preparad lo que sea menester, pues os visitará esta noche”.

»Y el propio campesino lo relataba así: “Compré, pues, comida, bebida, velas y dulces. Mi casa daba al mar y, como estábamos en verano, acondicioné la azotea con esteras. La franca acudió, tal como yo esperaba. Comimos, bebimos y se cerró la noche sobre nosotros. Nos tendimos bajo el cielo, a la luz de la luna, y contemplamos el reflejo de las estrellas en el mar. Pero me dije a mí mismo: ‘¿No te da vergüenza que el Altísimo te vea así? Aquí estás, un forastero, bajo el cielo y junto al mar, pecando con una cristiana... ¡El tormento del fuego mereces! Pero Os juro, Dios mío, que esta noche seré casto con la cristiana, por vergüenza ante Vos y porque temo Vuestro castigo’. Y con esto me quedé dormido hasta la mañana siguiente. La mujer se marchó al alba, muy enfadada, y yo luego fui a mi tienda. Y allí estaba sentado cuando la franca se acercó a mí, acompañada por la anciana. Contrariada

venía, pero tan hermosa como la luna llena. Sintíendome morir, pensé: ‘¿Tú quién te crees para haber dejado a una dama como esta? ¿Te tienes por gran místico y asceta? ¿Acaso eres el Sarí, o el Saqatí, o Bishr el Descalzo, o Yunaíd de Bagdad, o Alfadil hijo de Iyad?’. Me dirigí a la anciana: ‘Traédmela otra vez’. ‘Juro por el Mesías que solo la veréis por cien dinares’, dijo ella, y yo: ‘Cien os daré’. Le entregué la suma a la mediadora, y la joven franca vino a mi casa por segunda vez. Pero, cuando la tuve a mi lado, volví a los mismos pensamientos que la primera. Me contuve y ni toqué a la mujer, en consideración al Altísimo. La franca se marchó y yo volví al día siguiente a mi tienda. Y a esta acudió, muy enfadada, la anciana. ‘Traédmela otra vez’, le dije. ‘Por el Mesías os juro que o pagáis quinientas monedas de oro y gozáis con ella, o, de lo contrario, os morís de pena’. Echándome a temblar, me resolví a pagar cuanto había sacado del lino, lo que era como entregarme a mí mismo de por vida. Pero en ese momento oímos el siguiente pregón: ‘¡Musulmanes! La tregua ha llegado a su fin. Tenéis una semana para rematar vuestros negocios y volver a vuestra tierra’. Mi contacto con la franca se interrumpió. Me dediqué a hacer efectivos los pagos por el lino que había vendido a plazos, y a negociar al trueque lo restante, lo que me procuró no malas mercancías.

»Y salí de Acre —continuó el campesino— perdidamente enamorado de aquella franca que se había quedado

con mi dinero y con mi corazón. Me trasladé a Damasco, y allí vendí lo que traía de Acre con mucha ganancia, ya que, al concluir la tregua, se habían cortado los suministros que llegaban de las zonas en poder de los cristianos. Dios, el Supremo, alabado sea, me procuró así unas ganancias que me permitieron entrar en la trata de mujeres cautivas, lo que hice por borrar de mi corazón las huellas que la franca había dejado. Y a ese negocio me consagré. Pasaron así tres años, durante los cuales se sucedieron los enfrentamientos del Victorioso Rey, Saladino, con los francos, sobre quienes Dios le hizo prevalecer. Pudo al cabo Saladino hacerse con los reinos de los cristianos y abrir al islam, con la venia del Altísimo, todos los territorios hasta la costa. Poco más tarde recibí la visita de un hombre que venía con el encargo de comprarle una esclava al Victorioso Rey. Tenía yo una muy hermosa; se la mostré y el apoderado me la compró por cien dinares. Me entregó noventa, pero me dejó diez a deber porque ese preciso día no quedaba nada más en el tesoro de Saladino, que había derrochado sus capitales en la guerra contra los francos. Le comunicaron lo ocurrido al Victorioso Rey y él repuso, refiriéndose a mí: ‘Llevallo al Tesoro de cautivos, dadle a elegir entre las hijas de los francos y que se lleve una a cuenta de los diez dinares que le debemos’...

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.



Y, cuando ya caía la **noche 896**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el campesino del Alto Egipto continuó su relato: «Después que Saladino hubo ordenado que me entregasen a una franca a cuenta de los diez dinares que me debía, me condujeron al Tesoro de cautivos, donde me encontré con la joven franca de quien me había prendado en Acre. Era, me dijeron, la esposa de cierto caballero franco también. La reconocí de inmediato. “Dadme a esa”, dije. Accedieron y me la llevé a mi tienda en el campamento. “¿No me reconocéis?”, le pregunté. “No”, contestó ella. “Soy vuestro amigo, el que trataba con lino. ¿No os acordáis de lo que pasó? Después de llevaros buena parte de mi dinero, dijisteis: ‘No volveréis a verme más que por quinientos dinares’. Ahora sois mía por diez”. Su respuesta fue: “A vuestra religión, que es la verdadera, se debe”. Y añadió: “Doy fe de que no hay más que un Dios y Muhámmad es Su enviado”. Se convirtió, pues, al islam, y lo hizo de buena fe. Por mi parte, pensé: “Antes de seguir adelante con ella, he de manumitirla y darle parte al juez. Fui a ver al hijo de Shaddad<sup>69</sup>, le conté el caso y me dio autoridad legal sobre ella. Comenzamos a dormir juntos y quedó encinta. Poco después se puso en marcha el ejército y

<sup>69</sup> Se refiere a Bahā' al-Dīn Ibn Šaddad (m. 1234), jurista e intelectual que estuvo al servicio de Saladino (Šalāḥ al-Dīn al-Ayyūbī), a quien biografíó.

llegamos a Damasco, donde, al cabo de unos días, se presentó un emisario del rey reclamando prisioneros y cautivos en virtud del acuerdo de intercambio al que habían llegado los dos bandos.

»Todos los prisioneros, hombres y mujeres, fueron devueltos, con la única excepción de mi mujer. Hecho el canje, dijeron los cristianos: “Falta la mujer de uno de los caballeros”, y mencionaron su nombre. Preguntaron por ella, hicieron averiguaciones y acabaron por enterarse de que la franca estaba conmigo. Me la reclamaron y volví a casa demudado por la congoja. “¿Qué es?, ¿qué os ha pasado?”, me preguntó ella. “Ha venido —le dije— un emisario del rey para llevarse a todos los prisioneros y me han dicho que debo entregaros”. “Descuidad y hacedme llegar hasta el rey, que bien sé yo lo que he de decirle”, fue su respuesta. La conduje, pues, a la presencia de Saladino, a cuya diestra estaba sentado el emisario del rey franco. “Esta es —dije yo— la mujer que tengo en casa”. El Rey Victorioso<sup>70</sup> le preguntó: “¿Quieres volver a tu país o permanecer con este marido tuyo? Sabe que Dios los ha soltado a todos, a ti y a los demás cautivos”. “Ahora soy musulmana —repuso ella— y estoy preñada, como deja ver mi vientre. Ningún provecho van a sacar de mí

<sup>70</sup> Como hemos visto antes, uno de los sobrenombres de Saladino es al-Mālik al-Nāṣir.

los francos”. “¿Preferís, pues, a este musulmán antes que a vuestro señor esposo, el caballero?”, preguntó el emisario, que mencionó el nombre de este último. Ella le contestó lo mismo que al rey Saladino. El emisario se volvió a los francos que lo acompañaban: “¿Habéis oído lo que dice?”. “Sí”, dijeron ellos. Luego se dirigió a mí: “Podéis ir con vuestra mujer”. Salimos de allí, pero al poco nos alcanzó el emisario franco, que venía a toda prisa y me dijo: “La madre de esta mujer me hizo el siguiente encargo: ‘Mi hija esta presa y desnuda; quiero que le llevéis este cofre’. Tomadlo vos y entregádselo a vuestra esposa”. Recibí el cofre y, cuando llegamos a casa, se lo entregué a mi esposa. Lo abrió ella y vio que dentro estaban, además de sus telas, las dos talegas de oro, una con cincuenta dinares y la otra con cien, ambas con los nudos que yo mismo había hecho, sin deshacer. Ni había tocado el dinero... Ella es la madre de estos hijos míos, sigue viva y es quien os ha preparado de comer”».

Y el comendador Suyaaddín afirmó: «Admirados quedamos con su historia». Pero Dios lo sabe mejor...



## El bagdadí y la esclava

—Y asimismo cuentan —prosiguió Shahrazad— que hace mucho tiempo vivió en Bagdad un joven de regalada vida que heredó de su padre un gran capital. Dicho joven se prendó de cierta esclava, la compró y al poco se vio correspondido por ella en sus amores. Y tanto gastó en su amada que al final acabó perdiéndolo todo, de modo que se encontró con las manos vacías. No le quedaba ni para comer. En sus tiempos de abundancia había tenido por costumbre asistir a sesiones de canto, arte que dominaba con maestría. Por ese motivo, cuando el arruinado joven fue a pedir consejo a uno de sus amigos, este le dijo: «Lo mejor que puedes hacer para ganarte la vida es dedicarte a cantar con tu esclava». La idea no les agradó ni a él ni a la esclava, quien le dijo: «Creo que sé cómo solucionarlo». «¿Cómo?», preguntó el joven. «Si me vendéis, podremos los dos salir de estas estrecheces. Quedaré

sin duda en buena situación, pues solo me comprará alguien que lleve una vida de lujos, y de ese modo podré arreglármelas para volver a vos». La llevó, pues, el joven al mercado, y el primero que puso los ojos en la esclava fue un Hashemí de Basora, hombre elegante, diestro con la pluma, generoso y noble, que pagó por ella mil quinientos dinares. El propio joven que se arruinó contaba: «Nada más recibir el dinero me arrepentí, y ambos, la esclava y yo, nos echamos a llorar. Quise rescindir la compraventa, pero el Hashemí no se avino. De manera que guardé el oro en una bolsa y me quedé aturdido, sin saber a dónde ir porque mi casa había quedado desierta. Mis llantos, las bofetadas que yo mismo me propiné, mis lamentos de aquel día eran algo nuevo para mí. Entré en una mezquita y me senté en el suelo a llorar, tan trastornado que ni a mí mismo me conocía. Al final me quedé dormido usando la bolsa del dinero como almohada. De repente me desperté sobresaltado. Alguien tiró de la bolsa y echó a correr. Quise salir tras el ladrón, pero, como me había atado los pies, al ir a dar el primer paso me caí de boca. Volvieron los llantos y bofetadas, y a mí mismo me reproché: “¡Has perdido a la que era tu espíritu, y ahora también el dinero!”».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 897**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el joven continuó su relato: «Perdí la bolsa y me dije: “¡Has perdido el espíritu y el dinero!”, y tan abrumado me sentí que fui hasta el Tigris, me lie la ropa en la cabeza y me tiré al agua. Quienes por allí estaban se dieron cuenta: “Algo terrible ha tenido que pasarle”, dijeron y se arrojaron detrás de mí. Cuando me sacaron del río, me preguntaron por qué había hecho eso. Se lo conté todo y ellos se compadecieron de mí. El mayor y más venerable se me acercó: “Has perdido tu dinero, en eso estamos de acuerdo. Pero ¿cómo puedes perderte a ti mismo y acabar en el Fuego? Anda, llévame adonde vivas”. Llegamos a mi casa y allí se quedó el hombre conmigo un buen rato, hasta que, viendo que me había serenado, se marchó. Al quedarme solo, me dieron otra vez ganas de poner fin a mis días, pero, como me acordase del más allá y del Fuego, salí de casa huyendo y fui a ver a un amigo, a quien conté lo ocurrido. Se echó a llorar, muy afectado por mis circunstancias, y, dándome cincuenta dinares, me aconsejó: “Hazme caso: sal ahora mismo de Bagdad, y mantente con este dinero hasta que en tu corazón no queden trazas del amor que sientes por esa esclava. Has de aliviarte de esa carga. Conoces bien las reglas de la redacción y la escribanía, tienes buena letra y una excelente formación. Vete, pues, al prefecto que mejor te parezca y ofrécele tus

servicios. Y, quién sabe, a lo mejor Dios acaba juntándote otra vez con la esclava”.

»Confortado por estas palabras, resolví tomar el camino de Wásit, donde tengo unos parientes. Fui a la orilla del Tigris y allí vi una embarcación anclada y a los marinos cargando telas preciosas y otros fardos. Les pregunté si podían llevarme. “Esta embarcación pertenece a un Hashemí de Basora, y vestido como vais, no podemos llevaros”, me contestaron. Yo, sin embargo, me los gané con la promesa de pagarles, y ellos se avinieron: “Si no hay más remedio, quitaos esas ropas lujosas que lleváis, poneos otras, de marinero, y actuad como si fueseis uno de nosotros”. Compré entonces ropa de marinero, me la puse y volví al barco, que partía rumbo a Basora. Me fui con la tripulación y enseguida pude ver a mi esclava, acompañada de otras dos, que la servían. El alma se me serenó cuando pensé: “Podré verla y oír su canto de aquí a Basora”. Enseguida llegó el Hashemí, a lomos de un caballo y con varios hombres. Embarcaron y partimos. El Hashemí ordenó que sirvieran el almuerzo, y en la cubierta del barco comieron él, la esclava y los demás, y, al acabar, se dirigió a ella el Hashemí: “¿Hasta cuándo te seguirás negando a cantar?; ¿es que no han de acabar tu tristeza y tus llantos? No eres la primera que se separa de su amado”. De esta manera supe hasta qué punto me echaba de menos. El Hashemí mandó entonces desplegar,

en un extremo del barco, una cortina para que la esclava se colocara tras ella. Llamó a quienes habían quedado por donde yo, y se sentó con ellos a este lado de la cortina. Pregunté quiénes eran, y me dijeron que los hermanos del Hashemí. Mandó él luego que les sacaran el vino y los frutos secos, y siguieron todos insistiéndole a la esclava para que cantase. Esta accedió, pidió el laúd, lo afinó y se arrancó a cantar:

“Se formó la comitiva  
y salieron al desierto.  
A ninguno le importaba  
llevarse a quien yo bien quiero.  
Se alejó la caravana,  
y me dejaron el pecho  
abrasado por las ascuas  
de los tamariscos secos”.

»En este punto la venció el llanto, dejó caer el laúd y guardó silencio. La inquietud se extendió entre los presentes, mientras yo me desmoronaba sin sentido. Y, como uno de ellos creyese que había yo sufrido un mal ataque, comenzó a musitarme versículos del Sagrado Corán al oído. Los demás se volcaron en la esclava, a quien dedicaron las más amables palabras para que siguiese cantando. Por fin tomó ella el laúd, volvió a afinarlo y cantó:

“Llorando me quedé tras su partida,  
por más que continúen en mi pecho.



Les pregunté por ellos a las ruinas,  
pero no vi sino un vacío yermo”.

»La esclava cayó desmayada, los presentes rompieron a llorar y yo volví a perder el sentido. Los marineros se arremolinaron en torno a mí y uno de los mozos del Hashemí les preguntó: “¿Cómo se os ha ocurrido traer a este perturbado?”. Unos a otros se dijeron: “En cuanto se recupere y lleguemos cerca de algún poblado, nos libramos de él”. Grande fue la zozobra que oír esto me produjo, pero, sacando fuerzas de flaqueza, me dije: “Lo único que puedo hacer para librarme de estos es hacerle saber a ella que estoy en el barco. Y mi amada sabrá arreglárselas para impedirles que me echen”. Seguimos luego avanzando hasta llegar a una aldea, y el patrón ordenó: “¡A la costa!”. Desembarcaron todos, y yo, aprovechando que la tarde había caído, pasé al otro lado de la cortina y cambié la afinación del laúd siguiendo una técnica que me era propia y le había enseñado a la esclava. Hecho esto, volví a mi sitio».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 898**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el joven enamorado continuó su relato: «No tardaron en volver a bordo todos, pasaje y tripulación, cuando ya la luna

se alzaba por encima del río y ambas riberas. El Hashemí le dijo a la esclava: “¡Por Dios, muchacha, no nos amargues la vida!”. Ella tomó el laúd y, apenas comenzó a tocarlo, soltó tal sollozo que todos pensaron que entregaba allí mismo el alma. Luego, sin poder contenerse, exclamó: “¡Mi maestro está a bordo, con nosotros!”, a lo que respondió el Hashemí: “Si así fuese, ya le habría yo pedido que se uniese a nuestra reunión, pues él podría tal vez haberte aliviado esa congoja y estaríamos ahora disfrutando de tu canto. No sé dónde se hallará, pero, desde luego, no a bordo de esta embarcación”. Ella no se dejó convencer: “Pues yo no puedo ni trastear el laúd estando mi señor entre nosotros”. “Podemos preguntarles a los marineros”, dijo el Hashemí, quien, instigado por la muchacha, se dirigió a la tripulación: “¿Habéis traído a alguien a bordo?”.

»Y, como quiera que ellos mintiesen y lo negaran, temí yo que en eso acabara todo. De modo que dije risueño: “Sí, yo soy quien le enseñó a tocar a la esclava cuando me pertenecía”. Ella saltó de inmediato: “¡Ay, Dios mío! ¡Es la voz de mi señor!”. Los mozos se me acercaron y me condujeron ante el Hashemí, quien, nada más verme, me reconoció: “¡Ay de vos! ¿En qué andáis metido? ¿Cómo habéis caído tan bajo?”. Le conté lo ocurrido y me eché a llorar. Desde el otro lado de la cortina se oyeron los lamentos de la esclava, mientras el

Hashemí y sus hermanos prorrumpían también en sollozos, compadecidos de mí. “Por lo más sagrado os juro —dijo luego el Hashemí— que no he yacido con esta mujer, ni me he arrimado a ella, hasta el mismo día de hoy. Soy hombre a quien Dios ha favorecido. A Bagdad vine para disfrutar del canto y tratar unos asuntos míos con el Comendador de los Fieles. Ambas cosas las he logrado, y, al ir a regresar a mi tierra, me dije: ‘Me gustaría seguir escuchando cantar al estilo de Bagdad’. Por eso os compré esta esclava, sin saber hasta qué punto estáis unidos. Pero pongo a Dios por testigo de que, en cuanto lleguemos a Basora, le concederé la libertad, os la daré en matrimonio y proveeré con colmo a vuestras necesidades. Con una condición, eso sí, que, cuando me apetezca oírla cantar, desplieguen la cortina y ella cante detrás. En cuanto a vos, podréis integraros en el círculo de mis hermanos y contertulios”.

»Mucho me alegré con el arreglo del Hashemí, quien, asomando la cabeza por un extremo de la cortina, le preguntó a la muchacha: “Y tú, ¿estás conforme?”. Ella pidió por él y le dio las gracias. El Hashemí dijo entonces a uno de sus mozos: “Llévate del brazo a ese joven, ayúdalo a desvestirse, dale ropa suntuosa, perfúmallo con inciensos y tráenoslo de nuevo”. El mozo hizo lo que su amo le ordenó y me acompañó de nuevo a la presencia de mi benefactor, quien me sirvió de beber como había

hecho con los demás. La esclava entonces se arrancó a cantar los siguientes versos, que acompañó de los sones más delicados:

“Las lágrimas en cara me echan que derramé  
cuando quien yo bien quiero vino a decirme adiós.  
El gusto no conocen acre del separarse,  
ni, menos, cómo abrasa mi pecho este dolor.  
Solo quien con el alma pedazos hecha vive  
sabe lo que es penar por mor de la pasión”».

Mucho emocionó a todos los presentes este aire, y el enamorado joven, que cada vez se sentía más dichoso, le quitó a la esclava el laúd de las manos y se arrancó a cantar:

«Si has de pedir algún día,  
pídele solo a quien sepa  
lo que es gozar de la vida  
e ignore lo que es pobreza.  
Si no hay desdoro en pedirle  
a aquel que te favorezca,  
de quien con hambre ha vivido  
no obtendrás más que vergüenza.  
Si no tienes más salida,  
para huir de la miseria,  
no sean más que los grandes  
a quienes vayas con quejas.  
No hay oprobio en que a un gigante  
alabes por su grandeza;

pero a un enano no ruegues  
que muestre magnificencia<sup>71</sup>».

Y el joven siguió refiriendo: «Todos mostraron, al oírme, su regocijo, que fue creciendo con los cantos que la esclava y yo les ofrecimos de manera alternada hasta que llegamos a la orilla de cierto lugar donde la embarcación echó el ancla. Bajaron todos. Yo iba tan achispado que, cuando me detuve a orinar, me quedé traspuesto. Los demás pasajeros volvieron a bordo y la embarcación reemprendió la marcha, siguiendo el curso del río, sin que advirtieran mi ausencia, pues todos iban ebrios. Ellos llegaron a Basora, y a mí me despertó el calor del sol tirado en el suelo, en campo abierto. A todo esto, le había entregado a la esclava mi dinero, por lo que no llevaba nada encima. Caí, además, en la cuenta de que no le había preguntado al Hashemí cómo se llamaba, ni dónde estaba su casa en Basora, ni si era en esta conocido por alguna razón concreta. No sabía qué hacer. La felicidad que había experimentado al reencontrarme con la esclava parecía ahora un sueño. Conseguí luego subir a bordo de una gran embarcación que me dejó en Basora, donde yo no conocía a nadie. Fui a la tienda de un verdulero y le pedí avíos de escribir».

<sup>71</sup> El poema es del iraquí Maḥmūd al-Warrāq (m. 844).

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 899**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el joven bagdadí llegó a Basora, donde a nadie conocía ni sabía cómo llegar a casa del Hashemí.

Y el propio enamorado contaba: «Le pedí a un verdulero papel y tinta, y me senté a escribir. El hombre admiró mi letra y, al ver mi ropa manchada me preguntó por mis circunstancias. Le dije que era un forastero pobre. Y él me propuso: “¿Quieres quedarte conmigo? Te daré medio dírham al día, además de la comida y la ropa, a cambio de que me lleves las cuentas de la tienda”. “Sí”, le contesté y con él me quedé, ocupado en ponerle en orden todo lo relativo a su negocio. Al cabo de un mes vio el tendero que subían sus ingresos y bajaban sus gastos, por lo que me dio las gracias. Poco más adelante me subió la paga a un dírham al día, y así transcurrió un año entero, cumplido el cual me ofreció casarme con su hija y hacerme socio suyo. Accedí yo, consumé el matrimonio y no dejé de velar por el negocio, por más que seguía maltrecho de ánimo y mente, y la melancolía se me debía de notar a la legua. El verdulero, mi suegro, tenía la costumbre de beber y me invitaba a que me uniese a él, pero yo me negaba en razón de mi tristeza. Nada cambió durante dos años.

Hasta que un día llegó a la tienda un grupo de personas que traía comida y bebida. Le pregunté al verdulero y él me dijo: “Hoy es día de jarana. Músicos, saltimbanquis y gentes de vivir alegre van con los ricos al Shatt Alárab, a orillas del Ubulla, por más señas, para comer y beber en la arboleda. Atraído por la perspectiva, me dije: “Quizá si me uno a ellos podré encontrarme con mi amada”. Y en voz alta, dirigiéndome al verdulero: “Me gustaría ir”. “Si te apetece, ve”, me dijo él. Me preparó de comer y beber, y llegué al Ubulla cuando el grupo ya se marchaba.

»Iba yo a hacer como ellos cuando vi al patrón del barco que trajo al Hashemí y a la esclava. Iba navegando, con la misma tripulación, por el río. Les grité, me reconocieron y me invitaron a subir a bordo: “¡Estáis vivo!”, exclamaron, y, entre abrazos, me preguntaron por mi historia, que yo les conté. Dijeron “Creímos que la embriaguez os pudo y os ahogasteis”. Les pregunté por la esclava y contestaron: “Cuando se enteró de que os habíamos perdido, se rasgó la ropa, quemó el laúd y se abofeteó, todo entre incesantes lamentos. Cuando llegamos a Basora, con el Hashemí, le dijimos: ‘Deja de llorar y de estar triste’, a lo que nos respondió: ‘Voy a vestirme de luto y hacerme, al lado de la casa, un sepulcro donde viviré. Y no volveré a cantar jamás’. Nadie se lo ha impedido, y así sigue desde entonces”. Me llevaron luego a casa del Hashemí y allí la vi a ella, en la situación que me

habían descrito los marineros. Al verme, soltó tal suspiro que pensé que se me moría. Me acerqué y la abracé largamente. El Hashemí me dijo: “Podéis llevárosla si queréis”. “Por supuesto —le dije yo—, pero manumitidla vos primero y dádme la en matrimonio”. Accedió él y nos regaló enseres, vestidos y alfombras, así como quinientos dinares: “Esta es la cantidad mensual que voy a asignaros, con la condición de que nos juntemos para comer y disfrutar, y pueda yo oírla cantar a ella”. Dejó libre el Hashemí una casa para nosotros y mandó que trasladaran allí cuanto pudiéramos necesitar. Llegué a nuestra nueva casa y la hallé alfombrada y tapizada. Ya habían llevado a mi amada. Fui luego al verdulero, le referí cuanto me había ocurrido y le pedí que me permitiese repudiar a su hija sin aducir culpa. Le pagué el montante de la dote y la manutención que a mí me correspondía. Y bajo la égida del Hashemí seguí dos años, al cabo de los cuales acumulé riqueza bastante para considerar que habíamos vuelto, mi amada y yo, a la vida regalada que conocimos en Bagdad. Quiso, pues, el buen Dios aliviarnos de nuestras penas, colmar nos de Sus gracias y coronar con el logro nuestras guardadas esperanzas; a Él le son debidas loas, desde el principio hasta el definitivo retorno».

Pero Dios lo sabe mejor...





## Harún Arrashid y Abu l-Hasan de Omán

—Y asimismo cuentan —prosiguió Shahrásad— que el califa Harún Arrashid estaba una noche tan desvelado que llamó a Masrur, su guardián y servidor, y, cuando este se hubo presentado ante él, le dijo: «Tráeme ahora mismo a Yáafar». Masrur fue en busca del ministro y, cuando el califa lo tuvo ante sí, le dijo: «Estoy tan inquieto esta noche que no puedo pegar ojo. No sé qué hacer». Yáafar le sugirió: «Según afirman los sabios, Comendador de los Fieles, para el mucho pensar y el exceso de cuitas es bueno mirar en un espejo, acudir a los baños o escuchar cantos». El califa repuso: «Todo eso que dices, Yáafar, lo he probado ya, y de nada me ha servido, y te juro, por mis purísimos antepasados, que, si no te las arreglas para que se me pase el insomnio, haré que te corten el cuello». Yáafar preguntó: «¿Y hará mi señor lo que yo le indique?».

El califa preguntó a su vez: «Habla, ¿qué es lo que me recomiendas?». Yáafar dijo: «Que subamos cuanto antes a una embarcación y sigamos el curso del río hacia el lugar que llaman Punta de la Senda. Tengo la esperanza de que podamos oír lo que nunca hemos oído y ver lo que jamás hemos visto. Bien afirman que la ansiedad se calma por medio de uno de los siguientes procedimientos: ver lo que nunca se ha visto, oír lo que nunca se ha oído u hollar una tierra que nunca se ha hollado. Y quiera Dios que ello sea causa de que el Comendador de los Fieles halle de nuevo la serenidad». Y, dicho y hecho, el califa Arrashid, el Bien Encaminado, se puso al punto en marcha, y con él, Yáafar y el hermano de este, Fadl, además del contertulio del califa, Isaac, junto con Abu Nuwás, Abu Dúlaf y Masrur, el servidor y guardián.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía **la noche 947**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el califa decidió salir aquella noche, acompañado de su ministro Yáafar y demás miembros de su privanza, por lo que fueron todos al vestidor, donde se ataviaron a la usanza de los mercaderes. De esa guisa se acercaron a la orilla del Tigris, y subieron a una embarcación decorada con todo

lujo, que, siguiendo el curso de las aguas, los condujo a Punta de la Senda. Una vez allí oyeron la voz de una joven que, acompañándose del laúd, entonaba los siguientes versos:

«En la copa venían de escanciarnos el néctar;  
de la fronda llegaban cantos de filomelas.  
Yo le dije al oído: “No demoréis la dicha,  
que la vida nos dieron como efímera prenda”.  
Tomad el claro mosto de manos de un mancebo  
de lánguidas miradas, ingenuas e irresueltas.  
De flores de granado lleva el cuello cubierto  
y he sembrado en su rostro rosas que crecen frescas.  
Las marcas que lo adornan son las tibias cenizas  
que dejan en el cutis las pasadas hogueras.  
Mi reprensor me dice que es hora de dejarlo,  
pero nadie descansa cuando el bozo despierta».

El califa exclamó, encantado: «¡Eso sí que es una voz hermosa, Yáafar!». El ministro repuso: «Así es, Comendador de los Fieles. No recuerdo haber oído en mi vida canto más sutil ni extremado. Aunque mi señor reconocerá que oír detrás de un muro es oír a medias; no quiero ni imaginar lo que sería disfrutar de la voz de esa joven con solo una cortina como barrera». El califa no se lo pensó un instante: «Pues desembarquemos ahora mismo, Yáafar. Reclamemos, por la vía de los hechos, la hospitalidad del amo de esta casa, y acaso podamos ver a la cantora».

«Como desee nuestro señor», repuso Yáafar. Desembarcaron todos, se dirigieron a la casa y pidieron ser recibidos. Ya en el zaguán, vieron que un joven agraciado, de muy corteses palabras y capaz de expresarse en un árabe sin tacha, salía a su encuentro y les decía: «¡Bienvenidos sean los señores, que tanto nos honran con su visita! Pasad, os lo ruego, y poneos tan cómodos como si en vuestra casa os hallarais». Dicho lo cual, los condujo hacia el interior. El califa y los suyos comprobaron que se hallaban en una edificación de planta cuadrada con los altos dorados, y molduras de lapislázuli en las paredes. Su anfitrión los condujo a un gran salón donde había una vistosa tarima, en la que podían contarse hasta un centenar de doncellas que más parecían lunas. El amo de la casa les dio una voz y descendieron todas del estrado. El joven se dirigió a Yáafar: «Ignoro, señor mío, quién de entre ustedes es la persona de mayor dignidad. En Nombre de Dios os ruego que el primero de entre ustedes se siente en el lugar de honor, y en torno a él se sitúen sus hermanos, cada cual según su rango».

Se sentaron todos por orden, pero Masrur permaneció de pie, siempre atento al servicio del califa. El amo de la casa les preguntó: «¿Qué les parece a mis honorables huéspedes si ordeno que nos traigan algo de comer?». Y, como ellos asintieran, y a una palabra del joven, se presentaron cuatro doncellas. Venían con las cinturas ceñidas, y

traían una mesa baja con los más variados manjares: desde aquellos que por los campos corretean a los que nadan por las aguas, pasando por succulentos platos de perdiz, ganga, pollo de gallina y pichón. La mesa llevaba inscritos en los márgenes unos versos en consonancia con la distinguida velada. Comieron cuanto les pareció y luego pasaron al lavamanos. El joven anfitrión les dijo: «Si los señores abrigan algún deseo o necesidad, dígannosla, que podamos tener el honor de servirlos». La respuesta fue: «Lo cierto es que nos hemos presentado en vuestra casa movidos por una voz que hemos oído desde el otro lado de vuestro muro. Mucho nos placería oírla de nuevo y trabar conocimiento con la cantora. Si tenéis a bien honrarnos con ello, vuestro gesto dirá mucho de vuestra nobleza de bien, y nosotros nos iremos más que satisfechos». «¡Pero por supuesto!», repuso el joven, quien indicó a una doncella negra que llamase a «su señora». Salió al punto la esclava y volvió con una silla. La dejó en el salón y volvió a marcharse, para volver ahora acompañada por una muchacha que podría haberse confundido con la luna llena en su máximo esplendor. La hermosa joven tomó asiento, y la esclava negra le trajo un envoltorio de raso del que sacó un laúd taraceado de brillantes, zafiros y rubíes, y con las clavijas de oro puro.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 948**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que acudió la joven cantora, se sentó en la silla y sacó de su estuche un laúd taraceado de brillantes, zafiros y rubíes, y con las clavijas de oro. Mientras la joven tensaba y afinaba las cuerdas del instrumento, bien puede afirmarse que era como aquella otra que describió el poeta:

Lo toma entre sus dos manos,  
como una madre solícita,  
y en su regazo lo tiene,  
pendiente de sus clavijas.  
Si lo azota con la diestra,  
con la siniestra lo mima.

Estrechó luego el laúd contra su pecho, se inclinó sobre él, cual la madre solícita del verso, y en cuanto la joven se puso a rasgar sus cuerdas, comenzó el laúd a quejarse y pedir socorro, igual que hacen los niños de teta. Ejecutó, así, la joven una melodía introductoria, tras la cual se arrancó a cantar:

«El liberal don del Tiempo,  
el tener a quien bien quiero,  
celebrad, amigo mío,  
escanciándome y bebiendo;  
que quien al vino se arrima  
se conmueve de contento;  
nos los trae un vientecillo:

plenilunio con lucero<sup>72</sup>.  
Cabe el Tigris he velado  
de las sombras a cubierto.  
Alfanje de oro en el agua,  
de la luna es el reflejo».

Terminado que hubo de entonar los precedentes versos, la muchacha se echó a llorar con gran amargura, y cuantos en la casa se hallaban prorrumpieron en llanto. Y era de verse cómo, mientras unos se desvanecían, otros se rasgaban las vestiduras y los de más allá se abofeteaban. Tal era la belleza del canto. El califa Arrashid dijo: «El canto de esa doncella habla a las claras de un amor muy contrariado». A lo que repuso el amo de la casa y la cantora: «Lleva muy a mal la pérdida de sus padres». Arrashid observó: «Ese no es el llanto de quien ha quedado huérfano, sino el lamento de quien ha perdido al amado de su corazón». Y el califa, emocionado él mismo por el canto, se volvió a Isaac<sup>73</sup> y exclamó: «¡Nunca he visto nada igual!»; a lo que su habitual contertulio repuso: «¡No os falta razón, mi señor! Yo, por mi parte, me debato entre el asombro y la emoción». Arrashid, mientras tanto, no dejaba de mirar al amo de la casa. Reparó en su gallardía

<sup>72</sup> Se refiere al mancebo escanciador, que tendría la faz redondeada, la piel muy blanca y un lunar en la cara.

<sup>73</sup> Recuérdese que este Isaac, contertulio y comensal en la realidad del Harún Arrashid histórico, era un maestro de la música y el canto.





y donosura, pero advirtió en su rostro trazas de turbación. Y le dirigió la palabra: «Quiero preguntarte una cosa, joven». El amo de la casa repuso: «Decidme mi señor». El califa preguntó: «¿Sabes quiénes somos?». El joven dijo: «No, mi señor, no tengo idea». Medió entonces Yáafar: «¿Queréis que os digamos el nombre de cada uno de nosotros?». «Nada me placería más», contestó el anfitrión, y Yáafar le desveló la identidad de su interlocutor: «Quien ha hablado es el Comendador de los Fieles, sobrino nieto del Señor de los enviados», y a continuación presentó el ministro por sus nombres a los miembros todos de la compañía. Luego volvió Arrashid a dirigirse al joven anfitrión: «Me gustaría que me dijeras si la palidez de tu rostro es adquirida o innata». El amo de la casa repuso: «Mi historia, Comendador de los Fieles, es tan singular que, si a cada cual se la grabasen con agujas en el interior del ojo, buena enseñanza le procuraría». El califa lo animó a hablar: «Cuéntamela, pues quién sabe si el remedio no te vendrá por mis manos». El amo de la casa accedió: «Ruego, pues, a mi señor, que me preste oído y me escuche con atención». El califa se impacientó: «Basta de preámbulos. Habla de una vez, que me tienes sobre ascuas».

El joven anfitrión comenzó entonces a contar: «Sepa el Comendador de los Fieles que me gano la vida con el comercio marítimo y provengo de Omán. Mi padre era un potentado armador y llegó a poseer treinta embarcaciones

que operaban en la mar dejándole unos beneficios de no menos de treinta mil dinares al año. Siendo, como era, hombre noble y generoso, procuró enseñarme de niño las primeras letras y, más adelante, cuanto un individuo puede precisar. Así que le llegó la hora de la muerte, me llamó a su lecho, me hizo las recomendaciones de rigor, y entregó el alma a la Divina Misericordia; haga el Altísimo vivir muchos años a nuestro señor el Comendador de los Fieles. En vida tuvo mi padre varios asociados que le movían los capitales por las aguas de la mar. Y estaba yo un día en mi casa, en compañía de varios mercaderes, cuando entró donde me hallaba uno de mis mozos y me dijo: “Señor, en la puerta hay un hombre que pide permiso para veros”. Di mi autorización y entró el visitante. Este traía en la cabeza un capacho cubierto que puso a mis pies. Lo destapó y vi que lo traía repleto de frutas fuera de estación, así como diversas mercancías, de las más preciadas y desconocidas en nuestro país. Le di las gracias, le entregué la suma de cien dinares y el hombre se marchó muy agradecido. Distribuí el contenido del capacho entre mis invitados, los mercaderes, y les pregunté: “¿De dónde vendrá todo esto?”. “De Basora”, aseguraron, y añadieron que todo era de extraordinaria calidad. Y, aunque se extendieron en las muchas bondades de Basora, convinieron en que no había ciudad que pudiese competir con Bagdad y sus habitantes. Porfiaron todos entonces por celebrar la

ilustre Ciudad de la Paz, así como el buen natural de sus gentes, sus salutíferos aires y lo bien planeada y acondicionada que estaba. Aquello me llenó el alma de tales anhelos que enseguida me hallé albergando esperanzas de ver Bagdad un día no lejano.

»Y con ese designio en mente, Comendador de los Fieles, me lancé a vender mis bienes raíces y demás propiedades, incluidas las embarcaciones, por las que me dieron cien mil dinares. Después de vender asimismo a mis esclavos y doncellas, hice cuentas y resultó que había reunido hasta un millón de dinares. Y eso, sin contar las joyas y las gemas. Fleté un barco, lo cargué con mi capital y equipaje, y emprendí una travesía que, al cabo de varios días, me condujo a Basora, donde permanecí por un tiempo. Luego volví a fletar una embarcación con la que remontamos el curso del Tigris. A los pocos días estábamos en Bagdad. Pregunté dónde solían residir los mercaderes más distinguidos; me contestaron que el barrio del Karj<sup>74</sup>, y allá fui. En el Callejón del Azafrán alquilé una casa donde me instalé. Reposé unos días de las fatigas del viaje y luego salí a darme un paseo por los alrededores. Llevaba conmigo cierta suma de dinero, y, dado que era viernes, lo primero que hice fue dirigirme a la mezquita

<sup>74</sup> El Karj y la Rusafa son las dos secciones de Bagdad, desde su fundación, separadas por el zigzag del Tigris.

mayor de Almansur. Tras haber realizado la oración comunitaria, salí de la mezquita con la muchedumbre y dejé que mis pasos me llevasen al lugar que llaman Punta de la Senda. Me llamó la atención un alto y vistoso edificio, provisto de una ventana con celosía que daba al Tigris. Al igual que hicieron otros, me dirigí hacia dicho edificio. Al acercarme, vi a un venerable anciano, vestido con elegancia y bien perfumado. La luenga barba le crecía en dos largos mechones, que le caían sobre el pecho como si de dos barras de plata se tratase. En torno a él había cinco mozos y cuatro doncellas. A uno que por allí vi le pregunté: “¿Cómo se llama ese hombre y cuál es su oficio?”. Me respondió con palabras que había que saber entender: “Ese es Táher hijo de Alalá, santo y seña de los galanes y hombre en extremo acogedor... Tan es así que quien entra en su casa puede dar por hecho que disfrutará de buena comida y bebida, amén de beldades únicas”. No pude sino exclamar: “¡Eso es lo que yo voy buscando desde hace tiempo!”».

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 949**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el joven que recibió en su casa al califa, después de recordar su propia respuesta: «¡Eso es lo que llevo buscando desde

hace tiempo!», continuó su relato: «Sepa el Comendador de los Fieles que me acerqué a Táher hijo de Alalá y, tras dirigirle el saludo de la paz, le dije: “Tengo, señor mío, un deseo que acaso podáis ayudarme a satisfacer”. El hombre me preguntó: “¿Qué deseo es ese?”. Contesté: “Me gustaría ser vuestro huésped esta noche”. “¡No faltaba más, hijo!”, respondió maese Táher, y añadió: “Son muchas las jóvenes que tengo en casa. Unas, de a diez dinares la noche, otras de a cuarenta, y de ahí en adelante. Elige tú lo que más te convenga”. “Una de a diez dinares la noche”, repuse. Le pesé trescientos dinares, a cuenta de un mes entero, y maese Táher me puso en manos de un mozo que me condujo, antes que nada, a los baños de la propia mansión, donde me sirvió de modo irreprochable. Desde los baños me llevó a un aposento, a cuya puerta llamó. Acudió una joven, a la que el mozo dijo: “Aquí tienes a tu huésped”. La joven me recibió risueña, con todos los honores y parabienes, y me invitó a pasar a una estancia decorada con molduras de oro. Me quedé mirando a la muchacha y vi que era cual la luna llena en la noche de su máximo esplendor; a su servicio tenía a otras dos mozelas, que parecían dos luceros. Me invitó a sentarme, se acomodó a mi lado y, a una señal suya, las sirvientas trajeron una mesita con las más variadas y selectas viandas: gallina, perdiz, ganga y paloma. Comimos cuanto quisimos, y no miento si afirmo que no había probado,

en toda mi vida, manjares tan deliciosos. Así que terminamos, levantaron la mesita y nos trajeron la del vino, con la bebida, las hierbas aromáticas, los dulces y la fruta fresca. Y así seguí, como huésped de la joven, durante el tiempo previsto.

»Trascurrido el mes que había pagado de antemano, y después de visitar los baños, fui a ver al patrón de la casa, el venerable Táher hijo de Alalá, a quien dije: “Ahora desearía, señor mío, a una joven de a veinte dinares la noche”. “Pesadme, pues, el oro”, fue su respuesta. Volví a mi casa, traje el oro y le pesé seiscientos dinares, a cuenta de un mes completo. El venerable llamó a un mozo y le dijo: “Sirve a tu señor”. El esclavo me llevó primero a los baños y luego a la puerta de un aposento. Llamó y salió una joven, a la que mi guía dijo: “Aquí tienes a tu huésped”. La muchacha, a quien rodeaban cuatro sirvientas, me dispensó la más cordial bienvenida y mandó que nos trajeran de comer. Nos sirvieron una mesita donde no faltaba manjar alguno. Cuando acabé, levantaron la mesita. Mi anfitriona tomó el laúd y entonó los siguientes versos:

“Bocanadas de almizcle de la tierra de Babel<sup>75</sup>,  
por mi amor os conjuro que llevéis mis mensajes.

<sup>75</sup> *Bábel*, con acentuación llana, es, como ya se ha dicho, el nombre árabe, aún en la actualidad, de lo que alternativamente se conoce en castellano como Babel y Babilonia, en contextos bíblicos e históricos.

Quienes yo tanto estimo tienen allá moradas  
que no me son ajenas (¡y no hay mejores casas!),  
donde ella, indiferente de sus enamorados,  
por más que ellos la busquen, les procura el fracaso”.

»Estuve con aquella segunda muchacha durante el mes estipulado, al cabo del cual fui a ver al venerable Táher hijo de Alalá, a quien dije: “Quiero una de a cuarenta dinares”. El anciano repuso, como de costumbre: “Pesadme el oro”. Le entregué la suma de mil doscientos dinares y estuve con la tercera joven un mes entero, que transcurrió como si de un solo día se tratara, tales eran la belleza y el buen hacer de la moza. Había caído ya la tarde cuando volví una vez más a buscar al anciano, y pude oír un gran alboroto y altas voces. Le pregunté: “¿A qué viene tanto bullicio?”. Maese Táher repuso: “Hoy celebramos la más renombrada de nuestras veladas, cuando a todos les es dado verse unos a otros. ¿Queréis subir a la azotea y distraeros un rato?”. Le respondí que sí, y, de camino, vi una hermosa cortina y, detrás, una amplia estancia con una tarima bien tapizada. En esta reposaba una jovencita que al mundo entero habría asombrado por su hermosura y su garbo, su buena talla y proporción. A su lado estaba sentado un joven que la tenía suavemente prendida por el cuello. Se besaron. Al verlos, Comendador de los Fieles, perdí el dominio de mi ser. Ni sabía dónde me hallaba, tan deslumbrado como quedé por la perfección de

la joven. Más tarde, al descender de la azotea, fui a preguntarle a la moza con quien acababa de pasar el último mes. Le describí las trazas de la beldad, para mí desconocida, y me contestó: “Olvidadla, mi señor, que nada se os ha perdido a su lado”. Exclamé: “¡Imposible! Me tiene ya sorbido el seso”. La muchacha sonrió y repuso: “De modo, Abu l-Hasan, que tenéis pensado algo con ella, ¿eh?”. Yo: “Desde luego. Dueña es ya de mi corazón y de mi mente”. La muchacha: “Pues es la hija de maese Táher; en otras palabras, nuestra señora, a quien todas las demás servimos. Seguramente ignoráis, Abu l-Hasan, por cuánto sale pasar con ella un día con su noche. ¿Me equivoco?”. Yo: “No, dices bien”. La muchacha: “Quinientos dinares contantes y sonantes. Y los vale, pues por ella se duelen los príncipes”. “Bien sabe el mismo Dios que estoy dispuesto a gastarme cuanto poseo por esa muchacha”, repuse yo, y pasé la noche entera llevado de la pasión.

»A la mañana siguiente —prosiguió Abu l-Hasan, el mercader de Omán— acudí a los baños y me atavié con mi ropa más lujosa, prendas dignas de reyes, dicha sea la verdad. Busqué a su padre y le dije: “Ahora quiero, señor mío, a la que cuesta quinientos dinares por noche”. El venerable Táher hijo de Alalá repuso: “Pesadme el oro”. Se lo pesé y le entregué la suma de quince mil dinares a cuenta de un mes. El anciano recibió el oro y dio instrucciones al sirviente para que me llevase con ella. El mozo



me condujo a unos aposentos tan elegantes como no se han visto otros sobre la faz de la tierra. Allí encontré a la joven que buscaba, y volví a quedar fascinado por su gran belleza, que era, Comendador de los Fieles, la propia de la luna en su catorcena noche.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 950**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el joven Abu l-Hasan de Omán le ponderó mucho al califa las prendas de la joven: «¡Cual la luna en su noche catorcena<sup>76</sup>! Y no solo eso, Comendador de los Fieles, pues, a su mucha hermosura y garbo, su buena talla y proporción, se unían las palabras de su boca, que dejaban tamañitos los sonos del laúd mejor templado. Se habría dicho que era ella la mujer que cantaban aquellos versos:

Dejándose llevar, vino a exclamar la moza,  
aunque nadie la oía sino las negras sombras:  
“¿Me procurarás, noche, quien sepa darme gozo:  
algún buen follador que me alivie este coño?”  
Y, dándose en sus partes palmadas con la mano,  
suspiró cual quien sufre grandísimo quebranto:

<sup>76</sup> Del mes lunar se entiende, cuando el astro se muestra en todo su esplendor.

“Si un palito, el *misuak*, cuida de nuestros dientes<sup>77</sup>,  
en la verga de un hombre busca el vientre su higiene.  
¿A ninguno de ustedes se le empinará el miembro?  
¿No pensáis aliviarme mi gran desasosiego?”  
“Tras la túnica —dije— se encabrita mi verga,  
y avisa: “¡Vuestra soy! ¿No veis que estoy dispuesta?”.  
Y la moza, con miedo, cuando me vio desnudo,  
me preguntó: “¿Quién sois?”. “¿No os basta  
ver que acudo?”,  
repuse metiéndosela —cual brazo, de ancha y larga—,  
y dándole un gentil castigo en las dos nalgas.  
Al cabo del tercero, me levanto y me dice:  
“¡Bendito sea quien da!”. Y yo: “¡Y quien recibe!”.

»Y bien hermoso es lo que dijo el otro:

Si ante politeístas la joven se mostrara,  
su rostro adorarían, que no viles estatuas.  
Del océano el agua, las sales perdería,  
si pudiera mezclarse con su dulce saliva.  
Si, marchando hacia el este, la descubriera un fraile,  
daría al sol la espalda por ir a la otra parte.

»Y asimismo:

Una vez sola me bastó mirarla  
para que absorta mi razón quedara.

<sup>77</sup> El *misuak* es un palito, tomado del árbol *Salvadora persica*, conocido en árabe como *arak*, que se usa tradicionalmente en sociedades islámicas para la higiene dental.

No sé cómo mi amor adivinó,  
y al punto el rostro le tomó color.<sup>78</sup>

»La saludé, y la joven repuso: “Muy bienvenido seáis”. Me tomó de la mano y me sentó junto a ella. Me invadió tal anhelo que me eché a llorar, por el miedo que me daba el que hubiésemos de separarnos, y, entre lágrimas, recité:

“Con la esperanza de verlo,  
me complazco en la nostalgia;  
y el estar con él detesto,  
porque sé que todo acaba”.

»Ella me consoló con suaves palabras, mientras yo seguía sumido en el mar de aquel arrebato, pero lleno de miedo, aun estando a su lado, ante la perspectiva de la separación. A tanto llegaban mi pasión y mi deseo. Me representé los padecimientos que sufren los enamorados cuando se ven sin sus seres queridos, y recité:

“Pensé en la separación  
cuando me hallaba con ella,  
y derramé por los ojos  
torrentes de agua bermeja.  
La cara por enjugarme,

<sup>78</sup> Los versos son de ‘Abd al-Rahīm al-Bisānī (m. 1200), alto funcionario de origen palestino, que estuvo al servicio de Saladino el Ayyubī; era conocido por el sobrenombre de «el Juez Virtuoso».

de su cuello puse cerca,  
pues bien sé que el alcanfor  
los flujos de sangre seca”.<sup>79</sup>

»La joven ordenó que nos trajeran de comer, y al poco acudieron cuatro vírgenes núbiles que nos sirvieron asados, fruta fresca, dulces, hierbas aromáticas y vino, todo como para príncipes. Dimos cuenta de los alimentos, Comendador de los Fieles, y luego nos acomodamos para beber, envueltos en los más sutiles perfumes. Aquella fue una velada regia. Al cabo de un rato vino una de las doncellas con una bolsa de seda, que entregó a mi anfitriona. Sacó esta el laúd que contenía, se lo colocó en el regazo, y, en cuanto empezó a rasgar las cuerdas, el instrumento dejó oír sus quejas, tal como hacen los niños de pecho con sus madres. Y la hermosa joven entonó los versos siguientes:

“Y armonice, por finura,  
el cervato que te escancie:  
el vino no se disfruta  
si las mejillas no placen”.

»Así permanecí, con ella, durante una larga temporada, hasta que se me agotaron los fondos. Sentado un día a su lado, se me vino a la mente nuestra inevitable separación. Por las mejillas me discurrieron las lágrimas,

<sup>79</sup> El fragmento es de un celebrado poeta tunecino, Ibn Rašīq (m. 1064).

como ríos, y quedé en un estado de grave estupefacción, tal como quien es incapaz de distinguir entre el día y la noche. Ella me preguntó: “¿Por qué lloráis?”. Yo repuse: “¡Ay, mi señora! Vuestro padre me cobra quinientos dinares al día por disfrutar de vuestra hospitalidad, y ya se me ha acabado el dinero. Razón tuvo el poeta que dijo:

En su tierra es el pobre forastero  
Y patria encuentra en tierra extraña el rico<sup>80</sup>”.

»Mi amada —prosiguió Abu l-Hasan— dijo: “Habéis de saber que, cuando alguno de los mercaderes que tratan con mi padre se queda sin fondos, este lo acoge, de gratis, tres días más. Concluidos estos, lo echa de la casa y se asegura de que nunca vuelva. Pero vos guardad vuestro secreto, ocultad lo que os ha pasado, que ya me las arreglaré yo para que sigamos juntos mientras Dios lo permita, pues el amor que os tengo es grande; y no ha de serme difícil, ya que todo el dinero de mi padre, cuyo monto exacto desconoce, está al alcance de mi mano. Cada día os daré una bolsa con quinientos dinares, que vos le entregaréis a mi padre diciéndole: ‘A partir de hoy os pagaré día a día’. Nada más cobrarla, me entregará a

<sup>80</sup> Fragmento de un poeta hispanoárabe, el sevillano Zubaydí (m. 989), cortesano en la Córdoba omeya. Falta la segunda parte del poemilla, acaso más interesante, pues se diría propia del cosmopolitismo humanista: «El mundo entero es una sola cosa / y los hombres, hermanos y vecinos».

mí la suma de oro, que yo os daré a vos de nuevo, para que le paguéis al día siguiente. Y así seguiremos hasta que Dios lo tenga a bien”. Le di por ello las gracias, Comendador de los Fieles, le besé la mano y junto a ella permanecí, valiéndome de aquella aña-gaza, un año entero. Pero ocurrió que un día mi amada golpeó a una de las esclavas que la servían, y esta le prometió: “Os lastimaré el corazón, tal como vos me habéis maltratado a mí”. Y la doncella fue al padre de mi amada, a quien puso al corriente de nuestra treta.

»Cuando maese Táher oyó las palabras de la esclava, vino adonde nos hallábamos, su hija y este humilde servidor de nuestro señor el califa, y me llamó por mi nombre. “Aquí me tenéis”, fue mi solícita respuesta. Él dijo: “Si un mercader se queda sin fondos para pagarnos, le hacemos la merced de acogerlo tres días sin cobrarle nada. Vos lleváis en esta casa un año entero, comiendo, bebiendo y haciendo lo que os place”. Se volvió a sus mozos y les ordenó: “¡Desnudadlo!”. Me quitaron lo que llevaba puesto, y a cambio me tendieron ropa humilde, que no valdría más de cinco dír-hams. Me entregaron otros diez en metálico y Táher hijo de Alalá me gritó: “¡Fuera! Mira que ni te insulto ni te hago golpear, pero toma el camino y vete, pues ten por seguro que, si te quedas en la ciudad, tu sangre acabará corriendo”. Salí de la casa, Comendador de los Fieles, muy a mi pesar y sin saber a dónde dirigirme.

De mi corazón se habían adueñado todas las variedades de la inquietud y la angustia que este bajo mundo puede deparar, y, llevado de los peores presagios, me dije: “¿Cómo ha podido ser que, después de mi travesía por la mar, con cien millones de dinares, que incluían el precio de mis treinta naves, haya venido yo a parar a la casa de ese viejo de mal agüero, de donde he salido desnudo y con el corazón destrozado? Pero no hay fuerza ni poder más que en Dios, el Sublime, el Grandioso”. Tres días seguí, después de aquello, en Bagdad, sin probar bocado ni llevarme un trago de agua a la boca, y, al cuarto, vi una nave que a punto estaba de partir rumbo a Basora. Me ajusté con el patrón, y de ese modo volví a la ciudad donde hice escala a mi llegada.

»Entré en el zoco, desmayado de hambre, y tuve la suerte de que enseguida me viera cierto mercader de hortalizas y verduras, hombre de provecta edad, que salió a mi encuentro y me abrazó, pues nos había conocido, tiempo atrás, a mi padre y a mí. Me preguntó qué había sido de mí y le conté cuanto me había pasado. Su reacción fue: “No puede decirse que hayas seguido un proceder muy juicioso... Pero, en fin, lo importante es, pasado lo pasado, saber qué planes tienes”. “No sé”, le dije, y él: “¿Qué te parecería quedarte conmigo a llevarme las cuentas por dos monedas de plata al día, sin contar la comida y la bebida?”. Le dije que de acuerdo, y con él permanecí,

Comendador de los Fieles, un año entero, que aproveché para comprar y vender. Los negocios no se me dieron mal y logré juntar casi cien dinares. Alquilé una habitación a orillas del mar con la esperanza de que llegase alguna embarcación con mercancías que poder comprar, para volver a Bagdad. Y así ocurrió, pues cierto día arribó una nave a la que se dirigieron todos los mercaderes que querían hacerse con género. Fui con ellos y, al llegar a la embarcación, vi que de la panza de esta salían dos hombres, para quienes sacaron unas sillas en las que ambos se sentaron. Se les acercaron los mercaderes, para comprarles, y los dos del barco dijeron a sus mozos: “¡Tended la estera!”. Después de desplegarla, salió otro sirviente, cargado con unas alforjas, donde venía una saca. La abrió un mozo y extendió su contenido sobre la estera: perlas, corales, cornalinas, zafiros, rubíes y otras gemas, tales que deslumbraban los ojos.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 951**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el joven Abu l-Hasan de Omán, después de relatarle al califa lo relativo a la saca llena de piedras preciosas, perlas y corales, prosiguió su historia: «Y sepa el Comendador de los Fieles que uno de los que se habían sentado en las sillas



dirigió la palabra a los allí congregados: “Eso es cuanto voy a poner hoy en venta, pues no me tengo de cansancio”. Los mercaderes comenzaron a pujar y llegaron a ofrecer hasta cuatrocientos dinares. El dueño de la saca, a quien conocía yo desde hacía mucho, me preguntó: “Y vos, ¿cómo es que ni abris la boca para pujar como los demás?”. Contesté: “Os aseguro, señor mío, que solo dispongo de cien dinares”, y, avergonzado por mis propias palabras, me eché a llorar. Él se me quedó mirando, compadecido de mi situación, y, dirigiéndose a los allí reunidos, dijo: “Todos sois testigos de que acabo de venderle cuantas gemas hay en la saca a este joven por la cantidad de cien dinares. Bien sé que el valor de todo ello alcanza varios millares; la diferencia es un obsequio que quiero hacerle”. Dicho lo cual, me entregó las alforjas, la saca, la estera y cuantas piedras, perlas y corales había en ella. Yo, por mi parte, le di, abrumado, las gracias por su desprendido gesto, que todos los demás mercaderes le alabaron. De allí me fui, con mi valioso regalo, a la sección de los joyeros en el zoco, donde abrí tienda. Entre las joyas, gemas y demás que acababa de conseguir venía un amuleto, en forma de disco, obra sin duda de algún sabio, y que pesaría media libra; era de un intenso color bermejo y llevaba inscritas, por ambos lados, unas líneas de escritura que parecían hileras de hormigas. La utilidad de aquel objeto me era del todo desconocida. Al cabo de un

año, que pasé haciendo negocios, tomé un día el amuleto y me dije: “Lo tengo desde hace mucho y sigo sin saber para qué sirve”. De modo que se lo entregué al corredor. Este recorrió el zoco y volvió diciendo: “Nadie me da más de diez dírhams por esto”. Contesté: “¡Ni hablar! No lo venderé por tan irrisoria cantidad”. El corredor me lo devolvió con cierta brusquedad y se marchó. Unos días más tarde volví a ponerlo en venta, y esa vez logré una oferta de quince dírhams. Se lo quité de las manos al corredor y lo dejé entre mis cosas.

»Más adelante —siguió contando el joven Abu l-Hasan—, estando yo un día sentado en mi tienda, se me acercó un hombre que, después de dirigirme el saludo de la paz, me preguntó: “¿Puedo echarle un vistazo a vuestro género?”. Le dije que sí, Comendador de los Fieles, todavía molesto por no haberle dado salida al amuleto. El hombre miró acá y allá, lo examinó todo, y lo único que pareció llamarle la atención fue precisamente aquel objeto. Nada más verlo, me besó la mano y exclamó: “¡Alabado sea Dios! ¿Me vendéis esto?”. Yo, receloso, repuse: “Sí”. El hombre: “¿Y cuánto cuesta?”. Yo: “¿Cuánto me ofrecéis vos?”. El hombre: “Veinte dinares”. Al oír su oferta, pensé que se estaría burlando de mí, por lo que le dije: “Podéis marcharos por donde habéis venido”. Él entonces subió su oferta: “Cincuenta dinares”. Y, como yo no le diese contestación ninguna, exclamó: “¡Mil dinares!”. Me aferré a

mi silencio, y él, con la sonrisa de quien nada comprende, me preguntó: “¿Por qué no me dais respuesta?”. Me limité a repetir: “Podéis marcharos por donde habéis venido”. Estaba dispuesto a mantenerme firme y, aunque él fue subiendo de mil en mil dinares, nada respondí. Hasta que me preguntó: “¿Me lo vendéis por veinte mil?”. Yo seguía creyendo que el hombre me tomaba el pelo. A todo esto, eran varios los transeúntes que habían ido parándose ante nosotros, y me animaban: “¡Vamos, vendédsele! Y, si ahora sale con que no os lo compra, tranquilo, que ya nos encargaremos nosotros de darle una buena paliza y echarlo de la ciudad”. Le pregunté yo entonces: “¿Queréis, señor, comprar o me estáis haciendo perder el tiempo?”. A lo que él repuso: “¿Y vos, vendéis o queréis reiros de mí?”. Yo: “No, no, yo quiero vender”. Él: “Os ofrezco treinta mil dinares; aceptadlos y proceded a la venta”. Me dirigí entonces a los curiosos que nos miraban: “Todos sois testigos de la operación. Pero quede claro que se lo vendo con una condición: el comprador ha de informarme sobre las virtudes del amuleto”. El hombre: “Proceded a la venta, que yo os diré cuál es su utilidad y beneficio”. Yo: “Vuestro es”. “Sea Dios garante de mis palabras”, dijo el desconocido. Sacó el oro, me lo entregó, recibió el amuleto, se lo metió en el bolsillo y añadió: “¿Estáis contento?”. Como le contesté que sí, se volvió él a los curiosos y dijo: “Sois todos testigos de que este hombre ha dado

curso a la venta y se ha embolsado el pago de treinta mil dinares”. Luego, hablando de nuevo conmigo, exclamó: “¡Pobre de vos! Si os hubierais seguido mostrando reacio, habría llegado a ofrecer os hasta cien mil monedas de oro, qué digo hasta un millón”.

»Cuando oí, Comendador de los Fieles, estas palabras, la sangre dejó de llegarme al rostro, y de ahí esta palidez que nuestro señor ha observado hoy en mí. Yo le pregunté: “¿Cómo es eso? ¿Y cuál es la utilidad del amuleto?”. El hombre me relató lo siguiente: “Sabed que el rey de la India tiene una hija, doncella como no se ha visto otra, aquejada de una enfermedad que le ocasionaba terribles cefaleas. Nuestro soberano convocó a los diestros en el arte del cálamo y a los versados en las diversas ciencias, incluidas las adivinatorias. Pero ninguno fue capaz de curar a la princesa. Yo, que me hallaba en la sesión del consejo, le dirigí la palabra: ‘Vuestro humilde servidor, majestad, sabe de un hombre llamado Saadállah de Bábel, a quien nadie sobre la faz de la tierra supera en conocimientos de ese género. Vea, pues, nuestro señor si le conviene enviarme a él’. El rey me dijo al punto: ‘Sí, ponte en camino’. Antes de partir le pedí que me facilitara una buena pieza de cornalina. Nuestro rey me la entregó, junto con la suma de cien mil dinares y valiosos obsequios. Me hice cargo de todo ello y emprendí viaje hacia Bábel, la antigua Babilonia. Al llegar, pregunté por el venerable Saadállah y me

guiaron hasta él. Así que hubo él aceptado y recibido los cien mil dinares y los obsequios, le entregué la pieza de cornalina. El sabio anciano hizo venir a un lapidario, y este le dio la forma de amuleto que ya conocéis. Pero aún hubieron de transcurrir siete largos meses, que el venerable Saadállah pasó en acecho de los astros, a la espera del momento propicio para realizar su labor, la cual consistió en trazar sobre la cornalina, ya trabajada, los signos mágicos que habéis tenido ocasión de ver. Cuando el amuleto estuvo listo, se lo llevé a nuestro rey.

Pero, como Shahrazad notase que el nuevo día clareaba, interrumpió sus consentidas palabras.

Y, cuando ya caía la **noche 952**, dijo Shahrazad:

—Tengo noticia, bienaventurado rey, de que el joven Abu l-Hasan de Omán siguió refiriéndole al califa Arrashid: «El comprador del amuleto me dijo: “Saadállah de Bábel me entregó el disco de cornalina, convertido ya en el amuleto que conocéis, y yo emprendí el viaje de regreso. En cuanto llegué, el rey nuestro señor se lo impuso a su hija y esta sanó en ese mismo instante. La tenían atada con cuatro cadenas, y cada noche dormía con ella una esclava que aparecía degollada a la mañana siguiente. Pues bien, y como acabo de deciros, bastó con imponerle el amuleto a la joven para que esta quedara sana, para gran contento de su padre, el soberano, quien

me regaló una suntuosa túnica, así como una gran suma de dinero. El amuleto se lo engarzaron a la princesa en el collar. Pero ocurrió, al cabo de unos días, que esta salió a la mar, con sus doncellas, en una embarcación de recreo; una de las esclavas alargó la mano hacia la princesa, para hacerle cosquillas, y la mala suerte quiso que el collar se rompiera y cayese al agua. A consecuencia de ello y de repente, el mal que había sufrido la joven volvió con la misma fuerza que antes. Pesaroso por ello, el rey me hizo entrega de una considerable suma de dinero y me dijo: ‘Ve al sabio y encárgale otro amuleto’. Emprendí, pues, de nuevo viaje a Babel, donde me enteré de que el venerable Saadállah había muerto. Regresé donde nuestro rey, le di cuenta de lo ocurrido, y él volvió a enviarme, a mí y a otros diez, a que recorriéramos los países por ver si alguno era capaz de hallar un remedio para su hija. Y Dios me ha traído hasta vos”. Dicho esto, Comendador de los Fieles, el enviado del rey de la India, ya con el amuleto de cornalina en su poder, se marchó. Ese es, pues, el motivo de mi palidez.

»Poco después de aquello —prosiguió el joven Abu l-Hasan— retorné, con todo mi dinero, a Bagdad, donde me alojé en la misma casa del Callejón del Azafrán que la vez primera. A la mañana siguiente de mi llegada, me vestí como era del caso y fui a casa del venerable Táher hijo de Alalá, con la intención de ver de nuevo a quien

yo tanto estimaba. Con el paso del tiempo, el amor que le tenía se había acrecentado en mi corazón. Al acercarme a la casa observé que las celosías estaban muy deterioradas. Pregunté a un mozo: “¿Qué se ha hecho de maese Táher?”. Me contestó: “Hace unos años, hermano, vino a la casa un mercader llamado Abu l-Hasan de Omán, que pasó un tiempo con la hija del viejo, pero este, al enterarse de que al joven mercader se le había acabado el dinero, lo echó de la casa y el tal Abu l-Hasan tuvo que marcharse, con el corazón destrozado. Y, como la hija estaba muy enamorada de él, contrajo una grave enfermedad que a punto estuvo de acabar con ella. Maese Táher, sabedor de la causa de aquella enfermedad, ofreció una recompensa de cien mil dinares a quien pudiera traer de nuevo a Abu l-Hasan a Bagdad, pero nadie pudo dar con su rastro. La joven, mientras tanto, y hasta el día de hoy, sigue al borde mismo de la muerte”. Pregunté: “¿Y el padre?”. El mozo: “Vendió a todas sus esclavas, en razón de la desgracia que sobre él se había abatido”. Yo: “¿Quieres que te dé noticia de ese joven, Abu l-Hasan?”. El mozo: “¡Sí, por Dios!”. Yo: “Ve ahora al padre de la muchacha y dile: ‘¡Alegraos, mi señor, que Abu l-Hasan de Omán está esperando en la puerta!’”. El mozo salió a todo correr, como un mulo al que acaban de soltar de la muela, y, al cabo de un rato, volvió acompañado del venerable Táher hijo de Alalá. Cuando este me reconoció, volvió sobre sus

pasos, entró en la casa, salió de nuevo, con cien mil dinares, y se los entregó al mozo con quien había estado yo hablando. Este recibió el oro y se marchó pidiendo por la salud del anciano. El padre de mi amada vino hacia mí, me abrazó y, entre sollozos, me preguntó: “¿Dónde habéis estado, señor mío, tan largo tiempo? A punto ha estado mi pobre hija de entregar el alma por verse sin vos. Pasad conmigo a la casa”. Entramos ambos y el anciano se prosternó para dar gracias al Altísimo: “¡Alabado sea Quien nos ha concedido este don!”. Entró luego donde su hija y le dijo: “¡Dios ha querido que sanes de tu enfermedad!”. Ella contestó: “Solo me curaré si vuelvo a ver el rostro de Abu l-Hasan”. El padre: “Cuando hayas comido y entrado a los baños os juntaré a ambos”. Ella: “¿Es cierto lo que decís?”. El padre: “Por Dios el Grandioso te lo juro”. Ella: “Si veo su rostro, ya no me hará falta comer”. El anciano dijo a uno de sus mozos: “Ve a buscar a tu señor”. Entré en la estancia y, cuando mi amada me vio, Comendador de los Fieles, cayó desvanecida. Volvió luego en sí y recitó:

“Dios reúne a los amantes  
que ni soñaban juntarse”<sup>81</sup>.

<sup>81</sup> Un célebre fragmento atribuido a Qays, conocido como el Loco de Laila, yemení y del siglo VII, si es que realmente existió.



»Mi amada tomó asiento y dijo: “Os aseguro, mi señor, que no pensé ver de nuevo vuestro rostro sino en sueños”. Me abrazó, se echó a llorar y añadió: “Ahora sí que voy a comer y a beber. ¡Que nos sirvan ahora mismo!”. Me trasladé a su casa, Comendador de los Fieles, y, pasado algún tiempo, mi amada recobró todo su esplendor. Su padre hizo comparecer al juez y a los escribanos, y se levantó acta de nuestro desposorio. Celebramos un gran banquete y ella sigue siendo mi esposa hasta el día de hoy». Concluido que hubo su relato, el anfitrión se levantó de donde se hallaba el califa y volvió con un muchachito de extraordinaria donosura, elegancia suma y talla armoniosa<sup>82</sup>, a quien dijo: «Besa el suelo ante el Comendador de los Fieles». El niño lo hizo así, y el califa quedó tan admirado ante su hermosura que elevó loas al Creador.

Salieron luego de la casa Harún Arrashid y los suyos, y el califa dijo: «¡Qué cosa, Yáafar! Nunca he visto ni oído nada tan peregrino». Luego, cuando Arrashid se hubo acomodado en su palacio, llamó a su asiduo sirviente: «¡Masrur!». Este se presentó al punto: «Aquí me tiene mi señor». El califa le ordenó: «Trae al pórtico los impuestos recaudados en Basora, Bagdad y el Jorasán». Masrur se encargó de reunir toda aquella suma de dinero,

<sup>82</sup> Se entiende que es el hijo de Abu l-Hasan de Omán y su esposa, la bagdadí de quien se enamoró.

que resultó ser tan ingente que solo Dios la podría haber contado. El califa llamó entonces a su ministro: «¡Yáafar!». Este repuso: «Aquí me tiene mi señor». El califa: «Tráeme a Abu l-Hasan de Omán». «Oigo y obedezco», repuso Yáafar, quien hizo cumplir la orden de inmediato. El joven mercader compareció ante el califa, y besó el suelo ante él, temeroso de haber incurrido en algún error capaz de suscitar la cólera de Arrashid cuando este lo visitó. El Comendador de los Fieles le dijo: «¡Omaní!». Abu l-Hasan: «Aquí me tiene mi señor el califa, cuya gloria haga Dios eterna». Arrashid, a una de cuyas órdenes habían depositado las recaudaciones mencionadas detrás de una gran cortina, le dijo: «Descorre esa tela». Lo hizo así Abu l-Hasan, y quedó anonadado ante la descomunal suma de dinero. El califa preguntó: «¿Es eso, más o menos, lo que perdiste al malvender el amuleto de cornalina en forma de disco?». Abu l-Hasan repuso: «Aquí hay mucho más, por supuesto, Comendador de los Fieles». Arrashid se dirigió a los presentes: «Sois testigos de que le hago a este joven donación de todo ese dinero». Abu l-Hasan besó el suelo, avergonzado, y se echó a llorar de alegría ante Arrashid. Y, al rodarle las lágrimas por las mejillas, volvió a estas la sangre, y el rostro del joven recuperó su esplendor, que emulaba al del plenilunio en la noche catorcena del mes. El califa exclamó: «¡Loado sea Quien ocasiona cambio tras cambio, mientras Él permanece inmutable!».

Ordenó luego que trajesen un espejo y le mostró al de Omán su propio rostro. Abu l-Hasan, al verlo, se postró para dar gracias a Dios, el Supremo. El califa dispuso que le llevasen a su casa todo el dinero y le pidió que no dejara de frecuentarlo como contertulio. Y así fue como Abu l-Hasan de Omán pasó a formar parte del círculo de quienes se trataban con el Comendador de los Fieles, y siguió haciéndolo hasta que este pasó a la Misericordia del Altísimo. Alabado sea Quien no muere, el Señor de lo visible y lo invisible.



## Final de la historia de Shahrazad y Shahriar

Durante ese período Shahrazad había traído al mundo a tres hijos varones. Cuando acabó la historia anterior, se puso en pie, besó el suelo ante el rey Shahriar y le dijo:

—Rey de nuestra era, único de estos tiempos, ante vos tenéis a vuestra esclava, a quien, durante las últimas mil una noches, os ha venido relatando historias de gentes del pasado, ejemplos y avisos de nuestros predecesores. ¿Puedo aspirar a que vuestra majestad me conceda un deseo?

El rey contestó:

—Pide lo que quieras, Shahrazad, que se te concederá.

Shahrazad llamó a las nodrizas y eunucos y les ordenó:

—¡Traed a los niños!

Y al punto los tuvo ante sí. Eran, como queda dicho, tres varones. El primero caminaba, el segundo gateaba y el tercero mamaba. La madre los puso a los tres ante su padre, el rey, volvió a besar el suelo ante este y dijo:

—Ahí tiene vuestra majestad a sus hijos. Esta humilde esclava vuestra os ruega que la libréis de la muerte por el bien de estos pequeños. Mirad, mi señor, que, si me matáis, los niños quedarán huérfanos de madre y no habrá otra mujer que les dispense los cuidados que merecen.

El rey se echó a llorar; estrechó a los niños contra su pecho y dijo:

—Ya antes de que hicieras traer a estos pequeños te había perdonado la vida, pues he visto que eres casta, bien nacida y temerosa de Dios, ¡bendiga el Altísimo a tu padre, a tu madre, a tu cepa y a tus ramas! Bien sabe el Supremo que tenía ya decidido guardarte de todo mal.

Shahrazad le besó, alborozada, las manos y los pies, y exclamó:

—¡Quiera Dios alargaros la vida y acrecentar vuestra autoridad y reputación!

El júbilo cundió primero por el palacio real y luego se extendió por la ciudad toda. Aquella fue una de esas noches que no se repiten, más blanca que el rostro del mediodía. El rey, rebosante de alegría y satisfacción, hizo venir a los mandos de su ejército, y, en presencia de estos, concedió a su ministro, el padre de Shahrazad, un suntuoso

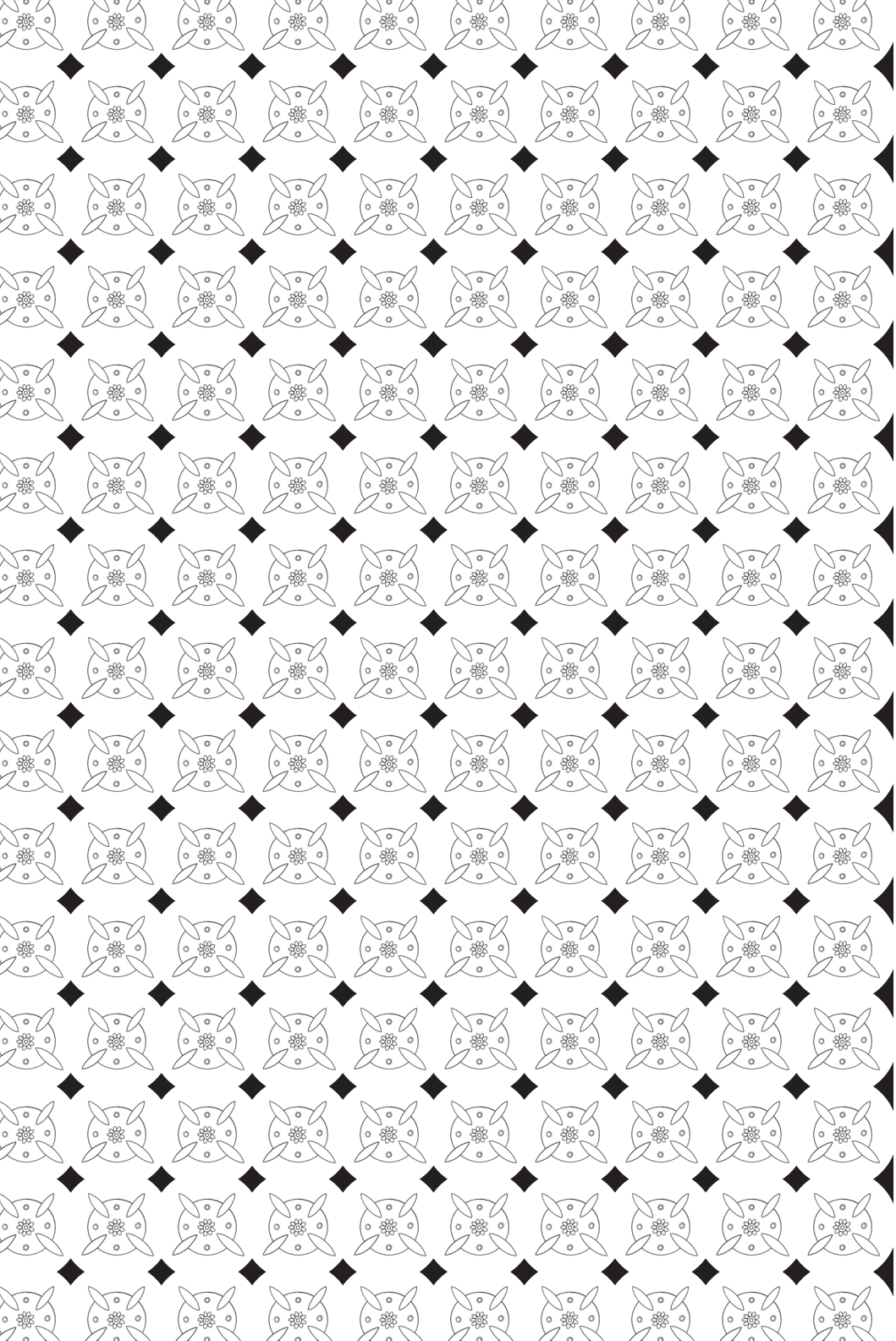
manto de honor y le dijo: «Dios te preserve por haberme dado en matrimonio a tu distinguida hija, gracias a quien me he arrepentido de haberles dado muerte a las hijas de unos y otros. Me consta que es bien nacida, pura, casta e íntegra, y en ella me ha concedido el Altísimo tres hijos varones, ¡gracias sean dadas a Dios por tantas mercedes!

Repartió luego obsequios entre los demás ministros, comendadores y gerifaltes, y ordenó que la ciudad estuviera adornada treinta días, sin que nadie tuviese que gastar nada en ello, pues todo correría a cargo del tesoro regio. Se engalanó, pues, la ciudad como nunca se había visto; sonaron instrumentos de percusión y de viento, y se emplearon a fondo cuantos sabían cómo divertir con sus habilidades. El rey los recompensó con largueza, repartió limosnas entre los pobres y se mostró igualmente pródigo con quienes vivían en su corte y en sus demás dominios.

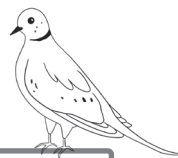
Y el rey Shahriar, sus familiares y súbditos siguieron disfrutando de bonanza y felicidad, de satisfacción y regocijo, hasta que les fue llegando el que los gozos destruye y a los amigos separa<sup>83</sup>. Loado sea, pues, Aquel a Quien no envejece el sucederse de los momentos, a Quien no afectan las alteraciones, Aquel Cuya atención nada logra distraer, Quien ostenta, solo Él, los rasgos todos de la

<sup>83</sup> Se refiere seguramente al ángel de la muerte, o acaso a la propia muerte, que en árabe es masculino (*mawt*).

absoluta perfección. Y la bendición y la paz sean con el imam de Su epifanía y la mejor de Sus criaturas: nuestro señor Muhámmad, el primero de todos los seres humanos. Así sea su intercesión nuestro mejor colofón.







Todos los libros de Ediciones Uniandes  
a un clic de distancia

Conoce nuestra página web



Escanea el código o visita  
[ediciones.uniandes.edu.co](http://ediciones.uniandes.edu.co)



**Ediciones Uniandes**  
Vicerrectoría de Investigación y Creación

